INDIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS ANGLOSAJONES

J. Anthony Paredes

COLECCIONES MAPFRE 1492

En la amplísima bibliografía acerca de los indios norteamericanos, los estudios se han restringido a los límites geográficos en que tradicionalmente está implantada cada etnia. Además, en general, se basan en datos etnográficos recogidos en trabajos de campo. Han olvidado el papel histórico que los indios han tenido, y tienen, en el específico contexto en que aparecen las contemporáneas naciones americanas, así como la valiosa aportación de otras disciplinas antropológicas (arqueología, lingüística, etc.). La presente obra pretende cubrir estas carencias. Ésta es la razón por la que el profesor J. Anthony Paredes presenta un completo estudio, de gran rigor científico, de la historia de estos indios en un marco geográfico en que se centran, primero, las aspiraciones coloniales de las naciones europeas y, después, de «sus hijas —México, Canadá y los EE.UU». En palabras del autor «este libro trata de la supervivencia», de la supervivencia y del protagonismo que los indios han tenido, y tienen, en la formación de los Estados Unidos.

J. Anthony Paredes (Nueva York, 1939). Ph. D. en Antropología. Profesor Florida State University. Obras: *Anishinabe: Six Studies of Modern Chippewa* (1980, editor), «Kinship and Descent in the Ethnic Reassertion of the Eastern Creek Indians» en *The Versatility of Kinship* (1980), *Indians of the Southeastern United States in the Late 20th Century* (editor, 1992).

Colección Indios de América

INDIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS ANGLOSAJONES

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Claudio Esteva-Fabregat
Traducción: Carmen Martínez Gimeno
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Anthony Paredes
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-449-6
Depósito legal: M. 26697-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

J. ANTHONY PAREDES

INDIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS ANGLOSAJONES

EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 11

I. INTRODUCCIÓN 13

Los Estados Unidos angloamericanos: campo de encuentro colonial 18
Otros trabajos sobre los indios norteamericanos 22
Conceptos y terminología 27
Los indios en la población actual de los Estados Unidos 34

II. LOS PRIMEROS AMERICANOS Y LA PREHISTORIA 39

Los orígenes 41
Los orígenes raciales de los indios americanos 43
Beringia 45
El periodo Paleoindio 49
El periodo Arcaico 53
El Norte y el Oeste 54
El Arcaico oriental 60
Las culturas tardías y la agricultura 65
Sumario 72

III. EXPLORACIONES EUROPEAS Y PRIMEROS ASENTAMIENTOS 77

Preludio europeo 78
Exploraciones poscolombinas 80
Primeros asentamientos europeos permanentes 94
Una palabra sobre el Lejano Oeste 104
Efectos de los primeros contactos europeos 106

IV. El presente etnográfico, las familias lingüísticas y las áreas culturales 111

Lenguas y familias lingüísticas 115
Muskogui 118
Algonquina 118
Iroquesa 120
Sioux 120
Cado 121
Kiowa-tanoana 121
Uto-azteca 122
Familias lingüísticas de California 122
La familia salish 124
La familia wakasha 125
Atabascana 125
Otras lenguas y vínculos más amplios 126
Áreas culturales 129
El Sureste 134
El Noreste 142
Pradera y Llanuras 152
La Gran Cuenca 164
La Meseta 169
California 174
La Costa noroeste 180
El Subártico occidental 189
Notas conclusorias 194

V. La expansión colonial: el comercio, las misiones, las guerras y las alianzas nativas 197

Demografía 197
Comercio indio 203
Evangelización 212
Conflictos armados con los europeos y los colonizadores 218

VI. De la Revolución al traslado 227

Los indios en la Revolución Americana 229
Los indios y la nueva nación americana 232
Primeras relaciones entre Estados Unidos y los indios 234
«Civilizando» a los indios 241
La expansión estadounidense y la guerra de 1812 249
El traslado 253

Más allá de la frontera 258

VII. La Guerra Civil, el fin de la frontera y la subyugación de los indios de los Estados Unidos 263

Los americanos más allá del Misisipí 265
Las guerras indias en el Oeste anteriores a la Guerra Civil 269
La Guerra Civil 271
Derrota final 277
De nuevo, el Plan de Civilización 287

VIII. Nadir indio, «Nuevo Trato» y renacimiento tribal 297

Peyotismo y powwows 299
De la Primera Guerra Mundial a la Segunda 303
De la Comisión de Reclamaciones Indias a la terminación 309
De la terminación a la *Declaration of Indian Purpose* 316
Los últimos treinta años 320
Retos de los noventa y direcciones para el futuro 339

Apéndices 349

Cronología 351
Biografías 355
Bibliografía comentada 359

Índice onomástico 365

Índice toponímico 369

AGRADECIMIENTOS

Quiero extender mi más sincero aprecio a la Fundación MAPFRE América y a su presidente, don Ignacio Hernando de Larramendi, por haberme brindado la oportunidad de escribir este libro. A don José Andrés Gallego, director coordinador de la Fundación, y a don Claudio Esteva-Fabregat, director de la colección sobre los indios americanos, expreso mi gratitud por sus pacientes, claras y directas comunicaciones e instrucciones durante todo el proyecto, y me disculpo de mi tardanza en ciertas ocasiones. Tengo una deuda especial con mis colegas estadounidenses Pertti Pelto y Thomas Weaver por los eslabones que aportaron a la cadena de acontecimientos que llevó a la Fundación a invitarme para preparar este volumen.

También aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a Andy Hofling, Charles Nam y Elizabeth Purdum por sus sugestiones bibliográficas. En el mismo sentido, agradezco la experta guía que supuso para mí Robert McCann al encontrarme los datos del Censo de Estados Unidos en la biblioteca del Center for the Study of Population de la Florida State University, y a Greg Toole por ayudarme en pequeñas pero importantes cosas en la biblioteca Strozier de la Universidad.

Sin mi amigo Jerry Porter Wood, este trabajo no se habría terminado, ya que él se ocupó del procesamiento de cada sílaba del manuscrito, con una velocidad y destreza impresionantes. Pero aún más importante fue su incansable apoyo sicológico y entusiamo por el proyecto, especialmente en los acuciantes días finales.

Quiero disculparme con los miembros de mi familia, Keith, Liz, Teresa, Ruben, Lynn, Anthony, Risa, Sara y especialmente David, y

decirles que aprecio su tolerancia por mi falta de jovialidad y mi preocupación por «el libro» durante muchos meses. Gracias a todos.

A mis muchos amigos y conocidos indios americanos, del pasado y presente a través de la tierra, les ofrezco mi más cálida gratitud por haberme ayudado amable y pacientemente a entender a su pueblo, incluso cuando no siempre comprendieran completamente lo que estaba haciendo.

Mi mujer, Betsy, ha sido una fuente inagotable de apoyo emocional y coraje por su confianza en mí, y me ha proporcionado estímulo intelectual y asistencia profesional práctica para la producción del manuscrito, sin los cuales no podría haberlo hecho. Para ella van mis más cariñosas gracias.

Finalmente, quiero extender mis más profundos afecto y aprecio a mis padres, Antonio y Mildred, por todo lo que hicieron por mí en mis primeros años. Espero que mi padre disfrutará especialmente al conocer que mi libro sobre los indios americanos se publica en España, su país natal, dejado hace mucho tiempo, pero nunca olvidado.

J. Anthony Paredes
Tallahassee, Florida
27 de septiembre de 1991

Capítulo I

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de supervivencia. Presenta una amplia revisión general de los indios americanos de la mayor parte de lo que ahora constituye los Estados Unidos de América, desde los primeros tiempos hasta el presente, sin incluir la zona ocupada por los estados de Nuevo México y Arizona. Esta región de los Estados Unidos, hasta la segunda mitad del siglo XIX, fue colonizada y controlada continuamente por naciones de lengua española, primero España y después México. Así, quedan excluidos del alcance de este libro los nativos de la parte históricamente hispana de los actuales Estados Unidos.

Tampoco este libro trata de todos los indios de Angloamérica, ya que los de las actuales y antiguas posesiones británicas de las Indias Occidentales y Centroamérica serán recogidos en otros volúmenes de esta serie, así como los de Canadá, descritos en otro más de ellos. Los esquimales, que viven en una zona que comprende territorios de tres naciones modernas, Estados Unidos, Canadá y Dinamarca, son también descritos por separado. Los aleutianos de Alaska no se incluyen en este libro, sino en el de los esquimales, pero los indios del interior y de la franja sur de Alaska sí se incluirán aquí.

La delimitación del ámbito geográfico de este volumen se basa en varias consideraciones. Primero, la serie de la que forma parte está estructurada a lo largo de las líneas fronterizas de las naciones modernas de América, en parte quizás por simple conveniencia taxonómica. Más importante, cualquiera que hayan podido ser las fronteras nativas sociales y culturales en el pasado —o incluso, en este aspecto, en el presente—, los límites de los modernos estados nacionales son significativos desde el punto de vista etnológico para entender a los pueblos

nativos. Actualmente, los factores más poderosos que afectan al desarrollo social, político y cultural de los nativos americanos son los principios y prácticas de los gobiernos de los países que en este momento ocupan sus territorios ancestrales.

El gobierno federal ha estado negociando y administrando a los indios de los Estados Unidos directamente desde que se convirtieron en una nación independiente en el siglo XVIII. Por contraste, Canadá permaneció bajo control británico durante mucho más tiempo y todavía forma parte de la Commonwealth. De aquí que, desde la Revolución Americana, los indios de los Estados Unidos y Canadá se hayan tenido que adaptar a diferentes principios, leyes y filosofías administrativas, a pesar de su herencia británica común y las semejanzas generales entre los dos países en asuntos indios. Por supuesto, hasta la década de 1880, si no después, Canadá sirvió de vez en cuando como refugio para los indios de los Estados Unidos que vivían cerca de la frontera. Actualmente continúa habiendo una considerable interacción entre las gentes indias de un lado a otro de la frontera de ambos países, especialmente entre los que poseen la misma lengua nativa y antecedentes culturales comunes (por ejemplo, los mohawks y los ojibwas) a través de matrimonios cruzados, la pertenencia a organizaciones internacionales y la participación en instituciones sociales como el «powwow», un complejo cultural intertribal americano nativo que se desarrolló a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Sirvan de ejemplo los iroqueses del estado de Nueva York, una de cuyas reservaciones, St. Regis Mohawk, está a caballo sobre la frontera internacional, por lo que sus miembros disfrutan derechos de paso libres de impuestos entre los Estados Unidos y Canadá, según el tratado Jay de 1794. Pero a pesar de este caso, desde una perspectiva política y económica moderna, el entendimiento de los indios de los Estados Unidos y Canadá se facilita mediante estudios separados.

Más al norte, la inclusión de Alaska en este estudio requiere de alguna consideración. A pesar de la presencia europea en su franja costera desde el siglo XVIII en adelante, los asentamientos euroamericanos del vasto interior del estado no alcanzaron un nivel importante hasta mucho después de que los Estados Unidos compraran el territorio a Rusia en 1867. Además, dejando a un lado las conexiones con los tratantes en pieles de la compañía fundada en Canadá en la Bahía de Hudson, la tradición de lengua inglesa empieza en realidad con la lle-

gada de los balleneros, comerciantes y pioneros procedentes de los «48 estados de más abajo», cuando los rusos se retiraron de su aventura americana. Desde entonces, el sistema de los Estados Unidos ha modelado las vidas de los nativos de Alaska.

El tratamiento separado de esquimales y aleutianos se justifica científicamente de varios modos. Físicamente, estas gentes constituyen una población distinta de los indios americanos, tanto en sus características morfológicas como genéticas. Así mismo, las varias lenguas de los esquimales y aleutianos constituyen juntas una familia lingüística separada y diferente de todas las de los indios americanos, pero según ciertos lingüistas históricos, las lenguas esquimales y aleutianas pueden ser clasificadas con algunas de Siberia, como la chuckchee y la kamchatkan. Para terminar, las culturas nativas de estas lejanas gentes del norte constituyen una forma única de adaptación marítima al Ártico, que muestra una semejanza notable durante miles de kilómetros por el lejano margen norte de Norteamérica, desde las islas Aleutianas hasta Groenlandia y El Labrador. Así, hace mucho que los antropólogos definieron el término de «área cultural circumpolar», en la que ciertos rasgos culturales, desde tipos de calzado hasta la veneración ceremonial de los osos, se encuentran ampliamente distribuidos por toda la zona, de los sami (lapones) de Escandinavia, por toda Siberia y Norteamérica, a Groenlandia. Hoy los nativos de toda esta zona han encontrado una causa política común y han formado congresos internacionales para proteger sus derechos como pueblos indígenas en esta remota pero cada vez más importante región del mundo.

La razón para estudiar a los indios de los Estados Unidos independientemente de la otra nación norteamericana, México, parece bastante obvia. La frontera entre los dos países es quizá más discreta geográficamente que la que media entre los Estados Unidos y Canadá. Mucho más importante, las diferencias lingüísticas y culturales entre el México actual y los Estados Unidos son, en su conjunto, mucho más agudas que las existentes entre estos últimos y Canadá. Así, actualmente hay una cierta proximidad entre los nativos de Canadá y los Estados Unidos debido a una común *lingua franca,* el inglés, que no se da entre los indios estadounidenses y mexicanos. Sin embargo, esto no minimiza la importancia de los congresos interamericanos de los indios americanos en las décadas recientes. Del mismo modo, a pesar de la frontera natural del Río Grande, ha habido mucha interacción cultural

entre las dos regiones desde tiempos prehistóricos. Durante los últimos 150 años, partes de al menos dos grupos de indios estadounidenses, los kickapoos y los semínoles, se refugiaron y asentaron en México. Recíprocamente, algunos indios mexicanos, los más señalados, los yaquis, se establecieron de forma permanente en Arizona después de que el territorio hubiera sido adquirido por los Estados Unidos. Más recientemente incluso, durante los últimos 15 años más o menos, miles de indios mayas de Guatemala se han dirigido sin descanso hacia México, y varios miles de ellos finalmente se trasladaron a los Estados Unidos. Ahora estos indios mayas han establecido los que probablemente se convertirán en enclaves mayas permanentes en los Estados Unidos, especialmente en Florida y California. A pesar de estas excepciones, actualmente la frontera internacional entre México y los Estados Unidos constituye un límite cultural, así como político, más impermeable entre los indios americanos de esos dos países que el existente en el caso de los Estados Unidos y Canadá. En épocas anteriores no era ésta necesariamente la situación, especialmente al oeste del Río Grande. De aquí que haya más justificación para dedicar un volumen aparte a los indios de la actual región del suroeste de los Estados Unidos y el noroeste de México.

Durante la prehistoria no existió una frontera internacional en el Suroeste. Sin duda, las formas de gobierno aborígenes cubrieron a veces ambos lados de la línea imaginaria que ahora separa a los Estados Unidos de México. Igualmente importante, las influencias procedentes de la parte profunda del México moderno alcanzaron al árido noroeste del país, dejando a su paso huellas culturales en los pueblos nativos y en lo que ahora constituye el Suroeste Americano. Las primeras variedades primitivas de maíz domesticadas en México llegaron al norte del Río Grande antes del comienzo de la era cristiana. Los estilos del arte y la arquitectura —incluyendo los famosos juegos de pelota de los hohokam del sur de Arizona y otros elementos de la cultura material— muestran la continua influencia de las gentes del México central sobre una extensa área del noroeste de México, cruzando la actual frontera internacional y, hacia el norte, hasta Colorado. De los sitios arqueológicos del Suroeste, se han obtenido campanas vaciadas en cobre y plumas de papagayo procedentes de las civilizaciones precolombinas de México, que indican un activo intercambio entre las dos regiones. La influencia mexicana en el Suroeste, sin embargo, no se extendió mu-

cho más del natural alcance del cultivo del maíz y otras plantas, dentro de las tradiciones en las que se basaba la región. Incluso los pueblos de lenguas atabascanas del norte, que llegaron al Suroeste en el último milenio, especialmente los navajos, finalmente tomaron cierto barniz cultural de la cultura Pueblo establecida en el Suroeste, que a su vez reflejaba antiguas influencias mexicanas.

Desde el punto de vista etnológico, la situación es similar a la existente en época prehistórica. Dentro del Suroeste Americano —Arizona y Nuevo México actuales y partes de los estados adyacentes—, las culturas tenían en muchos aspectos más en común con las gentes del sur —lo que ahora es México— que con las del norte y el este. Aunque los más orientales de los pueblos del Suroeste se aventuraban hasta las Grandes Llanuras para la caza del búfalo de forma periódica, y en consecuencia mostraban influencias culturales procedentes de esa región, su hogar y sus culturas siguieron siendo esencialmente del Suroeste. Así mismo, pueblos como los pápagos y los apaches lipanes vagaban a placer por áreas que un día serían divididas por la actual frontera internacional entre México y los Estados Unidos. Resulta interesante que fueran los grupos apaches marginales quienes proporcionaran en épocas posteriores los vínculos necesarios para transmitir hacia el Norte y el Este, más allá del Suroeste, elementos culturales como montar a caballo y el uso ritual del peyote. Las dos principales familias lingüísticas encontradas allí (distintas del atabascano), el hokano y el uto-azteca, aunque su distribución alcanza más allá del Suroeste y el norte de México, muestran una concentración de lenguas que enlazan a las dos regiones en una única provincia lingüística.

Por supuesto que históricamente es justificable el estudio separado de los nativos de los actuales estados de Arizona y Nuevo México en el terreno puramente geopolítico, ya que esta zona fue controlada primero por España y luego, después de la revolución de 1820, por México, hasta 1848, cuando los Estados Unidos obtuvieron el territorio por el tratado de Guadalupe-Hidalgo. Así, técnicamente, esta región cae fuera de los objetivos de cualquier tratamiento histórico de los indios de los Estados Unidos hasta la segunda mitad del siglo XIX. Fuera de los centros hispánicos coloniales y posteriormente del control mexicano de los actuales Arizona y Nuevo México, las influencias culturales hispanas sobre los nativos fueron disminuyendo por la distancia y la creciente presencia de los angloamericanos y la cultura procedente de

los Estados Unidos. De este modo, casi todo Texas y California forman las áreas de transición cultural que invitan a la investigación en este estudio sobre los indios de las partes estadounidenses históricamente de lengua inglesa, durante los periodos anteriores a la pertenencia técnica de estos territorios a los Estados Unidos. Por el contrario, los nativos del suroeste de los Estados Unidos siguen siendo lo suficientemente diferentes —en parte debido a su larga historia de hispanización— como para justificar su exclusión de este volumen.

La justificación histórica para la exclusión de los estados del Suroeste debido a que hasta recientemente la región era formalmente parte de Hispanoamérica requiere de una explicación de por qué se incluye Florida. Después de todo, los españoles dieron nombres, exploraron y colonizaron Florida (y el golfo adyacente y las costas del Atlántico) incluso antes que el Suroeste. Además, Florida fue adquirida por los Estados Unidos sólo unas décadas antes que aquél. En contraste, sin embargo, desde los primeros tiempos coloniales, los franceses y británicos se establecieron en zonas próximas a Florida y disputaron a los españoles el control de la península. La hegemonía española y después mexicana sobre el Suroeste (y en menor extensión sobre California y Texas) permaneció largo tiempo incontestada, hasta 1830-1840, protegida por la distancia y las barreras geográficas de la expansión de las otras potencias coloniales y más tarde de los angloamericanos. Finalmente, cuando Florida se convirtió en parte de los Estados Unidos, los pueblos nativos de la antigua colonia española, como los calusas, timucuas y apalaches, se habían extinguido. Fueron reemplazados en Florida por indios americanos que inmigraron del norte angloamericano, llamados en español «cimarrones», que eran grupos separados de la Confederación India Creek, cuyo apodo acabó corrompiéndose en «semínoles».

Los Estados Unidos angloamericanos: campo de encuentro colonial

Un capítulo entero de este libro se dedicará al periodo de la exploración y colonización europea y al impacto resultante sobre los indios americanos de la región que se iba a convertir en los Estados Unidos de tradición anglosajona. Sin embargo, un bosquejo preliminar sobre la historia colonial y la primera nacional de esta amplia zona del

continente norteamericano sirve para definir más el objetivo de la presente obra.

Esa gran región de Norteamérica que se extiende desde el río San Lorenzo y los Grandes Lagos en el noreste, hasta la desembocadura del Hudson y la Bahía de Chesapeake en el este, desde la península de Florida y las costas septentrionales del Golfo de México en el sureste, desde el delta del río Misisipí por las llanuras del sur, las Montañas Rocosas y Sierra Nevada hasta la Bahía de San Francisco, y por la costa del Pacífico hasta el sistema del río Columbia y más allá hasta la zona costera de Alaska, fue el vasto campo en el que las empresas coloniales de seis naciones europeas se reunieron. Aquí, desde el siglo XVI, España, Inglaterra, Francia, los Países Bajos, Suecia y Rusia buscaron tesoros y establecieron asentamientos para el intercambio, la evangelización de los nativos, obtener ventajas militares, nuevos hogares para los disidentes políticos y la población en expansión, y el control de las potenciales riquezas del Nuevo Mundo. Hasta mediados del siglo XIX, la mayoría de estas potencias europeas y sus hijas —México, Canadá y los Estados Unidos— se comprometieron en una contienda por el núcleo de Norteamérica, que no terminaría hasta que la Compra Gadsden de 1853 y la Compra de Alaska de 1867 establecieran los actuales límites territoriales de los Estados Unidos continentales. (Se podría argumentar, por supuesto, que la guerra hispanoamericana de 1898 fue una extensión en vísperas del siglo XX de la rivalidad anglo-española por el control del Nuevo Mundo. En el siglo XVI, los corsarios ingleses acechaban los barcos españoles llenos de tesoros que navegaban a la península. Trescientos años después, los descendientes de los colonizadores ingleses del litoral atlántico surcarían los mismos mares para combatir contra España por sus últimas posesiones americanas, situadas cerca de donde todo comenzó con Colón).

Quizás incluso antes del primer viaje de Colón a las Indias Occidentales, los vascos, bretones, portugueses y otros pescadores pudieron haber estado laborando en las aguas de las costas de Terranova. Ciertamente, antes de finales del siglo XV, navegantes al servicio de Inglaterra habían empezado a explorar la región que iba a marcar los límites nororientales de los Estados Unidos. Los franceses pronto continuaron con exploraciones por encima del río San Lorenzo. Los exploradores españoles partieron del Caribe y en la segunda década del siglo XVI, habían tomado tierra en las costas de Florida. En el litoral atlántico,

también, los españoles hicieron desembarcos a principios del siglo XVI. A mediados del siglo XVI, los exploradores españoles habían recorrido todo lo que se iba a convertir en el sur de los Estados Unidos y las historias de lo que vieron y oyeron inspiraron las primeras exploraciones procedentes de México a lo que sería el Suroeste Americano y California. La búsqueda de oro y plata fue la principal motivación de aquellos primeros aventureros españoles.

Para finales del siglo XVI, también los franceses estaban intentando establecer puestos de avanzada sobre las costas atlánticas del sur, pero fueron rápidamente expulsados por España, que estableció una plaza fuerte en San Agustín, Florida, el asentamiento europeo más antiguo de Norteamérica al norte de México. Mientras tanto, los franceses y británicos estaban haciendo en el norte sus primeros intentos de asentamientos permanentes y a mediados del siglo XVII se encontraban bien establecidos a lo largo del río San Lorenzo en Quebec, en el caso de los franceses, y en las costas de Nueva Inglaterra y Virginia, en el de los ingleses. Pronto los franceses empujaron más hacia el oeste, a través de los Grandes Lagos y por el Misisipí abajo, mientras los ingleses bajaron por la costa atlántica para establecer la colonia de Carolina en Charleston y rechazar a los franceses de la costa de Georgia. Al mismo tiempo, los holandeses empezaron su próspero asentamiento de lo que sería Nueva York, y los suecos intentaron su baza en el imperio del Nuevo Mundo con lo que se convertiría en Delaware. Conduciendo la expansión de la esfera de influencia de franceses, ingleses y holandeses, estaba la contienda por otra forma de riqueza de gran demanda en la naciente economía mercantil de la Europa preocupada por la moda: pieles de castor y cueros de ciervo.

En las primeras décadas del siglo XVIII, los franceses tenían puestos avanzados en las costas septentrionales del Golfo de México en Nueva Orleans y Mobile. Los franceses de Luisiana se enlazaron con los puestos avanzados coloniales de su país por el río Misisipí arriba y extendieron su dominio por el oeste a las Montañas Rocosas, mientras España conservó todo el Suroeste, Texas y California. Pero a mediados del siglo XVIII, Inglaterra había tomado el control de los anteriores asentamientos holandeses, suecos y franceses de la costa este, y había adquirido todo Canadá al derrotar a Francia en la Guerra de los Siete Años (conocida en los Estados Unidos de manera errónea y anglocéntrica como la «Guerra Francesa e India»).

En el último cuarto del siglo XVIII, las trece colonias inglesas, de Georgia a Massachusetts, se rebelaron con éxito contra la Corona británica y crearon su propio nuevo país, los Estados Unidos, el primer estado nacional independiente del mundo derivado de Europa. Esto complicó más la contienda entre Bretaña, España y Francia, y ahora los Estados Unidos, por el control del territorio situado al oeste de los Apalaches y al sur de los Grandes Lagos. En todo esto, desde los comienzos de la colonia hasta las primeras décadas del siglo XIX, los indios americanos desde el Atlántico hasta el Misisipí y desde San Lorenzo hasta San Agustín, fueron atrapados en medio, mientras eran cortejados por las potencias europeas y los Estados Unidos para conseguir alianzas militares; competían por sus servicios como cazadores comerciales, tramperos y proveedores de esclavos; y los acosaban para rendirles más y más de sus tierras.

A finales del siglo XVIII, la competencia entre las potencias europeas estaba también surgiendo como la fuerza dominante que moldeaba las vidas de los americanos nativos del Lejano Oeste y de la costa del Pacífico. Los rusos cruzaron Siberia desde el noroeste y establecieron pesquerías, misiones y, lo que es más importante, puestos de trata de pieles en las islas Aleutianas, en Alaska y por toda la ruta hasta la Bahía de San Francisco en California, a comienzos del siglo XIX. A inicios del siglo XVIII, los españoles evangelizaron el sur de California y exploraron hacia el norte hasta Nootka Sound, en la frontera actual de los Estados Unidos con Canadá. La colonia de California nunca se extendió mucho más allá de Monterrey. Aunque la California española se dedicaba primordialmente a la producción agrícola, también acabó envuelta en el comercio de pieles del siglo XIX, principalmente de las nutrias marinas, así como en la producción comercial de cueros de ganado.

También los ingleses hicieron sus reclamaciones en la costa del Pacífico. Empezaron sus exploraciones marítimas a la zona en el siglo XVI y establecieron asentamientos permanentes en la costa de British Columbia a finales del siglo XVIII. Mientras tanto, las compañías de pieles británicas, especialmente la Compañía de la Bahía de Hudson, presionaban por tierra hacia el oeste a través del continente y finalmente establecieron puestos en el sur de Alaska. Asimismo, ya para la década de 1790 había en las Montañas Rocosas tramperos de pieles franceses y estadounidenses, los «hombres de las montañas». Después

de la compra de la Luisiana en 1803, una expedición americana fue por tierra toda la ruta hasta el Pacífico en el noroeste. Pronto siguieron incursiones por tierra de tramperos de pieles, tratantes y finalmente colonos al territorio español y después mexicano de Texas a California, que finalmente los Estados Unidos tomaron después de la derrota de México en la guerra de 1846-1848. En 1846, los Estados Unidos estaban dispuestos a ir a la guerra contra Bretaña por una disputa sobre la frontera entre Canadá y el territorio de Oregón; pero Bretaña se retiró. Y, en 1867, los Estados Unidos compraron Alaska a Rusia.

Son los dos siglos y medio de rivalidad internacional por las latitudes centrales de Norteamérica, del Atlántico al Pacífico, que se extienden entre la América británica de Canadá y las fronteras de Hispanoamérica en el suroeste, los que definen el foco de esta empresa tanto como los simples hechos geográficos.

Otros trabajos sobre los indios norteamericanos

Hay cientos de libros sobre los indios de Norteamérica. Por ejemplo, el número de títulos en la biblioteca de la Florida State University bajo el epígrafe de «Indios de Norteamérica» excede los 5.000 ejemplares, sin incluir los cientos de publicaciones gubernamentales como los boletines del Bureau of American Ethnology. Aunque México forma parte geográficamente de Norteamérica, los trabajos sobre los indios de ese país tienen su propia categoría para catalogación, «Indios de México» (es interesante y quizá revelador que los indios de Canadá, que cuentan con más de 350 títulos en esta biblioteca, se hallen inmersos bajo Indios de Norteamérica y de este modo se unan a los títulos de los indios de los Estados Unidos).

Desde los primeros tiempos coloniales, existen relaciones de viajeros, memorias, narraciones de cautivos y libros históricos generales concernientes a los nativos de Norteamérica, como los de Escalante Fontaneda, Le Page du Pratz y James Adair. Aunque éstos contienen información valiosa para reconstruir la forma de vida de los nativos encontrados por vez primera por los europeos en lo que ahora son los Estados Unidos, están coloreados por los prejuicios y las distorsiones inconscientes debidas a la asunción de la superioridad cultural de la propia gente del escritor. No obstante, el cuidado y meticulosidad con

los que algunos de estos primeros observadores registraron información sobre los pueblos iletrados de Norteamérica han dejado un valioso legado para los etnohistoriadores modernos, cualquiera que pudieran haber sido las razones del escritor para hacer sus observaciones. En el siglo XIX, historiadores de los Estados Unidos como Francis Parkman y escritores de ficción como James Fenimore Cooper asentaron «al indio» como el icono simbólico de la cultura nacional en surgimiento. Hacia fines del siglo XIX, apareció plenamente la antropología como una disciplina científica y empezaron a surgir estudios sistemáticos y técnicos sobre sociedades indias americanas específicas en gran profusión, estimulados en parte por la preocupación gubernamental acerca del «problema indio». El establecimiento del Bureau of American Ethnology y el aumento de departamentos académicos de antropología contribuyó más al crecimiento de la literatura científica sobre los indios americanos, por entonces primordialmente una especialidad de los antropólogos. Pero los trabajos populares sobre los indios americanos, especialmente los que hablaban de las guerras indias del oeste, continuaron entreteniendo a amplias audiencias.

En las décadas de 1930 y 1940, empezaron a publicarse síntesis generales y a veces semipopulares de regiones mayores, la nación y el continente como un todo. El primer *Handbook of American Indians North of Mexico* [1], un compendio de información etnológica, ya había sido compilado por el Bureau of American Ethnology durante los años 1907-1910. Un nuevo *Handbook of North American Indians* [2] se está publicando actualmente en serie, y está programada su terminación antes de finales de siglo. Además de las descripciones etnográficas de los antropólogos, las agencias gubernamentales recopilaron gran cantidad de datos sobre las condiciones demográficas, sociales, económicas, de salud y de educación en las reservaciones indias. Uno de los más brillan-

[1] F. W. Hodge, *The Handbook of American Indians North of Mexico*, vols. 1 y 2, Washington D. C., Bureau of American Etnology Bulletin, n.° 30, 1907-1910.

[2] Cuando se complete, el nuevo *Handbook of North American Indians*, publicado por la Smithsonian Institution bajo la edición general de William C. Sturtevant constará de 20 volúmenes; el último folleto que lo anunciaba mostraba sólo ocho volúmenes terminados: el noreste, la Gran Cuenca, el suroeste (dos volúmenes), California, el Subártico, el Ártico y la *History of Indian-White Relations*, publicado en 1988 (véase la bibliografía comentada de este libro).

tes comisionados estadounidenses para asuntos indios, John Collier, preparó una popular historia de los indios de las Américas, ampliamente leída [3]. Sin embargo, hasta los últimos años de la década de 1930, los antropólogos no empezaron a hacer estudios completos sobre las culturas de las reservaciones contemporáneas, en vez de concentrarse casi exclusivamente en la etnografía salvaje y en la reunión de la «memoria cultural» de ancianos informantes. También fue durante las décadas de 1940 y 1950 cuando unos cuantos historiadores profesionales, como Angie Debo y John Cotterill, empezaron a concentrarse en los detalles de la experiencia histórica de los pueblos nativos desde la llegada de los europeos.

En los años sesenta empezó a existir una variedad de libros de texto sobre la etnología de Norteamérica. Algunos, como el de Harold Driver [4], investigaban la distribución de los rasgos culturales por todo el continente. Otros, como el de Spencer y Jennings [5], proporcionan una síntesis de las culturas nativas, junto con ejemplos de casos específicos área por área. Los trabajos antropológicos posteriores, como los de Oswalt [6], Lurie y Leacock [7], y Alice Kehoe [8], combinan varios elementos tanto de acercamientos al área como de estudios de caso, pero prestan mayor atención a los patrones de cambio cultural que algunas de las anteriores síntesis etnológicas. Mientras tanto, el compromiso antropológico de mucho tiempo para producir estudios técnicos de las sociedades y culturas indias norteamericanas en monografías, libros y artículos en periódicos sin cuento, continuó, incluyendo la vida en los modernos centros urbanos. Tampoco debe pasarse por alto la continua corriente de investigación arqueológica sobre el pasado de los indios americanos.

[3] J. Collier, *The Indian of the Americas*, Nueva York, W. W. Norton, 1987.

[4] H. E. Driver, *Indians of North America*, Chicago, University of Chicago Press, 1961 (edición revisada, 1969).

[5] R. F. Spencer, J. D. Jennings *et. al., The Native Americans: Prehistory and Ethnology of the North American Indians*, Nueva York, Harper & Row, 1965 (2.ª ed. 1977).

[6] W. H. Oswalt, *This Land was Theirs: A Study of North American Indians*, 1978 (4.ª ed., 1988).

[7] E. B. Leacock y N. O. Lurie (eds.), *North American Indians in Historical Perspective*, Nueva York, Random House, 1971.

[8] A. B. Kehoe, *North American Indians: A Comprehensive Account*, Eglewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1981.

El malestar cultural generalizado en los Estados Unidos durante los años sesenta hizo surgir un renovado interés por los indios americanos. En un sentido, la contracultura «redescubrió» algunos de los libros semipopulares sobre los indios americanos que databan de los años treinta, especialmente aquéllos con tendencias místicas, como *Black Elk Speaks* [9], y apareció una ávida audiencia para interpretaciones tan dudosas de la vida espiritual de los indios americanos como *The Teachings of Don Juan* [10]. Debido al evidente interés por sus culturas nativas, cada vez más indios americanos comenzaron a publicar libros sobre su gente, incluyendo los trabajos de N. Scott Momaday y Vine Deloria, Jr. Sin embargo, esto no constituía una tradición literaria totalmente nueva. En 1902, el médico sioux Charles Eastman había publicado *Indian Boyhood* [11]. También en la década de los sesenta, hubo más historiadores que observaron de manera más crítica el avance de la frontera americana y que produjeron historias «revisionistas» de, por ejemplo, la era jaksoniana, con el traslado a la fuerza de los indios del sur.

En la postguerra de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la continua corriente de antropólogos hacia los estudios sobre los indios americanos, muchos más de los estadounidenses desviaron su atención hacia África, América Latina, Oceanía y otras comunidades estadounidenses distintas de las indias. Casi como para llenar el vacío, los historiadores académicos crearon en los años ochenta un nuevo campo completo de historia india, que combinaba la investigación documental con los resultados de anteriores trabajos etnológicos, en un intento de entender mejor la interacción de los euroamericanos, afroamericanos y los pueblos nativos como un complejo sistema social en el desplegado de la historia nacional. Estos historiadores tratan de proporcionar un contrapeso a la orientación etnocéntrica y nacionalista de las historias anteriores, intentando captar la perspectiva nativa para ver cómo fue la historia desde su punto de vista.

[9] J. G. Neihardt, *Black Elk Speaks, Being the Life Story of a Holy Man of the Oglala Sioux*, Nueva York, William Morrow, 1932.

[10] C. Castañeda, *The Teachings of Don Juan: A Yaqui Way of Knowledge*, University of California Press, 1968.

[11] C. A. Eastman, *Indian Boyhood*, McClure, Phillips & Company, 1902 (Nueva York, Dover Publications, Inc., 1971).

Este florecimiento de los estudios sobre los indios americanos entre los historiadores, ha servido como un útil antídoto contra las algunas veces planas y sobregeneralizadas descripciones etnográficas presentadas por los antropólogos de épocas anteriores. No obstante, frecuentemente, cuando los historiadores y otros humanistas escriben sobre los indios, tienden a imponer cierta clase de teoría occidentalista, individualista, voluntarista y de «gran hombre» a los datos históricos y, con algunas notables excepciones, se preocupan de los periodos colonial, de frontera y anteriores a las reservaciones. Demasiado a menudo parece que el resultado de estas tendencias es, irónicamente, volver a encasillar a los indios como otro icono de la empresa humanística por capturar el espíritu y la tendencia del desarrollo de una casi mística cultura nacional americana. Desafortunadamente, tal esfuerzo desvía la atención de las continuas luchas por la vida de los indios americanos.

De este modo, el nuevo campo de la historia india, a pesar de sus inseguros adornos de confesada simpatía por «el punto de vista indio», parece demasiado a menudo formar parte de un reaccionario movimiento filosófico en marcha entre los estudiosos estadounidenses (que incluye a muchos antropólogos). Tal movimiento «posmodernista» y los relacionados con él se desvían de la búsqueda de un verdadero conocimiento científico de la naturaleza humana, tanto cultural como genéticamente. Sustituta de los rigores del método científico es la lectura de los hechos humanos que últimamente derivan de la exégesis teológica occidentalista y del criticismo literario, la falacia etnocentrista de los últimos tiempos. Este acercamiento seduce por su postura de extremo relativismo y su apelación intelectual snob, haciendo la experiencia de las gentes oprimidas aceptable en las instituciones de élite de la «alta cultura» occidental y reafirmando que hombres y mujeres hacen su propio destino libre por tradición, herencia social y circunstancias materiales.

Este libro desea, en parte, contrapesar la reciente tendencia excesivamente celosa de humanizar a «los indios» en la historia estadounidense, a costa de un entendimiento antropológico de las mayores fuerzas que dieron forma a lo que pasó con los nativos. Se espera poder cumplir el objetivo mediante la aplicación de un marco científico mental más a la antigua usanza para los materiales etnohistóricos, así como para los datos etnológicos y arqueológicos, con el fin de lograr

el conocimiento de los pueblos nativos, desde los comienzos hasta el presente, de la parte históricamente anglófona de los Estados Unidos.

Dados el volumen de las sociedades nativas implicadas, los milenios a cubrir y la complejidad de los acontecimientos precipitados por la llegada de los europeos, este trabajo forzosamente se inspira fuertemente en las síntesis previamente publicadas por antropólogos, arqueólogos, historiadores y otros. En la investigación de amplios patrones de cambio cultural, los detalles arqueológicos, etnográficos e históricos se presentan de modo ilustrativo, en vez de intentar un inventario global o una nueva síntesis. Aunque este libro participa de las aproximaciones de muchos otros trabajos anteriores sobre los indios norteamericanos, es único en su específico ámbito geográfico. No obstante, comparte con varias investigaciones antropológicas más recientes su ámbito temporal. Para los primeros periodos será necesario pasar de los límites geográficos establecidos para entender el desarrollo de los indios de tradición anglosajona estadounidenses.

Conceptos y terminología

A lo largo de todo el libro, los términos, conceptos e ideas serán definidos y explicados, cuando sea necesario, en el curso de la presentación del material descriptivo. Sin embargo, ciertos conceptos necesitan ser explicados desde el principio.

Historia es, en su sentido más amplio, los acontecimientos del pasado. El término no se restringe a los hechos humanos. Los científicos frecuentemente hablan de la historia de la vida, de la historia del planeta y así sucesivamente. Aquí historia se usa en su sentido genérico para explicar la más amplia perspectiva de los desarrollos de los indios americanos. Historia también tiene un significado más restringido en la erudición occidental, a saber, los registros escritos de lo que ha ocurrido en el pasado o, más recientemente, los registros hablados conservados electrónicamente —historia oral— del pasado. Tal constreñimiento sobre el pasado humano es, por supuesto, muy limitante, debido a lo reciente del desarrollo de los sistemas de escritura, al muy constreñido alcance de las actividades humanas sobre las que se han hecho registros escritos y a la ausencia de sistemas de escritura en vastas áreas del mundo hasta después de comienzos de la era de la exploración en

el siglo xv. En América, los sistemas de escritura nativos sólo fueron desarrollados en los estados civilizados de Mesoamérica. Algunos de ellos, como el azteca, era de tipo pictográfico rudimentario. Las escrituras mayas precolombinas están empezando a ser descifradas ahora, pero incluso éstas no prometen más que una pequeña ventana hacia la historia militar y política de la élite, como es el caso de las más antiguas escrituras procedentes de las civilizaciones del Viejo Mundo. En este libro se hace un esfuerzo por evitar restringir demasiado estrechamente el término historia.

Para esas primeras eras para las que no hay registros escritos y el conocimiento se basa únicamente en la investigación arqueológica, se utilizará el término convencional de *prehistoria* sin ninguna asunción evaluativa acerca de los acontecimientos y actividades de los nativos americanos registrados en escritura y de los que no lo están. La *prehistoria* se refiere, así, a aquellos periodos de la historia, en sentido genérico, acerca de los que no existen registros escritos. El término especializado de *protohistoria,* al menos como es usado en la arqueología americana, hace referencia a aquellos estadios tardíos de la era prehistórica, que varían en tiempo absoluto de región a región, donde los datos arqueológicos contienen evidencia o al menos contacto indirecto con los europeos, por ejemplo, artefactos de hierro o vidrio, pero antes de la primera evidencia escrita de la presencia real europea en el área.

Otro factor que complica el entendimiento del pasado ha sido la convención metodológica del presente etnográfico, adoptada por generaciones anteriores de antropólogos. Al reconocer que las costumbres y prácticas de los nativos fueron radicalmente alteradas por la prolongada interacción con los europeos y los euroamericanos, con el interés de documentar la variedad de posibilidades humanas, los antropólogos trataron de describir los modos de vida de los indios americanos en el momento anterior al rápido cambio que resultó del contacto extranjero. Para llegar a tales descripciones, los primeros antropólogos se fiaron de los primeros registros escritos y de su propio trabajo de campo, usando ancianos informantes, y de observaciones directas de prácticas sobrevivientes desde tiempos antiguos. En sus relatos, que estos primeros etnógrafos tendían a ver como documentación de otra «especie» de cultura, escribían en presente.

El presente etnográfico es una ficción útil para ciertos propósitos científicos, pero su uso en presentaciones populares ha llevado a malos

entendidos. Primero, se puede tomar demasiado fácilmente el presente etnográfico para significar las condiciones *aborígenes* de la sociedad india americana. Aborigen significa lo que no ha sido alterado por influencias extranjeras, o al menos en el caso de los americanos, alterado por influencias transatlánticas. Para auténticas condiciones aborígenes, uno debería fiarse de las pruebas de la arqueología. La sola presencia de registros escritos (fuera de Mesoamérica) significa *ipso facto* que ya ha habido perturbación. Incluso en arqueología, se debe tener gran cuidado en describir lo auténticamente aborigen. Como caso al respecto, se necesita sólo observar que el modo de vida de los jinetes nómadas de las Grandes Llanuras, el fundamento del arquetípico estereotipo de los indios de Norteamérica, llegó a ser así sólo después de la reintroducción de los caballos por los españoles. Segundo, el presente etnográfico tiende a establecer un particular tipo de cultura como la pauta para la autenticidad, la «real» cultura india. Al mismo tiempo, el presente etnográfico puede tender a reforzar la ilusión de inmovilismo en las sociedades indias antes de la llegada de los europeos. Los modos de vida de los indios americanos, al momento de los primeros contactos europeos, eran el resultado de miles de años de lento pero inexorable cambio cultural. Finalmente, el uso del presente etnográfico en resúmenes generales de los pueblos nativos del continente completo puede distorsionar el tiempo real. Por ejemplo, muchos de los nativos de Nueva Inglaterra habían sido completamente devastados, cristianizados y europeizados (cuando no exterminados) antes de que la clásica cultura del caballo de las llanuras se hubiera siquiera desarrollado, o antes de que las regiones del Lejano Oeste y el interior de Alaska hubieran recibido su primera visita blanca. Todavía, a veces, por propósitos heurísticos, los antropólogos explican las culturas del «presente etnográfico» como si todas ellas hubieran coexistido en el «tiempo real».

El presente etnográfico es equivalente aproximadamente a lo que Nancy Lurie llama *cultura-contacto tradicional* [12]. Como ella lo describe, son los tipos de adaptaciones culturales en los que un nativo se benefició de ciertos elementos de la tecnología europea, por ejemplo, armas de fuego, caballos, herramientas de hierro, pero permaneció política-

[12] N. O. Lurie, «The Contemporary American Indian Scene», en *North American Indians in Historical Perspective, op. cit.*, pp. 418-480.

mente independiente y conservó aún un grado de autosuficiencia económica. La cultura-contacto tradicional se convierte en una especie de punto de referencia, de «edad de oro», para muchas de las interpretaciones contemporáneas del pasado indio hechas por románticos no indios y algunos de ellos mismos. *Cultura tradicional* es un concepto algo más general que, de forma creciente, puede ser entendido para los indios americanos, así como para muchos otros, como las costumbres y creencias asociadas con un modo de vida que existía antes del transporte rápido, la producción industrial, la comunicación de masas y el frecuente movimiento de gente a/y de las ciudades y alrededor del mundo. Así, algunos elementos de lo que se piensa como cultura tradicional de algunos grupos de indios americanos, por ejemplo, ciertas clases de danzas sociales, nacieron de la primera experiencia de la reservación.

El término *cultura* como es usado aquí se refiere al concepto antropológico en su sentido específico. Esto es, la herencia total del comportamiento y creencias aprendidos socialmente característicos de un grupo de gente, en distinción tanto de las características humanas completamente bajo control genético, como de las invenciones que son simplemente idiosincráticas (tan pronto como una persona copia la invención de otra, sin embargo, se está haciendo un rasgo cultural). La cultura, en este sentido, incluye no sólo los valores, la religión, las artes, la filosofía y las orientaciones psicológicas de un pueblo, sino también sus más ordinarias rutinas de interacción social, sus instituciones políticas y legales, sus sistemas económicos, sus mayores máquinas y sus más humildes herramientas manuales. Como es entendida aquí, la cultura se refiere al repertorio total de pensamiento y conducta socialmente aprendido, por los cuales los miembros de un grupo tratan de entender e interactuar con su entorno —que incluye a los grupos vecinos— para sobrevivir y reproducirse.

Adaptación, como se usa aquí, deriva del concepto de la biología. Así, es el concepto biológico de la adaptación genética el esencial para entender la supervivencia de los indios americanos, expuestos a las enfermedades exóticas introducidas por los europeos. Más a menudo, en este libro, la adaptación se referirá a la de tipo cultural. Por ella se entiende adiciones, supresiones y sustituciones en el repertorio cultural de un grupo —por ejemplo, armas de fuego por arcos y flechas, procedimientos parlamentarios por consejos consensuados, santos patronos

por espíritus guardianes— que producen el efecto de intensificar su supervivencia como una unidad. Las fuentes de los nuevos rasgos culturales son la creatividad individual y la *difusión.* Por difusión se entiende los procesos por los que una idea, una técnica, etc., inventadas en una sociedad, son comunicadas a las sociedades vecinas a través de la interacción social.

La *aculturación* se produce cuando dos grupos están en contacto prolongado mutuamente y haya muchos casos de difusión —usualmente más de una dirección que de la otra. La aculturación no debe ser confundida con la *asimilación,* ya que esta última se refiere a la incorporación de individuos o grupos a otro extraño, hasta el punto de desaparecer su identidad social separada. Es difícil imaginar una situación de asimilación sin aculturación, pero ésta no significa necesariamente asimilación, como lo evidencian las muchas pequeñas comunidades de indios del este de Norteamérica, que sobrevivieron como enclaves étnicos diferenciados, a pesar de la aculturación masiva.

Llegados aquí, la explicación requiere plantear qué constituye una sociedad de indios americanos. Tradicionalmente, el término *tribu* ha sido el más usado comúnmente al tratar de las sociedades indias americanas. «Tribu» será el término más usual también en todo este libro, cuando se necesite uno de carácter general. Debe entenderse, sin embargo, que «tribu» tiene un significado más preciso en antropología. Las tribus están en un nivel de complejidad política que las sitúa como una categoría entre los grupos de seguidores de un cabecilla elegido informalmente, que están organizados de manera más imprecisa, llamados «bandas», y las comunidades asentadas que deben obediencia a un líder fuerte, usualmente de carácter parcialmente hereditario, llamadas «cacicazgos». La mala interpretación de las distintas formas y niveles de complejidad de las agrupaciones políticas nativas, en contraste con los sistemas estatales centralizados de los europeos, fue durante mucho tiempo una fuente de dificultad para la interacción entre europeos e indios.

El problema de la definición de «tribu» es más complicado en los Estados Unidos, al implicar al cuerpo de la ley federal, que define y delimita a éstas como entidades gubernamentales, distinguiéndolas de los estados y los municipios, con quienes el gobierno federal tiene relaciones directas y por las que los miembros de las tribus disfrutan de ciertos derechos bajo la Constitución. Así, algunos analistas argumen-

tan que el concepto de «tribu» es una creación de la diplomacia europea, para tratar de simplificar el complejo ordenamiento de tipos de sistemas políticos entre las gentes que carecían de estados centralizados o incluso de fuertes cacicazgos.

Para evitar lo intrincado de las discusiones teóricas sobre el concepto de «tribu» como forma política, muchos antropólogos modernos recurren a términos genéricos como unidades étnicas, sociedad y comunidad, para referirse a un grupo de indios americanos que hablan la misma lengua, comparten una misma herencia social, reconocen un territorio base común y (ordinariamente) no se hacen la guerra mutuamente. Incluso aquí, sin embargo, hay muchas complicaciones. Por ejemplo, la famosa confederación iroquesa tenía muchas características sociológicas y económicas comunes entre sus cinco y después seis tribus miembros y es a menudo pregonada como la combinación política más sofisticada y de más éxito entre todas las tribus indias de Angloamérica. Además, las tribus que la formaban hablaban lenguas diferentes, aunque estrechamente relacionadas, y evidenciaban una variación considerable en sus costumbres sociales. Por el contrario, los pueblos ojibwas (chippewas) de los Grandes Lagos superiores, mostraban un evidente grado de homogeneidad lingüística sobre una extensa área, que incluía incluso a los ottawas de Michigan, étnicamente distintos, y muchas semejanzas de religión y mitología, aun en tiempos en que los ojibwas desarrollaron muchas diferentes economías y se organizaron en docenas de bandas independientes y aldeas. Esto es suficiente para decir que definir las unidades para analizar en una investigación sobre los indios americanos resulta difícil, especialmente porque las fronteras sociales estaban en cambio constante en el tiempo.

Este punto es el indicado para una palabra sobre la nomenclatura étnica. La expresión «americanos nativos» disfruta actualmente de popularidad como el término «políticamente correcto» para los descendientes de los primeros habitantes de América. Su popularidad descansa en su conveniencia para referirse de modo colectivo a los esquimales, aleutianos e indios; en su consistencia con otra nomenclatura étnica de los Estados Unidos, como irlandoamericano y afroamericano; y en que salva la errónea duplicidad que Colón creó al llamar a los nativos de La Española «indios». Sin embargo, «americanos nativos» introduce una nueva fuente de ambigüedad, debido a la categoría demográfica de americano nativo de cualquier origen étnico, como

opuesta a «nacido extranjero». Aún más, este término está lejos de encontrar aceptación universal entre la gente así designada. Finalmente, la consonancia en inglés de americanos nativos con otros «americanos compuestos» tiende a suprimir importantes distinciones legales entre los indios y todas las demás gentes —razas, nacionalidades, grupos étnicos— de los Estados Unidos.

Más comúnmente, en la experiencia de este autor, los «americanos nativos» prefieren las designaciones tribales específicas —indio creek, indio sioux, indio oneida, etc.— o el más antiguo término general «indio americano», o incluso y quizás más usualmente, simplemente «indio». Por variedad literaria y donde es peculiarmente apropiado, es usado ocasionalmente en este libro «americano nativo», pero habitualmente se prefiere las expresiones «indio americano» o «indio». En contraste, se utiliza una variedad de términos para designar a los inmigrantes del Viejo Mundo y a sus descendientes, que incluyen europeo, euroamericano, africanos, afroamericanos, blancos, negros y el término más a menudo usado por los mismos indios para referirse a las demás gentes, «no indio». Este último es saboreado por algunos por su descarado etnocentrismo invertido, al amontonar juntos a todos los que no son indios americanos. El término «americano» será la mayoría de las veces usado en referencia a los nativos nacidos en las colonias inglesas que se convertirían en los Estados Unidos, descendientes de europeos. Las tribus específicas y los agrupamientos tribales serán la mayoría de las veces mencionadas por los términos usados en la literatura etnológica, aunque las propias designaciones que los grupos tienen para ellos mismos son a menudo muy diferentes de los aplicados por los de fuera, por ejemplo, *anishinabe* en vez de chippewa, *apsaroka* en lugar de cuervo, *tsalagi* por cherokee, *muskogee* en vez de creek y así en adelante. Para periodos tardíos, a veces es necesario hacer designaciones más sutiles, que derivan del lugar o la identidad de la reservación, como en los oneidas wisconsin, los cherokee orientales, los sioux standing rock, etc.

El concepto de *área cultural* mitiga parcialmente las dificultades de llegar a una exitosa definición y designación de las unidades sociales y culturales entre los indios americanos en el periodo anterior a las reservaciones. Aunque el concepto será discutido con mayor detalle en el capítulo IV, una breve introducción aquí facilitará el entendimiento de los capítulos II y III. Dado que la cultura es un mecanismo adaptativo

y que las innovaciones pueden ser trasplantadas de un grupo a otro mediante la difusión (muy diferente de la imposibilidad de transmitir genes de una especie a otra), las sociedades que ocupan un particular entorno tienden a tener culturas similares. Esto es especialmente así para las sociedades con un nivel común de complejidad tecnológica. Aunque las áreas culturales son más obvias y agudamente delineadas por los elementos de la tecnología y las técnicas de subsistencia, las esferas sociológicas religiosa y artística pueden ser abarcadas con éxito bajo el concepto de área cultural, debido al modo en que los diversos elementos de la cultura de una sociedad deben ajustarse como un sistema para la supervivencia.

Los indios en la población actual de los Estados Unidos

En el próximo capítulo, la historia comienza con la información arqueológica sobre los antepasados físicos y culturales de todos los que ahora son conocidos como indios americanos. Desde allí rastrearemos el desarrollo, crecimiento, declinación, aculturación y supervivencia de los conocidos como «americanos nativos», «indios americanos» o «indios» en los Estados Unidos contemporáneos, con especial énfasis en los de fuera del Suroeste. Sin embargo, antes de embarcarnos en este trayecto intelectual, es provechoso tener como guía un perfil demográfico de los indios americanos en los Estados Unidos hoy. La población de éstos en el siglo xx se explicará con considerable detalle en el capítulo final, pero por el momento será suficiente una especie de instantánea demográfica para mostrar al lector dónde se dirige la exposición.

A pesar de la masiva despoblación de los indios americanos desde los primeros contactos blancos en adelante durante siglos, para el siglo xx, la población india de los Estados Unidos había comenzado a aumentar. De acuerdo con los informes preliminares del censo de 1990, hay 1.959.234 indios, esquimales y aleutianos en todos los Estados Unidos [13]. En los estados que constituyen el foco de este estudio, la población de americanos nativos suma un total de 1.621.352. Compa-

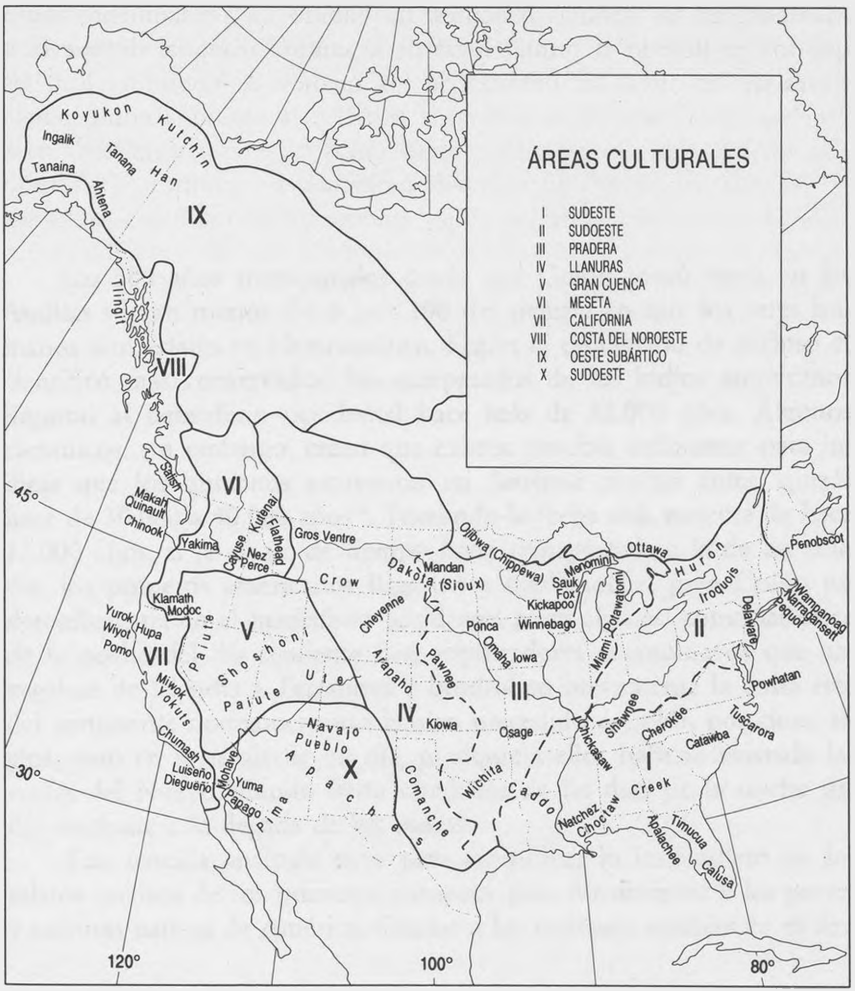
[13] U. S. Census Bureau, *Press Release CB91-100*, p. 3, Department of Commerce, Washington, D.C., abril de 1991.

rando, el total de la población estadounidense de todas las razas en 1990 era de 248.709.873 personas y el de los demás Estados que no son los tradicionalmente hispanos, por ejemplo menos Arizona y Nuevo México, era de 243.529576 personas. Se reportó la población india de todos esos estados, más el distrito de Columbia, distribuyéndose desde los menores, D.C. y Vermont, con 1.466 y 1.951 personas respectivamente, hasta los mayores (con la exclusión de Alaska, donde muchos de los contados eran esquimales), Oklahoma y el estado de Washington, que alcanzaban un total de 252.420 y 81.483 personas respectivamente. Treinta y ocho de los estados de tradición anglosajona contienen al menos una reservación india dentro de sus límites. Los estados «hispanos» de Arizona y Nuevo México juntos suman el 17 por 100 del total de la población estadounidense de indios, esquimales y aleutianos.

La población total de americanos nativos del censo estadounidense de 1990, cercana a los dos millones, muestra una recuperación evidente desde el punto demográfico más bajo de menos de 250.000 personas, alcanzado alrededor de hace 100 años. Existen razones para creer, sin embargo, que las cifras de este censo para los americanos nativos están bastante infladas, ya que la condición racial se establece por propia identificación y hay ciertos incentivos sociales, para la gente con pocos o no demostrables antecedentes indios, que la hace declararse como india. Incluso así, las propias cifras de la oficina estadounidense para Asuntos Indios [14] sobre la población de los indios que viven dentro o cerca de las reservaciones tribales oficialmente reconocidas, bajo la protección y servicios del gobierno federal, muestran un total de 861.570 personas en enero de 1987. De este total, 580.901 o el 67 por 100 eran de las reservaciones o sus alrededores de fuera de Arizona y Nuevo México, incluyendo 191.981 personas de las áreas históricas indias de Oklahoma, donde no existen reservaciones en el sentido técnico del nombre. Sin embargo, estas cifras no incluyen muchos indios tribales que actualmente viven fuera de las reservaciones en pueblos y ciudades, una cifra que para algunas tribus puede ser tan elevada o más que la de la reservación en cualquier tiempo dado. Cualquiera que sea el caso, los indios americanos han sobrevivido.

[14] U.S. Bureau of Indian Affairs, *Indian Service Population and Labor Force Estimates*, Washington D.C., Department of the Interior, enero de 1987.

Aunque según todos los recuentos, los indios americanos han tenido una evidente recuperación demográfica en el siglo xx, constituyen menos del 1 por 100 de la población total actual. Sin embargo, su importancia en la historia nacional de los Estados Unidos fue profunda. Más aún, en las décadas recientes, ha habido un renacimiento indio que los ha llevado al primer lugar de la cultura nacional de nuevo, a través de las artes, las noticias de los medios de comunicación, las pruebas en la corte de la soberanía tribal, y la continua competencia con los no indios por ventajas económicas, fuentes naturales y tierra en las volátiles circunstancias medioambientales y políticas del último siglo xx. La influencia de los indios americanos en los Estados Unidos excede con mucho de lo que podría esperarse por sólo su número. En los capítulos que siguen intento mostrar por qué.



Áreas de cultura nativa y localización de las tribus elegidas y los grupos tribales durante el «Presente etnográfico» en el área actual de los Estados Unidos de América (según Driver, 1961).

Capítulo II

LOS PRIMEROS AMERICANOS Y LA PREHISTORIA

Los 500 años transcurridos desde que Colón tomó tierra en las Antillas suman menos del 5 por 100 del tiempo en que los seres humanos han estado en Norteamérica. Según la estimación de incluso el científico más conservador, los antepasados de los indios americanos llegaron al hemisferio occidental hace más de 12.000 años. Algunos científicos, sin embargo, creen que existen pruebas suficientes para indicar que los humanos estuvieron en América mucho antes, quizás hace de 30.000 a 40.000 años [1]. Tomando la fecha más reciente de hace 12.000 años, si la escala de tiempo fuera transportada a la de un solo día, los primeros americanos llegarían a medianoche, pero Colón no desembarcaría en el hemisferio occidental hasta algo así como las once de la noche del día siguiente. Los exploradores escandinavos que navegaban de Islandia a Terranova y bordeaban brevemente la costa este del continente norteamericano habían precedido a Colón por cinco siglos, pero en la escala de un día, ni siquiera ellos habrían avistado las costas del Nuevo Mundo hasta alrededor de las diez de la noche del día siguiente a la llegada de los indios.

Tan sencilla analogía sirve para escenificar lo incompleto de los relatos escritos de los primeros europeos para documentar a las gentes y culturas nativas de América. Gracias a los recientes avances en el des-

[1] T. D. Dillehay, «The Great Debate on the First Americans», en *Anthropology Today*, 7, n.° 4 (1991), pp. 12-13. Véase también una serie de 14 partes sobre «The First Americans» en la revista *Natural History* de noviembre de 1986 a febrero de 1988, publicado por el American Musehum of Natural History de Nueva York.

ciframiento de los glifos mayas, los registros escritos para esa pequeña parte de América donde gobernaban éstos se han retrotraído a alrededor del año 500 de nuestra era. Por otra parte, antes de la llegada de los europeos, la comprensión del desarrollo cultural en América depende completamente de la arqueología, como, de hecho, es el caso del resto del mundo hasta que los primeros sistemas de escritura fueron inventados en Mesopotamia, hace alrededor de 5.000 años. La escala de un día con 24 horas, también sirve para recordarnos que las culturas «de las once» que se encontraron los europeos, eran simplemente las últimas en los desarrollos que abarcaban las 23 horas anteriores. Durante los más de 11.000 años de historia americana antes del primer viaje de Colón al Nuevo Mundo, alrededor de 400 generaciones de pueblos habían vivido y muerto, habían explorado y se habían adaptado a todo medio ambiente habitable de América.

Lo reciente de la presencia europea en América, comparada con la de los americanos nativos, también debe ser comprendida en una escala de la historia humana aún mayor, para entender completamente los orígenes de las culturas de los indios americanos. Incluso si los primeros humanos llegaron a Norteamérica hace 40.000 años, habrían sido ya tipos físicamente modernos por entero, puesto que el *Homo sapiens* se había establecido para entonces como el único tipo humano por toda África, Europa y Asia. Asimismo, siguiendo la primera tosca manufactura de herramientas de piedra de los primeros homínidos en las llanuras del este africano, de hace aproximadamente dos millones de años, se habían respirado cientos de miles de años de evolución cultural antes de que los primeros americanos llegaran. De hecho, los comienzos de la última fase del Paleolítico, en Europa y Asia occidental, ya estaban avanzando desde hacía 40.000 años. Así, en un sentido, la vasta mayoría de la historia de los indios americanos tuvo lugar en esa gran masa continua de tierra de África, Asia y Europa (continua hasta que se construyó el Canal de Suez en 1869), lo mismo que toda la humana de todas partes. Durante ciertos periodos de los más de dos millones de años de la historia humana, las pruebas geológicas muestran que también América estaba unida a la triple masa continental del Viejo Mundo. Y allí dentro yace la clave del rompecabezas del origen de los indios americanos.

Los orígenes

A pesar de lo que los científicos modernos puedan revelar acerca del origen de los indios americanos, es importante reconocer que las tradiciones orales de éstos contienen, de forma colectiva, cientos de relatos sobre sus orígenes (a veces más de uno para la misma «tribu»). En la mitología sagrada y el folklore, los antepasados de los indios americanos habían desarrollado y pasado a las generaciones sucesivas ortodoxas explicaciones de sus orígenes tribales: ascendiendo de un mundo subterráneo, descendiendo del cielo, emergiendo de debajo de un gran montículo, surgiendo de un lago primordial, y así sucesivamente. Como para todos los pueblos de todas partes, estos mitos sirven para reafirmar el orden moral de la sociedad y a menudo para denegar la posición humana completa a todos menos a los miembros de la propia tribu. Los arqueólogos y antropólogos a veces olvidan que, desde el punto de vista de las tradiciones sagradas de los indios americanos, la explicación científica de sus orígenes no es más aceptable para los que todavía creen en las tradiciones tribales que lo es la biología evolutiva para los que creen en la verdad literal del Libro del Génesis en las tradiciones judeo-cristianas e islámicas. De hecho, cuando los europeos supieron de la existencia de las gentes de su «Nuevo Mundo», uno de los problemas intelectuales a ser resuelto era de qué modo encajar a estos extraños en la visión bíblica del mundo que dominaba el pensamiento oficial europeo de los siglos XVI y XVII. Aquí había pueblos y tribus, ciudades e imperios, cuyos orígenes no eran inmediatamente evidentes a partir de la Sagrada Biblia.

Se han avanzado muchas caprichosas teorías para justificar el origen de los americanos nativos. Una fue declarar que estos aborígenes eran literalmente «hijos del diablo», descendientes de la casta de Lucifer, arrojados del cielo por Dios, o poco menos que animales, desprovistos de alma, justificando así pulcramente matarlos y expropiarles sus tierras. Otra visión más humana, sin embargo, mantenía que no importaba cuán lejos los nativos de estas nuevas tierras pudieran haber caído del auténtico conocimiento de Dios, ya que eran seres humanos con alma después de todo, que podían ser salvados, incluso si sus orígenes no estaban completamente explicados en las escrituras. De hecho, ya en 1576 los teólogos habían encontrado un modo de conciliar el hecho obvio de la existencia de los indios con los escritos bíblicos:

estas gentes morenas eran los descendientes de las tribus perdidas de Israel, que habían navegado de algún modo a través del vasto Atlántico siglos antes y habían desembarcado en América [2]. La teoría de las «tribus perdidas de Israel» fue muy popular durante siglos. Realmente, ésta tenía cierto atractivo para los de mente más liberal, ya que situaba de lleno a los nativos americanos en la familia del género humano y dentro de la línea principal de la tradición judeo-cristiana, concediéndoles así una plena posición como seres humanos, merecedores de tratamiento justo y recto. A comienzos del siglo XIX, la teoría de las tribus perdidas de Israel alcanzó su forma más elaborada en el libro de los mormones, por el que se convirtió en un artículo de fe para las mayores sectas cristianas del Nuevo Mundo, la Iglesia de Jesucristo de los Santos del Último Día.

Durante los siglos posteriores al contacto europeo, muchos otros lugares, además de Israel del Antiguo Testamento, han sido propuestos como cuna original de los indios americanos. El continente perdido de la Atlántida, de los escritos clásicos de las civilizaciones mediterráneas, ha tenido popularidad intermitente desde los primeros tiempos coloniales. Junto a la Atlántida, como una posible antigua tierra natal de los indios, estaba el continente perdido de Mu, en la cuenca pacífica. Más allá de estas legendarias tierras, los hombres de letras y revolucionarios intelectuales en potencia, han propuesto todo tipo de pueblos del Viejo Mundo como antepasados —completos o en parte— de los indios americanos, que han incluido a los egipcios, los fenicios, los antiguos celtas, los romanos, los galeses y los polinesios. Más recientemente, tales teorías han pasado de pretender explicar los orígenes físicos de los indios americanos a ocuparse de los orígenes de los logros culturales más sorprendentes de las gentes del Nuevo Mundo. Así, los orígenes de la agricultura, la arquitectura monumental, el sistema calendárico y mucho más de las espectaculares civilizaciones precolombinas de América son explicadas declarando que las llamadas gentes más avanzadas navegaron desde África por el Atlántico o desde Asia y Polinesia por el Pacífico, para enseñar las artes de las culturas superiores a los rudos salvajes de las Américas. Implícita en tales teorías, por

[2] H. J. Kupferer, *Ancient Drums, Other Moccasins: Native North American Cultural Adaptations*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1988, p. 2.

supuesto, está la asunción más bien racista de que los antepasados de los indios americanos fueron incapaces de inventar por ellos mismos lo que las gentes del Viejo Mundo habían podido producir sin ayuda de influencias externas (las teorías de visitantes procedentes del espacio exterior son tan patentemente absurdas que se rechazan aquí, ya que ni siquiera merecen crítica). Tales teorías de viajes transoceánicos para «explicar» las culturas de los indios americanos parecen continuar sin disminución en la actualidad. Una de las más recientes e interesantes en alumbrar el incrementado orgullo étnico de los afroamericanos de los Estados Unidos es la idea de que los negros de África navegaron a América siglos antes que Colón y enseñaron a los nativos las artes de la agricultura y la civilización. Existe alguna prueba botánica de contactos transpacíficos precolombinos con las Américas, en milenios muy recientes y los arqueólogos serios continúan abiertos a la posibilidad de otros contactos similares. Está claro ahora, sin embargo, que los elementos esenciales de las culturas del Nuevo Mundo —incluyendo las complejas civilizaciones de Mesoamérica— fueron desarrollos indígenas que surgieron «naturalmente», mediante procesos de evolución cultural, básicamente lo mismo que había ocurrido en el Viejo Mundo. Ya no se requiere de viajes oceánicos efectuados por pueblos del Viejo Mundo para explicar el desarrollo de las culturas del Nuevo Mundo, ni para explicar los orígenes físicos de los mismos indios.

Los orígenes raciales de los indios americanos

Después de que el explorador ruso Vitus Bering había descubierto en 1741 lo cercanas que se encontraban Siberia y Alaska, algunos estudiosos de finales del siglo XVIII estaban ya empezando a convencerse de que los antepasados de los indios americanos habían venido de la lejana Asia oriental, andando, si no todo, la mayoría del camino. La idea de que los indios y los esquimales habían venido de Asia oriental cuadraba bien incluso con la más desenfadada observación de que en sus características físicas los nativos del Nuevo Mundo se parecían más a las gentes del llamado tronco mongoloide. Aunque las poblaciones nativas de Norte y Suramérica muestran variaciones considerables entre ellas en estatura media, forma de la nariz, forma de la cabeza y muchos otros rasgos antropométricos, comparten un número de caracte-

rísticas que los enlazan con las poblaciones asiáticas. Éstas incluyen prominentes arcos zigomáticos (huesos de las mejillas), poca vellosidad en el cuerpo, pelo lacio a sólo suavemente ondulado de color marrón a negro, gran incidencia de pliegue epicántico (pliegue de piel que cubre la esquina interior del ojo), frecuente existencia de mancha sacra en los recién nacidos (una pequeña extensión de pigmento azulado en la base de la columna vertebral) y pigmentación de piel moderadamente fuerte.

Los modernos estudios genéticos han mostrado inequívocamente que los indios americanos están próximamente emparentados con los pueblos asiáticos. Existen algunos rasgos genéticos que parecen encontrarse casi exclusivamente entre los indios americanos (e incluso entre ellos no están con mucho universalmente presentes), como el antígeno sanguíneo factor Diego, pero los perfiles de muchos otros rasgos bajo simple control genético, por ejemplo, la distribución de los grupos sanguíneos ABO, en las poblaciones de indios americanos son mucho más semejantes a los de los asiáticos del nordeste y centroeste que a los de las poblaciones de cualquier otra parte del mundo. Más aún, estudios detallados de la morfología dental de calaveras modernas y antiguas procedentes de América y Eurasia muestran que los patrones de los indios americanos de cálices, formas de incisivos y configuración de las raíces de premolares son más parecidas a los del este de Asia y contrastan agudamente incluso con los de los europeos más orientales [3]. Estos hallazgos avanzan en el descrédito de la idea de que las culturas indias americanas se desarrollaron directamente de la cultura del Paleolítico Superior de Europa y muestran que hay una tendencia «arcaica caucasoide» en las poblaciones americanas nativas. Los mismos estudios dentales muestran además que el patrón de los indios americanos es mucho más parecido específicamente al de las gentes del norte de China («chinodoncia») que al de los pueblos surasiáticos («sudandoncia»). Estudios muy recientes del DNA mitocondrial del cuerpo celular, transmitido con muy pequeño cambio a través de la línea materna durante cientos de milenios, también muestran que los vínculos gené-

[3] J. H. Greenberg, C. G. Turner II y S. L. Zegura, «The Settlement of the Americas: A Comparison of the Linguistic, Dental, and Genetic Evidence, with CA* comment», en *Current Anthropology*, 27 (1986), pp. 477-497.

ticos más cercanos de los indios americanos son con los asiáticos orientales [4].

La continuación de la investigación genética y antropométrica sin duda, proporcionará una delimitación más precisa de las poblaciones asiáticas específicas con las que los indios americanos y los esquimales están relacionados. De igual modo, tal investigación debería tender hacia la evaluación de la hipótesis de que hubo un retromovimiento de las gentes del Nuevo Mundo de vuelta a la parte más noreste de Siberia en algún momento del pasado. Por ahora, la ciencia moderna ha establecido que los antepasados inmediatos de los indios americanos vinieron del noreste de Asia, de un área limitada aproximadamente por el lago Baikal por el oeste y el borde más al sur de la cuenca del río Amur por el sur, a pesar de que todos los seres humanos tienen una ascendencia común quizás tan reciente como desde hace 200.000 años. Las preguntas de cuándo y exactamente cómo estas gentes vinieron por primera vez a las Américas sigue siendo asunto de considerable controversia científica.

Beringia

La época geológica que comenzó hace aproximadamente dos millones de años y terminó hace 10.000 años se conoce como el Pleistoceno. Popularmente conocida como la «Edad del Hielo», es la época de los gatos de dientes de sable, los mamuts lanudos, los mastodontes, los osos gigantes de las cavernas, los grandes perezosos terreros, los rinocerontes peludos, el bisonte y alce mucho mayores que los actuales, y otras especies de gran talla, ahora extinguidas, de los géneros mamíferos sobrevivientes. El Pleistoceno es también la época en la que vastas manadas de caballos nativos se trasladaban por el terreno parecido a un parque natural de gran parte de Norteamérica surcentral, y era el tiempo en que curiosas especies relacionadas con los camellos actuales vivían en ese continente. Y el Pleistoceno fue la época en la que los seres humanos evolucionaron.

[4] P. J. Rogan y J. J. Salvo, «Study of Nucleic Acids Isolated from Ancient Remains», en *Yearbook of Physical Anthropology* 33 (1990), pp. 195-214 (pp. 206-207).

Durante la mayor parte del Pleistoceno, la evolución humana tuvo lugar en las zonas tropicales y templadas meridionales del Viejo Mundo. Confinado al principio a África, ya para alrededor de hace 1.000.000 de años los primeros géneros humanos, *el Homo erectus,* se habían extendido por el sureste de Asia. Pero sólo con la aparición del *Homo sapiens,* hace alrededor de un cuarto de millón de años, el género humano comenzó a trasladarse hacia el norte de Europa y Asia central. En Europa se desarrolló un tipo especializado, el *Homo sapiens neanderthalensis,* presumiblemente como una adaptación genética al frío extremo. A pesar de ello, todas las indicaciones apuntan hacia que los seres humanos no penetraron en las regiones lejanas del noreste de Asia hasta después de la aparición de los tipos físicos completamente modernos, entre hace 100.000 y 50.000 años. De esas poblaciones, de la franja más externa del grupo de *Homo sapiens* del Pleistoceno tardío, fue de la que los antepasados de los indios americanos provinieron.

Durante el Pleistoceno, los cambios cíclicos de las temperaturas medias anuales dieron lugar a cuatro periodos de formación de extensos glaciares, de los cuales la época recibe su nombre popular. En las regiones ártica y subártica y en las cadenas de alta montaña, las temperaturas frescas significaban menos y menos nieve y el hielo se derritiría cada año, dando lugar a acumulaciones que formaban glaciares, cubriendo millones de kilómetros cuadrados de Europa, Asia y Norteamérica. Más allá del alcance de estos glaciares, el clima también era diferente al que se encuentra en esas áreas en la actualidad. En muchos lugares que ahora son desiertos, temperaturas más frescas y precipitaciones más fuertes en las latitudes más meridionales producían un manto de vida vegetal en el suelo que proporcionaba pasto a la megafauna del Pleistoceno. Cuando el ciclo climático fuera hacia una fase cálida, los glaciares empezarían a derretirse, formando corrientes y lagos a lo largo de sus márgenes, y el carácter de las zonas medioambientales del sur al norte cambió cuando la vida vegetal colonizó tierras anteriormente cubiertas por los glaciares en retirada. Los periodos glaciares han sido designados por los modernos nombres de los lugares geográficos donde los más lejanos avances de las grandes hojas de hielo dejaron sus marcas en los montones de tierra empujados delante de ellas. Así, la última glaciación es conocida en Norteamérica como la «Wisconsin». Fue durante ésta cuando los seres humanos entraron por primera vez en América.

Con la formación de los glaciares, inmensos volúmenes de agua evaporada de los océanos terrestres para caer en forma de precipitación estaban encerrados, por decirlo así, como hielo glacial, sin derretirse y volver al mar durante milenios. Consecuentemente, por toda la tierra había una bajada significativa de los niveles del mar acompañando a cada glaciación. Las plataformas continentales se habían desaguado y presentaban puentes terrestres entre los continentes y las islas, ahora sumergidos. Uno de los mayores antiguos puentes de tierra era un inmenso tramo de llanura ártica entre Siberia y Alaska. Apodado «Beringia», el puente ahora yace al fondo de la estrecha extensión de mar poco profundo que separa Asia de Norteamérica por su punto más próximo. A través de Beringia, los animales originados en las Américas habían emigrado en varias veces al Viejo Mundo, por ejemplo, los caballos, y viceversa, por ejemplo, los elefantes. Y fue por el camino de Beringia por donde los humanos hallaron el paso a las Américas hace más de 12.000 años.

La formación y retirada de un glaciar no era un proceso uniforme. Dentro de los ciclos mayores de cambio climático, había fluctuaciones de alcance más corto en la temperatura anual. Así, después de un periodo de deshielo de la glaciación Wisconsin, que comenzó a inundar Beringia hace alrededor de 50.000 años, hubo otro periodo muy frío en el cual los glaciares se acumularon de nuevo y volvió a aparecer Beringia, hace entre 25.000 y 15.000 años. El debate entre los científicos acerca de la cronología del poblamiento del Nuevo Mundo pende de si los humanos cruzaron por primera vez a Norteamérica antes de la inundación de Beringia hace 45.000 años, cerca del comienzo del tiempo en que la masa de tierra estaba descubierta, hace 25.000 años, o no lo hicieron hasta poco antes de la inundación final de Beringia, alrededor de hace 15.000 años.

Las rutas mediante las cuales los humanos entraron en América también son asunto de continua controversia. Una visión sostiene que las condiciones medioambientales del Pleistoceno tardío, tierra adentro de Beringia, no habrían sido particularmente atractivas para los animales de caza mayor y los humanos que los acosaban. Según esta visión, las costas pacíficas meridionales habrían proporcionado una relativamente rica tierra húmeda y un medio ambiente marítimo que habrían inducido a los primeros cazadores y recolectores a trasladarse a lo largo de la costa beringia, y entonces bastante rápidamente hacia

abajo, a las costas noroccidentales de Norteamérica. Estas primeras gentes pudieron haber caminado sobre los muchos pero relativamente cortos tramos de hielo glacial que se extendían desde las montañas costeras hacia abajo por los valles hasta el mar. O los migrantes costeros puede que hubieran usado alguna clase de embarcación simple para bordear líneas de playas inhóspitas. Otra opinión sostiene que además de una ruta costera, el drenaje del río Lena fuera de Siberia habría proporcionado una ruta natural a Beringia central y Alaska, a través de un ecosistema que mantenía suficientes recursos de caza para proporcionar el incentivo a la gente para trasladarse por Beringia. Sin embargo, la ruta tierra adentro presenta el problema de cómo estos primeros americanos lograron el acceso al interior americano.

El noreste de Asia y Beringia estaban libres de glaciares, en virtud de su baja topografía y sus corrientes de aire cálido procedentes del Pacífico, durante el último estadio del Wisconsin. Gran parte de Alaska y Canadá, sin embargo, presentarían a los primeros humanos una formidable masa de glaciares. A pesar de ello, existen pruebas de que incluso a la altura de la glaciación Wisconsin, quedaba un corredor libre de hielo en el corazón de la Norteamérica templada y el resto del Nuevo Mundo más allá. La mayor parte de Canadá, el este de Alaska y las regiones más septentrionales de los Estados Unidos actuales en el área de los Grandes Lagos estaban cubiertos por la hoja de hielo Laurentide, que se centraba en la Bahía de Hudson y se extendía al sur y al oeste. En el Lejano Oeste, otro glaciar cubría las Montañas Rocosas desde el noroeste de los 48 Estados Unidos actuales hacia el norte y se unía con otro glaciar en la línea de montañas de la costa pacífica, para cubrir el suroeste de Alaska y la cadena aleutiana, y luego unirse a Beringia. Estos glaciares juntos, anclados en las montañas occidentales, constituyen el complejo del glaciar de la Cordillera. Aunque las hojas de hielo Laurentide y Cordillera pueden haber llegado a los 45 kilómetros más o menos uno del otro en algunos puntos durante los últimos estadios de la máxima glaciación Wisconsin, las pruebas sugieren a muchos científicos que las dos masas glaciares nunca se unieron completamente. Así, siempre hubo un corredor libre de hielo abierto, a través del cual la fauna pleistocénica y sus perseguidores humanos se trasladaron a las vastas llanuras y ricos valles de la Norteamérica templada durante la última glaciación Wisconsin.

El periodo Paleoindio

Los arqueólogos han dado el nombre de «Paleoindio» al primer periodo de la historia india americana. Comienza con la primera evidencia de seres humanos en las Américas y continúa hasta el fin del Pleistoceno, marcado por la retirada final de los glaciares del Wisconsin, cambios importantes en el medio ambiente y la extinción de la megafauna. El fin del periodo ocurre entre hace 10.000 y 8.000 años por varias partes del continente, mientras sus comienzos continúan siendo el objeto de uno de los temas más fascinantes de la arqueología del Nuevo Mundo.

Hasta la década de 1930, la opinión científica prevaleciente era que los primeros americanos no habían llegado hasta hacía sólo tres o cuatro miles de años, mucho después del final de la Edad de Hielo y el comienzo de la era geológica moderna, el Holoceno. Este criterio fue derrumbado en 1926 y 1932 por los descubrimientos accidentales de herramientas de piedra en asociación con huesos de fauna pleistocénica extinguida en sitios cerca de Folsom y Clovis, respectivamente, en Nuevo México. Aunque no podían aún asignarse fechas exactas a estos hallazgos, estaba claro que había humanos en Norteamérica al mismo tiempo que formas de bisonte, elefantes y otros animales que habían estado extinguidos durante miles de años. Desde estos hallazgos paleoindios iniciales, ha habido cientos de descubrimientos de herramientas de piedra semejantes, por las cuales los arqueólogos han definido unas series de tipos de antiguas culturas americanas.

Los instrumentos más distintivos de estas primeras culturas son los tipos de puntas de piedra encontrados por primera vez en los sitios de Clovis y Folsom. El primero de ellos es Clovis. Las técnicas modernas de datación química y más especialmente las formas mejoradas del carbono-14, han posibilitado a los científicos para establecer fechas más precisas para el periodo Clovis y los sucesivos de la prehistoria americana. (El método del carbono-14 descansa en el descubrimiento de que una forma radioactiva de carbono absorbida por los seres vivientes se disipa a un promedio constante después de la muerte, así que midiendo la cantidad de éste que queda en un hueso o hoja u otro espécimen que una vez vivió, es posible hacer una valoración bastante precisa del tiempo de la muerte de la materia orgánica.) La tecnología clovis data de hace aproximadamente 12.000 años a aproximadamente 11.000

años, cuando es sucedida en las llanuras centrales de Norteamérica por el complejo Folsom. El sello de ambas culturas son tipos de puntas acanaladas de hoja bifacial, hechas de piedra granulada cercana, alta en contenido de SiO2 (que en su forma más pura es vidrio). Las puntas clovis son las mayores, teniendo por término medio de 6 a 7,5 centímetros y las folsom de 2,54 a casi 4 centímetros. Las dos se confeccionan usando técnicas de lascado de piedra inventadas cientos de años antes en el Viejo Mundo, que debieron llevar con ellos los inmigrantes a América. A ambos tipos se les dio forma y se redujo su espesor mediante el desprendimiento controlado de lascas de ambos lados del trozo de piedra, preparado mediante un tosco desescamado por percusión. En su forma general, ambas son habitualmente lanceoladas, con bases cóncavas y lados rectos o ligeramente prominentes, que se curvan agudamente hasta la punta por una parte. Los trazados de las puntas folsom y clovis son reminiscencias de los tipos semejantes de instrumentos del Viejo Mundo, pero poseen una característica, el acanalamiento, que hasta ahora parece ser única entre las culturas paleolíticas del mundo. Acanalamiento quiere decir supresión de una larga esquirla colocada de forma paralela, desde la base hasta el término de la punta —durante más de tres cuartos de la longitud de algunas puntas folsom—, sobre una o ambas caras de ésta. La desescamación de estos acanalamientos sin romper la punta requiere una gran destreza, aunque la técnica ha sido reproducida repetidamente por los modernos escultores en pedernal y arqueólogos experimentales. Presumiblemente, esta reducción del espesor basal mediante el acanalamiento era para facilitar la inserción de la punta en un astil o mango. Cualquiera que sea el propósito, las puntas de piedra acanaladas son características de las primeras culturas americanas, perfectamente definidas de modo inconfundible.

Los cazadores clovis usaban sus puntas como terminación de las armas utilizadas para la caza del mamut, mastodonte y otra fauna pleistocénica. Estas puntas pueden haber sido el remate de las lanzas o haber sido usadas para armar el frente del astil de las jabalinas, lanzadas con la ayuda de un lanzadardos o átlatl. El lanzadardos es un aparato que consiste esencialmente en un palo de 30 centímetros o más de longitud, con un gancho en la punta que se ajusta en una ligera depresión de la base de un dardo o jabalina corta. El átlatl aumenta la fuerza con la que un proyectil puede ser lanzado, al alargar el brazo

del lanzador y añadir otro punto de fulcro a los de su codo y muñeca. Tales aparatos están bien documentados en el Paleolítico superior del Viejo Mundo, en los aborígenes de Australia (que carecen de arco y flechas) y en algunas sociedades nativas americanas al contacto europeo, incluyendo a los aztecas de México, de quienes proviene el término de átlatl en los estudios antropológicos americanos. Tales instrumentos fueron ciertamente usados por los antepasados de los indios americanos durante miles de años después de la cultura Clovis, aunque no esté verificado para esta misma. Las puntas de tipo clovis tienen una extensa distribución por Norteamérica al este de las Montañas Rocosas, todo el camino hacia Massachusetts actual, al norte hasta Alberta y por el sur de las Rocosas, hacia el oeste del sitio original Clovis en el este de Nuevo México, hasta el sur de Arizona y por abajo en México. Los artífices de estas puntas, presumiblemente hicieron otros tipos de instrumentos y también cobraron caza menor, pero parecían especializados como cazadores altamente eficientes del mamut y del gran bisonte del Pleistoceno tardío. La inconfundible tecnología clovis parece terminar abruptamente con la extinción del mamut, hace alrededor de 11.000 años. La desaparición masiva de los mamíferos pleistocénicos tuvo lugar por todo el mundo más o menos en ese tiempo. Se ha sugerido que los cazadores clovis, al igual que sus contrapartes de caza mayor del Viejo Mundo, pueden haber sido un factor que contribuyó a la extinción de la megafauna en las cambiantes condiciones medioambientales que siguieron a la retirada de los últimos glaciares del Pleistoceno.

A pesar del derrumbe de la ampliamente extendida tecnología clovis, las adaptaciones para la caza mayor continuaron en las llanuras de Norteamérica central. Aparentemente, las culturas Folsom fueron las directas e inmediatas herederas de las tradiciones Clovis de manufactura de puntas de piedra. Se han encontrado varios campamentos de gentes folsom, que revelan una amplia variedad de instrumentos para trocear y procesar animales. Aunque se había extinguido el mamut, los folsom cazaban bastantes de los demás animales característicos del Pleistoceno tardío en Norteamérica, como caballo y especies de bisonte extinguidas en la actualidad. A los cazadores folsom les sucedieron una gran variedad de tradiciones paleoindias localizadas, identificada cada una por tipos de punta peculiares, pero por alguna razón la prác-

tica del acanalamiento, tan característica de los primeros cazadores de megafauna del Nuevo Mundo, se detuvo.

Los cazadores paleoindios siguieron las cambiantes ecozonas por el norte y el este. Hay pruebas de ellos por sus instrumentos y matanzas desde el sitio de Derbert en Nova Scotia, que data de alrededor del año 8600 a. C., hasta dos sitios en manantiales profundos, ahora inundados, en el sur de Florida del año 9000 a 8000 a. C., incluyendo lo que puede ser el más antiguo enterramiento humano intencionado de América. Mientras muchos sitios paleoindios pueden yacer ahora bajo el mar, quedando allí muchas preguntas sin respuesta acerca de los más antiguos americanos, sus asentamientos del continente pusieron los cimientos de los miles de años del desarrollo cultural de los indios americanos aún por seguir. Hay varios sitios que podrían antedatar los materiales clovis: en Meadowcroft, Pensilvania; en el Antiguo Crow, al extremo noroeste de Canadá, e incluso algunos sitios de Sudamérica, aunque las indicaciones de su gran antigüedad de hace 15.000, 25.000 o incluso 30.000 años no han sido plenamente validadas o ampliamente aceptadas por los arqueólogos. Si al final se muestra que alguno de estos sitios ha sido definitivamente ocupados por humanos hace tanto tiempo, significará que alguna gente había cruzado a América, justo a comienzos de la segunda apertura de Beringia o quizás incluso de la primera, hace más de 30.000 años. Sin embargo, quedaría la posibilidad de que estos primeros humanos no hubieran sido los que dieron origen a los clovis y las gentes posteriores, esos antepasados indios podrían haber venido más tarde, durante la existencia del puente de tierra entre Siberia y Alaska. Hubiera o no una migración anterior, todavía queda abierta la cuestión de cuántas migraciones podrían haberse dado durante los estadios posteriores.

Hoy día, las pruebas acumuladas desde la genética, la arqueología y la lingüística apuntan crecientemente a rechazar la idea de que hubo movimientos de muchas bandas diferentes de antepasados de los paleoindios a través de Beringia durante muchos siglos. Una opinión aceptada por lo que parece ser un número creciente de antropólogos es que hubo tres migraciones separadas: la primera fue la de los antepasados de la mayor parte de los indios de Norte y Sudamérica; una por una ruta diferente fue la de los antepasados de los esquimales y aleutianos; y otra más la de los antepasados de los hablantes de atabascano y las lenguas estrechamente relacionadas. Se ha sostenido por lar-

go tiempo que los esquimales y los indios debían haberse originado de poblaciones asiáticas separadas, si se tienen en cuenta las diferencias físicas entre los dos grupos raciales de América. Ahora, algunos científicos piensan que todos los indios de Norte y Sudamérica, excepto posiblemente los del grupo de lengua atabascana, pueden ser los descendientes de sólo una migración, quizás incluso una única banda de 300 o menos personas, que cruzó a Alaska hace menos de 25.000 años. En cualquier caso, en los siglos finales del Pleistoceno, aunque los antepasados de los indios norteamericanos eran todavía pocos (quizás sólo unos cientos), se habían convertido en consumados cazadores mayores, moviéndose como pequeñas bandas nómadas que seguían las manadas de animales por virtualmente cada esquina de lo que algún día serían históricamente los Estados Unidos de tradición anglo. Con la retirada de los glaciares, la extinción de la fauna del Pleistoceno y un gradual calentamiento del clima, hacia alrededor de hace 8.000 años, el medio ambiente de Norteamérica se había convertido en como es actualmente. Durante este periodo de rápido cambio climático y medioambiental, las culturas características de cazadores mayores paleoindias dieron paso a una gran variedad de ellas, que abarcaron miles de años y que son clasificadas colectivamente como el Arcaico por los historiadores de la prehistoria norteamericana.

El periodo Arcaico

El periodo Arcaico comienza con la extinción final de la fauna del Pleistoceno y el establecimiento de la era geológica moderna, el Holoceno. En realidad, algunos de los últimos grupos considerados por ciertos arqueólogos como paleoindios puede que hayan cazado sólo especies modernas de bisonte, antílope y similares. Del mismo modo, en los lejanos norte y oeste de las Rocosas hubieron diversas culturas muy parecidas a las arcaicas posteriores, que fueron contemporáneas del final de las tradiciones paleoindias al este de las Rocosas. Excepto en algunos de los últimos estadios del Arcaico, las culturas del periodo se basaron en la caza, la pesca y la recolección de alimentos vegetales silvestres. En el norte y el este, las culturas arcaicas continuaron evolucionando en respuesta a las condiciones medioambientales cambiantes y a la creciente población, pero éstos fueron cambios graduales, que

produjeron hacia hace 4.000 años, tipos de adaptaciones culturales que sobrevivieron en sus perfiles esenciales hasta la misma víspera del contacto europeo. En el este y el suroeste, las culturas arcaicas se transformaron al cambiar a una economía fuertemente agrícola, que comenzó alrededor del año 1000 a. C. en el suroeste y algo después en el este. Incluso antes de esta transición, sin embargo, algunas culturas muy elaboradas se desarrollaron en los últimos estadios del Arcaico. Un periodo de rápida diversificación de las culturas del Arcaico vino durante varios milenios de aumento de la media anual de temperaturas y aridez, del año 6500 al 2000 a. C., llamado el Holoceno medio. En muchos lugares, fue un periodo de crecimiento de la presión demográfica, especialmente en entornos favorecidos.

El Norte y el Oeste

A pesar de ser Alaska el pasadizo por el que los antepasados de los indios americanos cruzaron inicialmente, las primeras culturas de la región —especialmente del interior— están sólo últimamente siendo entendidas a través del aumento de la investigación arqueológica. Las primeras culturas bien atestiguadas de Alaska, que datan de hace quizás 12.000 años, parecen ser derivadas de la cultura Dyukhtai de Siberia [5]. Esta antigua cultura de Alaska, llamada la tradición Paleonorte o Paleoártica, continúa hasta alrededor de hace 7.000 años. Sus artefactos característicos son pequeñas esquirlas de piedra, llamadas microhojas, producidas al golpear núcleos preparados en forma de cuña. Estas esquirlas eran luego montadas como púas sobre puntas de hueso o madera. Muy probablemente, muchos sitios paleoárticos fueron sumergidos por el aumento del nivel del mar durante la transición del Pleistoceno al Holoceno. Se ha postulado para el interior de Alaska y la parte adyacente del Yukon en Canadá una cultura todavía anterior, con una tecnología basada en parte en herramientas hechas de huesos de mastodonte. En este momento, parece que la tradición de microhojas del lejano norte era ancestral para las culturas esquimales y aleutianas, pero no para las de los indios del interior.

[5] S. Yi y G. Clark, «The "Dyuktai Culture" and New World Origins, with CA* comment», en *Current Anthropology*, 26 (1985), p. 1-20.

Hacia alrededor del año 4000 a. C., los cazadores se habían trasladado al interior de Alaska, nuevamente abierta por los glaciares en retirada. Una vasta tundra proporcionaba el medio ambiente para las manadas de caribú y quizás buey almizclero. Los peces probablemente eran abundantes. Las pruebas arqueológicas de la existencia de gente en el subártico de Alaska consisten en sitios de campamentos ampliamente esparcidos, que contienen una colección de herramientas de piedra, entre las que se encuentran los tipos característicos de amplias puntas de proyectil en forma de hoja. Como pasó en la mayor parte de Norteamérica en los tiempos arcaicos, las puntas lanceoladas de base cuadrangular o cóncava fueron reemplazadas por puntas con muescas labradas en los lados, o en las esquinas inferiores, o dando forma a la base de espiga o pedúnculo para enfundarlas en dardos ligeros de peso.

En las costas pacíficas del sur de Alaska a California, durante el periodo Arcaico se desarrollaron una variedad de adaptaciones locales a los medio ambientes marinos, fluviales y de tierra adentro. Ya en el año 5000 a. C. hay indicaciones de adaptaciones marinas en el Pacífico noroeste. La recolección de conchas, la pesca y la caza de mamíferos marinos se evidencian por los restos de estos animales en los sitios arqueológicos y, en periodos posteriores, por anzuelos de concha y piedra, arpones y otras herramientas. Mucha de la tecnología de tales adaptaciones, sin embargo, consistía en sedales, redes e instrumentos de madera que son perecederos y sólo raramente encontrados en los sitios arqueológicos. Para el año 3500 a. C., los perfiles generales de las elaboradas y complejas culturas descritas en la historia escrita de la costa del Pacífico, desde el sur de Alaska hasta el norte de California, estaban ya tomando forma. La subsistencia basada en los arroyos de desove de varias especies de salmón se hizo cada vez más importante y junto a esto la tecnología del secado y almacenamiento. Para alrededor del año 1000 a. C., hay un incremento de herramientas de carpintería hechas de pizarra pulida y otras pruebas del desarrollo del elaborado arte vinculado a las diferencias en la posición social y el rango, tan característico de las culturas de la región atestiguadas históricamente. Su adaptación dependió de las aldeas relativamente permanentes, donde se secaban y almacenaban las capturas estacionales de pescado. Con el aumento creciente de población, las aldeas se hicieron todavía más estables y mayores, con indicaciones de intercambio por toda el área, que resultó en un grado de homogeneidad en algunos elementos de

cultura material no vistos en las adaptaciones más localizadas del Arcaico primitivo.

Aunque han sido excavados pocos sitios de la Costa Noroeste, algunos pueden ser directamente vinculados a pueblos históricos como los salish, que presentan un continuo registro arqueológico retrospectivo hasta alrededor del año 1200 de nuestra era. El más interesante de estos sitios data justamente del fin de la prehistoria, el famoso sitio de Ozette en la costa del Pacífico del estado de Washington. Aquí, alrededor del año 1750 de Nuestra Era (mucho después de que los europeos hubieran hecho contactos en otras partes del continente, por supuesto), un deslizamiento de barro barrió una aldea que era probablemente la antepasada de la tribu makah actual de la Bahía de Neah; el barro destruyó y encerró al menos cuatro casas de madera y de ese modo creó una cápsula de tiempo de artefactos prehistóricos tardíos bien conservados. Estos artefactos abarcan desde redes de pesca hasta una talla de madera en tamaño natural de la aleta dorsal de una ballena asesina, decorada con cientos de dientes de nutria marina, que era usada probablemente en ceremonias conectadas con la caza de ballenas realizada desde grandes canoas vaciadas. Aparentemente, también fue durante este periodo prehistórico tardío en el Pacífico noroeste, es decir, dentro de los 1.500 años pasados, cuando se introdujeron el arco y la flecha, como lo evidencian las pequeñas puntas proyectiles de piedra, apropiadas sólo para flechas como opuestas a lanzadardos y jabalinas.

El arco y flecha aparecen en una amplia área de la Norteamérica prehistórica dentro del primer milenio de nuestra era, reemplazando al átlatl como la principal arma de caza. Después de introducidos, su conocimiento se esparció por todo el continente, aunque el átlatl persistió junto con el arco y la flecha, incluso en tiempos modernos, entre unos pocos grupos, por ejemplo los esquimales. Singularmente, fueron también los esquimales quienes tuvieron los más complicados y poderosos arcos de los nativos americanos. Presumiblemente, el arco y flecha fue una innovación cultural relativamente tardía de Asia, transmitida por contactos entre pueblos marítimos con vehículos capaces de navegar mucho, después de que se cerrara el puente de tierra de Bering. Es posible, por supuesto, que el arco y la flecha fuera una invención independiente en el Nuevo Mundo, pero parece tener un origen septentrional en las secuencias arqueológicas.

Al sur de las culturas del complejo marítimo de la costa del Pacífico, en el centro y sur de California, se desarrollaron una gran variedad de culturas de caza y recolección, desde el Arcaico primitivo antes del año 6000 a. C., hasta el tiempo de la llegada de los europeos. Los primeros sitios de estas culturas pueden yacer sumergidos a lo largo de la costa pacífica, debido al aumento del nivel del mar durante la transición del Pleistoceno al Holoceno. Desde los primeros tiempos, una forma típica de vivienda del área de California y la meseta interior de Washington y Oregón fue la casa-foso, un agujero en el suelo techado con tablas, cortezas, paja u otro material. Casas similares en el Arcaico del Suroeste sugieren otra introducción tardía de un rasgo cultural originado en Asia, aunque, de nuevo, no se puede desechar una invención independiente.

A pesar de la gran variedad de culturas arcaicas de California, ciertos rasgos arqueológicos tienen una amplia distribución. Quizás el más importante entre ellos, desde el Arcaico primitivo hasta los tiempos modernos, sean las diferentes clases de piedras de moler, que son cuencos poco profundos, redondos o alargados, hechos de piedra de grano gordo, en los que las semillas y frutos secos se trituraban con una piedra plana sujetada con la mano, a menudo llamadas «manos y metates». Estos instrumentos son similares a los encontrados sobre la mayor parte del oeste e indican una fuerte dependencia de las semillas como alimento. Además, las gentes arcaicas y de tiempos prehistóricos posteriores también utilizaban una amplia gama de fuentes animales, que incluían el pescado, los mariscos, las aves acuáticas y los mamíferos terrestres. Lo mismo que las gentes de las costas septentrionales, los antiguos californianos de los tiempos arcaicos también vivían en aldeas asentadas, aunque algunos puede que alternaran residencias estacionales. En los valles centrales, los ricos surtidos de fuentes vegetales, especialmente bellotas, junto con la caza y la pesca, promovieron la vida sedentaria. En las áreas costeras, las culturas marítimas se desarrollaron en algunos aspectos de forma similar a las más septentrionales. Una de ellas, del área del canal de Santa Bárbara del sur de California, que comenzó hace más de 7.000 años, muy probablemente evolucionó en el complejo social de populosas aldeas de los indios históricos chumash de esa región. Característica de esta tradición cultural, y de muchas otras de California, era la manufactura de numerosas cuentas de concha, que eran intercambiadas a grandes distancias, junto con otros

«bienes de lujo» como esteatita, y que indican una economía de prestigio y alianzas políticas entre estos californianos prehistóricos. Tales artefactos aparecen arqueológicamente ya en el año 2500 a. C. Los intercambios de estas cuentas, conchas y otros bienes muy probablemente serían secundados por otros intergrupales de alimentos producidos localmente. Éstos tenderían a equilibrar las diferencias en productividad, en clase y en cantidad como resultado de las variaciones de las zonas ambientales y la fluctuante abundancia en producción de plantas silvestres y animales en lugares diferentes de un año a otro. A pesar de la ausencia de la agricultura, el área septentrional y central de California hasta la Sierra Nevada contenía una de las más densas poblaciones de la Norteamérica prehistórica. Al este de la Sierra Nevada, sin embargo, la situación era la opuesta, dándose una de las menores densidades poblacionales del continente.

El área entre la Sierra Nevada y las Montañas Rocosas, bordeada por el drenaje del río Columbia al norte y el sistema del río Colorado al sur, es llamada la Gran Cuenca. Las montañas costeras bloquean el paso de las nubes de lluvia hacia el interior, produciendo altas precipitaciones al oeste de la sierra, y más especialmente al oeste de la cadena montañosa de la costa pacífica, pero muy poca lluvia en la Gran Cuenca. Ninguno de los ríos de la Gran Cuenca fluye hacia el mar, pero en cambio formaron al final del Pleistoceno vastos lagos interiores, que durante el Holoceno medio disminuyen a quizás incluso niveles más bajos de los que quedan hoy, como el Great Salt Lake de Utah. El tipo de cultura desarrollada en esta extremamente árida y aparentemente inhóspita región es conocido como el Arcaico del Desierto y mostró una evidente estabilidad desde sus primeras manifestaciones, quizás contemporáneas al Paleoindio tardío, hasta el periodo del contacto con los blancos.

El Arcaico del Desierto muestra una considerable variación cultural de una región a otra y cambios de centros de población en relación con el clima cambiante, durante los miles de años del Holoceno. Varias cavernas de la región han preservado por momificación natural artefactos en materiales perecederos de los periodos tardíos, incluyendo algunos encantadores reclamos para patos hechos de junco, que datan del periodo Arcaico medio, del año 2000 a. C. al 500 de Nuestra Era, en el oeste de Nevada. Aunque las gentes de la Gran Cuenca utilizaron extensamente los pantanos de las márgenes de los lagos para reco-

lectar alimentos vegetales, pescado y aves acuáticas donde eran disponibles, los arqueólogos permanecen divididos sobre el alcance que para tales gentes tenía una existencia sedentaria durante este periodo. Además, el sello de las adaptaciones de la Gran Cuenca, especialmente en el Arcaico tardío, que comenzó alrededor del año 500 de nuestra era, era la utilización de una muy amplia gama de recursos durante el transcurso del año. Desde los primeros tiempos, muchas piedras de moler atestiguan la importancia de las semillas silvestres en las dietas de las gentes arcaicas del Desierto. Del mismo modo, las piñas piñoneras eran un importante recurso estacional en muchas áreas de mayor altura. Se consumía una variedad de otras plantas silvestres y caza: antílopes, ciervos, etc. Los pescados y las aves acuáticas se cobraban estacionalmente y, al menos en tiempos históricos, reptiles, anfibios e insectos eran cosechados por las gentes de los entornos más duros.

Hacia el norte, las adaptaciones de las gentes del este de Oregón y el sur de Idaho se apoyaban en las tecnologías de la recogida de plantas y animales y procesamiento similares a las de la Gran Cuenca. Aquí, sin embargo, la proximidad a los ríos salmoneros occidentales y el acceso por debajo de la cabecera del río Missouri a las grandes manadas de bisontes al este de las Rocosas proporcionaba una abundancia de recursos no encontrados en la Gran Cuenca. Así, a pesar de su clima árido semejante al de la Gran Cuenca, aunque variando en intensidad durante los milenios del Arcaico, las gentes de esta región más septentrional llegaron a tener centros de asentamiento algo más sedentarios, o al menos que cambiaban estacionalmente, y más complejas culturas, evidenciadas, por ejemplo, por varias clases de casas-foso.

En la vertiente oriental de las Rocosas, sobre las altas llanuras del este de Montana, Wyoming y Colorado y un poco más allá hacia el norte, el sur y el este, existía un modo de vida arcaico que se desarrolló directamente del Paleoindio y fue fundamentalmente como la tradición anterior más extendida de éste. Aquí las gentes arcaicas cazaban las especies modernas de bisonte y otros animales, usando técnicas que databan de tiempos paleoindios. Un grupo de cazadores humanos separaría lentamente un pequeño conjunto de animales de la manada principal, luego harían dirigirse a los bisontes hacia un arroyo o cañón cerrado, donde se los despacharían con lanzas y átlatls. Del mismo modo, producían estampidas de grupos mayores de bisontes sobre los arrecifes para que cayeran y murieran o al menos quedaran lisiados para

acabar con ellos fácilmente. Algunos de tales «saltos de bisontes» fueron usados repetidamente durante miles de años. Para el Arcaico medio, que data de alrededor del año 2900 al 1000 a. C., los cazadores arcaicos de las llanuras empezaron a hacer uso de corrales artificiales de piedra y troncos, a veces en la base de leves inclinaciones o precipicios. Durante los estadios posteriores del Arcaico, tales corrales se hicieron más sofisticados y fueron introducidos nuevos tipos de puntas de lanza, con muescas en los lados, pero de forma lanceolada.

Los campamentos arcaicos de las llanuras revelan que la gente usaba gran variedad de otros animales, como el antílope, y plantas de su entorno. En algunos lugares se interpreta que los círculos de piedra llamados «anillos tipi» fueron usados para sostener el borde inferior de tiendas de piel cónicas, muy semejantes a las de los tiempos históricos. Las gentes cazadoras de bisonte de las llanuras continuaron un modo de vida que se retrotraía al Pleistoceno y que persistió de forma general hasta el primer contacto europeo. Más tarde, la introducción del caballo y la entrada de nuevos grupos indios provenientes del este alteraría radicalmente la vida en las llanuras. Una alteración anterior del carácter de la vida vino con la introducción del arco y la flecha procedentes del noroeste, alrededor del año 500 de nuestra era y, más o menos a la vez, los contactos incrementados con las complejas culturas que se desarrollaban en el Suroeste y el Este. En el primer periodo prehistórico, los indios de las llanuras usaron presumiblemente perros para el transporte, como describieron los primeros exploradores españoles. Éstos fueron los primeros animales domesticados por los humanos en todas partes, datando en el Viejo Mundo de quizás hace 15.000 o 20.000 años; mientras los primeros perros atestiguados arqueológicamente en el Nuevo Mundo son de antes del año 2000 a. C. en el Lejano Norte. Aparentemente, los perros son otro de los rasgos asiáticos, como las casas-foso y las tiendas de piel cónicas, traídos a América en fecha temprana, aunque alguno pudo haber sido introducido en un tiempo posterior, como el arco y la flecha.

El Arcaico oriental

Mientras una versión ligeramente modificada de la adaptación paleoindia de caza mayor continuó en las llanuras occidentales hasta los

tiempos históricos, desde los Grandes Lagos occidentales y el sistema de drenaje del Misisipí al este, la tradición paleoindia fue reemplazada por un ampliamente variado y cambiante modo de vida, que produciría las más complicadas culturas encontradas en el área que se convertiría en los Estados Unidos de tradición anglosajona, incluso más complejas en algunos aspectos que las culturas del Suroeste Americano.

En los tiempos del Arcaico primitivo, cuando la inmensa hoja de hielo Laurentide se derritió, dejó muchos lagos en sus anteriores límites más meridionales en Minnesota, Michigan, Wisconsin y Nueva York. Terreno de tipo tundra, seguido de bosques de coníferas, acompañaron al glaciar en retirada hacia el norte de esta región acuosa y fue suplantado en latitudes más meridionales por bosques de hoja caduca. En el extremo sur a lo largo de las llanuras costeras del Atlántico sur y el Golfo de México, la subida del nivel del mar inundó la plataforma continental y aumentó el nivel de agua freática en la península de Florida. Esta inmensa área era rica en recursos vegetales, pescado, mariscos y caza, lo mismo que la más estrecha área de California y la costa del Pacífico, pero en el Este la topografía estaba menos dividida por barreras naturales y estaba unida por inmensas vías de agua desde el interior hasta el mar. Aquí las gentes del Arcaico primitivo cambiaron de la caza mayor especializada al forrajeo de una mucho más amplia gama de recursos, adaptándose a las zonas medioambientales cambiantes del Holoceno temprano. Comenzando alrededor del año 8500 a. C., hubo una serie de cambios en las puntas de proyectil y cuchillos con incisiones en los lados o en las esquinas, pedunculados y formas basales bilobulares de varias clases, por las cuales los arqueólogos definen las tradiciones evolutivas separadas del Arcaico oriental. Aunque el átlatl es asumido a menudo por las culturas paleoindias, durante el Arcaico primitivo y medio su uso se hizo muy amplio en el Este.

La transición a modos de vida arcaicos en el este está sólo gradualmente siendo revelada por los arqueólogos. Uno de los factores críticos a ser entendidos en la evolución de las culturas del Arcaico tardío, y las que siguieron, era el cambio a modos sedentarios de vida. Ya para el año 4500 a. C., hay unos pocos sitios que indican campamentos de largo término, que podrían haber sido ocupados durante estaciones completas, en contraste con los campamentos transitorios de unos pocos días en los tiempos del Arcaico primitivo. Otra indicación de sedentarismo es el enterramiento intencionado de los muertos en

las proximidades de un campamento. Tales enterramientos son conocidos para el Arcaico en el occidente, especialmente en California, pero nunca produjeron la clase de focos que se dieron en el Arcaico oriental. Han sido descubiertos cientos de enterramientos arcaicos orientales. Para finales del Arcaico, el enterramiento de los muertos se convirtió en el foco central de las elaboradas culturas de las Regiones Boscosas *(Woodland)* que siguieron. En el Arcaico temprano, a veces se encuentran enterramientos individuales en los campamentos, pero en el Arcaico medio aparecen cementerios formales sobre una extensa área del Este, desde Florida hasta Nueva Inglaterra, a veces con artefactos incluidos en las tumbas. Quizás el complejo de enterramientos más exótico era el de la parte sur de la península de Florida, donde los muertos eran asegurados en esteras tejidas en el fango del fondo de las charcas. De uno de estos sitios se recobró tela muy delicada tejida a mano de fibras vegetales naturales, que data de alrededor de hace 7.000 años, proporcionando así al menos algún vislumbre de lo que pudo haber sido una parte importante de la tecnología arcaica sobre materiales perecederos [6]. En algunas áreas del drenaje del Misisipí central y en varios sitios a lo largo de los ríos, los montículos de enterramiento se encuentran frecuentemente sobre riscos que dominan las llanuras aluviales. Estos sitios fueron utilizados por las gentes arcaicas para diversos recursos. Para tiempos del Arcaico tardío, muchos arqueólogos creen que estos cementerios servían para marcar los territorios donde los mismos grupos familiares acampaban repetidamente de forma estacional a lo largo de cursos de agua favorables, durante el clima más cálido y seco del Holoceno medio. Las pruebas arqueológicas sugieren que para comienzos del Arcaico tardío, los indios del Este habían desarrollado diversas adaptaciones que variaban estacionalmente, ya sea a lo largo del litoral marino, tierra adentro, o en los ríos, que aprovechaban lo mejor posible la relativa abundancia de materias alimenticias vegetales y animales durante el curso del año.

El Arcaico tardío oriental abarca el periodo desde aproximadamente el año 4000 hasta el 1000 a. C., siendo una etapa de aparente

[6] G. H. Doran y D. N. Dickel, «Multidisciplinary Investigations at the Windover Site», *Wet Site Archaeology*, editado por B. Purdy, Caldwell, N. J., Telford Press (1988), pp. 263-289 (p. 274).

gran incremento de población. También se caracteriza por el aumento de los modos de vida sedentaria, aunque todavía probablemente no se ocupaba una aldea durante todo el año en la mayoría de los lugares. Se atestigua y distingue una gran variedad de culturas regionales por los tipos de puntas, piedras de moler y ornamentos, y muchas otras clases de artefactos, encontrándose, en algunas áreas, cuentas de concha en forma de disco. Se dedicaba una atención creciente al tratamiento de la muerte, y existen indicaciones de diferencias en la posición social por los bienes incluidos en las tumbas. Tipos de conchas, piedra, objetos hechos de casi cobre puro natural y otros artículos encontrados en sitios arqueológicos, lejos de sus puntos de origen, indican redes de comercio de larga distancia entre las gentes cada vez más asentadas del Arcaico tardío. Existen pruebas en algunos sitios, también, de violencia intergrupal por la frecuencia de heridas encontradas en los esqueletos de los cementerios.

El Arcaico tardío culmina miles de años de uso cada vez más eficiente de plantas y animales. Los fosos para almacenamiento indican la creciente importancia de las cosechas estacionales de frutos secos, especialmente de nueces del nogal americano, bellotas y varias semillas. Los grandes montículos de desechos de moluscos y crustáceos marinos y de agua dulce evidencian la importancia de estos recursos donde se disponía de ellos. (Los constructores de carreteras actuales a veces han minado estos desechos para utilizarlos como material de base para carreteras y aparcamientos.) Del mismo modo, gran número de restos de varios tipos de peces con aletas y de otros animales acuáticos, así como de huesos de mamíferos terrestres, evidencian la importancia de estos recursos. En muchos lugares, las gentes del Arcaico tardío puede que hayan quemado sistemáticamente la maleza para eliminar la vida vegetal indeseada y fomentar el crecimiento de la usada para alimento o para atraer a los animales de caza, manteniendo así las extensiones de bosque a los niveles más productivos para los usos humanos. La adaptación cultural de este periodo utilizaba muy intensa y eficientemente los recursos silvestres de que disponía.

En algunas áreas, las gentes del Arcaico tardío puede que también hayan cultivado deliberadamente plantas tales como el girasol, el saúco de pantano y quenopodiáceas. Algunas de las culturas orientales de este periodo difieren sólo ligeramente de las de milenios anteriores, pero otras, especialmente en el Sureste, ya muestran la clase de escala y

complejidad que iban a seguir en los últimos dos milenios antes de la llegada de los europeos. Para el año 2500 a. C., aparece una basta y tosca cerámica de fibra templada en algunos sitios arqueológicos de la llanura costera. Algunos arqueólogos han sugerido que puesto que esta cerámica primitiva aparece abruptamente, sin una secuencia de desarrollo, probablemente era una directa introducción de Sudamérica (donde tal alfarería apareció por vez primera en el Nuevo Mundo) por medio de la gente que con embarcaciones apropiadas se asentó en las Antillas.

El desarrollo más impresionante de todos los del Arcaico oriental tardío, sin embargo, fue la cultura Poverty Point del valle inferior del Misisipí y la costa del Golfo adyacente. Algunos arqueólogos han propuesto que sus influencias alcanzaron hasta Florida. Se conoce la cultura de muchos otros sitios identificados por artefactos característicos, que incluyen bolas de arcilla aparentemente usadas para cocinar calentándolas y sumergiéndolas en una vasija (quizás de esteatita) de agua y alimentos, del mismo modo que las piedras naturales son usadas para cocinar en todo el mundo por muchos pueblos cazadores y recolectores, que han sobrevivido hasta los tiempos presentes. Sin embargo, la más interesante de todas es el mismo sitio de Poverty Point, en el noreste de la actual Luisiana; aquí, sobre una superficie que abarca casi 3 km^2, esta gente edificó un semicírculo de seis crestas de tierra, con aproximadamente dos metros y medio de anchura y 274 centímetros de altura en promedio, junto con un montículo asociado de más de dos metros de altura y más de 18 metros de longitud. Todo fue construido mediante el acarreo de cestas llenas de basura. El propósito de estos trabajos en tierra no se conoce, aunque algunos sospechan que puede haber funcionado en cierto modo como un observatorio. Esta cultura duró del año 1700 al 700 a. C., y la mayoría cree ahora que fue un desarrollo completamente local y no el resultado de la influencia olmeca, como se había propuesto alguna vez. Además, los asentamientos de la cultura Poverty Point fueron un centro importante para el comercio de artefactos y materias primas desde cientos de kilómetros a la redonda. La subsistencia de sus gentes consistía en el mismo uso altamente eficiente de los recursos silvestres de animales y plantas generalmente característico del Arcaico, pero también puede que hayan cultivado curcubitáceas de botella y redondas.

Las culturas tardías y la agricultura

Al contrario del Arcaico occidental, que los arqueólogos tienden a considerar que tuvo una gran continuidad desde el Holoceno primitivo hasta el contacto europeo, al Arcaico oriental le sucede un periodo de desarrollo cultural llamado de las regiones boscosas *(Woodland),* que comenzó aproximadamente en el año 1000 a. C. Aunque este periodo tendría su clímax en el desarrollo de elaboradas culturas que se aproximaban en nivel a las civilizaciones urbanas primitivas de otras partes, no hubo un rompimiento abrupto entre las adaptaciones ecológicas en evolución del Arcaico tardío y los comienzos de las regiones boscosas.

Convencionalmente, esta transición se marca en primer lugar por la aparición por toda el área de alfarería y montículos funerarios. La primera, de una variedad de arena gruesa templada, estaba ya haciendo su aparición a través de la parte septentrional del este hacia el año 2500 a. C., un tipo que finalmente se extendió por todo el este y por los afluentes orientales del Misisipí en las llanuras. Del mismo modo, ya se estaban edificando bajos montículos funerarios en algunas áreas durante el Arcaico tardío, pero mucho mayores y más elaborados montículos funerarios, así como complejos de éstos, aparecen por todo el este durante el periodo de las regiones boscosas. La muerte se convirtió en el foco ritual de las complejas culturas a lo largo del río Ohio y la confluencia de los ríos Missouri y Misisipí. La primera, llamada Adena, estaba centrada en el Ohio y abarcó un periodo desde alrededor del año 800 a. C. hasta el año 100 de nuestra era. Hopewell parece haber surgido de Adena aproximadamente el año 200 a. C. y continuó hasta el 400 de nuestra era, con centros de desarrollo a lo largo del Ohio y en el área de Illinois.

La alfarería de las regiones boscosas, de arena moldeada marcada con cuerdas cuando estaba todavía húmeda, y el complejo de montículos funerarios parecen haberse originado en el norte. Algunos arqueólogos han sugerido que estos rasgos, especialmente la alfarería, representan más una difusión de Siberia, a pesar de los cortes en distribución, ya que este tipo se desarrolla allí algo antes de su aparición en el noreste de América. Un antropólogo ha propuesto, por el contrario, que esta alfarería de cuerda marcada y la edificación de túmulos y montículos funerarios tienen sus contrapartes por el norte de

Europa, así como en Asia, en un tiempo apropiadamente anterior, y podrían haber sido introducidos en América por la gente de los botes que seguían la ruta septentrional a lo largo de Islandia y Groenlandia, lo mismo que harían los vikingos 3.000 años después.

Cualquiera que sean los orígenes de la cerámica y los montículos funerarios septentrionales, incluso si no fueron inventados de forma independiente, la Adena y Hopewell se desarrollaron como tradiciones culturales y artísticas únicas del este de Norteamérica. Las elaboradas y largas criptas funerarias, los túmulos de tierra, los utensilios de cristal volcánico fantásticamente cortado, las pipas de efigie exquisitamente labradas en piedra, las figuritas de arcilla, los estilos de cerámica distintivos, las tablillas cinceladas en piedra, los ornamentos para las orejas chapados en cobre, el arte ceremonial en hojas de mica y cobre, y una colección de motivos artísticos —como las aves de presa y la mano en el ojo de la Hopewell— dejaron una impronta cultural sobre una extensa área del este, desde los Grandes Lagos hasta Florida y de los Apalaches a las Llanuras.

Además de irradiar hacia afuera su influencia artística y, presumiblemente, religiosa ceremonial, los centros hopewellianos serán también el nexo del comercio en un área incluso más amplia. A estos centros llegaban dientes de oso gris de las Montañas Rocosas, pedernal del alto Missouri, cristales de cuarzo y mica de los Apalaches, pepitas de plata de Canadá, y dientes de tiburón y caimán de Florida. La escala de los complejos de montículos funerarios de los hopewell encerrados en las bajas paredes de tierra era inmensa, abarcando más de 40 Ha, e implica la habilidad social de coordinar gran cantidad de gente en proyectos de obras públicas. Quizás el trabajo en tierra más famoso atribuido a los hopewell representa una serpiente con un ojo en la boca, que ondula a lo largo de una cresta en Ohio central durante más de 36 m. El tratamiento de los cadáveres en Adena y Hopewell, que incluye cremaciones elaboradas, osario y descarnación de huesos, y la elaborada obra de arte colocada con el muerto son las clases de desarrollos culturales que habitualmente indican la presencia de sistemas de diferenciación social y de especialistas religiosos. El pensamiento actual sugeriría que los de Adena y Hopewell no fueron, sin embargo, sistemas centralizados políticamente, sino más bien sistemas ceremoniales que encerraban muchas culturas de regiones boscosas locales. Además Adena-Hopewell constituía un complejo sistema extremadamente sofis-

ticado y elaborado de prácticas religiosas, rodeando lo que parece haber sido un culto a la muerte. Tal complejo funerario sobrevivió en forma mucho menos elaborada entre diversos pueblos orientales cuyo contacto fue posterior, como los iroqueses y los hurones de los Grandes Lagos inferiores, y los algonquinos costeros de Virginia.

La complejidad cultural de Adena-Hopewell implica un tipo de subsistencia fiable, con una economía excedentaria, que ordinariamente llega sólo con el desarrollo de la agricultura. El desarrollo cultural oriental que siguió a Hopewell, el del Misisipí, muestra amplias pruebas arqueológicas de un sistema de agricultura intensiva basado en el maíz, difundido desde México y/o las Antillas. Los primeros europeos se encontraron gentes por todo el Este, desde Florida hasta el norte del río San Lorenzo, que cultivaban maíz y otras plantas. Pero existen pocas pruebas directas de la agricultura del maíz para los Adena-Hopewell, por lo que se ha argumentado que estos sistemas culturales se levantaron sobre economías de cultivo basadas en plantas domesticadas de modo indígena.

El desarrollo de la agricultura fue una de las cotas revolucionarias en la evolución de la cultura humana en cualquier lugar. Sin importar cuán eficiente e intensivamente una persona utiliza las plantas y animales silvestres, existen límites superiores de elaboración social y cultural que no pueden ser traspasados con las economías basadas únicamente en los recursos silvestres. En contraste, la agricultura, y secundariamente la domesticación de animales, proporcionan la base para un excedente alimentario en el que se fundamenta la civilización (la civilización de Mesoamérica, al contrario de las del Viejo Mundo y las de Sudamérica, no tuvieron animales domesticados significantes). Esto no significa que la agricultura sea una mejora sin costes. Por ejemplo, en el sitio Dickenson Mounds, en Illinois, cientos de esqueletos procedentes de enterramientos de los siglos entre los años 950 y 1200 de nuestra era, muestran que la salud y el estado físico que se miden, por ejemplo, por el número de lesiones de huesos debidas a infección, realmente disminuyeron desde la adopción de la agricultura del maíz, alrededor del año 1050 de nuestra era [7]. A pesar de ello, la

[7] A. H. Goodman y G. J. Armelagos, «Disease and Death at Dr. Dickson's Mounds», en *Natural History*, 94, n.° 94 (1985), pp. 12-18.

seguridad de alimentos y excedente que proporciona la agricultura hace posible el aumento del crecimiento poblacional y una elaboración cultural mayor, a pesar de la escasa variedad en los tipos de alimento y la consecuente degradación nutricional. Uno de los problemas permanentes de la ciencia antropológica es determinar los procesos por los que el cultivo de plantas, la domesticación y los sistemas agrícolas se desarrollan. Hoy día, muchos arqueólogos aceptan cualquier sistema de cultivo extensivo de campos de plantas domesticadas como agricultura, aunque antes este término se aplicaba sólo a aquellos sistemas del Viejo Mundo que cultivaban las plantas mediante el uso del arado, mientras los otros que sólo usaban herramientas como la azada eran denominados «horticultura». En cualquier caso, la clave parece ser las elección consciente de ciertas plantas para remanente de semillas y la consiguiente alteración de éstas mediante la cría selectiva hacia formas más acordes con las necesidades humanas.

La investigación moderna indica que la domesticación y cultivo de las plantas no son simples invenciones. Más bien las gentes con adaptaciones como las del Arcaico oriental pueden haber empezado en primer lugar por el quemado y desherbaje de las plantas indeseables alrededor de los campamentos y pueden haber desempeñado un papel inadvertido en la modificación genética de las plantas. Así, los humanos se convierten en un factor medio ambiental en la genética de las plantas, produciendo otras más atractivas para el consumo humano. Las plantas alteradas, a su vez, fomentan la intensificación de las prácticas de subsistencia humana que llevaron a su alteración inicial, constituyendo lo que algunos arqueólogos llaman la «coevolución» de las comunidades vegetales y las culturas humanas [8]. Muchos arqueólogos piensan que tales procesos del Arcaico tardío oriental llevaron a la domesticación de plantas locales tales como el amaranto, el *pigweed (Chenopodium album)*, los girasoles, ciertas especies de quenopodiáceas con semillas tipo cuentas (los *lambs quarters* son otra forma de este género, de hojas verdes), el saúco de pantano y quizás especies locales de calabazas. El cultivo de estas plantas, junto con el mantenimiento de la

[8] M. J. O'brien, «Sedentism, Population Growth, and Resource Selection in the Woodland Midwest: A Review of Coevolutionary Developments, with CA* comments», en *Current Anthropology*, 28 (1987), pp. 177-197.

dependencia de los abundantes recursos silvestres (que de hecho continuó incluso después de la introducción del maíz), forman los cimientos económicos de los sistemas del complejo cultural de Adena y Hopewell, aunque existe alguna prueba de que el maíz pudo ya haber estado presente, pero no como elemento esencial, en algunos sitios dentro de la esfera de influencia de Hopewell.

El maíz fue domesticado en el este de México central en el año 3600 a. C., en un contexto cultural similar al del Arcaico oriental. Las calabazas redondas y las de cuello largo aparecen domesticadas incluso antes en los registros arqueológicos mexicanos. Estas plantas, especialmente el maíz, junto con los melones y calabazas y los fríjoles, proporcionaron la base fundamental en la que se asentó la civilización mesoamericana. Las rutas de estas plantas al área al este del Misisipí es asunto de debate recurrente. Ciertamente, el maíz se había difundido directamente desde México hasta el área que ahora constituye el suroeste de los Estados Unidos hacia aproximadamente el año 1000 a. C., y constituye la base de la cultura Anasazi y otras de la región. El maíz-frijoles-calabaza sobrepasó el suroeste durante ciertos periodos de la prehistoria. En la parte occidental de Colorado, el este de Nevada y el sur de Idaho, durante el periodo que va del año 400 al 1300 de Nuestra Era, hubieron asentamientos dispersos de horticultores, con su propia tradición ceramista característica, conocidos colectivamente por los arqueólogos como la cultura Fremont. Los sitios probablemente fueron abandonados debido a la misma sequía que se piensa responsable de los principales cambios en la misma cultura Anasazi (Pueblo).

Durante un tiempo, se creyó que el maíz y otras plantas cultivadas habían llegado al este de Norteamérica vía el Golfo de México o el Caribe. En las décadas recientes, la mayoría de los arqueólogos abandonaron esta idea en favor de la tardía difusión del maíz desde México a través de Texas y/o desde el área Pueblo en Oklahoma. Sin embargo, las primeras fechas para el maíz en Florida de alrededor del año 200 de nuestra era y para las calabazas ya desde hace 7.000 años, y los recientísimos descubrimientos en el área circumcaribe, ha renovado el interés por la posibilidad de un corredor de entrada antillano de plantas domesticadas al este americano [9]. Las plantas domesticadas

[9] P. E. Siegel, «On the Antilles as a Potential Corridor for Cultigens into Eastern North America», *Current Anthropology*, 32 (1991), pp. 177-197).

pueden haberse difundido originalmente desde México hasta Centro y Sudamérica, y luego haber sido llevadas desde allí al Caribe por los antepasados marineros de los indios encontrados por los primeros exploradores españoles. Un guión que está siendo considerado en la actualidad es que hubo una primera entrada de una variedad de maíz a través del Golfo de México o el Caribe, vía Florida, y luego una difusión posterior de otra variedad de maíz desde el Suroeste en los últimos siglos del primer milenio de nuestra era. Para los fríjoles y quizás el tabaco se propone una trayectoria similar, aunque el último pudo ser también un desarrollo indígena en la parte de Norteamérica más allá del Río Grande [10]. Finalmente, se ha sugerido que las quenopodiáceas cultivadas por los indios históricos de México central pueden ser un ejemplo de difusión inversa de plantas domesticadas originalmente al norte del Río Grande. Si la ruta del Golfo-Caribe hacia el este se confirma para algunas plantas, esto puede reforzar la idea largo tiempo sostenida de que algunas características de las culturas históricas del suroeste evidencian influencias procedentes directamente de Sudamérica. Cualquiera que sea el caso, en el año 800 de nuestra era comenzó la agricultura del maíz, acompañada de las plantas derivadas de México, difundiéndose ampliamente por el Este, hasta Canadá, por el oeste sobre los afluentes del Misisipí hasta las llanuras, y por toda el área sur a través de la mayor parte de Florida.

Desde el periodo tardío en adelante, es posible rastrear las conexiones arqueológicas entre varias culturas de las regiones boscosas tardías y algunas de las gentes encontradas por los europeos como los iroqueses. El cultivo del maíz era combinado en grados diferentes con la caza, la pesca y la recolección de moluscos por todas las gentes de las regiones boscosas, pero alcanza su desarrollo más intensivo en las culturas del Misisipí.

Como su nombre indica, la cultura del Misisipí se desarrolló a lo largo del drenaje de este río. Su expresión más impresionante son los inmensos complejos de montículos de templos aplanados en su parte superior (frecuentemente también contienen enterramientos), encontra-

[10] T. J. Riley, R. Edging y J. Rossen, «Cultigens in Prehistoric Eastern North America: Changing Paradigms, with CA* comments», en *Current Anthropology*, 31 (1990), pp. 525-541.

dos en lugares tales como Cahokia, cerca del actual St. Louis; Moundville, en Alabama; y Spiro, en Oklahoma. El mayor de ellos, Monks Mound, en Cahokia, alcanza una altura de más de tres metros y cubre una superficie de alrededor de seis hectáreas y media. Estos complejos de montículos eran aparentemente centros administrativos y religiosos, que ejercían su influencia sobre las aldeas agrícolas de las áreas circundantes. El mismo gran complejo de Cahokia, en su cenit de poder desde el año 1050 al 1250 de nuestra era, debió de albergar una población de 30.000 personas, la mayor de las comunidades del Misisipí.

Sobre la extensa zona que va de los Grandes Lagos al norte de Florida y la parte sur de los Apalaches, se encuentran varias versiones de la cultura del Misisipí. Aunque probablemente el átlatl continuaba en estos tiempos (quizás sólo como arma ceremonial), el arco y la flecha se establecieron totalmente. Se identifican dentro de la cultura del Misisipí diferentes estilos regionales de alfarería, especialmente en cuanto a la pintura. Acompañando a los centros de esta cultura, existe un arte ceremonial incluso más elaborado que el hopewelliano que lo precedió en muchas áreas: mazas y hachas ceremoniales de piedra cortada y pulida, cuentas y gargantillas de piedra pulida, placas grabadas, petos de cobre, pipas y figurillas de piedra, mascarillas y gargantillas circulares de concha labrada, y mucho más. Muchos de los motivos son similares a los de Adena-Hopewell, como aves de presa y dibujos de mano y ojo; otros, como cruces, representaciones de sacrificios humanos, símbolos del sol y serpientes emplumadas, son más distintivos. Los últimos motivos, junto con la configuración general de los montículos del templo y su ordenamiento en complejos alrededor de plazas, han llevado a muchos estudiosos a proponer que la tradición ceremonial y artística del Misisipí —a veces llamada Culto a la Muerte o Culto del Sur— tiene orígenes mexicanos. Algunos sugieren incluso la posibilidad de proselitismo directo del suroeste por comerciantes civilizados procedentes de México central. Sin embargo, muchos de los más recientes arqueólogos minimizan o excluyen totalmente la influencia mexicana, citando la fuerte continuidad con los complejos culturales indígenas anteriores de Adena-Hopewell. A pesar de ello, para otros, permanecen impactando las aparentes semejanzas entre las culturas del Misisipí y México.

Ya para comienzos del siglo XVI, los cacicazgos misisipianos —algunos de los cuales justificarían incluso ser designados reinos o esta-

dos— estaban perdiendo fuerza y tamaño. De todos modos, hubo sociedades como éstas y sus contrapartes en la península de Florida que se encontraron los primeros españoles y posteriormente los franceses cuando entraron al Sureste.

Sumario

Quedan sin responder muchas preguntas arqueológicas acerca de la prehistoria de Norteamérica. Mientras los particulares del primer poblamiento de las Américas están sin resolver, se ha aprendido mucho sobre los orígenes de los americanos nativos en los años recientes mediante la arqueología, la lingüística, la genética y la antropometría. En ciertas partes del continente, más de 100 años de investigación arqueológica, especialmente la de los últimos 45 años, que utilizó modernas técnicas, ha producido una cronología bastante detallada de los tipos de culturas que se desarrollaron antes de la llegada de los europeos. Todavía en otras áreas, por ejemplo el interior de Alaska y las plataformas continentales de Florida, ahora sumergidas, la excavación sistemática sólo ha comenzado recientemente, si lo ha hecho. En todas las zonas existen probablemente importantes sitios arqueológicos aún por descubrirse. A pesar de ello, los modernos estudios interdisciplinarios han empezado a hacer progresos en la explicación de por qué las culturas de Norteamérica se desarrollaron del modo que lo hicieron. Queda todavía mucho por hacerse, tanto en el campo como en el laboratorio, para lograr una adecuada comprensión de las adaptaciones ecológicas de los americanos nativos y las trayectorias causales por las que produjeron las sedentarias y complejas culturas del Este. Del mismo modo, se necesitan estudios más detallados sobre los Estados Unidos, México y las Islas Caribes para resolver completamente algunas preguntas de mucho tiempo acerca de las relaciones culturales entre los pueblos prehistóricos del área de los Estados Unidos de tradición anglosajona y las del Sur, especialmente desde el surgimiento de las altas culturas mexicanas. A pesar de todas estas preguntas sin respuesta, ya se conoce mucho sobre al menos ciertos aspectos de las culturas materiales de Norteamérica, e incluso ahora pueden ser descritos algunos aspectos de la sociología de estos pueblos preeuropeos con cierta confianza. Este capítulo ha presentado sólo la más desnuda descripción del

esqueleto de las cada vez más diversas y complicadas culturas de los americanos prehistóricos. La información presentada aquí proporciona los antecedentes necesarios para los capítulos históricos y etnológicos que siguen.

Recapitulando brevemente, durante las últimas glaciaciones del Pleistoceno, los antepasados de los americanos cruzaron un puente de tierra entonces existente entre Asia y Alaska. Cuándo vinieron, por qué rutas y en qué número son todavía asuntos por resolver. Hace aproximadamente 12.000 años, sin embargo, sus descendientes estaban bien instalados sobre Norteamérica central, como bandas dispersas de cazadores nómadas de las manadas de grandes mamíferos ahora extinguidos. Con su extinción y el cambio de medio ambiente que siguió al derretimiento de las hojas de hielo del Pleistoceno, los antiguos americanos nativos de casi todas partes empezaron a cambiar a sistemas de subsistencia de amplia base, en los que los recursos de plantas y pescados se hicieron cada vez más importantes. En las altas llanuras, sin embargo, las economías de caza mayor, inicialmente bastante similares a las de los primitivos cazadores de la Edad de Hielo, persistieron con una evolución tecnológica continua hasta la era moderna. Al oeste de las Montañas Rocosas, los cazadores y recolectores del Holoceno, que se encontraban en el Gran Cuenca, desarrollaron técnicas efectivas de forrajeo y recolección de amplia base, adecuadas para sobrevivir en muchos entornos situados en una región generalmente dura. Aunque las estrategias de subsistencia cambiaron con el tiempo, parcialmente como respuesta a los niveles cambiantes de temperatura y precipitación anuales durante los subperiodos del Holoceno, la cultura material de la Gran Cuenca permaneció notablemente estable durante miles de años. Al oeste de la Sierra Nevada, el medio ambiente mucho más húmedo y exuberante del centro y norte de California promovió el desarrollo de aldeas más sedentarias de recolectores de nueces, bellotas y otros vegetales comestibles, que también cazaban y pescaban, utilizando una tecnología muy parecida a la de la Gran Cuenca. Así mismo, en la costa del Pacífico, el desarrollo del uso eficiente de los recursos marítimos (peces y mamíferos marinos) produjo comunidades sedentarias, con tecnologías complejas y sistemas de comercio, en la densa población de la mayor parte de California. Hacia el norte, a lo largo del Pacífico, sobre la estrecha franja de tierra en dirección al mar de la cadena costera que impide que la lluvia y las corrientes cálidas penetren

al interior, empezaron a desarrollarse culturas marítimas aún más elaboradas, inmediatamente después del derretimiento de la hoja de hielo de la Cordillera. Aquí y en región de la meseta al norte de la Gran Cuenca, los arroyos de desove anual de millones de salmones proporcionaron los cimientos económicos en la costa noroeste para las sociedades y culturas no agrícolas quizás más complejas del mundo, y los pueblos famosos en los tiempos históricos por sus elaborados arte y arquitectura a gran escala, confeccionados con la abundante y disponible madera de la región. En el interior de Alaska, los pueblos nativos prosiguieron desarrollando lentamente economías basadas principalmente en las manadas migratorias de caribú, que siguieron el derretimiento de las hojas de hielo a la tundra que quedó al descubierto al final de la Era de Hielo.

En los ricos y variados entornos de la vasta área del Misisipí al Atlántico y de los Grandes Lagos al Golfo de México, se desarrollaron una gran variedad de culturas de caza y recolección en los milenios siguientes a la Edad de Hielo. Éstas llegaron a ser muy eficientes en la utilización de las plantas silvestres, los frutos secos, los pescados y los mamíferos, desarrollando estilos de cultura regionales característicos. Con el tiempo, se produjeron culturas tan complejas como Poverty Point, Adena y Hopewell, en el caso de la última, basada en parte muy probablemente en la invención independiente de la horticultura. La tradición artística y funeraria de Hopewell influyó sobre una amplia área de las culturas de las regiones boscosas, incluso fuera de las llanuras, pero persistieron las tradiciones indígenas locales, especialmente en el Sureste. En el primer milenio de nuestra era, fue introducida la agricultura del maíz al Sureste, convirtiéndose en la base de la tradición cultural misisipiana, la más grande y elaborada de las tradiciones culturales artísticas y arquitectónicas de la prehistoria norteamericana al norte de las gentes civilizadas de México. Y, por supuesto, existen algunas semejanzas atormentadoras entre los artefactos de las gentes del Misisipí y las altas culturas de Mesoamérica. Del mismo modo, en Florida existen insinuaciones de influencias directas procedentes del Caribe.

Sólo en los últimos periodos de la prehistoria es posible a veces enlazar culturas conocidas únicamente mediante la arqueología con pueblos tribales descritos por los primeros europeos. Sin embargo, incluso si tales vínculos fueran posibles, raramente pueden retrotraerse

sus lazos más de unos pocos siglos en el mejor de los casos. A pesar de ello, la miríada de culturas arqueológicas que evolucionaron en Norteamérica como respuesta a las diferencias ecológicas, el crecimiento demográfico y las influencias mutuas a través de la difusión durante miles de años antes de los tiempos colombinos, proporcionó el remanso cultural colectivo del que se desarrollaron las culturas etnológicas de la historia escrita.

En este punto, en los trabajos generales de esta naturaleza sobre los indios americanos, es casi costumbre de los escritores antopológicos volver sobre las descripciones de las culturas nativas del «presente etnográfico». De hecho, esto se había planeado originalmente para este trabajo. Sin embargo, se ha hecho obvio a través de la reciente investigación arqueológica y etnohistórica que las sociedades y culturas encontradas por los primeros exploradores europeos en muchas partes del país no eran las mismas que las descritas desde los comienzos del contacto blanco continuo, a veces posteriores en un siglo o más. De forma similar, en aquellas áreas donde se siguió un contacto sostenido casi inmediatamente a la primera entrada de los blancos, hay razón para creer que las culturas americanas nativas tampoco eran prístinas, sino que habían sido ya influidas por repercusiones en forma de cadena de las iniciales intrusiones europeas lejos de su propia área. Ciertamente, las culturas descritas desde los comienzos de la etnografía sistemática en la primera mitad del siglo XIX fueron usualmente trasladadas temporalmente lejos de las conocidas por la arqueología prehistórica. Aunque algunas de esas tribus sólo recientemente cayeron bajo el control político americano, sus culturas y sociedades ya habían soportado la marca de las influencias europeas y americanas en la tecnología, economía, quizás también incluso en la ideología y, aunque no fuera en nada más, en su demografía. Estudios muy recientes han aportado lo que muchos consideran una prueba irrefutable de que la población aborigen de los indios norteamericanos era mucho mayor de lo pensado previamente, y que sufrió mucho más inmediatas pérdidas masivas como resultado indirecto de las incursiones europeas iniciales en las Américas durante los siglos XV, XVI y XVII.

El próximo capítulo investigará la cronología de las exploraciones europeas y blancas americanas, los informes de lo que encontraron entre los nativos, y las pruebas modernas de los efectos de esos primeros contactos sobre la población nativa.

Capítulo III

EXPLORACIONES EUROPEAS Y PRIMEROS ASENTAMIENTOS

Los miles de años que precedieron al descubrimiento y asentamiento europeo de Norteamérica no fue un periodo sin cambios humanos en el Continente. Partiendo quizás sólo de algunos cientos de pobladores del Pleistoceno tardío procedentes de Asia, la población aborigen americana se había multiplicado para llenar el Continente entero, así como Centroamérica y Sudamérica. Además, la evolución de la cultura había producido una gran variedad de modos de vida, en cambio constante, como respuesta a las variaciones de las condiciones demográficas y medioambientales. En algunas regiones del Continente, las principales transformaciones de las culturas nativas fueron causadas por la invención de la horticultura y, de aún mayores proporciones revolucionarias, la introducción desde el sur de la agricultura extensiva del maíz-frijoles-calabaza. Sin embargo, ninguno de estos cambios igualaría a los que resultaron del viaje de Colón de 1492.

Aunque la historia de la exploración europea de América es conocida por la mayoría de la gente culta, al menos en líneas generales, es necesario volver a contarla aquí para conseguir una plena apreciación de las culturas indias americanas de los Estados Unidos de tradición anglosajona. Dado que las gentes nativas carecían de un sistema escrito, no es posible conocer directamente las opiniones aborígenes ante la llegada de los europeos. A pesar de ello, de la investigación arqueológica, así como del estudio continuado de los informes europeos sobre la exploración americana, los estudiosos están empezando a comprender con algún detalle las primeras consecuencias de la interacción entre las dos poblaciones, que debieron parecerse tan extrañas mutuamente, los del «Viejo Mundo» y los que ya residían en el «Nue-

vo Mundo». Aunque los estudiosos modernos no pueden examinar verdaderamente cómo fue este intercambio desde el punto de vista indio, a la luz de lo que ahora se conoce acerca del desarrollo prehistórico de las culturas americanas nativas, es posible apreciar que el alcance de la llegada de los europeos pudo haber sido mucho más transformador que cualquier desarrollo en su historia cultural que se hubiera dado antes. Quizás el símil que algunos escritores usan al describir la llegada de los europeos como el proverbial «aterrizaje de hombres procedentes de Marte» no está muy lejos de la realidad, ya que los recién llegados del otro lado del Atlántico trajeron con ellos una tecnología que sobrepasaba con mucho en poder y velocidad la de incluso los imperios más sofisticados de Mesoamérica. Y llevaron con ellos formas de organización civil y militar que rápidamente permitió a los españoles situarse sobre las élites nativas y crear de las masas campesinas sus propios dominios en las áreas de civilizaciones índigenas de las Américas. Hacia el norte, sin embargo, la conquista no demostró ser tan inmediata y decisiva para los españoles, ingleses, franceses o angloamericanos, sino que los europeos iban a encontrar prolongada resistencia armada a su avance por la sección central de Norteamérica, que iba a continuar por siglos. Los europeos y los africanos que importaron también trajeron con ellos enfermedades exóticas, que demostraron tener un poder mortal mucho mayor que el de sus ordenanzas militares.

Preludio europeo

Continúa la investigación y el debate académicos sobre la cuestión de posibles viajes transoceánicos entre los hemisferios oriental y occidental antes de Colón, aunque ha sido establecido que los vikingos llegaron a Norteamérica. En L'Anse aux Meadows, en el norte de Terranova, los arqueólogos han excavado en los últimos 25 años los restos del nivel de superficie de casas que contienen artefactos vikingos. Estos hallazgos verifican la reclamación de mucho tiempo procedente de las sagas vikingas, escritas alrededor del año 1200 de nuestra era y posteriormente, de que después de la colonización de Groenlandia en el siglo x, al menos una partida de vikingos fue a desembarcar sobre el propio continente norteamericano, al que llamaron Vinlandia.

Según ciertos relatos, los vikingos tuvieron allí al menos un encuentro armado con los nativos, a quienes llamaron skraelings. Aunque no se sabe de cierto si los vikingos se aventuraron tan lejos hacia el sur como hasta lo que ahora son los Estados Unidos, debieron divisar esas tierras. Su estancia en tierra firme fue de corta vida. A pesar de las relaciones aparentemente amigables con los esquimales de Groenlandia, los vikingos abandonaron incluso las colonias que allí mantenían en el siglo XV. Aunque la presencia vikinga en el lejano norte está ahora bien documentada, no parecen haber tenido un impacto significante en el desarrollo de las culturas americanas nativas. Las condiciones existentes en el año 1000 de nuestra era no eran adecuadas para una presencia europea permanente en Norteamérica.

Las aventuras vikingas en el Atlántico norte y sus leyendas de Vinlandia y los skraelings fueron conocidas por otros en Europa. Algunos estudiosos piensan que probablemente el mismo Cristóbal Colón era consciente de las leyendas procedentes de las sagas vikingas y fue inspirado en parte por ellas en su propio viaje de descubrimiento. Ciertamente, los artífices europeos de mapas sabían de las tierras occidentales que los vikingos habían descubierto, quienes, aunque no tuvieran un impacto directo sobre el asentamiento europeo final y permanente de Norteamérica con su experimento de Groenlandia, indirectamente desencadenaron lo que sería la decisiva incursión europea a la masa continental americana desde la otra dirección [1]. En el siglo IX, los vikingos establecieron la dinastía que iba a gobernar Rusia hasta el fin del siglo XVI. Esta dinastía, la Ruriks, empezó la presión rusa hacia el oriente, que finalmente iba a culminar con el descubrimiento y colonización, a mediados del siglo XVIII, de Alaska por comerciantes en pieles rusos.

Además de los vikingos, hubo otros en el Atlántico norte que pudieron haber divisado la costa o incluso haber hecho breves paradas de aprovisionamiento en ella. En el siglo XIV, los balleneros vascos laboraban en las aguas cercanas a Groenlandia, y los pescadores ingleses se aventuraban tan lejos como Islandia no mucho después. Igualmente, después de que los portugueses descubrieron las Azores a mediados del

[1] C. C. Hulley, *Alaska: Past and Present*, 3.ª ed., Binfords & Mort, Portland, O., 1970, p. 32.

siglo xv, se aventuraron más lejos y algunos reclaman que habían descubierto Norteamérica antes de que lo hiciera Juan Caboto, navegando para Inglaterra a finales del siglo xv.

Exploraciones poscolombinas

Cualquier influencia que hubiera podido resultar de los primeros viajes vikingos, vascos y otros en los éxitos de Colón, estas aventuras anteriores no tuvieron consecuencias desde el punto de vista del desarrollo de las culturas del Nuevo Mundo, mientras que lo que siguió como consecuencia de Colón marcó una enorme diferencia en la historia de la humanidad. En gran parte, los acontecimientos que empezaron a respirarse con la llegada de Colón tomaron tal curso debido a la tecnología superior de los europeos, comparada con la de los americanos nativos. Las partes fundamentales de esa tecnología no eran todavía conocidas ni siquiera en Europa durante el periodo de los descubrimientos vikingos, unos pocos siglos antes.

Las sagas vikingas narran que los skraelings, al contrario que ellos mismos, no conocían el uso del hierro. Pero en tiempos de Colón se habían desarrollado formas mucho más eficientes de hierro y acero. Del mismo modo, los vikingos no tenían pólvora, pero sí Colón y todos los que le siguieron, aunque las armas de fuego estaban todavía en las primeras etapas de su desarrollo, especialmente las de mano, y la ballesta continuaba siendo un arma frecuente. Como se sabe, algunos pueblos septentrionales de Norteamérica tenían instrumentos ocasionales de hierro meteórico golpeado con martillo o, en tiempos posteriores, conseguidos mediante el comercio con Siberia, pero eran extremadamente limitados en su distribución. Sin embargo, ningún aborigen de las Américas tenía conocimiento de nada remotamente parecido a la pólvora. Probablemente tan pavorosos para los indios americanos como las armas de fuego fueron los caballos que los conquistadores españoles trajeron con ellos. Éstos se habían extinguido en las Américas hacía miles de años, aunque los paleoindios los cazaron y comieron siglos antes de que los humanos los hubieran domesticado en algún lugar. Una columna de soldados montados, con casco y armadura, acompañados de armas de fuego, debe haber sido una visión imponente y amenazante, incluso para los más sofisticados americanos nativos.

Incluso los vehículos arrastrados por caballos de los europeos eran algo singular. Aunque hay pruebas abundantes de que los americanos prehistóricos conocían el principio de la rueda, en forma, por ejemplo, de rueda volante del tipo de las espirales del huso, y como discos rodantes en ciertos juegos, nunca la desarrollaron como un artefacto práctico de transporte (por razones demasiado complicadas para ocuparnos de ellas aquí). Finalmente, las mismas naves que trajeron los primeros europeos a las Américas no tenían precedentes en la tecnología del Nuevo Mundo. Aunque algunas de las canoas vaciadas de los americanos nativos, especialmente en la costa noroccidental del Pacífico, eran impresionantes por su tamaño, capaces de transportar en su interior 30 o 40 personas, ningún vehículo acuático construido por los aborígenes de Norteamérica podía compararse en tamaño ni siquiera con los navíos vikingos. Las naves mayores de los exploradores europeos posteriores, aunque insignificantes para los cánones actuales, eran todavía más impresionantes, capaces como eran de transportar cientos de personas y grandes animales —no importa lo apretados que fueran—, cruzando el Atlántico en sólo unas pocas semanas o meses, con sus altos mástiles y sus velas hinchadas. Los especialistas no han llegado a un acuerdo acerca de si el principio de la vela se conocía en Norteamérica en tiempos precolombinos. Sin embargo, si así fuera, se trataría de simples velas de estera, que mostrarían poca semejanza con las de los barcos europeos.

Con estas grandes ventajas tecnológicas —acero, pólvora, caballos de montar, ruedas y velas—, los exploradores europeos se dispusieron a expandir sus fortunas en propio beneficio y para Dios y el Rey. Al salir de la Edad Media, la población europea estaba expandiéndose rápidamente. Los primeros estados-nacionales modernos estaban comenzando a tomar forma, y la economía mercantil estaba retoñando. Estas fuerzas convergieron para conducir a los europeos en busca de nuevas tierras, especialmente la de la especia y la seda hacia el oriente. Como es bien sabido, Colón se dispuso a encontrar una ruta más corta a esas tierras para conseguir ventajas económicas para España. Al principio, no se advirtió que había encontrado una obstrucción para llegar a las Indias, en vez de la parte más oriental de éstas. Pronto, sin embargo, los europeos supieron que para alcanzar las riquezas del sur de Asia, tenían que navegar alrededor de estas nuevas tierras. Aunque la expedición de Fernando Magallanes, portugués que navegaba para España,

demostró en 1522 la posibilidad de circunnavegar el globo alrededor de la punta sur de Sudamérica, esta ruta hacia el Oriente era larga y difícil; Magallanes perdió la vida en la travesía. Antes de su tiempo y posteriormente, muchos exploradores buscaron un legendario Paso Noroccidental, una sencilla ruta de conexión por agua cruzando el borde superior de Norteamérica [2].

Quizás sólo un año después del primer viaje de Colón, otro explorador nacido en Italia, Juan Caboto, planeaba la búsqueda de una ruta norte para llegar a las Indias. Patrocinado por la Corona inglesa, Caboto es usualmente reconocido como el descubridor del continente norteamericano, a pesar de las expediciones vikingas anteriores a Vinlandia. En 1497, Caboto tomó posesión de Terranova en nombre de Inglaterra, y aunque no encontró nativos, halló pruebas de su presencia: sus redes de pescar. En un segundo viaje que se supone que realizó Caboto en 1498, debió de llegar hacia el sur hasta la Bahía de Chesapeake o incluso más allá. Los portugueses mantenían interés por el Atlántico norte, a pesar de la principal dirección sur de sus exploraciones y de la línea papal de demarcación, que ponía a Norteamérica fuera de la esfera legítima de demandas portuguesas de nuevas tierras. En 1500 y 1501, los portugueses enviaron a los hermanos Corté Real, Gaspar y Miguel, a Terranova, para establecer su presencia. En su segundo viaje, los Corté Real secuestraron a más de 50 indios y se los llevaron de regreso a Portugal.

Desde el viaje de Colón en adelante, hasta el final del siglo XVII, contingentes de nativos americanos fueron sacados de sus tierras natales. A veces por la fuerza, a veces por incentivos económicos, a través de la conversión religiosa, mediante el matrimonio y por otros medios, los europeos se las arreglaron para mandar a los nativos americanos a las cortes reales de Europa. Allí fueron al principio curiosidades y testimonios vivientes de las declaraciones hechas por los exploradores sobre las exóticas nuevas tierras que habían descubierto. Posteriormente, también fueron llevados cautivos de Norteamérica a una de las colonias caribeñas o a la ciudad de México. Estos cautivos a menudo mo-

[2] Dos útiles libros sobre los exploradores europeos son: H. Delpar (ed.), *The Discoverers: An Encyclopedia of Explorers and Explorations*, Nueva York, McGraw-Hill Book Company, 1980. J. N. L. Baker, *A History of Geografical Discovery and Exploration*, Nueva York, Cooper Square Publishers, 1967.

rían a bordo, pero muchos fueron adiestrados como intérpretes para futuras expediciones y servían como «corredores de culturas» que podían no sólo proporcionar útil información acerca de su tierra natal a sus captores blancos, sino también podían regresar para advertir a sus compatriotas del poderío y grandeza de los mismos países europeos, y del acierto de someterse a su autoridad. Ingleses, españoles, franceses y otros, todos se dedicaron a tales prácticas. La abierta esclavitud de indios norteamericanos también fue practicada por los europeos desde el primer asentamiento en adelante, hasta el final de la época colonial, aunque los indios esclavos fueron gradualmente reemplazados por los importados de África.

Los primeros viajes ingleses y portugueses a Terranova establecieron firmemente las bases de la industria en expansión de la pesca del bacalao en el Atlántico norte. Los Grandes Bancos de Terranova y El Labrador atraían a los pescadores de España, Portugal, Inglaterra y Francia, como muchos lo son hoy en día. El bacalao seco se convirtió en una fuente fundamental de ingresos para estos países a finales del siglo xv y el siglo xvi. Los negocios de este pescado dieron como resultado frecuentes, aunque rara vez documentados, contactos entre las gentes nativas y los pescadores, que iban a tierra en busca de provisiones y para establecer campamentos para la cura del bacalao. En estas primeras interacciones del siglo xv, también comenzó la trata en pieles, ofreciendo los europeos a los indios artículos de hierro y vidrio y otros bienes a cambio de éstas, según iba aumentando su demanda por la moda europea. El comercio en pieles demostró ser el vínculo principal entre los europeos y los indios de Norteamérica oriental y central en los siglos por venir. El número creciente de pescadores en las costas de Canadá y la competencia cada vez mayor, aprestó a franceses e ingleses a aventurarse más lejos, litoral abajo. A finales del primer cuarto del siglo xvi, ya habían establecido contactos con los indios de las zonas más septentrionales de Nueva Inglaterra. En suma, aunque los españoles rápidamente establecieron una bien documentada presencia en el Caribe, sobre La Española y Cuba, alrededor de 1500, la presencia franco-inglesa rápidamente comenzaba a establecerse en el Atlántico norte, así como también empezaba a trasladarse hacia abajo por la costa. Sin embargo, ninguna nación europea había todavía establecido ningún asentamiento permanente en la costa atlántica de Norteamérica. De hecho, se sabía poco acerca de la costa al sur de Maine, por lo

que la creencia de que se podía hallar el Paso Noroccidental a través de esa región continuaba sosteniéndose.

Desde sus bases caribeñas, los españoles estaban empezando a describir los contornos del margen suroriental del continente norteamericano. Los mapas de 1502 ya mostraban la península de Florida al norte de Cuba. Sin duda la existencia de esta península fue establecida anteriormente, cuando las naves españolas pasaban por la corriente de Florida rumbo a España; quizás incluso algunos naufragios habían sido lanzados tierra adentro en la península. Pero hasta 1513 no está registrado que los europeos tomaran tierra en la Florida. En ese año, Juan Ponce de León, recibió la carta para ocupar las Islas Biminis y navegó desde Puerto Rico, pasó las Bahamas y desembarcó entre el actual San Agustín y la playa de Daytona. Desde allí, la partida puso rumbo al sur, descubriendo la poderosa Corriente del Golfo en el proceso, y navegaron alrededor de la punta de Florida y los Cayos hasta la costa del Golfo de Florida. Al menos una vez a lo largo del camino, desembarcaron, probablemente cerca de la actual Bahía de Júpiter, para hacer agua y leña, obteniendo respuestas hostiles de todos los nativos que encontraron. La hostilidad de los indios de Florida hacia la partida de Ponce de León sugiere la posibilidad de que los nativos hubieran tenido previas y desagradables experiencias con los europeos recién llegados. Ponce de León notificó su descubrimiento, que llamó Florida, y se le otorgó una capitulación real por las tierras. Sin embargo, no regresó hasta 1521, con esperanzas de establecer una colonia. Este esfuerzo fracasó cuando Ponce de León, herido por una flecha india, se volvió a La Habana para morir.

Después del descubrimiento de Ponce de León, se emprendieron más expediciones españolas por la costa atlántica, con el objetivo de conseguir para España la posesión de Norteamérica. En junio de 1521, Lucas Vázquez de Ayllón y Francisco Gordillo navegaron en dirección norte al Cabo Fear, en la costa de lo que ahora es Carolina del Norte. Allí esclavizaron a varias veintenas de nativos y regresaron a Santo Domingo para obtener una capitulación para colonizar la región. En 1526, Ayllón intentó establecer una colonia de varios cientos de personas en la costa de Carolina del Norte o de Virginia, quizás a la altura de la Bahía de Chesapeake, pero el esfuerzo fracasó pronto con la muerte de éste en el mismo año. A pesar de ello, los relatos de la aventura de los que regresaron a La Española proporcionaron valiosa información so-

bre las gentes nativas de la región. Mientras tanto, Francia había entrado en guerra con España, y con la esperanza de establecer bases firmes en las costas atlánticas para interceptar los barcos españoles cargados de tesoros, comisionaron a Giovanni da Verazzano para explorar y trazar las cartas de navegación de las costas atlánticas.

Verrazzano hizo dos viajes a lo largo del Atlántico, desde el Cabo del río Fear hasta quizás Terranova, uno en 1524 y el otro en 1527. En un tercer viaje en 1528, buscando un posible paso más hacia el sur a Asia a través del Continente americano, desembarcó en una de las Antillas Menores y fue muerto por un indio caribe. En sus primeros viajes, hizo paradas a lo largo del camino y de sus notas proceden algunos de los primeros relatos sobre los nativos de la costa atlántica media y de Nueva Inglaterra; entre éstos había grupos que posiblemente eran los nanticokes y los penobscots, que todavía sobreviven. Los relatos sobre los penobscots de Maine sugieren fuertemente que ya habían tenido desagradables contactos con los europeos que venían del norte. Entre el primer y segundo viaje de Verazzano, en 1525 Esteban Gómez, portugués al servicio de España, navegó directamente desde La Coruña hasta las costas atlánticas meridionales de Norteamérica y subió por ellas hasta pasar Nueva Inglaterra, en busca del ansiado paso a Asia a través de Norteamérica central, quizás por la Bahía de Chesapeake. Según algunos historiadores, cuando Gómez navegaba pasado Maine hacia Nueva Escocia, supo que estaba aproximándose al área relativamente bien conocida de las pesquerías de bacalao del Atlántico norte. Al no haber logrado encontrar el paso al Oriente, puso rumbo a España, con varias docenas de indios de Nueva Inglaterra en cautividad. Gómez pasó mucho más tiempo que Verrazzano en la costa atlántica, y también proporcionó valiosa información sobre los nativos de la región.

Los franceses afianzaron su asidero en Norteamérica con los viajes de Jacques Cartier. En 1534 éste, en busca del Paso Noroccidental, navegó alrededor de Terranova, ahora bien conocida por los pescadores de bacalao, y al Golfo de San Lorenzo. Desembarcó en la península de Gaspé, encontrando gran cantidad de nativos, y reclamó para Francia lo que se convertiría en Canadá. En el viaje de vuelta en 1535, Cartier navegó por encima de San Lorenzo, hasta el lugar donde se encuentra actualmente la ciudad de Quebec. Desde allí, fue al lugar de la actual Montreal, donde se encontró una típica aldea nativa palizada

de finales de las regiones boscosas, Hochelaga, y anotó suficiente información sobre la gente para dejar claro que los indios que vivían allí más de medio siglo después, cuando los franceses regresaron, eran un tronco lingüístico diferente que el encontrado por él. En 1541, Cartier y el Señor de Roberval intentaron establecer una colonia a lo largo del río Saguaney, acompañados por el cabecilla indio Donnacona, que se había unido, aparentemente de buena gana, a Cartier en su vuelta a Francia después de su segundo viaje. Ostensiblemente, los colonizadores iban a llevar la fe cristiana a los nativos, como habían estado haciendo los monarcas españoles en sus territorios del Caribe y, en este tiempo, también en México. Pero, como los españoles, los franceses también tenían esperanzas de encontrar metales preciosos. En 1544, la enfermedad y el empeoramiento de las relaciones con los indios llevaron a la colonia al fracaso y los franceses que quedaban se marcharon. Pero estos primeros esfuerzos abortados de Cartier proporcionaron importante información sobre los nativos y ayudaron a conseguir las costas del Atlántico norte para los franceses. Posteriormente, en la década de 1560, los hugonotes franceses intentaron establecerse en el Atlántico sur, entrometiéndose en la Florida española, pero como será explicado más abajo, fracasaron.

La exploración marítima española a lo largo de la costa atlántica, siguiendo a Ponce de León, fue emparejada por las expediciones desde la costa occidental de Florida tierra adentro, hasta el interior del Suroeste, a saber las de Pánfilo de Narváez y Hernando de Soto. Posteriormente, en el mismo siglo, las expediciones hacia el interior fueron acometidas por Tristán de Luna, desde la costa del Golfo, y Juan Pardo, desde la costa de Carolina del Sur. Estas expediciones son especialmente importantes desde un punto de vista etnológico por cuanto revelaron acerca de los señoríos misisipianos tardíos, que ocupaban la región antes de que fueran establecidos contactos permanentes con los blancos un siglo y más después.

Las provincias españolas del Caribe producían una considerable riqueza en artículos agrícolas, ganado, algunos metales preciosos y otros bienes, pero fue la conquista de México efectuada por Hernán Cortés en 1521 la que proporcionó grandes riquezas en oro y plata. Esta conquista aprestó a otros para buscar fortunas semejantes al norte del continente que se iba a convertir en los Estados Unidos. Ya en 1520, las exploraciones costeras estaban familiarizando a los españoles con la

costa occidental del Golfo de México, pero las distancias desde el interior de la parte suroriental de Norteamérica y México eran considerablemente subestimadas, aunque el contorno de la península de Florida estaba empezando a ser mejor comprendido. Sin embargo, del interior hacia el norte no se sabía nada. Deseando hacer fortuna como Cortés, Pánfilo de Narváez obtuvo una capitulación de la Corona española para colonizar Florida y buscar nuevas tierras. Desembarcando con una partida de aproximadamente 400 hombres y varias docenas de caballos en la Bahía de Tampa en 1528, Narváez no estuvo satisfecho con las pobres posesiones materiales de los indios locales, pero éstos le dijeron que el oro podría ser encontrado al norte, en la tierra de los Apalaches. Contra el mejor juicio de algunos de su partida, Narváez se dirigió al norte a través de la parte occidental del territorio de los indios timucua. Su expedición encontró unos pocos asentamientos a lo largo del camino, pero el campo era generalmente pobre para aprovisionar a su gran partida. Después de dos meses, Narváez alcanzó la región de los Apalaches, centrada cerca de la actual Tallahassee. Para su alivio, allí había abundantes campos de maíz y panochas almacenadas en silos, con caseríos apalaches de casas de ramas y barro y techos de paja dispersos entre ellos. Los indios abandonaron su comunidad al aproximarse los españoles, pero regresaron para hostigar a los intrusos y mataron a algunos durante el mes más o menos que ocuparon la plaza. Al no encontrar ningún oro y bajo el ataque de los apalaches, Narváez decidió encaminarse hacia occidente, hasta otro pueblo indio del que había oído hablar. Cuando lo alcanzó, lo encontró también abandonado; pero le dio algún respiro. Ahora, esperando reunirse con sus barcos que había mandado hacia el norte cuando desembarcó en la Bahía de Tampa, Narváez hizo la retirada por la costa, cerca de la actual ciudad de Panamá, en Florida. Como las naves no llegaron, la partida construyó rudimentarios botes con la esperanza de que trasportaran a los aproximadamente 250 sobrevivientes de la expedición a lo largo de la costa hasta México. Aunque las embarcaciones fueron botadas exitosamente, todas se fueron destruyendo en las costas de Luisiana y Texas, junto con todos los hombres menos 80 o 90. De éstos, sólo sobrevivieron cuatro, que se encaminaron por el Continente, uno de ellos, un esclavo negro.

El más famoso de los sobrevivientes de la expedición de Narváez fue Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Él y los otros estuvieron ocho años

trasladándose de una banda india a otra, a veces trabajando en las más bajas tareas. Finalmente lograron regresar por tierra a la frontera norte de Nueva España en 1537 y fueron la sensación de la ciudad de México al haber sobrevivido a la expedición de Narváez, perdida por largo tiempo. De los informes de Cabeza de Vaca vienen los primeros relatos escritos sobre los karankawas y otros indios de Texas, así como sobre los de lo que se convertiría en la parte suroeste de los Estados Unidos. No siempre es posible identificar a los grupos descritos con tribus registradas posteriormente en la historia. A pesar de ello, sus relatos proporcionan importante información sobre los indios no agrícolas de la región y sus rondas de actividades de caza y recolección, y sus artículos de comercio recibidos de tribus más distantes hacia el norte, incluyendo los mantos de búfalo. Los estudiosos no están de acuerdo acerca de si Cabeza de Vaca vio realmente manadas de bisontes. Las leyendas que éste y los demás sobrevivientes trajeron consigo inspiraron al virrey de Nueva España una expedición mayor desde México hacia el interior septentrional. Algunos de los informes se interpretaron como corroborantes de la existencia de Cibola, la legendaria ciudad de oro.

Francisco Vázquez Coronado, con una partida de alrededor de 100 españoles y algunos indios mexicanos, en 1540 se dirigió desde la frontera norte de Nueva Galicia en México a encontrar Cibola. Su guía era el esclavo que había estado en el grupo de Cabeza de Vaca. Aunque la exploración de Coronado es importante principalmente por la etnohistoria del suroeste de los Estados Unidos, completamente fuera del alcance de este libro, se trasladaron mucho más abajo del suroeste, a las llanuras meridionales, en su búsqueda de oro y plata. Después de conseguir al menos temporalmente el control sobre las aldeas indias pueblos por el centro de lo que se convertiría en el actual Nuevo México, Coronado exploró más hacia el este y el norte. Éste y una parte de su expedición avanzaron hasta una plaza que llamaron Quivira, en lo que ahora es Kansas surcentral. Dejando al menos dos frailes franciscanos entre los indios pueblos para evangelizarlos, Coronado regresó a México en 1542. Su expedición disgustó al virrey porque no se encontraron metales preciosos, pero la aventura contribuyó grandemente al conocimiento de la exacta extensión de la anchura del continente norteamericano. Desde una perspectiva antropológica, los informes de la búsqueda de Cibola hechos por Francisco Coronado son muy valio-

sos por la primera información no sólo sobre los indios pueblos, sino también y especialmente por los relatos como testigos de los nativos de las llanuras meridionales, como los wichita, pawnees y otros, algunos de los cuales eran probablemente apaches. También son los primeros relatos sobre los bisontes americanos y su lugar en las economías nativas tanto de los que, como los pawnee, cultivaban maíz, como de otros que no eran agricultores. Todas estas observaciones de la expedición de Coronado sobre los indios de las llanuras son especialmente valiosas, ya que preceden al tiempo en que las culturas nativas fueron profundamente cambiadas por la adquisición de los caballos, el primero de los cuales llegó de la colonización española de Nuevo México, que comenzó a finales del siglo XVI en las tierras exploradas por Coronado.

La expedición española más ambiciosa de todas las del siglo XVI por el interior de Norteamérica fue la de Hernando de Soto. Habiendo servido con Francisco Pizarro y sacado provecho de la conquista del imperio inca de Perú, De Soto buscó establecer una provincia de su propiedad. Una vez más, la Corona española le concedió una capitulación para conquistar y ocupar Florida, que todavía estaba vagamente definida, pero en teoría incluía todo el este de Norteamérica. En 1539, De Soto tomó tierra en la Bahía de Tampa, como había hecho Narváez antes que él, con un ejército de 600 soldados, casi la mitad de ese número de caballos, cuatro sacerdotes, cuatro frailes, cuatro mujeres y una gran piara de cerdos vivos para proporcionar alimento durante el camino. Un autor quizás ha descrito acertadamente esta expedición diciendo que se asemejaba a «una cruzada medieval» [3]. Durante la primera etapa de su recorrido, De Soto siguió casi la misma ruta de Narváez a través del territorio de los indios timucua, pero generalmente más hacia el este. Como intérprete habían encontrado en Florida a un español, Juan Ortiz, que era un sobreviviente de la expedición de Narváez (o, según algunos estudiosos, de una pequeña expedición posterior enviada para encontrar a éste). La fuerza de Soto pasó el invierno de 1539-1540 en el mismo territorio apalache que se había encontrado Narváez, cerca de la moderna Tallahassee. Los arqueólogos hallaron en

[3] C. W. Tebeau, *A history of Florida*, Coral Gables, Fl., University of Miami Press, 1971, p. 23.

1988 la primera prueba confirmada del campamento de De Soto dentro de la escena de la moderna Capitol de Florida. Allí fue donde se celebró la primera misa de Navidad de lo que se convertiría en los Estados Unidos, según algunas autoridades.

A pesar de algún interés por convertir a los nativos al cristianismo si era posible, De Soto no dudó en usar la fuerza en su conquista. Según todos los relatos, su expedición tomó por la fuerza de las armas los almacenes de maíz, las perlas y todo lo demás que necesitaban o deseaban en su avance desde un pueblo indio a otro. Numerosos indios fueron muertos, raptados, esclavizados y mutilados, mientras De Soto marchaba en busca de metales preciosos y una sociedad india civilizada como las encontradas en México o Perú. Sus hombres profanaron tumbas y edificios religiosos en su búsqueda de riquezas.

Aunque la ruta general de esta expedición en la Florida moderna ha sido bastante bien conocida durante décadas, el recorrido exacto de su incursión en dirección norte desde los Apalaches ha sido objeto de controversia durante algunos años. En la década de 1930, una comisión estadounidense de estudiosos reconstruyeron la posible ruta de De Soto a través de los estados actuales de Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Tennessee, Alabama, Misisipí, Luisiana, Arkansas y Texas. Sin embargo, recientemente otros estudiosos, trabajando con documentos de las expediciones de Juan Pardo, que fueron a algunos de los mismos lugares en los que había estado De Soto menos de 20 años antes, han determinado que la expedición se había aventurado más hacia el este y el norte de las Carolinas y Tennessee de lo que la comisión de 1930 había pensado. Igualmente, estos últimos estudiosos han localizado uno de los más importantes lugares visitados por éste, el poblado indio de Coosa, en el norte de Georgia y no en el noreste de Alabama, donde se reubicó más tarde [4].

Los numerosos informes y memorias que produjo esta expedición, aunque a veces resultan conflictivos, continúan siendo una fuente importante para los etnohistoriadores y arqueólogos que tratan de comprender los tipos de sociedades aborígenes que existían en la región actual del sureste estadounidense antes de que entraran los colonos

[4] C. Hudson, *The Juan Pardo Expeditions: Exploration of the Carolinas and Tennessee. 1566-1568.* Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1990.

posteriores, cuando las circunstancias ya habían cambiado de forma considerable. En su marcha por el sureste más allá de Florida, los exploradores visitaron (y a veces saquearon) muchos pueblos indios con nombres como Capachequi, Altamaha, Ocute, Cofitachegui, Chiaha y Mabilia, que habían desaparecido o ya no eran identificables cuando los mercaderes europeos llegaron al interior en el siglo XVII. Sin embargo, resulta evidente que estos lugares estaban ocupados por hablantes de lenguas que pertenecían a varios de los tronos lingüísticos representados por los indios de la región en los siglos posteriores. Las gentes que encontró De Soto eran los antepasados de las tribus que iban a figurar de forma tan prominente en las historias de los siglos XVIII y XIX del sureste estadounidense. Su organización política en tiempos de De Soto, sin embargo, era bastante diferente de la descrita por los observadores ingleses, franceses y españoles de siglos posteriores.

Combinando la información procedente de la última expedición de Tristán de Luna, que fue en dirección norte a la región de la Bahía de Pensacola en 1559, y la de Juan Pardo de 1566-1568, los etnohistoriadores están desarrollando una comprensión más clara de los tipos de sociedades que estos exploradores se encontraron. La mayoría de ellas, excepto las sociedades de pequeñas aldeas de las periferias nororiental y occidental de la región explorada por De Soto, eran populosos cacicazgos de la cultura de montículo-templo del Misisipí tardío. El mayor de estos cacicazgos abarcaba cientos de kilómetros cuadrados y llevaba el mismo nombre que su pueblo principal. En éste, el cacique residía en una casa sobre un elevado montículo, y también había estructuras religiosas construidas sobre montículos. De las aldeas circundantes, el cacique exigía tributos en maíz, cueros de venado, frutos silvestres y otros bienes. En algunos casos, se habían reunido varios cacicazgos en una estructura política aún mayor, dentro de la que cada cacique tributario debía obediencia a un único señor supremo. Estos dominios estaban formados y mantenidos mediante un nivel de organización política, que incluía la formación masiva de disciplinados guerreros, diferente a la de las tribus indias de Alabama y Georgia de tiempos posteriores [5]. A pesar de ello, algunas prácticas de guerra nativas de

[5] C. Hudson, M. Smith *et al.*, «Coosa: A Chiefdom in the Sixteenth-Century Southeastern United States», en *American Antiquity*, 50 (1985), pp. 723-737. C. Hudson,

tiempos posteriores, como la toma de cabelleras, también se describieron para estos cacicazgos de la época de De Soto.

Contra ellos se dirigió éste con sus soldados, armados con ballestas, armas cortantes de acero, caballos, pólvora y grandes perros. A pesar de la organización de los cacicazgos misisipinos, no eran rival para las fuerzas españolas en la confrontación directa, aunque no todas las plazas que visitaron requirieron de la fuerza de las armas para ser sometidas. Uno de los destinos más ávidamente perseguido por De Soto tan pronto como dejaron a los apalaches era Cofitachequi, cerca de la actual Camden, en Carolina del Sur. Aquí, según los indios del sur, una gran jefa gobernaba sobre un próspero dominio. De Soto estaba buscando alimento así como tesoros cuando alcanzó Cofitachequi, pero no halló nada, ya que el pueblo había sido abandonado, aparentemente por una plaga reciente [6]. De todos modos, éste conoció a la jefa en el complejo de montículos que había sido Cofitachequi y saqueó un tesoro de perlas en uno de los edificios.

En su búsqueda de tesoros, se trasladó en dirección oeste desde Cofitachequi. La expedición se convirtió en la primera europea en cruzar las montañas Apalaches, mientras avanzaban por el territorio occidental de Carolina del Norte y el oriental de Tennessee, el de los antepasados de los cherokees posteriores. Cuando De Soto se dirigía hacia el sur, se encontró con el gran cacicazgo de Coosa. Los españoles tomaron al jefe como rehén y no lo soltaron hasta que se encontraron lejos al sur de su pueblo, consiguiendo con ello un paso relativamente fácil. Sin embargo, pronto dieron con el poderoso jefe Tascaluza, que era en cierto modo, aparentemente, un rival del de Coosa. Los hombres de De Soto libraron la mayor batalla de la expedición contra Tascaluza en un lugar llamado Mabilia, sobre el curso superior del río Alabama. Allí, la batalla de todo un día resultó en la muerte de 22 españoles y veintenas más de heridos, y en la muerte de más de 300 indios, según uno de los cronistas.

Todavía buscando tesoros nativos de plata y oro, la expedición siguió insistiendo por Alabama y pasó su segundo invierno cerca del

«A Spanish-Coosa Alliance in Sixteenht-Century North Georgia», en *The Georgia Historical Qarterly*, 72 (1988), pp. 599-626.

[6] C. Hudson, M. T. Smith y C. B. DePratter, «Teh Hernando de Soto Expedition: From Apalachee to Chiaha», en *Southeastern Archaeology*, 3, n.º 1 (1984), pp. 65-77.

moderno pueblo de Pontotoc, Misisipí. En la primavera fueron atacados por indios, que probablemente eran chickasaw, de quienes sufrieron considerables pérdidas en hombres, animales y equipo, pero los españoles repelieron exitosamente un segundo ataque. Posteriormente, la expedición construyó barcazas y cruzó el Misisipí por donde ahora es Arkansas y allí siguieron explorando. El tercer invierno, del año 1541-1542, fue pasado en la aldea india de Utiange, probablemente cerca de la actual Camden en Arkansas. La exploración al oeste del Misisipí fue aparentemente pausada y las relaciones con los indios locales fueron amigables (aunque los españoles todavía tenían sus indios cautivos de otros sitios). A pesar de ello, la expedición estaba empezando a deteriorarse; su intérprete Ortiz murió. De Soto decidió encaminarse al sur, hacia el Golfo de México, a través de Luisiana y Misisipí, a lo largo del río Ouachita y después el Misisipí. El 21 de mayo, el mismo De Soto murió de unas fiebres; le sucedió como cabeza de la expedición Luis de Moscoso, que llevó al grupo en dirección oeste, tierra adentro, por Texas, donde se encontraron con los indios caddoanos y vieron el comercio nativo de bienes de turquesa y algodón que debía provenir de los indios pueblos del Suroeste. Posteriormente, la expedición regresó al Misisipí, pasando el invierno de 1542-1543 cerca de la actual Natchez. En la primavera, Moscoso dirigió la construcción de unas cuantas barcazas para la vuelta a México de los sobrevivientes de la expedición de De Soto, que ahora sumaba sólo alrededor de 300 españoles y 20 caballos, más 100 esclavos indios, aprovisionados con aproximadamente 1.057 hectolitros de maíz mandados desde el pueblo indio de Anilco, donde los españoles habían invernado. A pesar de los ataques de los indios en canoas mientras se deslizaban Misisipí abajo, la expedición consiguió llegar al Golfo y a México en septiembre de 1543.

De Soto había fracasado en hallar nuevas riquezas. El tratamiento que él y sus hombres habían dado a los indios trajo críticas casi inmediatas del clero español, y sigue vigente como un infame ejemplo de las atrocidades de la invasión europea a Norteamérica. Su colosal fracaso parece que desalentó cualquier otro interés en más exploraciones y asentamientos desde la costa del Golfo, aunque la Iglesia siguió interesada en cristianizar a los nativos de Florida. En 1558, sin embargo, se reconoció perspicazmente la importancia estratégica de Florida, especialmente de su costa atlántica, para proteger los barcos españoles

de las potencias extranjeras y los corsarios. Se desarrolló un plan para establecer un asentamiento, Santa Elena, sobre las islas frente a Carolina del Sur y unirlo con una ruta terrestre al norte del Golfo de México en el otro borde. Con este propósito, se encargó a Tristán de Luna y Arellano, que había acompañado a Coronado, de establecer una colonia para conectar la parte norte del Golfo con el Atlántico. Iba a pacificar y cristianizar a los indios, y a establecer una base agrícola. En la partida de De Luna, que tomó tierra en la Bahía de Pensacola en agosto de 1559, había aproximadamente 1.500 personas. Los hombres que habían estado con De Soto guiaban a De Luna en dirección norte hacia Mabilia, que se halló mucho menor que la vez anterior. Los nativos huyeron, pero finalmente regresaron, escucharon los servicios cristianos y compartieron el alimento con los españoles. En la primavera, De Luna marchó a Coosa, donde fue requerida su ayuda por el cacique para someter a una aldea tributaria rebelde. Para 1560, los colonizadores estaban ampliamente esparcidos y, como dijo un escritor moderno, «dependiendo mucho de la caridad nativa» [7]. Siguiendo los informes de los colonizadores descontentos que De Luna había despachado por mar para tomar Santa Elena, las autoridades españolas enviaron a Angel de Villafañe a hacerse cargo de la expedición a comienzos de 1561, pero para finales de año los planes de establecer un asentamiento permanente en el interior de la península de Florida habían fracasado.

Primeros asentamientos europeos permanentes

Hasta la década de 1560, no se establecieron asentamientos europeos permanentes en el área actual de los Estados Unidos anglosajones. El primero de ellos no fue inglés sino español y sobrevive hoy día como el popular pueblo histórico turístico de San Agustín, en Florida. Irónicamente, fueron los franceses los responsables de su fundación. Poco después del fracaso de los esfuerzos de Tristán de Luna y Villafañe para establecer colonias en Pensacola y Santa Elena, los franceses

[7] C. O. Sauer, *Sixteenth Century North America: The Land and the People as seen by the Europeans,* Berkeley, University of California Press, 1971, p. 194.

organizaron una expedición para establecer un puesto de avanzada sobre la costa atlántica de Norteamérica por encima de la Florida española. El asentamiento fue planeado, entre otras cosas, para servir como base para sus rapiñas sobre los barcos españoles, cargados de tesoros, que se dirigían a la península con las ricas recompensas de las conquistas del Caribe, México y Sudamérica. Encabezando la expedición se encontraba Jacques Ribault y como segundo René de Laudonnière; el grupo constaba de aproximadamente 150 hombres, la mayoría hugonotes, es decir, protestantes, considerados por algunos españoles casi tan paganos como los indios. La expedición francesa tomó tierra primero en la desembocadura del río San Juan en Florida, cerca del lugar del actual San Agustín, en abril de 1562. Decidiendo que estaban demasiado cerca de los españoles, Ribault fue al norte, al puerto de Santa Elena, en Carolina del Sur, que los españoles acababan de abandonar un año antes, rebautizándolo como Port Royal. Allí dejaron un pequeño contingente para levantar un fuerte en la isla de Parris, pero el invierno siguiente el grupo se rebeló contra su jefe, construyó un pequeño bote y se encaminó a Francia, dejando atrás, con los indios que les habían ofrecido su amistad, a un muchacho. Los franceses fueron rescatados en el mar por un barco británico que pasaba en 1563. Al enterarse de esta aventura francesa en el área, los españoles del Caribe enviaron una partida de reconocimiento a Santa Elena y allá encontraron y recogieron al muchacho francés abandonado, que más tarde serviría como intérprete para los españoles cuando intentaron de nuevo establecer una colonia en Santa Elena.

Al año siguiente, los franceses intentaron formar otra colonia bajo la dirección de Laudonnière, con un contingente de 300 hombres y 4 mujeres. En junio de 1564, establecieron un asentamiento, Fuerte Carolina, cerca de la desembocadura del río San Juan, en el territorio timucua del cacique Saturiba. Entre los colonos había un artista, Jacques Le Moyne, al que se había encargado hacer un informe sobre los nativos. Sus 42 acuarelas y el texto que las acompaña fueron posteriormente reproducidos como grabados por Theodore de Bry y vendidos en Inglaterra en 1591. Constituyen las primeras detalladas observaciones de un testigo visual disponibles sobre los indios de la parte de Norteamérica al norte de México y continúan siendo muy consultadas por arqueólogos y etnohistoriadores para reconstruir las tempranas culturas del sureste. A pesar de las amigables relaciones anteriores con los

indios, a los pocos meses se deterioraron, cuando los franceses trataron de forzar a los nativos a darles alimento de sus almacenes. Para el verano de 1565, los colonos estaban a punto de regresar a Francia, cuando Jacques Ribault llegó de allí con más de 500 soldados y otros en siete barcos, para reforzar la colonia y defenderla contra los esfuerzos previstos de los españoles para hacerlos abandonar.

El Rey de España había nombrado a Pedro Menéndez de Avilés para la tarea de expulsar a los franceses de la Florida y establecer firmemente una base española sobre esta península. Menéndez llegó de España a la costa de Florida vía Puerto Rico, aproximadamente a Cabo Cañaveral, a finales del verano de 1565. Fue hacia el norte y abordó a las fuerzas francesas en la desembocadura del San Juan. Su partida de aproximadamente 800 personas regresó al sur y estableció su propia base, San Agustín. Desde allí, en batallas por mar y tierra, los españoles repelieron o capturaron a todos los colonos franceses para finales del otoño del año 1565. Los franceses hicieron una incursión de represalia en 1567 sobre su antiguo fuerte, Carolina, ahora ocupado por los españoles y rebautizado San Mateo, pero sin provecho. La colonia española de San Agustín estaba bien establecida y permitió a sus ocupantes controlar la costa de Florida durante un siglo, aunque fuertemente subsidiada por las posesiones más lucrativas del Caribe y México.

San Agustín se convirtió en la base de operaciones de Menéndez de Avilés para conseguir para España tanto los nativos como el territorio del atlántico sur. En esta punta intentó restablecer la colonia de Santa Elena. En 1566 navegó en dirección norte de la costa de Carolina y a lo largo del camino dejó contingentes para iniciar misiones en las islas frente a Georgia, entre los indios guales. Cerca del sitio del anterior fuerte francés fracasado en la isla de Parris, Menéndez de Avilés dejó a Esteban de las Alas, con 50 hombres, para construir un fuerte. En junio de ese año, Juan Pardo y una partida de 20 hombres de entre los refuerzos mandados por España a San Agustín navegó en dirección norte hacia Santa Elena. Bajo las órdenes de Menéndez, Pardo hizo sus dos expediciones al interior desde la costa de Carolina del Sur, durante 1566 y 1568, para construir una serie de fuertes y misiones y crear una carretera a las ahora muy productivas minas de plata de Zacatecas, México, siguiendo el mismo plan general que había enviado a Luna a la Bahía de Pensacola. El corto tiempo asignado a Par-

do para cumplir su misión, indica claramente que los españoles todavía no apreciaban las grandes distancias que tenían que cubrirse entre la costa atlántica y México. A pesar de ello, Pardo hizo todo el camino hasta Tennessee, visitó muchos de los mismos pueblos donde había estado De Soto, y había construido algunos pequeños fuertes y misiones en varios pueblos indios en las Carolinas Norte y Sur, todo finalmente abandonado. Parece que Pardo fue capaz de conseguir la cooperación de los indios con un mínimo de fuerza, confiando más bien en la negociación y los regalos de artículos de hierro y acero, ropa y otros bienes europeos, así como pasando de un mercado nativo a otros bienes, tales como conchas del Golfo, a los jefes de las laderas de los Apalaches. Sin embargo, en un punto de la segunda expedición de Pardo, se le previno y así evitó un complot para emboscarlos, probablemente organizado por el jefe de Coosa. Al contrario de la expedición de Soto, las fuerzas de Pardo aparentemente iban a pie. Quizás fue la conciencia de la destreza de las fuerzas de De Soto lo que llevó a algunas aldeas a acceder tan fácilmente a las demandas de Pardo de alimentos y de mano de obra para construir casas para su partida, pero en algunas partes el resentimiento hacia De Soto persistió por décadas. Puede que en parte los indios hubieran aceptado a Pardo en el papel de otro poderoso jefe supremo. De nuevo, aunque éste fracasó en su misión estratégica ostensible para la Corona española, dejó un legado en las crónicas y memorias oficiales de sus expediciones para los etnohistoriadores de los tiempos modernos, que es especialmente valioso por la luz que arroja sobre el anterior y mucho más extenso viaje de De Soto.

Finalmente, Menéndez iba a autorizar el establecimiento de misiones entre los indios del norte hasta la Bahía de Chesapeake, en lo que fue ayudado por un joven indio powhatan llamado don Luis de Velasco, que había venido de algún modo a posesión española y había pasado años con ellos en España y La Habana. Con su ayuda, se estableció una misión jesuita cerca de la desembocadura del río Santiago, en lo que es ahora Virginia, que duró desde 1570 hasta 1572. En el cuarto final del siglo XVI, las relaciones con los indios de toda la costa meridional atlántica empeoraron. Además, en la década de 1580, los ingleses estaban intentando establecer su propia colonia en el área de la Bahía de Chesapeake y, bajo las órdenes de sir Francis Drake, directamente atacaron e incendiaron San Agustín. El aprovisionamien-

to de Santa Elena se fue haciendo cada vez más difícil y los ataques indios a los misioneros jesuitas aumentaron. En la década de 1590, se envió a los franciscanos para tratar de facilitar la situación india, pero a finales de siglo también ellos estaban siendo asesinados hasta por los pacíficos guales. La ocupación española de las costas del Atlántico al norte de San Agustín terminó con el fin del siglo. A pesar de ello, San Agustín sobrevivió y se convirtió en la base desde la que los misioneros eran enviados al sur a los indios tequestas, en la costa oriental, y en dirección occidental entre varios cacicazgos timucuas y los apalaches. Aunque los españoles nunca establecieron un asentamiento permanente en el sur de Florida, Menéndez hizo tres viajes desde 1566 a los indios calusa de la costa suroccidental de Florida. En el primero de ellos, el jefe calusa Carlos entregó a Menéndez una cantidad de náufragos españoles (¿y otros?) que habían estado viviendo entre ellos. Uno de éstos, Escalante Fontaneda, había naufragado en 1551 en los Cayos de Florida, a la edad de trece años, cuando se dirigía de Colombia a España para recibir educación. Sus relatos sobre sus experiencias, escritos después de que Menéndez tomó posesión de él, proporcionan alguna de la mejor información sobre los indios del sur de Florida, para quienes no existiría de otro modo casi documentación escrita, ya que no se establecieron colonias allí hasta que todos los pueblos indígenas se hubieron extinguido.

Una vez que había sido establecida la colonia de San Agustín, también Inglaterra buscó crear asentamientos permanentes en el Nuevo Mundo. El primero de ellos, aunque fracasó, estaba cerca de los límites más septentrionales de la colonización española en Virginia, a saber, la colonia Roanoke de 1584-1590. En la década de 1560, ingleses como John Hawkins y Francis Drake estaban construyendo los cimientos del vasto imperio marítimo de la reina Isabel I. Estos hombres atacaban a los barcos españoles y portugueses para conseguir sus tesoros, saqueaban los barcos esclavistas por su cargamento y, Drake en particular, se convirtieron en «el azote de las Indias». Durante 1577-1580, Drake hizo un famoso viaje alrededor del mundo. A lo largo del camino, saqueó y cometió pillajes en los asentamientos y barcos españoles. Por estas actividades fue armado caballero por la Reina, señalando a la Corona española la complacencia inglesa en retar a los dominios españoles en el Nuevo Mundo. Por esto, seleccionó a sir Walter Raleigh para comenzar una colonia en América.

En 1584, dos capitanes ingleses con un piloto fueron desde las Azores a explorar las costas atlánticas centrales para conseguir una localización apropiada a la colonia de Raleigh. Alcanzaron América por la costa sur de Carolina del Norte y navegaron en dirección norte a lo largo de los bancos exteriores. Se detuvieron a lo largo del camino para observar y comerciar con los indios, siendo quizás el informe sobre sus observaciones cuando regresaron, el primer relato escrito en inglés sobre los indios americanos. Al año siguiente, un grupo de aproximadamente 600 ingleses bajo las órdenes de sir Richard Grenville navegó a los Bancos Exteriores. Aunque las relaciones con los indios secotan locales fueron inicialmente amistosas, en castigo por el supuesto robo de una copa de plata, Grenville destruyó sus campos. Llevó una partida de 100 hombres a la isla Ranoke, el lugar escogido para la colonia, y los dejó allí bajo las órdenes de Ralph Lane para construir un fuerte, volviéndose a Inglaterra con el resto de la expedición. El pequeño grupo exploró el área y buscó los metales preciosos que Raleigh esperaba que encontrarían. Éste también había enviado a su tutor de Oxford, Thomas Hariot, para describir y hacer un informe sobre la tierra y sus gentes. Junto con los dibujos de sus compañeros colonos y el artista John White, su informe constituye el primer reconocimiento etnográfico de las culturas de los algonquinos costeros, que más tarde figuraron de manera importante en la primera historia colonial de los Estados Unidos de tradición anglosajona.

En sus viajes exploratorios, los ingleses fueron tratados hospitalariamente y contaron con la generosidad de los indios para el alimento. En la primavera de 1586, sin embargo, sólo el jefe de la isla Roanoke permanecía amistoso y plantaba cosechas y pescaba para los extranjeros. A pesar de ello, en junio de ese año, cuando Francis Drake se detuvo allí de paso a Inglaterra después del saqueo de las posesiones españolas, los colonos aprovecharon la ocasión para regresar con él. En 1587 otro grupo de 100 personas, incluyendo algunas mujeres y niños, esta vez bajo el gobierno de John White, volvieron a la isla de Roanoke para hace otro intento de colonizar Virginia. Al cabo de un mes, los desventurados colonos insistieron en que White regresara con el barco a Inglaterra para traer los suministros urgentemente necesitados. Después de demoras, debidas en parte a las batallas navales entre España e Inglaterra, White volvió a Roanoke en agosto del verano de 1590. Allí encontró que la estacada, construida anteriormente por los

hombres de Grenville, había sido abandonada y todos los colonos simplemente habían desaparecido. Grabada en una tabla estaba la palabra «croatan», el nombre de una isla cercana y de los amistosos indios que vivían allí. De ello nació la leyenda sobre la colonia perdida de Roanoke. Historiadores posteriores teorizaron que varias tribus costeras de Carolina del Norte y Virginia se habían llevado a los colonos y se habían casado con ellos. Algunos grupos indios actuales de Carolina del Norte de sangre mezclada, especialmente los lumbees (nombre moderno derivado del río Lumber) han reclamado ser descendientes de la colonia perdida.

Menos de 30 años después del fracaso de esta colonia, los ingleses lo intentaron de nuevo. Esta vez, en 1607, fueron más hacia el norte, hasta el río James, en la vecindad de la misión española previa. Aquí fondearon tres barcos que transportaban 104 pasajeros y comenzaron su colonia en la isla de Jamestown. Ésta estaba patrocinada por un grupo de inversores privados, llamados la Compañía de Virginia, que operaba bajo una cédula real, esperando establecer una base para comerciar con los indios y de este modo, quizás, rivalizar con la riqueza de España procedente de sus posesiones del Nuevo Mundo. La localización escogida para esta colonia estaba en el territorio de la Confederación de Powhatan, de la cual probablemente procedía el indio, don Luis, que había ayudado a los españoles del área. El mismo Powhatan era una poderosa figura, con cacicazgos tributarios que contaban quizás con 14.000 personas [8]. Cuando el fuerte de Jamestown y las viviendas se estaban construyendo, una partida de dos docenas de hombres bajo el mando del capitán Cristopher Newport fue río arriba y se encontró con los cabecillas locales de la aldea, entregándoles regalos. Finalmente, conoció al mismo Powhatan y en un intercambio de presentes, que incluyó el propio manto de piel de Powhatan, hicieron un pacto contra los indios monacan del norte y los indios chesapeakes, que habían atacado a los ingleses a su llegada.

Los ingleses de Jamestown eran al principio muchos menos que los indios pohwhatan, pero aun así intentaron convencer al propio Powhatan de que por la autoridad de su Rey cristiano, ellos, los ingle-

[8] J. Axtell, *After Columbus: Essays in the Ethnohistory of Colonial North America*, Nueva York, Oxfor University Press, 1988, p. 190.

ses, tomaban posesión de la tierra. Los europeos apoyaban sus declaraciones con demostraciones del poder de sus armas de fuego y la impenetrabilidad de sus armaduras de acero. Powhatan trató de limitar los avances de los ingleses y la cantidad de sus tierras, aunque todavía deseaba su comercio de bienes como hachas, cuchillos y, si podía conseguirlas, armas de fuego. Las tribus más cercanas al asentamiento estaban cautelosas; aún algunas ayudaban a los ingleses que aprendieron a plantar y a pescar en el estilo local y también comerciaban con ellos.

En el primer año de la colonia Jamestown, muchos de los colonos murieron y estaban a la merced de los powhatan. El capitán John Smith fue en una expedición hasta los indios chickahominy para obtener maíz para el grupo. Cuando regresaba, fue apresado por los guerreros de Powhatan bajo sospecha de que había matado a un indio rappahannock algunos años antes. A punto de ser aporreado hasta la muerte por su ofensa, Smith fue salvado por la intercesión de la hija de Powhatan, Pocahontas. Así empezó una de las más duraderas tradiciones de la primera historia de lo que se convertiría en los Estados Unidos. Posteriormente, Pocahontas se casó con el colono de Jamestown James Rolfe, que fue uno de los fundadores de la industria del tabaco de Virginia. Pocahontas dio a Rolfe un hijo en 1615 y se fue con él y su marido a Inglaterra, ahora ella misma completamente cristianizada. Allí murió en 1617, justo 10 años después que los primeros colonos ingleses navegaran río Santiago arriba, hasta el lejano territorio del cacicazgo de su padre. Bajo el liderazgo de John Smith durante esos años intermedios, la colonia de Jamestown continuó creciendo, recibiendo nuevos emigrantes y volviéndose más agresiva en sus tratos con los indios. En la década de 1620, los colonos estaban siguiendo vigorosamente la política de poner a la Confederación de Powhatan bajo su control, por medio del proselitismo de la fe cristiana, del comercio, de la intimidación por la fuerza de las armas e intentando educar a los indios jóvenes en escuelas al estilo inglés. Ya en 1622, los colonos ingleses sumaban más de 1.200 personas a lo largo del río Santiago, en asentamientos bien acomodados y altamente autosuficientes. El destino de los powhatans estaba sellado, aunque se enzarzarían en guerra con los colonos hasta 20 años después, asunto sobre el que volveremos en el capítulo V.

Según algunas autoridades, el mismo John Smith, de la colonia de Jamestown, iba a desempeñar un crítico, aunque indirecto papel en el

éxito del siguiente asentamiento permanente inglés en Plymouth, Massachusetts. En 1614, según ciertas autoridades, el capitán Thomas Hunt, «patrón de un navío, junto con el capitán John Smith» [9], raptaron a varios indios en las costas de Nueva Inglaterra y los vendieron como esclavos en Málaga, España. Entre ellos se encontraba un hombre llamado Squanto. De algún modo —los relatos difieren—, Squanto cayó en manos inglesas. Vivió por un tiempo en Londres, fue enviado a los asentamientos ingleses que se estaban estableciendo en Terranova y fue empleado como piloto en una expedición inglesa a las costas del atlántico medio por el capitán Thomas Dermer. En este viaje, Squanto desertó del barco y regresó a su tierra natal de la costa de Massachusetts para encontrar que era el último sobreviviente de su gente, los patuxets, ya que todos los demás se habían extinguido por una epidemia.

En 1619, la Compañía de Virginia que había fundado la colonia de Jamestown abandonó toda búsqueda de metales preciosos y promovió la colonización agrícola, ofreciendo tierra a otras compañías que mandarían colonos. Algunos de los seguidores de una austera secta puritana, los «peregrinos», que habían huido de Holanda para evitar la persecución, se organizaron en forma de compañía y compraron el derecho de formar un asentamiento en el río Hudson. En noviembre de 1620, aproximadamente 100 peregrinos alcanzaron el cabo de Cod, Massachusetts, con su navío el *Mayflower,* cientos de kilómetros al norte de su destino. Establecieron su asentamiento en Plymouth, libre de sus antiguos propietarios, los indios patuxets, por la reciente epidemia. La colonia a duras penas sobrevivió su primer invierno, muriendo la mitad de ellos. El 22 de marzo de 1621, el único sobreviviente patuxet, Squanto, fue al diminuto asentamiento de Plymouth y anunció en claro inglés: «Bienvenidos, ingleses». Él y otro indio, un wampanoag llamado Samoset, que había aprendido inglés de los pescadores del atlántico norte, ayudaron a los colonos, acordando una acomodación amigable entre ellos y el jefe wampanoag Massasoit. Squanto en particular ayudó a los peregrinos, que eran esencialmente comerciantes y artesanos, a aprender a cultivar. Irónicamente, la técnica que Squanto

[9] L. Ceci, «Squanto and the Pilgrims: On Planting Corn 'in the manner of the Indians'», en *The Invented Indians: Cultural Fictions and Government Policies,* ed. por J. Clifton, New Brunswick, Transactión Publishers, 1990, pp. 71-89 (p. 73).

los enseñó de fertilizar las colinas de maíz con pescado, estaba inspirada por las prácticas de fertilización que probablemente había aprendido de los campesinos ingleses en su estancia allí. Existen pocas pruebas de que este estercolado de pescado fuera una práctica aborigen. A largo plazo, su uso empobrece el suelo. En la ecología de la economía india local, era más efectivo en costo atrapar la provisión anual de *alewives* (peces) y secarlos para su consumo futuro, que usarlos como fertilizantes. Después del primer desastroso año, la colonia peregrina de Plymouth sobrevivió y creció, aumentando su número con varios barcos cargados de separatistas de Inglaterra en la década siguiente.

Siguiendo el establecimiento de esta colonia, otros vinieron a Massachusetts desde Inglaterra. La Compañía Dorchester intentó fundar una comunidad a comienzos de la década de 1620, pero la mayoría de los colonos regresaron a Inglaterra [10]. El reverendo John White, líder del grupo de Dorchester, no se desalentó, sino que ayudó a formar otra compañía, que se convirtió en la Compañía de la Bahía de Massachusetts. En 1630, esta compañía desembarcó aproximadamente 1.000 colonos, esencialmente puritanos, en la costa, al norte de la colonia de Plymouth. Aunque estaba bien organizada y planeada, la Compañía de la Bahía de Massachusetts pasó un difícil primer año, muriendo más de 200 personas, mientras que otros cien regresaban a Inglaterra inmediatamente después de esto. A pesar de todo, se iba a convertir en los cimientos del rápido crecimiento de la población colonial inglesa en Nueva Inglaterra, como lo era la colonia de Jamestown en el Atlántico medio. Desde sus comienzos, la ciudad de Boston creció. La colonia de la Bahía de Massachusetts se convirtió por proyecto y por el descontento de algunos colonos, en el punto de partida para el establecimiento de más asentamientos y colonias en Connecticut, Rhode Island, Nuevo Hampshire y Maine, y de incursiones a las tierras del sur, reclamadas por los holandeses.

Los holandeses estaban vinculados al comercio del Nuevo Mundo en la industria del bacalao de Terranova, quizás desde finales del siglo xv. En 1611, los comerciantes en pieles holandeses independientes navegaban río Hudson arriba y en 1614 una compañía comercial holan-

[10] R. D. Brown, *Massachusetts: A Bicentennial History,* Nueva York, W. W. Norton, 1978, p. 23.

desa había construido un puesto de intercambio cerca de donde está actualmente Albany, en Nueva York. En 1621, fue formada la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, con el propósito de fomentar los caudales holandeses cara a cara con españoles y portugueses. Deseando proteger y servir su comercio de pieles con los indios, los holandeses establecieron una colonia agrícola en el valle del río Hudson. Bien financiada y equipada con el conocimiento del país, adquirido de años de experiencia en la trata de pieles, la colonia prosperó rápidamente. La primera partida de colonos desembarcó en la isla de Manhattan en 1624. Aunque los colonos iniciales se dispersaron bastante ampliamente, en dos años se concentraron para fundar en Manhattan la ciudad de Nueva Amsterdam, que más tarde se convertiría en Nueva York. Posteriormente, la compañía atrajo a nuevos colonos con grandes concesiones de tierra, comprada a los indios locales conforme a la política holandesa. Los comerciantes holandeses florecieron por arriba y abajo del Atlántico medio. Reconocían el valor del *wampum* [11] para los indios y fabricaban las cuentas ellos mismos. Las primeras relaciones entre los holandeses y los indios fueron bastante pacíficas. Rápidamente ocuparon un papel central en el comercio de pieles a lo largo de la costa del Atlántico al norte y sur de las colonias inglesas y Hudson arriba, hacia las francesas de Canadá. Los suecos también habían establecido una colonia en lo que es ahora Delaware en 1638.

Una palabra sobre el Lejano Oeste

La intensidad con que las naciones europeas exploraron el Suroeste y la mitad este de lo que iban a ser los Estados Unidos anglosajones no es comparable con la atención primera que dedicaron al vasto interior del oeste cruzando el Misisipí o la costa occidental. Coronado mandó a Melchor Díaz al suroeste, hacia el Golfo de Baja California, en 1540, donde encontraron una inscripción que mostraba que Hernando de Alarcón había alcanzado el río Colorado después de navegar

[11] Cuentas cilíndricas hechas de conchas, agujereadas y enfiladas, usadas por los indios norteamericanos como moneda de intercambio y adorno. *(N. del T.).*

hacia arriba por el Golfo de Baja California desde México, en un esfuerzo coordinado con la marcha de Coronado por tierra. Aunque Díaz fracasó en su cita con Alarcón, exploró la margen occidental del río Colorado, donde este último, antes que Díaz, era probablemente el primer europeo en entrar en lo que sería California. Dos años después, el portugués Juan Rodríguez Cabrillo navegó desde México por la costa de California arriba, llegando a la Bahía de San Diego y a la isla de Santa Catalina, donde hizo amistosos contactos con los indios, probablemente chumash. Continuó al norte hasta los 41 grados y luego regresó a México. Posteriormente, el famoso marino inglés Francis Drake navegó a lo largo de la costa de California durante su circunnavegación al globo de los años 1577-1580. Fondeó en lo que era probablemente una pequeña rada al norte de la Bahía de San Francisco y contactó con indios que han sido identificados como los miwoks de la historia posterior.

A pesar de estos tempranos reconocimientos de la costa de California, ninguna nación intentó colonizarla hasta finales del siglo XVIII [12]. En 1769, los españoles enviaron colonos por tierra y mar a California, y la primera colonia, una misión y un presidio, fue establecida en San Diego ese año. Desde el norte, los rusos cruzaron Siberia desde el siglo XVI en adelante, en seguimiento del comercio en pieles. Bering determinó con certeza sólo en 1741 que Asia y Norteamérica no estaban conectadas. No fue hasta 1743 cuando los comerciantes en pieles rusos alcanzaron las islas Aleutianas. Su asentamiento a lo largo de la costa de Alaska continental no empezó hasta 1784. Y, para finales del siglo XVIII, tanto los ingleses como los españoles estaban explorando la costa pacífica canadiense al sur de Alaska, mientras los rusos continuaban trasladándose al sur. Las exploraciones por tierra del lejano oeste al Pacífico no comenzaron hasta el siglo XIX. A pesar de ello, es importante reconocer que, aunque tenues, los europeos habían hecho contactos con las gentes nativas del Lejano Oeste ya en el siglo XVI, aunque la colonización no comenzara hasta 200 años después.

Muy cerca de las áreas de la exploración intensiva europea en el este, los franceses exploraron el Misisipí abajo. Igualmente, establecie-

[12] Un útil libro general sobre la historia de California es el de W. A. Beck y D. A. Williams, *California: A History of the Golden State*, Garden City, N. Y., Doubleday & Company, 1972.

ron asentamientos en el Golfo de México, en lo que se convertiría en Luisiana y Alabama. Ninguno de estos esfuerzos, sin embargo, empezó hasta finales del siglo XVII, así que pertenecen propiamente al examen de la era colonial posterior de los Estados Unidos.

Efectos de los primeros contactos europeos

De lo anterior se desprende que los primeros contactos entre los europeos y los indios de los Estados Unidos ocurrieron 50 años o, más clásicamente, un siglo o más, antes de sus primeros asentamientos continuados. Existen a veces informes y relatos sorprendentemente detallados de algunas de las primeras incursiones oficiales de los europeos en América, pero poco o nada hay para documentar los numerosos contactos hechos por los pescadores de bajura, los comerciantes y otros que debieron de darse desde al menos principios del siglo XVI en adelante. Sólo desde el periodo del establecimiento de las colonias de Roanoke, San Agustín, Jamestown, Plymouth, la Bahía de Massachusetts y Nueva Amsterdam, en las décadas finales del siglo XVI y el primer tercio del XVII, comenzó un continuo registro de las observaciones sobre los pueblos nativos de los Estados Unidos anglosajones. Para muchas áreas del país, tales registros no empiezan hasta cerca de unos 200 años después.

Desde que comenzaron los asentamientos europeos, es evidente por los documentos coloniales que enfermedades exóticas como viruela, gripe, sarampión y otras empezaron a hacer estragos sobre los nativos americanos. Sin embargo, están aumentando las pruebas que sugieren que tales epidemias habían comenzado entre los pueblos nativos del área de los Estados Unidos incluso antes de que los colonos se hubieran establecido. Las condiciones del asentamiento original de los inmigrantes asiáticos a las Américas hace miles de años parecen haber aislado a los indios americanos de enfermedades que evolucionaron entre las gentes del Viejo Mundo, incluyendo la viruela, gripe, sarampión, cólera, peste bubónica, rubéola y probablemente varias otras. Las autoridades difieren en si la tuberculosis existía en América antes del contacto europeo. La opinión científica actual sugiere que la principal enfermedad desarrollada en América, y desconocida en el Viejo Mundo hasta la época posterior a los viajes de Colón, era la sífilis venérea,

pero esta forma más virulenta de una enfermedad más antigua parece haber sido una evolución posterior de un virus existente en el Nuevo Mundo que se dio por el cambio de condiciones con el contacto europeo, similar al proceso que los científicos postulan de la evolución moderna del SIDA de una forma preexistente del virus, menos mortal.

Una vez introducidas en las Américas por los europeos, las enfermedades del Viejo Mundo aumentaron espectacularmente la mortalidad entre los nativos, ya que no había existido un proceso de selección para resistirlas (a menudo éstas eran bastante devastadoras para los europeos, que al menos tenían cierta inmunidad contra ellas). Las gentes nativas murieron por miles. En menos de un siglo, casi todos los nativos del Caribe fueron aniquilados por pandemias de enfermedades exóticas. De los cientos de miles, si no millones, de los indios que los españoles encontraron en las islas del Caribe, sólo una diminuta población de indios caribes sobrevive en Cuba y Santo Domingo hoy. Mientras estas primeras catástrofes poblacionales en el Caribe y América Latina están razonablemente bien documentadas, los efectos de las enfermedades europeas sobre la población de los indios del área de los actuales Estados Unidos están empezando a ser plenamente apreciados en la actualidad.

Los antropólogos de principios del siglo xx estimaron que la población aborigen de los vecinos Estados Unidos (incluyendo los estados del suroeste, pero excluyendo Alaska) en 1492 era generalmente menor a un millón de personas. Sin embargo, el trabajo reciente de etnohistoriadores y demógrafos históricos ha elevado considerablemente la estimación. La más extrema revisión calcula unos 18 millones para los Estados Unidos y Canadá juntos. Sólo para los Estados Unidos, otro científico ha proporcionado un total ampliamente aceptado de cerca de dos millones. Mientras algunos estudiosos todavía dudan, las modernas técnicas estadísticas de reconstrucción demográfica, mediante los puntos de datos conocidos y la simulación ecológica, han producido estimaciones ampliamente aceptadas de la población aborigen americana nativa que excede con mucho el menos de un millón que puede haber existido en el momento del primer contacto continuado.

Los registros históricos revelan que incluso los primeros europeos, como De Soto en el suroeste y los colonos de Plymouth en Nueva Inglaterra, llegaron a áreas ya devastadas por plagas. La reciente investigación arqueológica indica, de hecho, que hubo un colapso demográ-

fico importante en el interior de los señoríos misisipianos del sureste entre las primeras exploraciones españolas y las posteriores inglesas y francesas. Un estudioso ha presentado pruebas de que los contactos entre los indios cubanos refugiados y los calusa de Florida, y entre los comerciantes aztecas y los habitantes de la costa del Golfo pueden haber introducido inadvertidamente los patógenos del Viejo Mundo al área de los Estados Unidos, incluso antes de la llegada de los europeos. Ciertamente, es muy probable que desde entonces los europeos empezaron a establecer asentamientos, aunque fueran transitorios, en las áreas costeras, existiera la posibilidad de transmisión de enfermedades más al interior a lo largo de las rutas preexistentes de comercio e interacción política entre los pueblos nativos. Así, las observaciones detalladas y los registros históricos de los indios del periodo colonial posterior, probablemente a menudo reflejan una situación de la cultura nativa radicalmente alterada ya por la despoblación resultante de la extrema susceptibilidad a las enfermedades exóticas.

Las epidemias entre los indios estadounidenses iban a continuar hasta bien pasado el periodo colonial, especialmente entre los indios de las llanuras y California, produciendo una despoblación continua hasta cerca de comienzos del siglo xx. El asunto aquí, sin embargo, es que las culturas de los indios americanos para quienes existen registros detallados están ya mostrando los efectos de la extrema declinación demográfica y, por ello, no son aborígenes en el verdadero sentido de la palabra. La tierra escasamente poblada que los colonos europeos de la costa este encontraron había sido desalojada para ellos, de hecho, por el avance anterior de las enfermedades del Viejo Mundo. Aunque se necesita todavía mucha investigación, está razonablemente claro que las primeras exploraciones y los asentamientos transitorios de los europeos proporcionaron el medio por el que la población nativa americana fue reducida considerablemente y se dio el cambio cultural consecuente. Esto no quiere decir que el máximo de la población aborigen era el que existía en 1492. La investigación arqueológica sugiere que en algunas regiones de Norteamérica el pico demográfico se había alcanzado en algún punto antes de 1492 y podía haber empezado ya un gradual descenso en áreas localizadas.

Más allá del descenso demográfico, diversas otras consecuencias de las primeras exploraciones y asentamientos europeos alteraron las culturas nativas americanas antes del periodo de contacto continuado. Ya

para comienzos del siglo XVI, el comercio de bienes europeos estaba siendo introducido a los nativos. Dadas las rutas nativas comerciales preexistentes, que databan de al menos los tiempos de Adena, los bienes europeos probablemente encontraron amplia distribución mucho antes de la misma llegada de los hombres blancos. Así, las primeras incursiones europeas, al menos en el Sureste, introdujeron fauna y flora extranjera, como cerdos, gallinas y melocotoneros. A la inversa, las gentes nativas estaban ya motivadas antes de los comienzos de los asentamientos coloniales europeos bien constituidos a desviar cada vez más esfuerzo para la producción de pieles y cueros para el comercio.

Desde comienzos del periodo de exploración, parece razonable que los europeos estuvieran emparejándose con las mujeres nativas y ya para finales del siglo XVI se registraban algunos matrimonios legítimos entre europeos e indios. Más allá de tal miscegenación, las gentes nativas de Norteamérica tenían contactos de primera mano con las culturas europeas a través del rapto, esclavización y ostensiblemente voluntarias visitas a México, La Habana y la misma Europa; algunos regresaban con su propia gente. A la inversa, las sociedades nativas americanas precolombinas, como la Calusa, tenían entre ellos cautivos, náufragos y otros europeos. Finalmente, ya para finales del siglo XVI, los europeos estaban entrando en alianzas con los líderes nativos contra los enemigos tradicionales y los cacicazgos tributarios reacios.

En suma, a través de la despoblación debida a las enfermedades exóticas, el comercio de los productos de la tecnología del Viejo Mundo, las confrontaciones militares y políticas con los europeos, los contactos directos de las más íntimas clases entre los nativos americanos y los europeos, y el conocimiento de primera mano de las lenguas y culturas de Europa, las culturas de los indios americanos de lo que se iba a convertir en los Estados Unidos fueron moldeadas por influencias distintas a las que habían conocido en los miles de años anteriores a 1942, incluso mientras todavía permanecían libres de la subyugación extranjera.

Capítulo IV

EL PRESENTE ETNOGRÁFICO, LAS FAMILIAS LINGÜÍSTICAS Y LAS ÁREAS CULTURALES

Como brevemente se introdujo en el capítulo I, los antropólogos han adoptado la construcción del «presente etnográfico» para los estudios comparativos de las culturas humanas. Esto ha sido una característica especialmente notable en los estudios sobre los indios norteamericanos. Para ciertos propósitos, los antropólogos han descrito las culturas «nativas» de Norteamérica como si todas ellas coexistieran simultáneamente en el tiempo actual. Al hacerlo, las cuestiones relativas a la distribución geográfica de rasgos culturales específicos podían ser examinadas en referencia a las características particulares del entorno natural, sin preocuparse por los cambios históricos poscolombinos de corto término en determinadas culturas americanas. Sin embargo, dentro de áreas limitadas, algunos antropólogos han intentado reconstruir la historia del desarrollo, elaboración y dispersión de los principales complejos culturales de una tribu a otra, como la Danza del Sol de los indios de las Llanuras, a través de la distribución de sus rasgos constituyentes. El uso del concepto de presente etnográfico también facilita los estudios estructurales y psicológicos de las relaciones entre diferentes tipos de instituciones, sistemas tecnológicos y varias características culturales como, por ejemplo, la relación entre las actividades de subsistencia y las organizaciones de parentesco. Tales estudios no están restringidos, por supuesto, a los de los indios norteamericanos, pero la investigación sobre éstos desempeñó una importante función en el desarrollo de estas clases de aproximaciones investigativas. Desde un punto de vista científico, el «presente etnográfico» ha sido una útil ficción metodológica, comparable en cierto modo a la noción del «vacío perfecto» de las ciencias físicas.

De forma creciente, los etnólogos norteamericanos se apoyan en los datos de los arqueólogos que investigan los sitios protohistóricos y de la historia primitiva, pero, en su conjunto, las culturas del presente etnográfico han sido descritas con base en otra clase de datos. Los escritos sobre las gentes nativas de los primeros exploradores, comerciantes, misioneros, autoridades gubernamentales, «cautivos blancos» y otros europeos, y las reminiscencias de algunos nativos alfabetizados, proporcionan datos importantes. Estas fuentes, sin embargo, a menudo están lejos de comprender todos los temas y gentes. Además, tales documentos deben ser usados con precaución considerable, dados los ingenuos prejuicios de los primeros observadores y su falta de conocimiento de las costumbres exóticas que parecían no tener sentido, especialmente en el área precientífica de la investigación etnográfica. (Esto no quiere decir que los etnógrafos actuales no tengan prejuicios, pero están entrenados para tratar autoconscientemente de corregir las inconscientes, aunque no siempre tengan éxito). Junto con los primeros escritos, los objetos materiales reunidos por los viajeros, autoridades gubernamentales, etc., de los indios americanos por compra, intercambio, como presente y otros, a veces cuestionables, medios, forman la base de las colecciones de muchos museos privados y públicos de los Estados Unidos. Los estudios detallados de estas colecciones han sido y continúan siendo muy importantes para la descripción de las artes tecnológicas y visuales de las culturas nativas de Norteamérica. Finalmente, desde mediados del siglo XIX hasta el presente, los antropólogos profesionales empezaron a hacer trabajo de campo, recolectando sistemáticamente información sobre las culturas norteamericanas nativas, como una empresa académica y científica de derecho propio. En los inicios de la antropología profesional en los Estados Unidos, el énfasis se situó en la «etnografía de salvamento», esto es, a través de entrevistas a los ancianos, intentar reconstruir los antiguos modos de vida, especialmente antes que sus gentes cayeran bajo el control del gobierno norteamericano. Al mismo tiempo, cuando era posible, los antropólogos hacían observaciones directas de las prácticas nativas más antiguas, continuadas hasta el periodo contemporáneo. Frecuentemente, los etnógrafos de salvamento, así como otros especialistas y misioneros, grababan y analizaban las lenguas nativas habladas por los indios americanos. Sin embargo, no puede considerarse que ninguno de

los métodos proporcione las bases para las descripciones de las culturas aborígenes prístinas por las razones desarrolladas en el capítulo previo.

El «presente etnográfico» no es lo mismo que «el aborigen», aunque hay considerable variación de una parte del Continente a otra en la diferencia entre los dos. Además, el «momento» del mismo presente etnográfico, a veces implica la compresión en una descripción sin tiempo de datos de varias clases, recogidos en el curso de un siglo o más. Por ejemplo, la información procedente de entrevistas con indios vivos del Sudeste en las primeras décadas de este siglo se combinaba con los escritos de los comerciantes del siglo XVIII, para producir una completa descripción de los principales complejos ceremoniales de la región, a pesar de los otros cambios que podían haber ocurrido en ese lapso de tiempo.

Aunque la construcción del «presente etnográfico» debe ser usada con precaución, ha facilitado el desarrollo de la idea de las áreas culturales, que son el foco de principal atención de la segunda parte de este capítulo. Igualmente importante, el presente etnográfico sirve como una útil cota, ya que representa la culminación de todos los procesos de cambio cultural que comenzaron con la población de América, hasta los comienzos de los contactos permanentes entre europeos y americanos. En la otra dirección, el presente etnográfico se convierte en una línea de base para medir y evaluar el cambio social y cultural que se dio entre los indios americanos en los periodos históricos subsiguientes, cuando empezaron a ser subyugados en forma creciente por las instituciones coloniales británicas y luego por la sociedad de Estados Unidos. Sin embargo, esto no quiere decir que se pueda considerar que las culturas del «presente etnográfico» constituyan la norma de la autenticidad u ortodoxia cultural para las sociedades indias americanas, no más que pueda ser el caso, por ejemplo, de la cultura Hopewell del pasado arqueológico. No hay cultura sin cambios.

En general, los distintos elementos de la cultura (tecnología, organización sociopolítica, folklore, religión) cambian a ritmos que varían. La tecnología es usualmente susceptible de un rápido cambio; las formas familiares, las creencias sobrenaturales y los principios filosóficos, en contraste, muestran frecuentemente sorprendente resistencia a la alteración en sus niveles más fundamentales, mientras toman un nuevo barniz de características externas. Muchos aspectos de la cultura son aditivos, por lo que una nueva ceremonia o técnica artística no

reemplaza necesariamente a otra más antigua, sino que ésta continúa con la nueva como, por ejemplo, cuando tanto las púas tintadas y aplanadas de puerco espín como las cuentas de cristal de colores procedentes de Europa son usadas para decorar el mismo artículo en algunas culturas indias americanas. Contrariamente, a veces aspectos de la vida social básica que se pensaron resistentes al cambio, como los sistemas de parentesco, pueden demostrar rápidas variaciones bajo las presiones de condiciones políticas y económicas externas. Siendo todas las otras cosas iguales, sin embargo, son las lenguas humanas las que parecen ser más lentas en cambiar sus características básicas, acomodándose rápidamente a los cambios en la tecnología, sociología y religión con la creación y el préstamo de nuevo vocabulario, mientras las características fonológicas y gramaticales internas permanecen intactas. Así, las retransmisiones radiofónicas de los sermones cristianos en la lengua de los indios chippewas del norte de Minnesota en la década de 1960 contenían préstamos reconocibles del inglés, como «jesus kenaist» (Cristo, ajustado a los patrones fonéticos del ojibwa), pero la lengua es esencialmente la misma que la aprendida por los primeros misioneros y comerciantes europeos en la región, 300 años antes. Del mismo modo (aunque fuera del área de tradición anglosajona de los Estados Unidos), el lenguaje navajo de los anuncios radiofónicos sobre automóviles puede estar condimentado con referencias ocasionales a «factory air» (instalación de fábrica del aire acondicionado), pero probablemente el grueso del mensaje es en una lengua que ha cambiado menos, desde el navajo de los tiempos de Coronado, que el español actual de Nuevo México comparado al del mismo Coronado.

Las lenguas, por supuesto, cambian con el tiempo (así como se extinguen simplemente, cuando el último de sus hablantes muere). Cuando diferentes comunidades de hablantes de una lengua común se separan por traslado geográfico y/o la interpenetración de hablantes de otras lenguas, sus hábitos de habla acaban cambiando más allá del punto de entendimiento mutuo. A pesar de ello, durante miles de años permanecerá de modo consistente un número suficiente de términos en el vocabulario y de procesos gramaticales lo suficientemente similares en su forma fonética para eliminar cualquier razonable probabilidad de que tales semejanzas sean casuales y, así, atestigüen los orígenes comunes de dos o más lenguas. Examinando éstas y otras semejanzas, los lingüistas históricos pueden agrupar las miles de lenguas del mundo

en familias y agrupamientos mayores. Éstos resultan un útil modo de clasificar a todas las gentes, bastante diferente de la clasificación por los tipos de cultura, que cambian más rápidamente. Las clasificaciones lingüísticas también proporcionan pistas sobre los movimientos pasados de las gentes que hablan lenguas relacionadas, aunque todos los demás aspectos de sus culturas sean drásticamente diferentes. Así, estas clasificaciones se vuelven muy importantes para el estudio de las civilizaciones con escritura. Antes de pasar a la consideración de las principales áreas culturales de los indios americanos de los Estados Unidos de tradición anglosajona, la investigación de sus familias lingüísticas contribuirá a la comprensión de su pasado prehistórico e histórico, así como del presente etnográfico.

Lenguas y familias lingüísticas

A veces el ingenuo puede preguntar «¿hablas indio?», implicando un indio americano unitario. Algunos indios americanos actuales, cuando hablan inglés, pueden usar expresiones tales como «hablar indio», pero esto debe entenderse como una referencia al lenguaje nativo particular de la tribu del hablante. Para complicar más la situación, existen algunas lenguas francas indias americanas, habladas por los miembros de varias tribus, y también por no indios, con propósitos de comercio y relaciones externas, especialmente la jerga comercial basada en el chinook de la región del río Columbia, y la lengua comercial mobiliana, antiguamente hablada en una amplia área de la región del bajo Misisipí y a lo largo de la costa adyacente del Golfo de México [1]. A pesar de ello, de las cerca de 6.000 lenguas del mundo atestiguadas históricamente, aproximadamente 2.000 son de las Américas. De ellas, alrededor de 250 eran habladas en Norteamérica sin contar a México, y su grueso en los Estados Unidos de tradición anglosajona.

El número exacto de lenguas atestiguadas históricamente no es en sí mismo un asunto sin problemas. Dibujar las distinciones entre dialectos de la misma lengua y dos lenguas mutuamente ininteligibles no

[1] Emmanuel J. Drechsel, «Speaking, "Indian" en Louisiana», en *Natural History*, 95, n.° 9 (1986), pp. 4, 6, 10, 12-13.

es siempre tan sencillo como pareciera. Además, en el caso de algunos grupos indios americanos, todos sus miembros murieron tan próximos al contacto con los blancos que no existen registros escritos suficientes para determinar si hablaban una lengua separada. Por el contrario, de repente aparecerá en un archivo una lista de palabras confeccionada ocasionalmente por uno de los primeros misioneros o comerciantes y dará pruebas de una lengua diferente, previamente insospechada, de alguna pequeña comunidad de nativos americanos que murieron o se unieron a otro grupo en un estadio muy reciente al contacto blanco. Los datos de que disponen los lingüistas para clasificar las lenguas indias americanas varían de tan poco como unas cuantas palabras y nombres de lugares anotados en letras romanas por algún viajero europeo de los primeros tiempos, que intentaba capturar el sonido de la lengua (filtrado a través de los hábitos de percepción del habla del español, francés o inglés), hasta descripciones gramaticales desarrolladas completamente y diccionarios de las varias docenas de lenguas nativas, todavía habladas colectivamente por miles de indios americanos en los Estados Unidos de tradición anglosajona. En medio se encuentran las lenguas ahora extinguidas, atestiguadas por registros bastante extensos de europeos y nativos educados formalmente, escritos en adaptaciones de la ortografía europea a la lengua nativa. A menudo tales registros y documentos fueron preparados específica y directamente para ayudar en la instrucción religiosa de los indios en el cristianismo. De épocas más recientes, existen descripciones preparadas profesionalmente de las lenguas que ya no tienen hablantes (aunque sus descendientes pueden sobrevivir como un grupo tribal reconocible) pero que contaron con hablantes nativos sobrevivientes hasta después del desarrollo de la lingüística moderna, de las cuales puede ser un caso a apuntar el catawba de la actual Carolina del Sur.

Para el siglo pasado, los lingüistas han efectuado sistemáticas comparaciones de las lenguas de los indios americanos y las han agrupado en un número relativamente pequeño de familias generalmente aceptadas por los estudiosos, estableciendo que las lenguas constituyentes de cada familia tienen tantos cognados, es decir, palabras que suenan igual y su significado es semejante, que deben proceder de un origen común. Más allá de estas familias, han existido muchas proposiciones para agrupamientos lingüísticos más amplios, que muestren los orígenes comunes todavía más antiguos, pero todavía son tema de debate

continuo y necesitan más investigación entre los lingüistas o, algunos de ellos, han sido rechazados en conjunto después de más estudios [2].

Generalmente, cuanto más grande es la diversificación dentro de una familia lingüística, más tiempo hace de que los hablantes de las lenguas que la conforman se separaron de la ancestral, dando lugar a la familia. Una lengua que no tiene suficiente semejanza con ningunas otras para poderla clasificar dentro de ninguna familia lingüística es considerada a menudo como una única superviviente de una familia lingüística anteriormente más extendida o que se separó hace mucho de sus congéneres sobrevivientes para mostrar pruebas de semejanzas suficientes que permitan situarla dentro de una familia o tronco común. Por supuesto, los juicios varían acerca de qué constituye «suficiente» semejanza para excluir la convergencia casual de las características fonéticas de palabras con significados semejantes en lenguas diferentes, y de aquí surgen las controversias entre los lingüistas.

Este examen comenzará con las familias lingüísticas y otras conexiones universalmente (o casi) aceptadas por los especialistas. Las más controvertidas y más amplias conexiones entre las familias lingüísticas y las lenguas serán consideradas después. Algunas de las familias lingüísticas y, especialmente, los agrupamientos más amplios no están confinados solamente al área geográfica de los Estados Unidos de tradición anglosajona, sino que han constituido lenguas en Canadá, México o incluso Centro y Sudamérica.

La lengua nativa que probablemente primero se encontraron los exploradores españoles de Florida fue el ahora extinguido pero bastante bien documentado timucua. Irónicamente, esta lengua norteamericana ha sido objeto muy recientemente de completa descripción y comparación científica, análisis que ha dado como resultado algunas sorprendentes conclusiones acerca de sus orígenes y afinidades (de manera sintética, se concluye que vino de Venezuela) que todavía no han tenido tiempo de producir un consenso de opinión entre los norteamericanistas, así que será explicado más extensamente después.

[2] Una representación bastante técnica pero que abarca el estado de conocimiento de la lingüística histórica sobre los nativos de Norteamérica es L. Campbell y M. Mithun, *The Languages of Native North America: Historical and Comparative Assessment*, Austin, University of Texas Press, 1979.

Muskogui

Después del timucua, las siguientes lenguas encontradas por los españoles en el oeste y el norte, como el apalache y el guale, no están tan bien documentadas como la primera y se hallaban relacionadas con un pequeño número de importantes lenguas, estrechamente conectadas, que sólo aparecen en los estados más meridionales de los Estados Unidos: la familia muskogui. Su nombre procede de la lengua sobreviviente más importante de ellas, que era la dominante en la histórica Confederación de Indios Creek de Georgia y Alabama, y de las ramas de los indios semínoles de Florida. La lenguas extinguidas del sur de Florida, que datan del periodo de las primeras exploraciones españolas, como el calusa y el tequesta, también parecen haber sido muskoguis. La mayoría de los señoríos interiores encontrados por De Soto y otros exploradores en lo que ahora es Georgia, Alabama, Misisipí y el oeste de Carolina del Sur, fueron probablemente poblados principalmente por hablantes de varias lenguas muskoguis, a juzgar por los nombres de los lugares y los términos nativos en los registros. Algunas de estas lenguas eran antepasadas de las posteriores de los tiempos históricos del presente etnográfico. Incluyen, además del muskogui, el choctaw-chickasaw (considerados por algunos como dialectos de la misma lengua), el alabama-koasati (cushatta), el hitchiti (mikasuki), todos hablados aún, más un número de lenguas que deben de haber sobrevivido hasta el siglo XVIII, como el tuskegee. Aunque las lenguas muskoguis se encuentran sólo en el área de los estados del Suroeste, no son las únicas que ocupan la región durante el presente etnográfico. Las otras serán explicadas cuando aparezcan en el estudio.

Algonquina

Los primeros ingleses que desembarcaron en las playas nororientales de los Estados Unidos se encontraron con hablantes de varias lenguas de la familia algonquina, que toma su nombre de los indios algonquinos de Quebec y está representada por muchas lenguas de la mitad oriental de Canadá, incluyendo quizás la de los indios beothuk de Terranova, ahora extinguidos. Las lenguas algonquinas se encuentran en un área muy extensa del este y el mediooeste norteamericanos,

y en las Llanuras, haciéndola una de las familias lingüísticas más ampliamente extendida de Norteamérica.

Algunos lingüistas reconocen varias ramas diferentes de la familia (comparable a las ramas germánica, eslava y románica de las lenguas indoeuropeas). La rama más oriental incluye las lenguas septentrionales de Nueva Inglaterra, como el passama-quoddy-malecite y el penobscot-abenaki. Al sur de ellas están las lenguas algonquinas del sur de Nueva Inglaterra, Long Island y la costa del Atlántico medio, estrechamente relacionadas con las anteriores y que incluyen el mohegan-pequot, el mahicano, el narragansett, el manhattano, el munsee, el unami (delaware) y el nanticoke, la mayoría de las cuales están ahora extinguidas, aunque muchos de esos grupos todavía tienen descendientes vivos. Probablemente relacionadas con todas éstas, son las de la costa de Virginia, como el powhatano, y Carolina del Norte, por ejemplo el croatano, encontradas por los primeros colonos ingleses en esas áreas. Evidentemente, un gran número de las palabras indias en inglés, como *succotash, powwow* y *hickory* provienen de las lenguas algonquinas orientales. En el área de los Grandes Lagos, en los actuales estados de Wisconsin, Michigan, Minnesota, Iowa, Illinois, Indiana y Ohio, había un gran número de lenguas algonquinas. Las mejor conocidas, de las cuales la mayoría todavía tienen hablantes vivos, son el menomini, miami-illinois, potawatomi, la lengua de los indios fox-sauk-kikapoo, y la muy extendida lengua ojibwa-ottawa del sur de Canadá y de los Estados Unidos. La mayoría de los americanos actuales conocen al menos unas pocas palabras en ojibwa, gracias al poema de Longfellow *Song of Hiawatha,* basado libremente en un mito ojibwa (aunque el nombre del héroe proviene de otra familia lingüística) y que incorpora palabras ojibwas como *gitchee gumme.*

Lejos, en las llanuras occidentales, hay tres lenguas algonquinas: la de los cheyennes de Montana; la de los indios pienegro, piegan y sangre de Montana y de la parte adyacente de Canadá, y la de los arapahos y gentes relacionadas de Colorado oriental. Finalmente, los lingüistas están generalmente de acuerdo en que dos lenguas alejadas de aquí, en la costa del norte de California, el yurok y el wiyot, están relacionadas, aunque de modo distante, con las lenguas que constituyen la familia algonquina propiamente dicha.

Iroquesa

Situada entre las ramas oriental y central de la familia lingüística algonquina, se encuentra la familia iroquesa, que se extiende por debajo de las lenguas algonquinas septentrionales de Canadá. El núcleo de esta familia se corresponde aproximadamente con los dos tercios occidentales del estado de Nueva York y las áreas adyacentes de Pennsylvania y Canadá. Cinco de las tribus con lenguas de esta familia fueron los miembros originales de la famosa Liga de los Iroqueses, de la que el Hiawatha de la leyenda fue fundador; son los mohawks y oneidas, que hablaban una lengua, los onondaga con la suya propia, y los cayugas y senecas que hablaban una tercera lengua. Al norte de ellos estaban los tradicionales enemigos de los iroqueses, los hurones y wyandot, que hablaban una lengua estrechamente relacionada con las de la Confederación Iroquesa. Al oeste de ellos se encontraban grupos como los neutrals, los wenros y los eries, que también hablaban lenguas iroquesas, según los primeros registros franceses, aunque ahora están extinguidas e indocumentadas. El susquehannock era otra lengua de la familia, encontrada en Nueva York, Pennsylvania y más abajo en Maryland.

Otra rama de la familia iroquesa se encuentra más hacia el sur. El nottoway y el meherrin eran lenguas antiguamente habladas a lo largo de la franja cercana a la costa de Virginia y Carolina del Norte, pero están pobremente documentadas. Más hacia el sur, en el este de Carolina del Norte, estaban los tuscaroras, que hablaban su propia lengua iroquesa diferente; en el siglo XVIII se trasladaron hacia el norte a Pennsylvania y Nueva York, y fueron admitidos como el sexto miembro pleno de la Liga de los Iroqueses. La lengua iroquesa más meridional es la hablada por los cherokees del occidente de Carolina del Norte, el oriente de Tennessee, el norte de Georgia y Alabama.

Sioux

Esta familia lingüística lleva un nombre derivado de la tribu histórica más famosa representada en este grupo, los sioux de las llanuras del norte. Su lengua era el dakota, que es dividido generalmente en tres grupos de dialectos diferentes, hablados por tribus sioux históricas como los yankton, los santees y los yanktonai en Minnesota y el este

de Dakota del Norte y Sur; los teton lakota en el oeste de Dakota del Norte y Sur y Montana; y los assiniboines y stoneys al norte de ellos, extendiéndose por Canadá. En el curso superior del río Missouri, los mandan y hidatsa hablaban lenguas sioux diferentes, estando la de los indios cuervos de Montana estrechamente relacionada con ellas. En el valle del Missouri inferior, en el área oriental de Ihowa y Missouri, Oklahoma, el este de Kansas y Nebraska, se encuentran dos lenguas sioux: el dhegiha (hablada por los omahas, los poncas, los osages, los quapaws y los kansas) y el chiwere (hablado por los ihowas y los otos). En Wiskonsin, rodeada por las lenguas algonquinas centrales, hay una única lengua sioux, el winnebago. Antiguamente había varias lenguas sioux a lo largo de la falda de los Apalaches en las Carolinas; aunque ahora están extinguidas, los descendientes de sus hablantes (como los waccamaw de Carolina del Norte) sobreviven. También en el Suroeste, hacia la costa del Golfo, había lenguas sioux ahora extintas pero documentadas, como el biloxi-ofo y el tutelo. Finalmente, el catawba es una lengua de Carolina del Sur hablada en el siglo xx, que está relacionada de manera distante con las lenguas sioux.

Cado

Al sur y oeste de las lenguas sioux de las llanuras están las que constituyen la familia lingüística cado, que incluye las siguientes: el cado del este de Texas, Arkansas y el noroeste de Luisiana; el wichita de Kansas y Oklahoma; y la lengua hablada por los miembros de varias aldeas de los pawnees de Nebraska y su ramal, los arikaras, que se trasladaron hacia el norte a Dakota del Norte.

Kiowa-tanoana

En las llanuras suroccidentales del oeste de Oklahoma y Texas, hay dos importantes grupos históricos que se enlazan con familias lingüísticas de más al oeste. Uno de ellos es el kiowa, cuya lengua está estrechamente relacionada con las tres (tewa, tiwa y towa) habladas en varias de las aldeas pueblos junto al Río Grande en Nuevo México. Juntas, estas lenguas constituyen la familia lingüística kiowa-tanoana.

Históricamente, los kiowas mantuvieron sus más estrechos vínculos con los pueblos de Nuevo México más septentrionales, los taos.

Uto-azteca

Como resulta evidente por su nombre, esta familia de lenguas norteamericana se extiende por la nación mexicana actual, incluyendo muchas de sus lenguas indias, además de la de los aztecas, el náhuatl. En el suroeste de los Estados Unidos, existen lenguas uto-aztecas como el hopi y el pápago-pima. En los Estados Unidos de tradición anglosajona, la lengua de esta familia más oriental es la de los comanches de Texas, que está estrechamente relacionada con varias lenguas al oriente de las Montañas Rocosas, y que juntas constituyen la subfamilia numic de la uto-azteca. Ésta incluye la lengua de los paiutes del sur y los utes del sur de Nevada y California, el norte de Arizona y el sur de Utah y Colorado; al norte de éstos, la lengua de los shoshoni, con la que la comanche está estrechamente relacionada; y otra vez al norte, en Wyoming, el sur de Idaho, el este de Oregón y el norte de Nevada, la lengua de los paiutes del norte, los bannock y los indios serpientes. Más al occidente, en el sur de California, están las lenguas uto-aztecas cahuilla, luiseño, gabrielino y serrano, y más al norte de éstas, la tubatulabal y la mono.

Familias lingüísticas de California

Ésta es una de las áreas más diversas lingüísticamente de la Norteamérica nativa, si no de todo el mundo. Las condiciones geográficas, especialmente en el centro y norte de California, con muchos valles separados y nichos costeros, favorecieron el aislamiento relativamente pronunciado de muchos grupos pequeños pero estables durante miles de años, en entornos ricos en recursos para las gentes cazadoras y recolectoras. Ya se ha mencionado la conexión de algunas lenguas indias californianas con la distante familia algonquina y de otras lenguas que pertenecen a la expansión lejana de la familia uto-azteca. Además, hay docenas de otras lenguas y pequeñas familias lingüísticas confinadas aproximadamente al territorio de los dos tercios norte del estado actual de California.

Muchas de estas lenguas y familias fueron agrupadas por los lingüistas antropológicos en dos categorías mayores, denominadas *hokano* y *penutiano,* quizás en un orden de clasificación tan amplio como el del tronco indoeuropeo. Mientras el hocano y el penutiano son extensamente utilizados como instrumentos taxonómicos al nivel de filumes en las lenguas norteamericanas, no todos los lingüistas modernos aceptan las pruebas de los orígenes comunes de todas las lenguas y familias lingüísticas declaradas como pertenecientes a ellos. Para complicar más el asunto, los lingüistas han hecho esfuerzos para ordenar las pruebas de manera que muestren las conexiones más amplias entre unos y otros de estos agrupamientos de California y lenguas y familias más distantes. Para nuestros objetivos, el hokano y el penutiano se usan como categorías válidas para agrupar a muchas de las lenguas indias californianas.

El tronco hokano incluye varias familias lingüísticas muy pequeñas, cada una hablada en una o más «triblets» (como algunos especialistas llaman a estos grupos) de áreas restringidas. Estas familias lingüísticas son la *pomo,* la *palaihniha,* la *shasta,* la *yana,* la *salina* y la *chumasha,* todas las cuales se encuentran en los dos tercios septentrionales del estado. Al sureste de las varias lenguas uto-aztecas del sur de California, se encuentra la familia *yuma* de las dos lenguas habladas por varias tribus a lo largo del río Colorado inferior, en Arizona y California. Además de estas pequeñas familias lingüísticas, la categoría hokana incluye un número de lenguas relacionadas de forma distante, de las cuales no hay dos lo suficientemente conectadas como para constituir una familia. Son el chimariko, el washo, el karok y el essela. Más allá de California, la mayoría de los lingüistas aceptan que existe un número de otras lenguas y familias relacionadas con el grupo hokano, hasta tan lejos como en Honduras.

Algunos lingüistas piensan que las pruebas de un grupo penutiano de lenguas conectadas por orígenes comunes son menos convincentes que en el caso del hokano. Las relaciones más amplias reclamadas para las lenguas penutianas han sido bastante controvertidas entre los lingüistas. Muchos de ellos aceptan una conexión entre las lenguas penutianas de California y la lengua tsimshiana de la costa norte de Columbia Británica de Canadá. Durante varios años, muchos lingüistas aceptaron una conexión entre las lenguas penutianas de California y la familia maya de México y América Central, aunque algunos creen hoy que las pruebas son insuficientes para garantizar tal conexión. Del mis-

mo modo, la conexión de la lengua zuñi de Nuevo México occidental con las lenguas penutianas no está plenamente aceptada por los lingüistas. A pesar de ello, como el hokano, el grupo penutiano consiste en un grupo de lenguas y familias relacionadas de la parte septentrional de California y, en este caso, las áreas cercanas de Oregón, Washington e Idaho. Las familias lingüísticas de California pertenecientes a la categoría penutiana son la *yokuts,* la *maidu,* la *wintun* y la *miwok-costanoana,* cada una de las cuales está formada por tres o cuatro pequeñas lenguas. En el extremo nororiental de California, se halla la lengua sin filiación hablada por los modoc, que es la misma de los indios klamath de Oregón.

Finalmente, hay dos lenguas en el norte de California, el yuki y el wappo, que juntas constituyen la familia *yuki* y que no ha sido conectada al tronco hokano o penutiano ni a cualquier otro grupo lingüístico más amplio, aunque se han hecho varias propuestas.

Como se verá, con esto no termina la diversidad lingüística de la California nativa. El noroeste —Oregón, el estado de Washington, Idaho y la parte adyacente de Canadá— es otra área del Lejano Oeste caracterizada por su extrema diversidad lingüística. Aquí existe un número de pequeñas familias y lenguas que también han sido clasificadas como parte del tronco penutiano. Son la familia *shahaptiana* (que incluye el nez perce, la lengua y tribu del famoso jefe Joseph de finales del siglo XIX), la familia *coos,* la familia *yakona* (algunos lingüistas creen que las dos lenguas que la constituyen no están relacionadas de forma suficientemente demostrada como para formar una familia), la familia *kalapuya* y la familia *chinookana.* También en esta área hay un número de lenguas que pertenecen a la categoría penutiana mayor y que no muestran una similitud suficiente para ser colocadas dentro de alguna de las familias constituyentes o para formar su propia agrupación familiar. Son el cayuse, el molale y el takelma.

La familia salish

Generalmente, al norte de las lenguas penutianas, cruzando el estado de Washington, el norte de Idaho y el sur de Columbia Británica, y en el este de Montana y la costa más al norte de Oregón por el sur, se encuentran las varias lenguas de esta familia, que incluyen más de

una veintena, algunas de las cuales son habladas por varias pequeñas tribus, como los cabeza plana, pend d'oreille, kalispel y spokan del interior. Otras lenguas de la costa son el squamish, el quinault, el chehalis y el tillamook, y las de una variedad de pequeños grupos en los márgenes estadounidenses y canadienses, como el sanpoil, el wenatchi y el couer d'alene, y en el lado canadiense tierra adentro y en el litoral. En este último país, una lengua particularmente importante y bien conocida de esta familia es el bella coola.

La familia wakasha

En Canadá, es la principal familia lingüística de la costa de Columbia Británica e incluye a grupos como los kwakiutl y los nootka, hechos famosos por el antropólogo Franz Boas y por el fotógrafo etnográfico pionero Edward Curtis. En los Estados Unidos, pertenecen a ella la tribu y lengua makah. Bordeando a los makah, hay otra pequeña familia al sur y al este, formada por sólo dos lenguas —el chemakum y el quileute—, que juntas constituyen la familia *chimakua.* Algunos lingüistas piensan desde hace mucho que las tres familias (chimakua, wakasha y salish) descienden de una fuente común, quizás hace alrededor de 9.000 años y juntas constituyen la categoría mosana, análoga a la hokana y penutiana.

Atabascana

El interior noroccidental de Canadá está ocupado por grupos que hablan varias lenguas atabascanas. De igual modo, todos los indios de Alaska, a diferencia de los esquimales y aleutianos, hablan lenguas atabascanas o lenguas relacionadas de forma más distante con esta familia. Las lenguas del interior de Alaska, todas atabascanas, son el ahtna, el tanaina, el ingalik, el holikachuk, el koyukon, el kuskokwim superior, el tanana, el tanacross, el tanana superior, el han y el kutchin, siendo las dos últimas también habladas en el Yukon adyacente de Canadá.

Más al sur, hay cuatro lenguas atabascanas habladas en la costa de Oregón y el norte de California. Las mejor conocidas son el umpqua de Oregón y el hupa de California; cada una de las otras dos lenguas

atabascanas estaban formadas por dialectos hablados por varios grupos diferentes.

En el Suroeste hay varias lenguas apaches y el navajo, resultado del traslado atabascano hacia el sur, a lo largo de la vertiente oriental de las Montañas Rocosas desde el Subártico, alrededor de hace 1.000 años. Uno de los grupos atabascanos suroccidentales se trasladó a las llanuras meridionales, donde se afilió políticamente con los kiowas, reteniendo su lengua propia; son conocidos como los kiowa-apaches.

Finalmente, a lo largo de la costa meridional de la actual Alaska, están las lenguas eyak y tlingit que, junto con el haida de la isla canadiense de Queen Charlotte, están relacionadas de forma más distante con la familia atabascana. Estas tres lenguas juntas (aunque algunos excluirían el haida) constituyen el tronco lingüístico *na-déné.*

Otras lenguas y vínculos más amplios

Además de estas familias y agrupamientos más extensos, como el hokano, el penutiano, el mosano y el na-déné, acerca de los cuales existe un consenso general, hay un número de otras lenguas nativas de los Estados Unidos que no han sido enlazadas con otras en una familia, sino que siguen constituyendo lenguas aisladas. En el noroeste está el kutenai, en la parte noreste de Washington/área norte de Idaho y la parte adyacente de Canadá. En el sur de Texas, se encontraban el tonkawa, el karankawa y el coahuilteca, y otras que ahora están extinguidas, de las cuales muchas están pobremente documentadas, aunque para otras existen registros tempranos de las misiones españolas. En Luisiana estaban el natchez, el atakapa, el timucua y el chitimacha, que sobrevivieron hasta este siglo.

El timucua de Florida se extinguió como muy tarde a comienzos del siglo XIX, pero los documentos españoles del siglo XVII bastante extensos sobre la lengua, que incluyen un catecismo, hicieron posible a Julián Granberry confeccionar un análisis gramatical y compilar un diccionario, publicados por vez primera en 1987 [3]. Como resultado de

[3] J. Granberry, *A Grammar and Dictionary of the Timucua Language,* 2.ª ed., Anthropological Notes n.º 1, Horseshoe Beach, Fl., Island Archaeological Museum, 1989 (1 ed., 1987).

años de comparación detallada con otras lenguas del suroeste norteamericano y del Circumcaribe, Granberry llega a la conclusión de que en su gramática el timucua se parece mucho a la lengua india actual warao del norte de Venezuela, pero mucho del vocabulario timucua refleja préstamos del arawak y otras lenguas de la costa noroccidental de Sudamérica y del área occidental del Caribe, así como de las lenguas muskoguis. De aquí la proposición de que el timucua fuera introducido en la costa atlántica de Georgia-Florida desde hace quizás alrededor de 3.800 años, y por esta vía fuera también abruptamente introducida la cerámica al Arcaico tardío del Sureste aproximadamente hace 4.000 años. La respuesta inicial de los especialistas en lenguas indias americanas a este análisis parece favorable; estos resultados apuntan a una directa conexión precolombina entre Florida y Sudamérica vía las Islas Caribes, una conexión que ha sido sospechada durante largo tiempo por algunos antropólogos.

El yuchi es otra de las lenguas del Sureste que no ha sido vinculada con éxito a las demás a satisfacción de todos los lingüistas. Considerada por algunos como una lengua relacionada con las sioux, esta idea ha sido descartada por numerosos lingüistas modernos. Algunos hablantes yuchis formaban parte de la Confederación Creek, pero se trasladaron por una amplia área del Sureste en el período histórico. Unos cuantos hablantes yuchis sobreviven hoy día. Se ha propuesto que el yuchi, el tunica, el chitimacha, el natchez y el atakapa, junto con la familia muskogui, tienen remotos orígenes comunes, constituyendo un agrupamiento mayor llamado *golfo,* según un esquema taxonómico.

Se han hecho numerosos esfuerzos durante años a través de comparaciones de familias lingüísticas para demostrar orígenes comunes más antiguos. Algunos han sido ya abandonados, como el hokano-sioux y el menos extendido algonquino-wakasha; otros, como el *macro-sioux,* compuesto por las familias sioux, iroquesa y cado, están ganando apoyo de los lingüistas. De igual modo, se muestra continuo interés en seguir investigando sobre conexiones como las existentes entre las lenguas algonquinas y las del golfo. En una propuesta reciente, se sugería que las similitudes entre las lenguas del golfo y las de la diminuta familia yuki de California eran suficientes para enlazarlas conjuntamente, y a su vez con las lenguas penutianas, como poseedoras del mismo origen.

En la búsqueda de los lingüistas por mostrar cada vez más amplias conexiones entre las familias lingüísticas de los indios americanos, se sugieren, al menos por implicación, movimientos específicos de gentes en el Continente durante los milenios anteriores al presente etnográfico. Los resultados integrados de la investigación arqueológica con las clasificaciones lingüísticas sostienen cierta promesa de reconstruir el amplio esquema de los movimientos de gentes y contactos entre las sociedades nativas dentro de lo que se iba a convertir en los Estados Unidos de tradición anglosajona con otras áreas de Norteamérica, las Islas Caribes y Sudamérica. Sin embargo, todos estos movimientos tuvieron que haber ocurrido en un lapso relativamente corto, según los cálculos geológicos, ya que los humanos llegaron a América hace no más de 30.000 años y más probablemente hace menos de 15.000 años.

Con el avance de las técnicas y métodos comparativos en la lingüística histórica, algunos tienen esperanzas de ser finalmente capaces de mostrar las conexiones específicas de todas las lenguas humanas con un pasado origen común. Uno de tales lingüistas es Joseph Greenberg, que recientemente ha presentado lo que ve como la prueba de que todas las lenguas nativas de Norte y Sudamérica, excepto las del grupo na-déné y la familia esquimal-aleutiana, se desarrollaron de una única lengua traída al Nuevo Mundo por los primeros inmigrantes a través del puente de tierra de Bering, produciendo un tronco amerindio que abarca todas las lenguas [4]. La ancestral lengua nadéné fue traída algo después, hace aproximadamente de 7.000 a 10.000 años, y la progenitora de las leguas esquimal-aleutianas algo después que ésta. Una de las semejanzas lingüísticas más extendidas del amerindio es el uso de algún tipo de forma en *n* para marcar alguna forma de la primera persona del singular. Resulta interesante que un ejemplo de esta forma se encuentre en una de las palabras nativas americanas más ampliamente conocida por los americanos actuales, «nokomis», del *Hiawatha* de Longfellow. En ojibwa *nekomis* significa «mi abuela».

[4] J. H. Greenberg, *Language in the Americas,* Stanford, Ca., Stanford University Press, 1987.

Áreas culturales

Las gentes nativas del presente etnográfico han sido clasificadas por los antropólogos no sólo según las similitudes lingüísticas, sino también de acuerdo a las semejanzas en otros aspectos de cultura fuera de la lengua. Mientras que la clasificación según las familias lingüísticas a veces revela sorprendentes vínculos entre tribus muy separadas entre sí por la geografía y las gentes interpuestas, las agrupaciones de tribus por otras semejanzas culturales sigue líneas de continuidad geográficas. Esto quiere decir que la cultura de una tribu tiende a ser lo más similar posible en cuanto a su tecnología, sus prácticas sociales, sus creencias religiosas, etc., a las culturas de las tribus vecinas que viven en entornos similares. De aquí que un área cultural sea una región geográfica dentro de la cual las culturas nativas muestran una mayor semejanza entre sí que con las culturas de otra región. Son tanto las semejanzas internas cuanto los contrastes externos los que definen las áreas culturales. Así, éstas podrían, en teoría, ser descritas según patrones estadísticos de contrastes y semejanzas. Un antropólogo, Harold Driver, ha hecho durante los pasados 20 años este análisis estadístico de una muestra de alrededor de 392 rasgos culturales del presente etnográfico de 245 tribus de toda Norteamérica [5]. Aunque ésta contiene principalmente características materiales (por ejemplo, tipos de instrumentos para conseguir el alimento, tipos de casa, armas, características económicas generales y principal fuente de alimentos), también incluye características sociológicas (por ejemplo, tipos de nomenclatura para el parentesco y reglas del matrimonio). Los resultados del análisis identificaban 36 agrupamientos estadísticos de tribus según las correlaciones entre los rasgos. En general, estos grupos por correlaciones de rasgos se agrupan por regiones geográficas del Continente y pueden ser también combinados en un número menor de unidades basadas en semejanzas más generales. Este detallado análisis proporciona grados diferentes de confirmación del esquema de las distintas áreas culturales norteameri-

[5] H. E. Driver y J. L. Coffin, «Classification and Development of North American Indian Cultures: A Statistical Analysis of the Driver-Massey Sample», en *Transactions of the American Philosophical Society*, nueva serie, vol. 65, parte 3, Philadelfia, The American Philosophical Society, 1975.

canas, desarrollado sobre bases más o menos intuitivas por los estudiosos anteriores.

Las clasificaciones de las áreas culturales, desarrolladas por los antropólogos desde la primera parte de este siglo, han tendido a enfatizar los elementos de la cultura material, los complejos ceremoniales y las técnicas de subsistencia. Un esquema, el de Clark Wissler, está basado explícitamente en «áreas de alimento», según las principales fuentes utilizadas: caribú, salmón, semillas silvestres, bisonte y maíz, dividido en la agricultura intensiva de México y el Suroeste de los Estados Unidos y el tipo de cultivo practicado en el este de los Estados Unidos [6]. Otro esquema, el de A. L. Kroeber, relaciona explícitamente a los grupos de las tribus adyacentes con culturas similares a las áreas naturales definidas por las características fisiográficas, la vegetación y el clima, para producir un total de 84 áreas culturales en Norteamérica, incluyendo todo Canadá, México y América Central hasta Panamá [7]. Sin embargo, estas 84 áreas se combinan en siete «grandes áreas», que comprenden las de la Costa Ártica, la Costa noroeste, el Suroeste, la Intermedia e Intermontañosa (la Gran Cuenca, y los drenajes interiores de los ríos Frasier, Columbia, Snake y Salmón), la Este, la Norte, y la Mexicana y Centroamericana. Entre las 84 subáreas y las áreas mayores, según este esquema, hay un nivel intermedio de clasificación con unidades como «llanuras del norte» y «cumbres de los Apalaches» (cherokee). Se han usado numerosos y más simples esquemas de áreas culturales, a menudo derivados de los de Wissler y Kroeber, para tratar de abarcar las altamente variadas culturas de las tribus indias americanas individuales en un número de tipos manejable para las explicaciones etnológicas.

Cada tribu de indios americanos tenía su propia configuración cultural. De hecho, las bandas y aldeas diferentes dentro de la misma tribu a menudo tenían costumbres características, a pesar de los muchos otros rasgos que compartían con las demás comunidades de la unidad política mayor. Tales distinciones de cultura no deberían ser olvidadas cuando las semejanzas entre las tribus vecinas son compendiadas en los rasgos que definen las particulares áreas culturales. Del

[6] C. Wissler, *The American Indian,* Nueva York, Douglas C. McMurtee, 1917.

[7] A. L. Kroeber, «Cultural and Natural Areas of Native North America», en *University of California Publications in American Arquaelogy and Ethnology,* vol. 38, Berkeley, University of California Press, 1939.

mismo modo, los límites entre las áreas culturales, al contrario que las fronteras políticas modernas, no son necesariamente agudos, pero muy a menudo lo suficiente para no mezclar una en otra. A pesar de ello, los contrastes agudos en los entornos naturales a veces están emparejados con rupturas más pronunciadas en la distribución de al menos algunos rasgos culturales.

Dado un particular nivel de desarrollo tecnológico, las sociedades deben responder a los retos de los entornos locales en un número limitado de modos para lograr sobrevivir. Además, las prácticas culturales que utilizan los recursos disponibles de forma más efectiva tendrán ventaja sobre las que no lo hagan. Es comprensible, así, que el concepto de área cultural sea más directamente aplicable a las prácticas de subsistencia y la cultura material. Esto no quiere decir, sin embargo, que los otros elementos de la cultura, como los pertenecientes a la organización social y a la religión, no puedan también ser característicos de un área cultural particular. Esto es así porque existen relaciones funcionales entre las aspectos técnicos de las culturas humanas y sus características sociológicas e ideológicas. Así, por ejemplo, los problemas de control social en una población agrícola sedentaria son diferentes de los de una banda cazadora nómada; la magia para la pesca tiene poco lugar en una cultura del desierto; las ceremonias de fertilidad para los cultivos se encuentran sólo entre las gentes horticultoras y agrícolas. Finalmente, los pormenores de los estilos artísticos, las ceremonias religiosas y similares, que están menos directamente relacionados con problemas específicos de subsistencia, son compartidos dentro de un área cultural a través de la difusión entre las gentes en estrecha proximidad y ya semejantes en muchos aspectos. Nada de esto significa, sin embargo, que las circunstancias medioambientales fueran las causantes, en cierto modo, de las características culturales de ciertas tribus de indios americanos particulares. Más bien, el medio ambiente proporciona los retos a enfrentar y las potencialidades a ser realizadas a través de la invención cultural y la difusión. El medio ambiente limita pero no determina la cultura.

No todos los rasgos que generalmente definen un área cultural son compartidos por todas las tribus dentro de ella. Tampoco son todos los rasgos de un área cultural únicos y característicos de ella o incluso del continente. Sin embargo, tomadas con los rasgos más distintivos, estas características culturales más extendidas contribuyen al complejo

de rasgos por los cuales el área cultural posee su perfil distintivo. De aquí, por ejemplo, que la idea de que un individuo puede adquirir un mentor personal sobrenatural aparezca en numerosas áreas culturales de Norteamérica nativa, pero que exista una gran variación de un área a otra en las especificidades de este «complejo de espíritu guardián», como se le llama, en cómo se adquiere el espíritu guardián, qué clase de habilidades son otorgadas, otros particulares y la relativa importancia de todo el complejo en la totalidad de las prácticas religiosas. A pesar de todas estas estipulaciones, el concepto de área cultural, aunque menos que en las versiones estadísticamente sofisticadas, ha probado largamente ser un instrumento conveniente para resumir los cientos de culturas nativas norteamericanas, y así será utilizado aquí.

La serie de áreas culturales específicas de los Estados Unidos de tradición anglosajona utilizada aquí se basa en un sistema general amplio usado para Norteamérica como un todo. Así, en muchos casos tribus del presente etnográfico del territorio de los Estados Unidos forman parte de áreas culturales que se extienden a Canadá. Los grupos que habitan el interior de Alaska forman parte del área cultural del *Subártico occidental,* que se extiende hasta el occidente de Canadá. Las tribus a lo largo de la franja sur de la actual costa pacífica de Alaska, y hacia el sur hasta el extremo norte de la costa de la actual California, constituye el área cultural de la *Costa noroeste;* en medio están también las bien conocidas tribus de la costa de Columbia Británica. Al este de la línea litoral y al sur del Subártico occidental, está el área cultural de la *Meseta,* que comprende aproximadamente el este de Washington y Oregón, Idaho y el oeste de Montana, en los Estados Unidos, y la porción sureste de Columbia Británica en Canadá. Al sur de la Meseta se encuentra el área de la *Gran Cuenca,* que se corresponde de manera aproximada con los estados actuales de Nevada y Utah, y las partes de California situadas al este de la Sierra Nevada, especialmente en el cuarto sureste del estado. El resto de California, entre la Gran Cuenca, la Meseta y la Costa noroccidental constituye el área cultural de *California.*

Al este de las Montañas Rocosas, los cambios del tipo de cultura son mucho más graduales que en el oeste; de hecho, todo Estados Unidos desde el este de las Rocosas está comprendido bajo la única área «Este» en el esquema de áreas culturales de Kroeber. A pesar de ello, deben dibujarse importantes distinciones. El área cultural más dis-

tintiva de todas es una consecuencia del contacto posteuropeo, con la reintroducción del caballo, que dio como resultado la aparición de las tribus ecuestres nómadas del área cultural de las *Llanuras,* situada entre la vertiente oriental de las Rocosas y los aproximadamente 100° de longitud, y extendiéndose desde el centro de Texas hacia el norte, hasta el sur de Alberta, Saskatchewan y Manitoba, en Canadá. Hacia el este de las Llanuras, una gran área de transición entre las altas llanuras y las regiones boscosas del este constituye el área cultural de las *Praderas,* que corresponde con mucho a los actuales Missouri, Iowa, el oriente de Oklahoma, Kansas, Nebraska y el suroeste de Minnesota. Unida a esta área por el norte, se encuentra la provincia cultural diferente de alrededor de los Grandes Lagos Superiores, que usualmente no es considerada un área cultural por derecho propio, pero será tratada aquí parcialmente en conexión con el área de la Pradera y considerada también dentro de la categoría del área cultural de la *Región boscosa nororiental* o *Noreste,* que se extiende desde los Grandes Lagos hasta el Atlántico, incluyendo las partes adyacentes de Canadá a unos pocos cientos de kilómetros del límite. Hacia el sur, el área cultural del *Noreste* se mezcla con el área del *Sureste.* Algunos analistas no hacen distinción entre estas dos últimas debido a las múltiples y estrechas semejanzas en las técnicas de subsistencia, ciertos elementos de cultura material y principios específicos de organización social, que resultan en una transición muy gradual de estos elementos del norte al sur. Para la mayoría de los etnólogos, existen algunos contrastes «hirichocantes», particularmente en las prácticas religiosas y ceremoniales, que requieren una separación entre las dos áreas.

Lo que viene a continuación es un estudio muy amplio de algunas de las características generales de cada una de estas áreas culturales. Aunque forzosamente selectivo en los temas a explicar, el estudio incluye aspectos de la economía, la cultura material y las artes, la organización sociopolítica, el folklore, el ceremonialismo y las creencias sobrenaturales, y la visión del mundo. Sin embargo, no todos los temas reciben igual atención en cada área, sino que son tratados de acuerdo con la contribución que hacen el perfil cultural característico. No es necesario decir, con veintenas de tribus representadas y cada faceta de cultura potencialmente importante, que cualquier estudio de esta clase sólo puede tocar los puntos altos y debe ser considerada como una abstracción de los muy abigarrados detalles de las culturas de las socie-

dades componentes. El estudio empezará con aquellas áreas visitadas primero por los europeos.

El Sureste

Era el área cultural más compleja de los Estados Unidos de tradición anglosajona. Los relatos de los primeros exploradores describen tipos de sociedades aún más complejas que las extensamente documentadas en el presente etnográfico. Pero incluso estas tribus de tiempos posteriores eran impresionantes en las complejidades de sus formas ceremoniales y políticas y en su cultura material. En líneas generales, el área cultural del Sureste abarca los estados actuales de Arkansas y Luisiana, en el oeste, hasta el océano Atlántico en el este, y desde Florida en el sur, hasta Tennessee y Virginia en el norte. Sus grupos históricos nativos incluyen a los powhatas, catawbas, cherokees, creeks, choctaws, chickasaws, natchez, yuchis, tunicas, koasatis, chitimacha y cados, más numerosos grupos menores que perdieron sus identidades separadas o se extinguieron en el primer periodo colonial, como por ejemplo los ofos y los peedees. Haciendo un puente entre las áreas culturales del Sureste y el Nordeste, están los ampliamente extendidos shawnees. También deben ser incluidos en esta área cultural las gentes nativas de Florida encontradas por los españoles, especialmente las del norte, los timucuas y los apalaches, aunque cesaron de existir a comienzos del siglo XVIII. Del mismo modo se extinguieron los indios de la mitad sur de Florida y sus culturas nativas se encuentran aún menos descritas. Algunos autores incluirían a estos grupos, como los calusas y los tequestas, en esta área cultural; otros los contemplan como constituyentes de un tipo de cultura característico por derecho propio. Una situación bastante parecida presentan las pobremente documentadas, tempranas y no agrícolas tribus de la región costera del Golfo en Texas. Las pruebas de agricultura en el sur de Florida son irregulares o inexistentes, pero incluso con poca o ninguna agricultura, los calusa del suroeste de Florida desarrollaron un complejo y sedentario señorío, basado en un rico suministro de pescado y otros recursos marinos en su entorno pantanoso.

Para el Sureste propiamente dicho, la agricultura del maíz es la que proporciona los cimientos económicos de estas complejas socie-

dades. Las áreas preferidas para cultivar el maíz eran los suelos aluviales de los fondos de los ríos por toda la región. La maleza era aclarada por corte y quemado, sirviendo las cenizas para enriquecer los suelos. Los hombres hacían este trabajo más duro, mientras las mujeres tenían la responsabilidad principal de atender los campos una vez que los cultivos empezaban a crecer. En muchas sociedades de esta área cultural, las partidas de trabajo comunal formadas por los hombres y mujeres de un pueblo hacían los trabajos iniciales de primavera, que consistían en labrar y plantar en los grandes campos, divididos en secciones adjudicadas a diferentes grupos de parentesco y otros dedicados al granero público. Del mismo modo, la recolección de la cosecha era un esfuerzo comunal en algunos grupos. Dada la larga estación de cultivo, las tribus más meridionales y surorientales, al menos, conseguían levantar dos cosechas de maíz en el mismo año. Además de este cultivo, las gentes del Sureste cultivaban frijoles, diversos tipos de calabaza, girasoles (por sus semillas) y calabazas de botella (para vasijas). Ya en el siglo XVIII, numerosos grupos cultivaban plantas introducidas por los europeos de otras partes del mundo (incluyendo la Suramérica nativa), como los melocotones y las batatas. Antes de la adquisición de las azadas de hierro europeas, las gentes del Sureste utilizaban fuertes palos cavadores y azadones en forma de L, hechos de nogal u otra madera dura, a veces con hojas de concha o hueso de animal (especialmente escápulas) ajustadas. También cultivaban tabaco a lo largo de los márgenes de sus otros cultivos para uso medicinal y ceremonial.

Además de las plantas cultivadas, los indios del Sureste comían los frutos de una variedad de plantas silvestres que abundaban en la región. Probablemente las más importantes de ellas fueran las nueces y las nueces del nogal americano y las bellotas de roble. Otros alimentos vegetales silvestres recolectados en su estación consistían en una gran variedad de uvas, bayas, frutos, semillas, raíces y nueces de las plantas nativas. Uno de ellos, el placaminero silvestre, era fermentado para hacer una bebida alcohólica de grado medio en tiempos históricos, pero no es seguro que fuera una práctica precolombina. Si así fuera, constituiría el único ejemplo conocido de manufactura nativa de una bebida alcohólica en toda el área de los Estados Unidos de tradición anglosajona (aunque hay ejemplos de tales bebidas en el Suroeste).

Para la proteína animal, dependían de las fuentes naturales, ya que carecían de animales domésticos además del perro. Algunas fuentes in-

dican, sin embargo, que los perros eran comidos como alimento ceremonial por algunos grupos, especialmente los natchez. Los pavos parecen no haber sido domesticados como en México y el Suroeste. Los animales de caza incluyen el venado, el oso, el pavo, varias otras aves silvestres —especialmente la ahora extinguida paloma pasajera— y el bisonte. Aunque hoy se piensa en el bisonte como un animal exclusivamente de las llanuras, había una variedad oriental de regiones boscosas, que sobrevivió hasta el final del siglo XVIII; además, algunas de las tribus del margen occidental de esta área cultural, como los quapaw, tenían acceso a las manadas occidentales de bisontes. Las armas principales de caza eran grandes y poderosos arcos y flechas. La pieza era acechada por cazadores individuales, pero también se emprendían cazas comunales de partidas de hombres que formaban un círculo, especialmente para el venado. Se usaba fuego para levantar las piezas. A veces se utilizaban perros para ayudar a los cazadores, especialmente en la caza del oso. Existía gran variedad de reclamos y llamadas para atraer a los animales, así como también la práctica de que los cazadores se disfrazaran con la cabeza y el cuero de un ciervo para poderse aproximar a su víctima sin alarmarla. Para piezas menores, como conejos y nutrias, así como algunas aves, se disponía de varias clases de lazos, trampas y agujeros encubiertos para atraparlas. Otro instrumento ampliamente utilizado para cazar animales pequeños era la cerbatana, hecha de caña, con dardos de astillas del mismo material, terminados por un copete de pelusa de cardos. Éste es uno de los rasgos ofrecido como prueba de los vínculos entre el área cultural del Sureste norteamericano y Sudamérica. Para el siglo XVIII, algunos grupos del Sureste también tenían gallinas domesticadas, y utilizaban como alimento el ganado vacuno y los cerdos escapados de los exploradores europeos y de los rebaños de los colonos, ya desde tiempos de Soto.

La pesca también desempeñaba un papel importante en la economía de esta área cultural. En las aguas de marea de Virginia y en las internas de los bancos exteriores de Carolina del Norte, los primeros indios encontrados por los europeos construían elaboradas empalizadas y fijaban redes, bien documentadas en los dibujos de John White. Algunas de las prácticas tradicionales de pesca de los colonos blancos posteriores de esta área parecen estar parcialmente basadas en las de los indios. Tales medios de pesca eran usados por todos los indios meridionales hasta Florida. En general, las gentes del Sureste de toda el área

utilizaban de modo intensivo el pescado de aleta de sus entornos locales, particularmente a lo largo de los cursos de los ríos donde peces como el róbalo rayado o el esturión hacían su desove anual tierra adentro. Se pescaba con sedal y anzuelo, lanzas, arcos y flechas (a veces con flechas especializadas) y diversas redes hechas con cuerda de fibras vegetales retorcidas, trampas de cestería y empalizadas de rocas, palos y plantas enredadas. Las canoas vaciadas se utilizaban ampliamente en las zonas costeras. Otra técnica de pesca, que es bastante característica del Sureste y sugiere influencia de Suramérica, es el envenenamiento del pescado. Especialmente durante las estaciones secas, cuando algunas corrientes se reducían a una sucesión de charcas, las tribus del interior pondrían una cantidad de hierbas estupefacientes machacadas en las pequeñas y tranquilas superficies de agua para dormir a los peces; en algunos casos, las nueces verdes de nogal machacadas eran usadas para hacer un «aceite diestro» en obstruir las branquias de los peces. En cualquier caso, éstos, aturdidos, flotaban por la superficie y eran recogidos fácilmente.

Los alimentos eran procesados mediante el secado y el ahumado, tanto los de procedencia vegetal como animal. Las mazorcas de maíz eran molidas usando un mortero de madera hecho de un tronco terminado en un agujero y una mano de bastantes centímetros de altura, que golpeaba utilizando ambas manos. Los excedentes de alimentos, especialmente de la cosecha de maíz, se almacenaban en silos o graneros que generalmente se elevaban del suelo sobre postes y estaban techados con paja o corteza. De ellos aprovisionaron a sus hombres los primeros exploradores españoles. El maíz se cocinaba de dos formas básicas. El hominy se preparaba con los granos de maíz enteros puestas a remojo en agua con lejía para quitarlos el embrión, y luego se cocinaba. El shofki se hacía de granos de maíz sin embrión, partidos en trozos en un mortero y hervidos en una sopa espesa, a la que se podía añadir otros vegetales y carne. Existen muchas variaciones de estos dos platos básicos de la dieta de los indios del Sureste, una de las cuales se mantiene actualmente como la comida popular sureña conocida como grits. En tiempos más recientes, existía una forma de sofki que se fermentaba.

Los indios del Sureste de los primeros contactos hacía diversas clases de cerámica, la mayoría decorada con estilos regionales característicos de impresiones estampadas, incisiones y punteado. El comercio

europeo de vasijas reemplazó de forma generalmente rápida a la cerámica, pero en algunas tribus, la más importante de ellas la catawba, su manufactura continuó como una especialización hasta el presente. También se hacían esteras y cestas de muchos tipos, la mayoría trenzadas en vez de enrolladas, de junco partido. Algunas de ellas tenían paredes dobles. A menudo se tejían las esteras y cestas con dibujos decorativos realizados mediante la utilización de tiras de material coloreadas con el tinte de las plantas locales, típicamente negro, rojo y amarillo. La cestería continúa siendo una artesanía entre muchas gentes contemporáneas del Sureste.

Dado el clima suave de la mayor parte del año, la ropa de los indios del Sureste era a menudo mínima. Básico para el hombre era el taparrabos hecho de ante o de fibras vegetales tejidas y para la mujer faldas cortas de los mismos materiales. La parte superior del cuerpo se cubría con capas de bisonte, oso u otras pieles en los climas más fríos. También se hacían mantos de plumas de pavo y otras aves, sujetas a una red de fibras vegetales. Aunque la gente de muchas tribus iba a menudo descalza, en otras se confeccionaban mocasines de ante de estilos característicos, generalmente de una pieza, con una costura sobre el talón y el empeine, y altos de caña para cubrir la parte inferior de la pierna. Del mismo modo, los hombres usaban pantalones de ante ajustados en algunas tribus. Eran comunes los adornos corporales de pendientes en orejas y labios, collares y otras formas, como el tatuaje, entre muchos grupos de una amplia zona del Sureste, desde las tribus del Atlántico hasta los cados en el oeste. También la pintura corporal era una forma importante de decoración ceremonial, especialmente en grupos como los cherokees y los creeks. Los indios del Sureste carecían de telares auténticos, pero tejían con los dedos bolsas, ligas, cinturones y fajines de cuerda de fibras vegetales retorcidas y, posteriormente, de hilo obtenido de los comerciantes blancos. Con el advenimiento del comercio europeo, la ropa de estos indios evolucionó en numerosos estilos tribales más o menos característicos, combinando camisas, faldas, vestidos, mantas y bolsas hechas con tela comprada, con artículos de manufactura nativa y otros bienes de intercambio, por ejemplo bandas para la cabeza de metal. Todos los estilos muestran la influencia del diseño europeo. Para el siglo XIX, los cubrecabezas de tipo turbante para hombres se habían hecho populares en algunas tribus.

Las casas de los indios del Sureste eran tanto de planta rectangular y oval como redonda, y frecuentemente estaban construidas con zarzo y barro, esto es, se emplastaban los postes y ramas con arcilla, haciendo una capa espesa, aunque los detalles de la construcción variaban mucho. Los techos eran de paja o trozos de corteza —pino, roble o ciprés. En algunas tribus se utilizaban esteras tejidas para cubrir las paredes de las casas. Es típico del Sureste una clara distinción entre la línea del tejado y las paredes, pero hacia el norte, a través de las tribus de Virginia, existe un área de transición hacia el Noreste en la que el techo y paredes forman una típica línea continua en bóveda de tambor o cúpula. Ciertas tribus del Sureste hacían distinción entre casas de invierno y verano, siendo las primeras excavadas en la tierra varios centímetros y cubiertas con fuertes travesaños, esteras y tierra, para mantener el calor, y las últimas más abiertas y de construcción más ligera. Las casas de techo de paja y sin paredes de los semínoles de Florida se desarrollaron a partir de estas casas de verano.

Las aldeas o pueblos de los indios del Sureste eran usualmente bastante compactos, aunque algunos estaban constituidos por agrupamientos más dispersos de viviendas. En muchos casos, las casas estaban ordenadas por distritos bastante uniformes, según los primeros relatos y dibujos, a menudo rodeadas por una palizada de postes clavados en el suelo. Normalmente en el centro de una aldea del Sureste, aunque fuera más dispersa, había una plaza pública y estructuras comunales para fines religiosos y políticos. Por ejemplo, un pueblo creek típico tenía en su centro una gran y redonda casa de consejo, o rotonda, hecha de postes y travesaños cubiertos con esteras, corteza y/o arcilla, muy semejante a una casa de invierno, pero mucho mayor —de más de siete metros de diámetro. Junto a ella, había una plaza abierta con estructuras de techo de paja y sin paredes para las reuniones exteriores y las ceremonias públicas. Cerca estaría también un juego de pelota ceremonial de alguna clase. Entre los natchez, un templo de dos habitaciones, rectangular, con techo de paja y construido con zarzo y arcilla sobre un montículo bajo, contenía el fuego sagrado y los huesos de los jefes muertos. De modo similar, en Virginia los powhatans construían grandes estructuras de techo de tambor cubierto con corteza para alojar los huesos de los jefes muertos y los personajes importantes, y en los que se efectuaban importantes rituales mortuorios. Tales estruc-

turas manifiestan el grado de centralización del poder y la autoridad presente en la organización política de los indios del Sureste.

La organización política de esta área cultural era la más autoritaria de todas las de los indios norteamericanos. Los jefes y los miembros de sus familias inmediatas podían ser transportados para las apariciones públicas sobre una litera sostenida por sus criados. Generalmente, los jefes eran moderados en el ejercicio del poder por un cuerpo de consejeros cercanos y un consejo de cabezas de los clanes. Hasta cierto punto, en algunas tribus los jefes y sacerdotes eran sostenidos mediante el trabajo público para sus graneros. Aunque a menudo existía separación entre líderes civiles y militares, la distinción en la guerra era una parte importante del sistema de escala social y ceremonial entre los pueblos del Sureste. La misma guerra era una actividad altamente ritualizada en su preparación, mientras estaban en campaña, a la vuelta y en el tratamiento de los prisioneros, cabelleras y otros trofeos marciales. La tortura física de los prisioneros de guerra (golpeamiento, quemado y desmembramiento) tenía armonías religiosas sugerentes del sacrificio humano.

Más allá del rango social individual, numerosas tribus del Sureste tenían sistemas de categoría social por grupos de parentesco. Los natchez tenían un sistema de auténtica estratificación social, con el sol (el jefe supremo) y sus parientes en el primer lugar entre la clase noble, bajo la cual se encontraba el pueblo común, al que los nobles llamaban entre ellos «stinkards». La esclavitud también era practicada por los natchez y otras tribus del Sureste. El sistema natchez es considerado por muchos como un vestigio final y simplificado de los tipos de sistemas sociopolíticos más elaborados de la época de precontacto.

Muchas tribus de esta área cultural estaban subdivididas en dos grupos, mitades *(moieties)*, para fines ceremoniales y políticos. Una mitad era identificada simbólicamente con la paz, el color blanco y, en teoría, proporcionaba la autoridad en materias civiles, mientras la otra estaba simbólicamente identificada con la guerra, el color rojo, y proporcionaba la autoridad en materias marciales. Estas mitades también eran importantes en el juego ceremonial de pelota, que junto a la guerra era quizás la actividad más importante para aumentar el prestigio de los hombres. Normalmente, cada jugador estaba equipado con dos raquetas de madera de aproximadamente medio metro a un metro de longitud, con un bolsillo tejido en un extremo para atrapar y tirar una

pequeña pelota de madera o de pelo de animal atado fuertemente. El objetivo era golpear el poste de meta del oponente con la pelota, pero ésta no podía ser tocada con las manos. En otra versión del juego, se debía golpear una figura de madera colocada en la cima de un poste. Como con la guerra, había mucho ritual alrededor del juego de pelota, incluyendo el toque de un tambor y la escarificación ritual de los brazos y el torso de los jugadores antes de empezar el partido. El juego es todavía practicado por numerosas tribus, pero a menudo es simplemente deporte, sin los aspectos rituales, aunque todavía forma parte de los principales acontecimientos ceremoniales. Otro juego ampliamente extendido en el Sureste se llama chunky y consiste en rodar un disco de piedra pulido a lo largo de un campo preparado, mientras los jugadores arrojan cortas lanzas lo más cerca posible del lugar donde el disco rodante se detendrá.

Además de la distinción en mitades, la mayoría de las tribus del Sureste estaban organizadas en clanes matrilineales exogámicos, esto es, uno pertenecía al mismo clan que su madre y debía casarse fuera de él. Estos clanes no estaban localizados, pero tendrían representantes en muchos pueblos y aldeas diferentes. Tales clanes llevaban los nombres de animales u otros fenómenos de la naturaleza, como ciervo, caimán, pantera (puma) pájaro o viento. Dentro de una comunidad local, los clanes regulaban el comportamiento de sus miembros y proporcionaban la estructura organizativa para diferentes actividades. Entre las gentes del Sureste, el asesinato era considerado una ofensa a ser resuelta dentro del clan o entre los clanes, en el caso de un asesinato interclánico, y los jefes no intervenían. Los clanes también diferían algo en ciertas tribus en su posición relativa, como asunto de tradición.

El área cultural del Sureste poseía dos formas ceremoniales características. Una es la celebración de la primera maduración del maíz, la ceremonia del Maíz Verde, a veces llamada el Busk, de la palabra muskogui para ayuno. La otra es la ceremonia del Fuego Nuevo. En muchas tribus, las dos se han unido en un único ceremonial, que dura varios días, de mediados a últimos de verano. Las formas de danza típicas que acompañan éstas y otras ceremonias son círculos en los que participan hombres y mujeres. Los instrumentos musicales incluyen las flautas, las sonajas de calabaza, los tambores de tronco con base de piel y las sonajas para las piernas de concha de tortuga. Como parte de las ceremonias de Busk o de Fuego Nuevo, había a menudo perio-

dos de licencia sexual y otorgamiento de perdón por ofensas civiles y personales cometidas durante el año previo. Las diferentes tribus tenían varias danzas en honor de distintos animales y de otros tipos, incluyendo la actuación obscena de danzantes enmascarados entre los cherokees, llamada en inglés la Danza de Boogerman [8]. Algunas de estas otras danzas fueron incorporadas a las ceremonias del Maíz Verde y el Fuego Nuevo. Como parte de ellas y en otras ocasiones, los hombres bebían un brebaje hecho con un tipo de acebo, la «Bebida Negra», que actuaba como un emético. En estas prácticas aparece la expresión de la ampliamente extendida idea de la purificación y renovación, que caracteriza la visión del mundo del Sureste. La idea de la limpieza y renovación alcanza su más plena expresión en el Busk, donde el dulce maíz nuevo era tostado y comido en banquete, el pueblo era purificado y rejuvenecido, se perdonaban los pecados pasados, se apagaban los hogares de las viviendas, y el líder religioso de posición más elevada encendía un nuevo fuego sagrado, del que todos los fuegos de las viviendas se volvían a prender. Las gentes del Sureste poseían ricas y diferentes mitologías tribales y creencias religiosas separadas. En general, había sistemas bien desarrollados de creencias en la brujería para explicar la mala fortuna, elaboradas cosmologías de los mundos superiores e inferiores, detallados mitos de origen, ideas bien formadas de una vida posterior (en una versión choctaw, todo hombre virtuoso en la vida es recompensado con cien jóvenes doncellas en el otro mundo), creencia en varios espíritus animales, y una ampliamente extendida creencia en un Ser Supremo, a menudo un dios del cielo, frecuentemente identificado de forma simbólica con el sol y el fuego sagrado, vuelto a prender en la celebración anual del año nuevo.

El Noreste

Aunque no existe una aguda demarcación entre las áreas culturales del Sureste y el Noreste desde el punto de vista del medio ambiente, hay cambios graduales en las culturas materiales y las prácticas de subsistencia de las gentes nativas, que corresponden a las diferencias en la

[8] En español equivaldría a la Danza del Coco *(N. del T.)*.

cobertura de bosque y el clima. Ilustrativo de la carencia de diferencias pronunciadas es el hecho de que algunos etnólogos no clasifican a los algonquinos de Virginia en el Sureste sino en el Noreste, e incluso también a los indios costeros de Carolina del Norte. El área cultural del Noreste se extiende hasta el norte de la frontera actual entre los Estados Unidos y Canadá e incluye a grupos «clásicos» como los hurones y micmac. Tardíamente en la historia, una rama de los hurones, los wyandots, se trasladaron a los Estados Unidos, se asentaron finalmente en lo que ahora es Oklahoma, y en el pasado reciente algunos micmac han buscado empleo estacional en Nueva Inglaterra.

En el Noreste hay dos grupos lingüísticos principales, los algonquinos y los iroqueses. Aunque parece haber diferencias significativas en la cultura entre estas dos agrupaciones, a veces se han exagerado. Además, los algonquinos orientales, a lo largo de la costa atlántica, se diferencian de los centrales, que se encuentran al oeste de los iroqueses en la región de los Grandes Lagos Superiores. Las principales tribus históricas del área cultural del Noreste de los Estados Unidos incluyen, entre los algonquinos orientales, a los delawares (realmente una conglomeración de muchas tribus menores anteriores), los montauks, los wampanoag, los narragansett, los massachuset, los pequot, los mahican, los pennacook, los penobscot y los passamaquoddys; entre los iroqueses, a los senecas, los onondagas, los mohawk, los oneidas, los cayugas, los eires y los susquehannas; y entre los algonquinos centrales, a los chippewas (ojibwa), los ottawas y los potawatomis; también están los winnebagos de Wisconsin, que hablan una lengua sioux.

En conjunto, las economías de subsistencia del Noreste eran una mezcla de agricultura, caza y pesca. En general, dadas las estaciones de cultivo más cortas y otros factores, su agricultura no era tan intensiva como la del Sureste; para algunos grupos, especialmente para los algonquinos de la costa, los términos de jardinería y horticultura son quizás más apropiados. A pesar de ello, otros, especialmente las gentes iroquesas, tenían plantaciones extensas alrededor de sus aldeas, que rivalizaban con las del Sureste. Otros grupos de los Grandes Lagos Superiores cultivaban poco si es que lo hacían. La tecnología asociada con el cultivo del maíz, la calabaza y los frijoles es casi la misma que la usada en el Sureste, incluyendo el mortero y la mano de madera.

En la región de los Grandes Lagos occidentales, el arroz silvestre *(Zizania aquatica)* mantuvo en las economía tribales el lugar ocupado

por la agricultura en las tribus más orientales del área cultural. Incluso el nombre de una de las tribus, menomini, significa arroz silvestre, indicando la importancia de la planta en su vida nativa. El arroz silvestre crece en los márgenes poco profundos de lagos y corrientes. La planta era, y es, recolectada cuando madura, a finales de verano, por equipos de dos personas en canoas, una que se sitúa en la parte trasera y hace avanzar el bote lentamente por el agua, mientras la persona que está sentada al frente utiliza dos palos con forma de espada de forma alterna para poner las cabezas del maíz sobre el bote, con uno, y golpear el grano maduro para que caiga, con el otro. Después se secan los granos y se «baila encima» para quitarles el embrión, esto es, se pisan en agujeros hechos en el suelo forrados con cueros de animales o, posteriormente, con tinas de madera. El arroz podía ser almacenado en escondites durante muchos meses.

Por toda el área, las gentes del Noreste utilizaban un gran número de plantas silvestres como alimento. En la parte meridional, muchas de ellas eran las mismas que las del Sureste. Hacia el norte, se disponía en primavera de un gran número de suculentas bayas. Una de las plantas alimenticias más controvertidas usada en el Noreste y no hallada en el Sureste es el azúcar de arce. A través de toda el área, desde Nueva Inglaterra hasta los Grandes Lagos occidentales, las tribus, tanto algonquinas como iroquesas, harían campamentos en las «arboledas de azúcar» en el invierno para sacar la savia de los árboles y hervirla hasta hacer azúcar. Aunque está bien documentado desde finales del siglo XVII, la confección de azúcar de arce es otro de los elementos del presente etnográfico que algunos etnohistoriadores creen ahora que pudo haber sido introducido a los indios por los primeros colonos de Nueva Inglaterra, en la década de 1600 y, de hecho, auspiciada como una actividad comercial para satisfacer las demandas del mercado euro-americano. Incluso muchos de los primeros informes sobre la elaboración de azúcar de arce por los indios del Noreste dejan claro que prácticamente todo el equipo necesitado, como las grandes tinas de metal y las perchas para acarrear los cubos de savia, son derivados europeos o inspirados en ellos. Los únicos instrumentos comunes de diseño y material nativos para esta actividad eran los pequeños baldes de corteza de abedul utilizados para recoger la savia en los árboles (una anciana chippewa dijo a este escritor en los años sesenta que ella utilizaba estos baldes para el azúcar de arce a comienzos de siglo, y luego pudo con-

seguir «latas de pintura», ¡que eran mucho mejores porque no se volaban tan fácilmente!).

La pesca era otra importante actividad de subsistencia en el Noreste. De nuevo, la tecnología era casi la misma que la del Sureste, aunque quizás era más común el uso de la lanza, e incluía el uso de las teas de luz. En las áreas costeras de Nueva Inglaterra, los arroyos de desove de los salmones de Atlántico eran especialmente importantes. En la región de los Grandes Lagos, los arroyos de corégonos y esturiones eran igualmente importantes. El envenenamiento de la pesca era practicado por algunos de los grupos más meridionales, como los delawares, al menos en los últimos tiempos. A lo largo de las costas de Nueva Inglaterra y del Atlántico medio, también era importante la recogida de moluscos; en general, era un área costera donde la pesca era especialmente importante. Las actividades de subsistencia ribereñas y lacustres y las relacionadas con el ampliamente extendido comercio eran facilitadas grandemente en el Noreste por las canoas de corteza de abedul, que no se hacían por toda el área, sino sólo en la región donde crece el abedul para papel, en el extremo norte de la parte norteamericana del área cultural, esencialmente la zona superior de nueva Inglaterra y el territorio más septentrional de los estados de los Grandes Lagos. Al sur de esta línea, se hacían canoas útiles, pero menos elegantes, de corteza de olmo, o se usaba el vaciado, aunque las de corteza de abedul eran a veces obtenidas mediante el comercio.

La caza ocupaba en esta área un puesto más prominente en el ciclo anual que en la mayoría de los pueblos del Sureste. Durante la mayor parte de los meses de invierno, hasta los relativamente intensivos horticultores del grupo iroqués se marchaban de sus aldeas a campamentos familiares de caza en los bosques. Los territorios tribales de caza eran reconocidos en las áreas que rodeaban las aldeas o se extendían a las tierras altas en el caso de las tribus costeras. Las armas y tácticas de caza eran casi las mismas que las del Sureste, incluyendo tanto la de tipo individual como la comunal. El calzado de nieve de varios tipos era una importante herramienta para esta actividad en los grupos más septentrionales, junto con el trineo, siendo ambos elementos originarios del Subártico.

La ropa era de ante por toda el área. Taparrabos, pantalones ajustados, camisa (a veces con las mangas separadas de la prenda en sí) y mocasines era la vestimenta básica masculina; las mujeres llevaban fal-

das, pantalones ajustados, una parte superior a modo de capa y mocasines. En climas más cálidos se eliminaría todo menos el taparrabos o la falda; en climas más fríos, se añadían abrigos y capas de piel o capuchas. Los patrones de los mocasines del Noreste, particularmente el tipo que lleva una pieza separada para el empeine, son la base para el corte de los zapatos tipo mocasín manufacturados comercialmente hoy en día. La ropa estaba decorada con bordados de púas de puerco espín aplanadas o pelo de alce; desde los comienzos del comercio con los blancos, se añadió el trabajo de cuentas. Los estilos del Noreste de trabajo en cuentas incluyen diseños abstractos, geométricos y curvilíneos, muy parecidos a los del Sureste del periodo histórico, pero se distinguen característicamente por sus diseños florales altamente adornados. Algunos de ellos parecen ser derivados de los grabados nativos en corteza de abedul y en otros materiales, pero también se ha sugerido que los más llamativos pueden haber sido inspirados por los brocados franceses.

Las gentes del Noreste hacían diversas clases de características vasijas de cerámica, pero los estilos iroqueses generalmente contrastaban con los algonquinos por ser más conoidales de forma, con altos cuellos angulares. La cerámica fue rápidamente reemplazada por las teteras de latón, cobre o hierro, obtenidas de los comerciantes europeos, incluso más de prisa y completamente que en el Sureste. Sin embargo, se continuaron haciendo hasta el presente recipientes de corteza de abedul. Se confeccionaban distintas clases de cestería, incluyendo la de brotes verdes de sauce retorcidos, las cestas de hierbas frescas enrolladas y, más importante, las cestas de tablas hechas de tiras machacadas de troncos de roble blanco (que, no obstante, puede ser otra introducción euro-americana). También era una artesanía importante las bolsas tejidas con los dedos de cuerda vegetal, especialmente en los Grandes Lagos occidentales.

Había en la zona varios tipos básicos de casa. Generalmente, como base para su aldea, los algonquinos construían tiendas familiares individuales, en forma de cúpula, con estructuras de tablas, cubiertas con esteras de juncos, corteza de olmo y/o tiras de corteza de abedul. Para los campamentos de caza, eran comunes por toda el área estructuras de tipo tepee o con forma de A, cubiertas con corteza. Los iroqueses normalmente construían para sus aldeas principales casas multifamiliares de troncos, que medían en promedio más de 15 metros de longi-

tud, más de 5 metros de anchura y 5 metros y medio de altura; algunas eran considerablemente mayores. Estas «casas largas» tenían un corredor central a lo largo del cual las familias disponían sus fogones y a cada lado había apartamentos divididos para cada familia nuclear, alojando cada gran estructura varias familias relacionadas a través de la línea femenina. Varias de esas casas estaban apiñadas como formando un pueblo. Algunas de ellas tenían el techo de tambor; otras pueden haber tenido techos de dos aguas; en cualquier caso, las estructuras eran de postes de madera y la cubierta de corteza (usualmente de olmo) cosida a modo de bandas y sostenida en su lugar por sujeciones de palo; en el centro del tejado se dejaban agujeros para permitir la salida del humo. Casas similares, aunque usualmente más pequeñas, fueron adoptadas por numerosas tribus de lengua algonquina del Atlántico medio, por ejemplo los delawares.

Los edificios públicos permanentes no formaban generalmente parte de las aldeas del Noreste, al contrario que en el Sureste, aunque las casas de los jefes puede que hayan tenido estas funciones para algunos grupos. En los Grandes Lagos Superiores, se construían estructuras temporales al aire libre, muy parecidas a la estructura de una casa larga sin tejado, para las principales ceremonias. La construcción de palizadas alrededor de las aldeas, sin embargo, era extensa, especialmente en la parte iroquesa del área. Por todo el territorio, las tribus tenían campos para practicar un juego de pelota muy similar al del Sureste, pero utilizando sólo una raqueta. Un tipo de raqueta para el juego recuerda el cayado de un obispo de la Iglesia católica romana, de aquí que los primeros franceses llamaran el juego *la crosse*, de donde viene el nombre del juego en inglés, *lacrosse*, ahora un reconocido deporte colegiado en Canadá y los Estados Unidos, aunque con una forma muy modificada y más regulada que la que jugaban los indios.

La guerra ocupaba un lugar prominente en las culturas del Noreste, especialmente en la parte oriental del área, pero era más pronunciada entre los iroqueses. La mayor parte de ella servía para solventar disputas más que para conseguir ventajas territoriales, pero la presencia de los europeos y la atracción del comercio tuvo repercusiones alejadas de los puntos de contacto, exacerbando e intensificando la competencia entre los grupos nativos. Aunque ya podían existir soterrados procesos similares antes del contacto europeo, particularmente con los iroqueses, desde éste, la guerra se convirtió en un medio de expansión

territorial y de incremento del acceso a las zonas de trampas para el comercio en pieles. La guerra tenía algo del carácter ritual encontrado en el Sureste, especialmente en el tratamiento de los cautivos de guerra. Una práctica típica del Noreste era hacer a los cautivos «correr el pasillo», correr entre dos filas de aldeanos, incluidas mujeres y niños, armados con porras y palos que los golpeaban mientras pasaban; los que consiguieran pasar serían perdonados y los que cayeran serían muertos. Entre los grupos iroqueses, los cautivos de guerra destinados a la tortura estaban sujetos a varias clases de mutilaciones, a veces dilatadas varios días, en los que el cautivo debía mostrar su valor; en algunos casos, el corazón de una víctima de tortura particularmente valerosa sería asado y comido por los jóvenes guerreros como una forma de magia contagiosa. Sin embargo, incluso entre los iroqueses, un prisionero podía salvarse si era adoptado por uno de los habitantes de la aldea para reemplazar a un pariente perdido. El complejo de guerra de los iroqueses sugiere, al igual que el de las gentes del Sureste, una forma religiosa modificada de ritos de sacrificio humano, que datan quizás de los tiempos misisipinos. También debería mencionarse la porra de guerra tallada en madera terminada en bola tan característica del Noreste, incluyendo a los algonquinos más meridionales.

En respuesta a la intensificación de la guerra, muchas tribus del Noreste formaron confederaciones, como también ocurrió, quizás en fechas algo posteriores, con algunos grupos del Sureste como los creeks. La más exitosa, probablemente la primera y la más famosa confederación era la de las tribus iroquesas, los mohawks, los senecas, los cayugas, los oneidas y los onondagas. Formada quizá desde 1500, la Liga de los Iroqueses se convirtió en una potente fuerza militar en el presente etnográfico, alcanzando hasta las praderas occidentales y profundamente el Sureste. Según la leyenda, la Liga fue concebida por un profeta semidivinizado, llamado Deganawida, y organizada por su emisario Hiawatha para detener la lucha endémica entre las tribus. En los cimientos de la Liga, se establecieron alrededor de 50 *sachems* (jefes) de diferentes líneas familiares maternas de las varias tribus; las mujeres de cada uno de esos linajes seleccionaban de entre los hombres de sus grupos cada sucesor a la jefatura; también reelegían un nuevo sachem cuando el que existía no era efectivo. Las tribus retenían su independencia y tenían sus propios jefes de aldea y líderes de clan, pero los sachems se reunían en la aldea central de los onondagas para tomar las

decisiones de guerra y paz, que afectaban a la Liga como un todo; todas las decisiones del Gran Consejo tenían que tener voto unánime. Como cuerpo consultivo para los sachems, había un grupo de individuos, sobre quienes éstos otorgaban el título «Jefe del Pino» por distinción en la guerra. La liga se simbolizaba como un árbol con raíces blancas de paz y también se describía con la metáfora de una única gran casa que se extendía desde los senecas de la «puerta occidental» hasta los mohawks de la «puerta oriental». Numerosos de los otros grupos orientales, igualmente algonquinos (como los delawares) e iroqueses (como los hurones), formaron confederaciones, pero ninguna tuvo tanto éxito como la Liga de los Iroqueses. En algunos de los otros casos, particularmente en Nueva Inglaterra, las alianzas pudieron haber sido mantenidas mediante matrimonios entre las familias en el poder de varias tribus pequeñas.

A nivel doméstico, las gentes iroquesas tenían un sistema de clanes matrilineales exogámicos firmemente establecido y con nombres, compuesto al nivel local por los grupos de las casas largas, pero encontrado por toda la unidad política mayor. Dentro de los linajes específicos de estos clanes era donde se apoyaba la jefatura de la Liga de los Iroqueses. Algunas de las gentes algonquinas vecinas también estaban organizadas en clanes matrilineales; otros algonquinos lo estaban en pequeñas bandas, quizás con cierta preferencia por una línea sobre la otra; y entre los algonquinos centrales, la vida social era regulada por un sistema de clanes patrilineales. Algunas de las tribus iroquesas y algonquinas centrales también estaban divididas en mitades, que tenían funciones ceremoniales, como oficiar en el funeral por un sachem muerto de la mitad opuesta.

La vida ceremonial de las gentes del Noreste era bastante variada. Un tipo de ceremonia del Maíz Verde estaba ampliamente esparcida entre los algonquinos orientales y los iroqueses, al menos en tiempos antiguos, pero en el presente etnográfico no tiene la prominencia que en el Sureste y está opacada por otros focos ceremoniales. Los algonquinos orientales tenían aparentemente una serie de ceremoniales en honor de varios espíritus, pero dada la fecha temprana a la que tantas fueron arrolladas por las influencias europeas, se sabe poco de ellas. Los delawares y otros tenían ceremonias anuales en las que los hombres y muchachos referían las visitas de seres sobrenaturales, así como ceremonias que marcaban el ciclo anual de crecimiento de los cultivos.

Por toda la región, de este a oeste, especialmente entre los algonquinos, se animaba a los niños a salir a la arboleda, a una temprana edad, en busca de un espíritu guardián. Para los algonquinos centrales y sus vecinos los winnebagos, éste era a menudo un prerrequisito para entrar en la Sociedad de la Gran Medicina de sacerdotes-chamanes, asociada con los ritos de curación y mortuorios. El chamanismo era particularmente fuerte en el área de los algonquinos centrales, con varias clases de especialistas, que recibían su poder de un espíritu guardián en una visita mantenida en el bosque, pero también se requerían instrucciones específicas de mentores humanos para ciertas formas de cura y otros poderes, como en el midewiwin. Una forma particularmente espectacular de chamanismo era un medio de adivinación llamado «tienda que tiembla», en la que un operador dentro de lo que parece ser una sólida estructura de postes y corteza la hace temblar violentamente, mientras se comunica con su espíritu mentor (a menudo una tortuga mordedora) para determinar la causa de la enfermedad del cliente o encontrar algún artículo perdido. Otros practicantes eran «doctores que chupan», que utilizan tubos de hueso para chupar fuera las sustancias mágicas que se piensan causantes de la enfermedad. Los tamboriles de mano desempeñan un papel importante en estas actuaciones chamanísticas; éstos, junto con otros elementos del chamanismo del Noreste, muestran fuertes parecidos con las formas de chamanismo de Siberia.

La tribu iroquesa tenía una serie de ceremonias agrícolas y de animales. La más importante de ellas era la ceremonia del Año Nuevo, a mediados del invierno, o el Festín del Perro Blanco, que tenía algo del mismo carácter de las ceremonias del Fuego Nuevo del Sureste, enfatizando los temas de purga de los errores y renovación espiritual. Como parte de estas ceremonias, los individuos eran animados a expresar públicamente sus sueños, «anhelos del alma», como se los llamaba, y luego a representarlos para asegurar la salud y la buena suerte —una clase de extraña anticipación de la psicoterapia freudiana. Los iroqueses también tenían diversas sociedades de medicina, a las que los individuos solicitaban ser admitidos en base a sueños. La mejor conocida y más importante de ellas era La Sociedad del Rostro Falso, en la que se conseguía la pertenencia al soñar con ciertas cabezas voladoras que el soñador habría representado en una máscara de madera labrada en un tilo vivo. La representación de la sociedad, acompañada por sonajas hechas de carcasas de tortuga (concha, cuello y cabeza), servían

para curar a los pacientes individuales y para las visitas anuales de bendición de la casa.

Las creencias religiosas variaban considerablemente, pero cada tribu creía en diferentes seres sobrenaturales asociados con el maíz, el trueno, los cuatro puntos cardinales, otros fenómenos de la naturaleza y una multitud de espíritus y demonios menores. Para las gentes algonquinas, un mítico personaje antropomórfico servía como caso prototípico del héroe cultural-bribón de la mitología india americana. La publicación de Henry Rowe School-craft sobre el ciclo de mitos acerca de este personaje como lo conocen los ojibwas, Nanabushu o Wenibojo (dependiendo del dialecto), inspiró el poema *Hiawatha* de Longfellow. Como ejemplo del carácter dual de Nanabushu, hay un episodio en el que crea de manera accidental la substancia más sagrada del ritual, el tabaco, de la sangre y costras de las heridas que se ha infligido en su propio ano en un ataque de rabia. El tabaco desempeña una importante función en la vida ritual de las gentes del Noreste en general, pero especialmente en el área de los Grandes Lagos occidentales, donde el complejo de la pipa de la paz era muy elaborado. Para los iroqueses y los algonquinos orientales, las sartas de cuentas de concha servían originalmente como símbolos de unidad y conmemoraban los convenios entre los grupos, de ahí su valor ritual, que fue parcialmente socavado cuando los holandeses, conociendo el alto valor que tenían, las convirtieron en una clase de moneda comercial.

Por todo el Noreste existe la idea de poder espiritual, que se encuentra en una parte mucho más extensa de los Estados Unidos y que tiene sus contrapartes en otros lugares del mundo. Es la noción de una clase de fuerza impersonal y espiritual que impregna al mundo, pero que puede ser encontrada en diferentes cantidades en objetos distintos, animales y personas, y puede llegar y marcharse. No es buena ni mala, pero la creencia en su omnipotente poder sirve para explicar accidentes o mala suerte, tanto como logros excepcionales. Las gentes de lengua iroquesa llaman a la fuerza alguna versión del término orenda, y los algonquinos algún término semejante a *manido* o *manitu*. Finalmente, existen registros de muchos pueblos del Noreste que creen en un Ser Supremo personalizado, un Gran Espíritu, o literalmente, en lengua ojibwa, *gitchi manido*, al que se puede rezar directamente; pero los antropólogos difieren en si era una creencia aborigen o refleja influencia cristiana.

Pradera y Llanuras

Estas dos áreas culturales son tratadas juntas por muchos etnólogos, práctica que seguimos aquí. Su tratamiento conjunto se justifica desde muchos puntos. Aunque la línea de demarcación entre las dos áreas puede establecerse aproximadamente en el meridiano 97, que corresponde a las diferencias generales en la precipitación anual y vegetación, siendo más seca la parte oeste de la línea, algunos grupos como los mandanos y los pawnees, característicos de los tipos de cultura de la Pradera, se encuentran en el área contemplada como Llanuras. La distinción entre las dos áreas es más borrosa aún por el hecho de que el tipo de cultura de las Llanuras es básicamente un derivado de la cultura de la Pradera, promovida por la reintroducción del caballo desde el contacto europeo. Las culturas de la Pradera representan la extensión occidental de una mezcla de patrones culturales procedentes tanto del área cultural del Sureste como de la del Noreste. Con la adquisición de caballos procedentes de los asentamientos españoles en el Suroeste que comenzaron en el siglo XVII, algunas de las antiguas gentes de la Pradera, junto con unos pocos de los márgenes occidentales de las Llanuras, desarrollaron un modo de vida ecuestre y nómada que se ha convertido en el estereotipo quintaesencial de los indios americanos: tocados de plumas de guerra, tipis, caza del búfalo y guerreros osados. Irónicamente este modo de vida no se dio hasta el siglo XVIII, probablemente no alcanzó pleno florecimiento hasta alrededor de 1800 y se desplomó precipitadamente después de 1875, con la disminución de las manadas de bisonte en las que se sustentaba.

Las tribus «clásicas» del área cultural de las Llanuras son los arapaho, los cheyennes, los pies negros, los dakotas (sioux), los atsinas (gros ventre), los cuervos, los kiowas, los shoshones wind river y los comanches. En los límites septentrionales del área de las Llanuras, en Canadá, se encuentran parte de los pienegro, los assiniboines, los sarsi, los crees de las Llanuras y los ojibwas de las Llanuras. Las tribus de las Praderas incluyen, a lo largo del Misisipí superior, a los mandanos, los hidatsas y los arikaras; los pawnees de Nebraska; y en Kansas, Oklahoma, Missouri y Iowa, grupos tales como los poncas, los omahas, los osages, los wichitas, los kansas, los iowas, los missouris y los otos. Finalmente, al sur de las gentes de los Grandes Lagos occidentales, explicadas en la sección sobre el Noreste, hay un número de tribus clasifi-

cadas por algunos autores como Regiones Boscosas y por otros como Pradera o, como un antropólogo observó, se encuentran «perdidos en la baraja». Son grupos de lengua algonquina tales como los sauks, los fox (mesquakie), los maiami, los illini, los mascouten y los kickapoos, algunos de los cuales vivían anteriormente en las partes meridionales de Wisconsin y Michigan, pero que en el siglo XIX habían venido a ocupar los estados de la pradera del mediooeste de Illinois, Indiana y Iowa. Posteriormente, algunos de ellos se trasladaron todavía más hacia el oeste. En muchos sentidos, estos grupos representan quizás la transición entre el área cultural de las Regiones Boscosas y la de la Pradera, lo mismo que en el sur grupos tales como los cados y los quapaws representan la transición entre las áreas del Sureste y las Praderas. Desafiando la clasificación etnológica fácil, estas tribus del mediooeste, a pesar de todo, desempeñaron importantes funciones en la competencia entre franceses e ingleses, y más tarde estadounidenses, por el área. Quizás el indio americano más famoso de los Estados Unidos en los tiempos modernos, el atleta Jim Thorpe, era un miembro de la tribu sac y fox (formada por la unión de las tribus sauk y fox, y finalmente asentada en Oklahoma). En el presente etnográfico, estas tribus vivían en casas de cubiertas de esteras de junco o corteza, decoraban su ropa y equipo con motivos característicos de las regiones boscosas, hacían cestas de tablillas y en otros sentidos mostraban unas fuertes semejanzas con el Noreste, pero en su economía y en ciertos aspectos de su vida social y religiosa, recordaban a las tribus de lengua sioux y cado del oeste.

El área cultural de la Pradera se caracteriza por una economía dual. Dos tipos de recursos de aproximadamente la misma importancia eran la base de la subsistencia: las plantas domesticadas (maíz, frijoles, calabaza y girasol) y el bisonte. Durante el invierno y los comienzos de la primavera, las tribus de la Pradera vivían en aldeas permanentes, generalmente junto a los cursos de los ríos. En verano abandonaban las aldeas y se trasladaban en masa a las llanuras abiertas para la caza del búfalo, quedando sólo los ancianos para atender el crecimiento de los cultivos. En el otoño volvían para la cosecha y, en algunas tribus, se regresaba otra vez a las llanuras a cazar bisontes a finales de otoño. Esta ronda de actividad anual ha llevado a algunos etnólogos a llamar a estas tribus semisedentarias. Con la adquisición de los caballos, algunas tribus o partes de ellas abandonaron sus aldeas y la parte horti-

cultora de su economía para convertirse en cazadores de bisonte de tiempo completo, esto es, en los indios de las Llanuras. Unos cuantas de las tribus de las Llanuras —los kiowas, los comanches y los shoshonis— vinieron del oeste, por lo que no siguieron las tradiciones características de las tribus de la Pradera, aunque los antepasados de los kiowas pueden haber sido horticultores del Suroeste. El cambio de una economía parcialmente agrícola de tipo cultural de la Pradera al modo de vida de caza a tiempo completo efectuado por las tribus de las Llanuras puede considerarse como uno de los pocos ejemplos conocidos de gentes que abandonan un sistema de subsistencia más «avanzado» por otro más «primitivo». Pero, de hecho, con los caballos para ayudarlos tanto en la caza como en el transporte, los indios de las Llanuras disfrutaron de una rica existencia, basada en las vastas manadas de millones de bisontes. Uno de los problemas más intrigantes de la etnología americana es determinar por qué ciertas tribus de los márgenes orientales de las Llanuras se volvieron nómadas ecuestres de tiempo completo y otras no, aunque las últimas también consiguieron caballos. El pensamiento actual sugiere que el momento en el que varios grupos adquirieron los caballos y cuántos fueron factores importantes, porque el modo de vida de los típicos indios de las Llanuras, como opuesto al de la Pradera, era posible sólo con un gran número de caballos para transportar el equipo y las provisiones.

En muchos aspectos, la tecnología de las Llanuras representa la elaboración de los elementos provenientes de la Pradera asociados con las cazas del búfalo estivales. Para sus aldeas permanentes, las gentes de la Pradera construían varias clases diferentes de casa, dependiendo de las tribus. La mayoría, como los mandanos, los pawnees, los hidatsas y los omahas, construían cabañas semisubterráneas, de fuertes postes y travesaños, cubiertos con tierra. Algunas de ellas eran suficientemente grandes para albergar varias familias emparentadas, junto con los caballos particularmente valorados. Los wichita construían principalmente casas en forma de colmena con techo de maleza, que probablemente se derivaban de los tipos de casa del Sureste. Otros construían casas con techo de cúpula o tambor cubierto de esteras. Sin embargo, la estructura típica de todas las gentes de la Pradera, para los campamentos de caza del búfalo, era la tienda de piel de búfalo llamada «tipi» (la misma palabra viene de la lengua dakota y significa aproximadamente «usado para vivir dentro»).

Las tiendas cónicas de cuero tienen una extensa distribución en el área circumpolar del mundo, desde los samis (lapones) de Escandinavia, hasta los inuits (esquimales) de Canadá. El tipi de las Llanuras-Pradera es casi seguro parte de tal legado del norte. La innovación crítica que distingue el tipi de los tipos similares de tiendas son las solapas para humo u «orejas» en ambos lados de la abertura donde la estructura de sostén de postes se une; estas solapas son movidas por un par de varas externas para controlar el flujo de aire y humo de un fuego interior. Otra característica del tipi es el forro interior, atado al palo de soporte y extendido hasta medio camino del techo. Antes de la adquisición de los caballos, sin embargo, los tipis portables podían ser sólo tan grandes como fueran soportados por las varas que un perro pudiera acarrear, porque éstas eran las únicas bestias de carga de que disponían las tribus de la Pradera y las que se convertirían en las de las Llanuras. Después de la adquisición de caballos, los tipis pudieron hacerse mucho mayores, de 3 metros o más de altos, y así adecuados para vivir durante todo el año. No sólo los caballos podían acarrear palos mayores que los perros, sino que los primeros podían transportar mayores cantidades de todo, utilizando una versión agrandada de un aparato llamado *travois*, anteriormente usado para los perros. El travois consiste básicamente en un par de varas que llevan unos de los extremos arrastrando por el suelo y los otros cruzados y sujetos a los lomos de un perro o caballo, con una plataforma de palos o cinchas cerca del extremo del suelo sobre la que se amarra la cobertura de un tipi u otros bienes. Otros componentes del equipo para el campamento de caza del bisonte en la Pradera, tales como los recipientes plegados de cuero crudo llamados *parfleches* y los soportes para la espalda plegables, fueron elaborados para acomodarse a la vida del tipi durante todo el año.

La tecnología agrícola de la Pradera distingue a las tribus de esta área de las gentes de las Llanuras. Los cultivos crecían en las zonas de los fondos de los ríos, utilizando azadas con hojas de escápula de búfalo y rastrillos hechos con la cornamenta de los venados. Los excedentes de la cosecha se secaban y almacenaban en grandes agujeros subterráneos. Las tribus de las llanuras no carecían totalmente de plantas domesticadas alimenticias, ya que comerciaban con los grupos de las aldeas para su producción. Algunas de las tribus de aldea y las recién llegadas de las zonas boscosas de las llanuras septentrionales pes-

caban con empalizadas y trampas, pero no era una actividad de subsistencia particularmente importante para las gentes de la pradera y mucho menos para las de las altas llanuras. Las bayas silvestres y las raíces se utilizaban por las gentes tanto de la Pradera como de las Llanuras. La carne de bisonte, cortada en delgadas tiras era secada al sol, machacada con mazas de piedra y mango de madera, y combinada con bayas secas y sebo en una mezcla llamada *pemmican*, que se mantenía durante varios meses. Las técnicas de caza del bisonte incluían, desde época temprana, su conducción a los acantilados y a corrales artificiales y su acoso sobre caballos. También se cazaban otros animales, incluidos el alce, el antílope y el venado, especialmente importante para los grupos de más al este, como los indios fox.

Las mujeres de las Llanuras y Pradera confeccionaban excelentes trajes de cuero, aunque, al igual que todos los indios americanos, desconocían el auténtico curtido que usa medios químicos para ablandar el cuero, por lo que utilizaban medios mecánicos como el retorcido y el raspado. La ropa para las ocasiones ceremoniales estaba decorada con bordados de púas de puerco espín, pintadas y el añadido de otros adornos como dientes de alce; desde la adquisición de bienes mediante el comercio, el trabajo de cuentas y las aplicaciones de cintas se volvieron importantes en las áreas de las Llanuras y la Pradera, así como la ropa hecha de tela en vez de ante. Además de los estilos tribales característicos de pantalones ajustados, camisas, vestidos, mocasines, trajes y similares, también se pueden reconocer unos amplios tipos regionales de ropa y adorno. Del mismo modo, los peinados variaban considerablemente, desde las trenzas envueltas en piel de castor, populares entre las tribus de la parte septentrional de las Llanuras, hasta el enrollado al «estilo mohawk», popular entre los hombres pawnees, de nuevo haciéndose eco de los orígenes orientales de gran parte de la cultura de la Pradera. En algunas tribus, ciertos peinados y cortes de pelo característicos, particularmente entre los hombres y muchachos, identificaban la pertenencia a clanes específicos u otras organizaciones sociales.

Los artículos domésticos de los habitantes de las aldeas de la Pradera incluían el mortero de madera y las manos semejantes a los del Este, y vasijas de arcilla conoidales o redondas. Algunas de las tribus de la Pradera más orientales y algunas de las de las Llanuras, en los primeros estadios de sus historias, cuando todavía estaban en Minnesota, usaban canoas de corteza. Algunas de las gentes ribereñas, como

los hidatsas, utilizaban botes en forma de cuenco, hechos con piel de búfalo estirada sobre una estructura de madera, que se llamaba «bote toro» y era lo suficientemente grande como para acomodar en su interior a dos o tres personas; invertidos sobre el agujero para el humo de una cabaña de tierra, tales botes también podían resguardar de la fuerte lluvia en el mal tiempo. Tanto las gentes de las Llanuras como las de la Pradera utilizaban cunas de diferentes estilos en las que los niños eran envueltos de forma muy segura; estas cunas eran usadas también por los indios de muchas otras áreas, pero las de las Llanuras estaban perfectamente diseñadas para ser cargadas sobre la espalda de la madre, en vez de llevadas en los brazos.

Además del travois adaptado de la versión primitiva tirada por perros, las gentes de las Llanuras y la Pradera tenían varias otras clases de equipos para los caballos, que incluían las simples bridas y las almohadillas de montar, las albardas, las sillas de montar bastante adornadas y altamente repujadas, y las alforjas. Se presupone que mucha de la tecnología y las técnicas asociadas directamente con la montura de los caballos se modeló de la usada por los españoles en los asentamientos de Nuevo México, pasada mediante los esclavos indios huidos de los españoles u otros como los apaches y comanches que vivían en bastante proximidad a los primeros asentamientos fundados justo al final del siglo XVI. Irónicamente, algunos de aquellos grupos indios más importantes para la transmisión del caballo no surgieron como tipos típicos de las Llanuras. Los caballos ya eran conocidos por tribus indias como los pienegros hacia las primeras décadas del siglo XVII. Con el tiempo, las tribus de las Llanuras se convirtieron en jinetes excelentes, tanto para la caza como para la guerra, ganando la admiración de muchos de los militares estadounidenses que los combatieron en el siglo XIX.

Las armas de las gentes de la Pradera y de las Llanuras incluía el arco y las flechas, la lanza y las porras con cabeza de piedra. El tipo de arco y flecha usados, particularmente por las gentes de las Llanuras, eran cortos y tenían una doble curvatura, es decir, se profundizaban en la empuñadura, haciéndolos especialmente eficientes para usarlos a caballo. También se utilizaban arcos compuestos, reforzados con tendones, de cuerno y madera, indicativos de influencias procedentes del norte y del área cultural de la Meseta. Los mismos arcos recurvados parecen ser otra influencia circumpolar tardía. Los guerreros de las Llanuras y algunos de la Pradera también llevaban escudos de cuero sin

curtir. Cuando se podía conseguir de los comerciantes, estas gentes usaban cabezas de flecha de hierro y acero, hojas de lanza y cuchillos.

Las gentes de la Pradera comparten con los del Noreste y Sureste una fuerte tradición de prestigio basado en la distinción en hechos marciales. Las tribus de las Llanuras, en el periodo histórico, llevaban el sistema de prestigio basado en la guerra quizás a su desarrollo más extremo en los Estados Unidos de tradición anglosajona. La competencia por los caballos, los rápidos movimientos tribales en las llanuras y la presión de las tribus del este equipadas con armas de fuego, que presionaban por ventajas en la trata de pieles, probablemente contribuyeron a hacer de la guerra el foco principal de las culturas de las Llanuras, en particular en el presente etnográfico. Estos hechos bélicos tomaron un giro altamente individualista, aunque las tribus eran capaces de coordinar la acción militar (pero no probablemente como la disciplina existente en los señoríos del Sureste de los primeros tiempos históricos). Las tribus de las Llanuras y la Pradera, al contrario que las regiones boscosas orientales, parecen no haber puesto mucho énfasis en tomar prisioneros ni en su tortura ritual, aunque arrancaban cabelleras como trofeos y les atribuían mucha importancia ritual. Algunos de los actos más prestigiosos de los guerreros de las Llanuras eran robar caballos atados en un campo enemigo, arrebatar las armas a un oponente y, quizás lo más importante, tocar a un enemigo con un objeto inofensivo o la mano. Colectivamente, todos son denominados a veces «golpe que cuenta», aunque la denominación está quizás mejor limitada al toque de un enemigo con un inofensivo palo, de ahí el término «palo de golpe» para referirse a las varas y objetos hechos específicamente para este fin. Aunque la guerra de las Llanuras es descrita a veces como una clase de juego, y tenía el sentido de establecer el posicionamiento social, basado en mantener la puntuación de los golpes contados, los conflictos armados tenían ciertamente objetivos económicos, especialmente la captura de caballos y la expansión de los territorios de caza, a menudo a expensas de las gentes de la Pradera semisedentarias, cuyas aldeas estaban usualmente sobre riscos y palizadas alrededor.

No toda la acción intertribal en estas áreas culturales era la guerra. Existían alianzas duraderas, como entre los cheyennes y los lakotas, y se mantenían citas de comercio en campamentos de tipis y en las aldeas asentadas. En un área de tal movilidad y diversidad lingüística

—familia sioux, algonquina y cado, cada una representada por varias lenguas— la intercomunicación tribal era facilitada por la evolución del «lenguaje de signos», en el que se usaban gestos manuales estandarizados para expresar ideas y describir objetos.

Las características materiales, artísticas y militares por las que se distinguen las culturas de las Llanuras de las de la Pradera son en muchos aspectos elaboraciones efectuadas por los primeros de elementos culturales preexistentes en los últimos. En contraste, sin embargo, la organización social de las tribus de las Llanuras supuso una transformación fundamental de los patrones de la Pradera. De forma comprensible, no obstante, las estructuras sociales de las Llanuras más similares a las de los grupos de la Pradera eran aquellos aspectos de la organización social de esta última más característicos de los campamentos de bisonte estivales. Generalmente, las gentes de la Pradera estaban organizadas en clanes. Las gentes sioux meridionales y los algonquinos de la Pradera estaban frecuentemente divididos en clanes patrilineales bastante fuertes, mientras que los aldeanos del curso superior del Missouri, por ejemplo los mandanos, estaban divididos en clanes matrilineales, y los pawnees se organizaban en aldeas basadas en la matrilinealidad. Tales unidades a veces poseían propiedad en común, por ejemplo las casas, mantenían los derechos a los cargos políticos y religiosos hereditarios y eran las custodias de envoltorios particulares de objetos sagrados asociados con diferentes aspectos de las ceremonias tribales o de la aldea. Los linajes y clanes eran, de este modo, organizaciones que enfatizaban la continuidad vertical entre las generaciones sucesivas y requerían una estrecha cooperación entre ellos para la conducción de los asuntos políticos y las ceremonias religiosas. Algunas tribus de la Pradera, particularmente las más orientales, también se dividían en mitades que tenían funciones rituales, aunque la pertenencia a ellas no era siempre por una única regla de descendencia, sino por designación paterna o dedicación.

Generalmente, las tribus de las Llanuras no tenían clanes y mitades. Donde existían, especialmente entre los cuervos, carecían de las funciones más extensas que tenían entre las tribus de la Pradera. En cambio, las tribus de las Llanuras estaban organizadas en bandas que daban el mismo énfasis a los familiares del lado materno y paterno, y que extendían la consideración de hermanos de forma horizontal a virtualmente todos los parientes conocidos. Normalmente, las bandas se

aliaban en tribus, pero en el transcurso del año, éstas tenían que ser capaces de dividirse en bandas locales autosuficientes durante el otoño e invierno y volverse a unir en una banda mayor o campamentos tribales en la primavera, cuando el bisonte se reunía en grandes manadas. De aquí que la estructura social de las Llanuras pueda ser caracterizada como un modelo basado en la escisión-fusión; la forma horizontal del énfasis de parentesco facilita tal modelo. Sus campamentos se ordenaban en un círculo o semicírculo, en el que cada banda tenía su propia plaza en la configuración mayor, reflejando en esto la organización social de los campamentos estivales de caza del bisonte de las tribus de la Pradera.

Aunque algunas de las gentes de la Pradera tenían cargos políticos y religiosos semihereditarios y existían posiciones de autoridad reconocidas e incluso familias de jefes entre muchas tribus de las Llanuras, los jefes no tenían poderes autocráticos, sino que se basaban en su objetividad, generosidad y capacidad de persuasión para conseguir la obediencia. Sin embargo, tenían poder para designar las fechas y lugares de las ceremonias principales. Una característica importante que la organización social de las gentes de las Llanuras y Pradera tenían en común eran las distintas asociaciones voluntarias, clubes o sociedades, que incluían algunas para mujeres, en las que la pertenencia no era por nacimiento sino por elección, a través de la compra y la iniciación. La mayoría de estas sociedades se dedicaban a las actividades militares. Cada una tenía sus propios trajes característicos, sus danzas y sus ceremoniales. Algunas eran sociedades de cura. En los campamentos de verano de tanto las gentes de las Llanuras como de la Pradera, una o más de estas sociedades serían elegidas por los jefes para actuar como policía para mantener el orden en lo que podía ser a veces una acampada de miles de personas. Una de las funciones principales de la policía de estas sociedades de guerreros era prevenir los ataques prematuros contra las grandes concentraciones de bisontes para asegurar una caza comunal exitosa de todo el campamento. Estas sociedades de guerreros se dedicaban a la mística del valor en la guerra y sus miembros debían demostrar desdén por el peligro; por ejemplo, en una sociedad de ese tipo (encontradas en numerosas tribus), los individuos debían conseguirse un lugar en la batalla, clavando en el suelo con una lanza el extremo de una faja que llevaban alrededor de la cintura, y no retroceder de él a menos de que ésta fuera cortada por un camarada. Tales

sociedades llevaban frecuentemente nombres como No Huidas o Perros Locos Deseosos de Morir, de aquí la designación de «Soldados Perros» de los días de frontera.

En algunas de estas organizaciones, incluyendo algunas de payasos, los poderes chamanísticos serían presentados al público, como sacar carne del fondo de un recipiente hirviendo con las manos y los brazos desnudos. Otro inusual rasgo de estilo entre algunos de estos clubes o sociedades era el tema inverso, esto es, decir lo contrario de lo que se pretende, entrar en un tipi de espaldas y así sucesivamente. Entre las tribus de las Llanuras, el tema inverso o la «conducta al revés» se encontraba en algunas de las sociedades de soldados, pero era también particularmente común entre varias sociedades de payasos, que a menudo eran además curanderos. El tema inverso también se encuentra en algunas de las tribus de la Pradera como parte de ceremonias comunales mayores.

La vida ceremonial de las tribus de la Pradera era a menudo muy elaborada, aunque variaba considerablemente de un grupo a otro. Incluía muchos rituales y danzas asociados con los diferentes clubes, las ceremonias que pertenecían a varios «atados medicinales» o fetiches tribales y las ceremonias comunales que abarcaban a toda la aldea o tribu. Tales ceremonias frecuentemente expresaban las tradicionales prerrogativas de los clanes particulares y las autoridades sacerdotales, entrelazándose de este modo con la organización política del grupo. Quizás el ceremonial más sobresaliente de todos los de la Pradera era el sacrificio pawnee de una joven virgen. Cada año, una joven cautiva dedicada al sacrificio era atada a un marco sobre una plataforma y ceremonialmente muerta con flechas, como una ofrenda al dios Estrella de la Mañana. La práctica fue suspendida a comienzos del siglo XIX por una de las familias jefes, muy probablemente como resultado de sus limitados pero profundamente perturbadores contactos con los blancos. La principal ceremonia de los mandanos era el *Okipa*, que en muchos aspectos era una representación moralizante realizada durante varios días, que contaba los orígenes míticos de la gente y el poder del bien sobre el mal. Otra característica del *Okipa* eran los ritos de autotortura de algunos de los muchachos, que se agujereaban la piel del pecho y la espalda con broquetas atadas a correas de las que eran suspendidos del techo de la cabaña de tierra ceremonial. Los rituales si-

milares son los aspectos más sensacionales de la versión de la Danza del Sol de muchas tribus de las Llanuras.

Aparentemente, la Danza del Sol se extendió rápidamente entre las tribus de las Llanuras, presentando muchas características en común de una tribu a otra, que incluyen la erección de una cabaña ceremonial descubierta alrededor de un poste central y danzantes principales que miran al sol y hacen sonar silbatos de hueso de águila, pero existe una variación considerable en los detalles de trajes, organización, instrumentos, etc., de una tribu a otra. En algunas, especialmente los dakotas, los danzantes principales que habían jurado participar como resultado de experiencias personales sobrenaturales, eran sujetados al poste central con correas unidas a las broquetas de sus pechos, de las cuales trataban de liberarse desgarrándose en el clímax de la ceremonia. En otra variación, los danzantes tenían cráneos de búfalo atados por correas a las broquetas de sus espaldas. Algunas tribus, como la comanche que llegó a las Llanuras desde el Oeste, no adoptaron la Danza del Sol hasta finales del siglo XIX. Para la mayoría de las tribus de las Llanuras, esta danza, efectuada en conjunción con las acampadas estivales, era la única ceremonia tribal; para unos pocos, especialmente los cheyennes, había otras grandes ceremonias comunales en honor de los fetiches tribales. Aunque los líderes religiosos asociados con la Danza del Sol y otros rituales comunales no eran especialistas de tiempo completo, eran sus depositarios y su efectividad dependía del conocimiento esotérico aprendido de los otros, más que del poder recibido directamente de los sobrenaturales; de aquí que fueran sacerdotes más que chamanes. Sin embargo, algunas personas adquirían poderes chamanísticos a través de sueños y visiones.

Otra característica importante de la vida religiosa de las Llanuras era los baños de sudor ceremoniales. Los participantes se sentaban en una pequeña estructura cerrada, cubierta de piel y en forma de bóveda, y echaban agua sobre rocas calientes, rodadas hasta allí de un fuego cercano especialmente preparado. Conocidos por algunos grupos del Este, los baños de sudor —especialmente los de este tipo como opuestos a los que conllevan sólo calor— son particularmente importantes en muchas áreas culturales occidentales. Es probablemente un antiguo rasgo circumpolar, con el que está relacionada la sauna moderna de Escandinavia.

El área de las Llanuras en particular daba un alto énfasis a las experiencias visionarias personales para obtener un espíritu guardián. Generalmente, los muchachos irían a una búsqueda de visión, absteniéndose de comida y agua en la solitaria búsqueda de un mentor espiritual. Si no llegaba una visión apropiada, el que la estaba buscando podía cortarse trozos de su carne o un dedo para conseguir el favor de un espíritu guardián. Cuando llegaba una visión (como de hecho debía suceder bajo tales situaciones de alteración de la consciencia), el buscador era instruido en todas las cosas concernientes al traje, canciones, alimentos tabúes y cosas similares que iban a asegurar el éxito en la guerra (usualmente) o en la curación. También las mujeres recibían a veces espíritus guardianes. A veces se requería contar una visión o un sueño a los líderes religiosos experimentados para entender plenamente lo que pretendía el espíritu guardián. Ocasionalmente se daba como razón fundamental la experiencia visionaria para que un muchacho se convirtiera en berdache, una forma institucionalizada de transvestismo y, a veces, homosexualidad, que se encuentra sobre la mayor parte de las áreas de las Llanuras y la Pradera y fuera de ellas. La gran importancia unida al poder de los encuentros personales con lo sobrenatural lleva a la creencia de caracterizar los valores de los indios de las Llanuras como altamente individualizados, pero también se debe prestar atención a actividades altamente controladas, tales como la Danza del Sol y la caza comunal del búfalo.

Las tribus de la Pradera en particular poseían elaboradas cosmologías y, en el caso de grupos tales como los pawnees, lo que sólo puede describirse como un panteón de varios espíritus y deidades. Del mismo modo, las tribus de las Llanuras tenían ricas mitologías con seres sobrenaturales; comúnmente se incluye en ellas a un héroe cultural o heroína, o a varios de estos personajes, que enseñaron o dieron el antiguo conocimiento de la tecnología y los rituales. Un personaje bribón, el coyote o la araña, también está presente en el folklore de algunas tribus. Aunque está claro que algunas de las tribus de la Pradera, por ejemplo los pawnees, tenían el concepto de un alto o primer dios, es difícil de determinar para el presente etnográfico la cuestión de la creencia en el ser supremo para la Pradera y especialmente para las Llanuras como un todo. Existía la creencia en una esencia espiritual que impregnaba el universo, comparable a la idea del *manido* u *orneda* del Noreste, que era, por ejemplo, llamada por los dakotas *wakan*; igual-

mente, al menos en los tiempos históricos tardíos, algunos dakotas hablaban de wakan tanka o Gran Espíritu.

Como en las gentes de los Grandes Lagos occidentales, existía la noción bien desarrollada de una vida posterior en las zonas culturales de la Pradera y las Llanuras. Entre las tribus de casi toda la parte meridional de las áreas, generalmente se deshacían de los muertos enterrándolos. En la zona septentrional de las Llanuras, el muerto era envuelto y colocado en andamios junto con ofertas funerarias, una práctica derivada, quizás, de atar el envoltorio de restos del muerto en la copa de un árbol, como era antiguamente la costumbre en partes de los Grandes Lagos occidentales. En algunas de las tribus de aldea, cuando los andamios se destruían, las calaveras se recuperarían y se colocarían con otras en un lugar designado fuera de la aldea para su visita periódica, recordando remotamente las prácticas de reenterramiento masivo de algunos de los iroqueses del noreste y los osarios de algunos grupos del Sureste.

La Gran Cuenca

Hacia el oeste, cruzando las Montañas Rocosas desde el área cultural de las Llanuras, con su colorido y vigoroso modo de vida que proporcionó los estereotipos románticos de los indios americanos, se extiende el área cultural de la Gran Cuenca, con la más simple y quizás menos atractiva para los euroamericanos de todas las culturas nativas de Norteamérica. El área de la Gran Cuenca cubre esencialmente los estados actuales de Nevada y Utah, y las partes adyacentes de los estados circundantes. El nivel de organización sociopolítica era tan flexible que la enumeración de las «tribus» del área es difícilmente garantizable. Más bien son la lengua y el dialecto quienes definen las unidades máximas de la región, estado en su mayor parte estrechamente relacionados. Con la excepción del washo, una lengua hokana del margen occidental del área, todas las demás pertenecen a la rama numic de la extensa familia utoazteca, que incluye el mono, ute, gosiute, bannock, lemhi, shoshoni y paiute, siendo los dos últimos los más extendidos y divididos en distintos segmentos geográficos. Además de los comanches que se trasladaron de esta área al sur de las Llanuras, quizás a comienzos del siglo XVII, y adoptaron su tipo de cultura, ya en el

siglo XIX los grupos del margen oriental de la Gran Cuenca, como los utes, se habían convertido en indios a caballo y estaban influidos por la cultura material y las ceremonias religiosas del área de las Llanuras. Por lo demás, las culturas de la Gran Cuenca eran extremadamente simples pero efectivas en su adaptación al entorno más severo del continente.

La Gran Cuenca es una árida meseta delimitada agudamente al oriente y occidente por altas cadenas montañosas. En medio hay menos hileras de montañas. Todos los cursos de agua corren hacia el interior, lo que resulta en numerosos lagos salobres y pantanos, siendo el más famoso de ellos el lago Great Salt. Los veranos son extremadamente calurosos y los inviernos pueden ser muy fríos. A pesar de estas duras condiciones, hubo suficiente flora silvestre y caza para mantener la ocupación humana durante miles de años, aunque era una población muy escasa y dispersa. Las culturas características de la Gran Cuenca en el presente etnográfico muestran algunas de las mayores continuidades con el Arcaico del pasado arqueológico de todas las áreas culturales.

Las gentes de esta área cultural sobrevivían, como habían hecho sus antepasados durante milenios, mediante el uso de una escala muy amplia de alimentos silvestres. Se usaban como sustento más de 75 especies de plantas, especialmente semillas. Se utilizaban virtualmente todas las formas de vida animal, incluyendo insectos, huevos de mosca (que se acumulaban en las superficies de los lagos en ciertas épocas del año), serpientes y peces (cuando se disponía de ellos), así como conejos, venados y antílopes. Sin embargo, los coyotes, aunque bastante comunes en el área, no eran cazados, presumiblemente debido a su gran importancia en la tradición religiosa del área. Las semillas se recolectaban con batidores de cestería, los frutos secos —especialmente las piñas de pino— con palos ganchudos, y las raíces y tubérculos con palos cavadores. Los resultados de estos esfuerzos eran generalmente molidos en una clase de harina, con la ayuda de piedras de moler, y se hacía una especie de papilla o pan, lo mismo que con algunos de los alimentos animales más pequeños.

La caza de piezas grandes era mediante arco y flechas. Los antílopes eran reunidos en corrales de arbustos, a veces con la ayuda de un chamán, que supuestamente poseía poderes para hechizarlos y atraerlos al recinto. Los conejos eran dirigidos hacia cercados de red hechos con

fibras vegetales retorcidas, que a veces tenían cientos de metros de largura, y los animales eran muertos a golpes con palos arrojadizos curvados. Los peces se cobraban mediante varias trampas y empalizadas, pero no eran secados ni ahumados. Tan importante como las pocas herramientas que las gentes de la Gran Cuenca tenían para ganarse su subsistencia, era su íntimo conocimiento de las plantas y animales. No toda la flora y la fauna seguía un ciclo anual estricto de desarrollo y abundancia, sino que variaba de acuerdo con ciclos de más larga duración y las fluctuaciones anuales de las condiciones climáticas. Las gentes de esta área eran muy nómadas, aunque si los recursos eran abundantes, podían permanecer acampados en el mismo lugar varias semanas seguidas.

Estas gentes confeccionaban una excelente cestería, tanto por el método de torcido como por el de enrollado. Especialmente importantes eran las cestas para carga con correas para llevarlas, las botellas para agua de cestería embreada, una variedad de formas de recipientes para recolectar el alimento y procesarlo, y las cestas impermeables que podían usarse para cocinar líquidos mediante el método de la piedra-hirviente, es decir, echando piedras calentadas en un recipiente lleno de agua con trozos de carne y vegetales. (Como se indicó en el capítulo II, la piedra de hervir es una técnica conocida por los pueblos cazadores y recolectores de todo el mundo y se utilizaba en otras áreas culturales de Norteamérica también, por ejemplo por los indios de las Llanuras, que usaban un estómago de bisonte sostenido sobre un trípode como recipiente.) En algunos grupos de la Gran Cuenca, las mujeres llevaban sombreros de cestería. Las cunas se hacían sobre una estructura de cestería en vez de sobre tablillas de madera, como las típicas de las áreas culturales orientales, y se cargaban sobre la espalda de la madre.

Los tipos de vivienda eran bastante simples. Cuando se disponía de ellos, se utilizaban las cavernas y los refugios de roca como campamentos temporales. En las zonas abiertas, los campamentos eran hechos a veces con sólo simples rompevientos de arbustos y esteras. Unas casas algo más elaboradas, llamadas wickiups, eran pequeñas construcciones cónicas en forma de bóveda con estructura de sauce u otras varas flexibles, cubierta con hierba o juncos. Para el invierno se construían casas semisubterráneas, con una superestructura similar a la del wickiup en algunas áreas. La necesidad de frecuentes movimientos de

forrajeo impidieron el desarrollo de formas de alojamiento más permanentes.

También la ropa era simple. Para el hombre era básico el taparrabos; para la mujer era un par de mandiles, delante y detrás, de fibra tejida o piel. En algunas áreas, se llevaban camisas y trajes de ante estilo poncho, pero probablemente reflejan influencia de las Llanuras. Aunque a menudo iban descalzos, las gentes de la Gran Cuenca también hacían mocasines de ante, tanto en la variedad de suela dura como blanda, como es característico del área de las Llanuras. Al menos en los primeros tiempos, algunas gentes de la Cuenca hacían sandalias de fibras vegetales tejidas. La prenda de vestir más característica y ubicua de las gentes de esta área cultural, llevada por hombres y mujeres, era una amplia túnica o manto hecho con largas tiras de piel de conejo retorcidas y tejidas juntas a mano con cuerdas de fibras vegetales. Aunque tales mantas se hacen en otros sitios en el oeste norteamericano, en ninguno de ellos eran tan importantes como en la Gran Cuenca.

Tan fundamentales para la supervivencia como la cultura material de la Gran Cuenca, eran las simples pero efectivas formas de organización social del área. No existían clanes ni otros grupos familiares mayores, no existiendo en la mayoría de las zonas ni siquiera bandas permanentes. Estaba prohibido el matrimonio entre personas con un abuelo o, en algunas áreas, incluso un bisabuelo común. La unidad básica era un hombre y su mujer, o mujeres, los hijos y quizás algún pariente. Tales unidades tenían que ser autosuficientes. Aunque existía una división laboral debida al sexo, por ejemplo, los hombres eran los cazadores del antílope, había una fuerte interdependencia desde el punto de vista económico entre los sexos. Sólo dividiéndose en pequeños grupos la mayor parte del año podían las gentes de la Gran Cuenca sobrevivir. Incluso cuando varias de tales unidades acampaban juntas, como por ejemplo cuando las piñas de pino maduraban en el otoño, cada familia actuaba generalmente como una unidad independiente. Sólo se formaban temporalmente grupos sociales mayores que actuaban en coordinación para la caza comunal del antílope o, más especialmente, para las cacerías de conejos bajo la dirección de un hombre con conocimientos particulares, al que llamaban «amo de los conejos», para coordinar el lugar de las redes y su conducción. También se reunirían grupos mayores para las danzas, que tenían principalmente un carácter social. De forma temporal, surgían líderes por la

fortaleza de sus características personales, cuando varios grupos acampaban juntos. Tales «jefes» se volvieron más importantes en el trato con los blancos.

Las gentes de la Gran Cuenca estaban entre las menos guerreras de Norteamérica. Cuando surgían conflictos, eran usualmente por acusaciones de brujería entre los grupos. Estas gentes mantenían bastante fuertes creencias en la brujería y hechicería, y atribuían casi todas las muertes a estas causas. Se creía que los chamanes obtenían sus poderes a través de un espíritu guardián y podían volver sus poderes para dañar tanto como para curar, especialmente fuera de su propio grupo. Tanto mujeres como hombres podían convertirse en chamanes, que conseguían ser influyentes mediante el miedo a sus poderes, cuando varios grupos acampaban juntos.

El ceremonialismo estaba muy poco desarrollado, no obstante la adopción de la Danza del Sol por algunos de los grupos más orientales en el periodo histórico. La típica danza circular era a veces realizada en un recinto de arbustos; los hombres y las mujeres danzaban juntos. Mientras algunas danzas pueden ser identificadas con alguna función sobrenatural particular o elemento de la naturaleza, por ejemplo, la Danza del Oso ute, la forma coreográfica era muy parecida para todas. Las gentes de esta área tenían simples sonajas y tambores tipo pandereta y, aunque no es único de ellos, el rascado musical con un resonador de cesta invertida es fuertemente identificado con el área. El matrimonio era acompañado de poco ritual, al igual que en muchas otras áreas culturales. La menstruación, especialmente la primera, era la ocasión para una variedad de dietas y otras restricciones y segregación de la muchacha en una tienda separada a cierta distancia del resto del campamento. Tal segregación de las mujeres menstruantes era practicada ampliamente en la Norteamérica nativa y estaba quizás más elaborada en el lejano oeste y en el Subártico. Las gentes de la Gran Cuenca compartían también con las gentes atabascanas del Subártico y sus congéneres del Suroeste la aversión al contacto con la muerte (aunque no tan extrema como en los atabascanos). Las casas y las demás posesiones del fallecido eran quemadas en muchos grupos. Algunos cremaban y otros enterraban al muerto. Se usaban baños de sudor para purificar a las personas que habían tenido contacto con el muerto, y también para otros fines rituales, pero no tenían la elaborada ceremo-

nia asociada con ellos que se encuentra, por ejemplo, en el área de las Llanuras.

Las gentes de la Gran Cuenca compartían con otras áreas culturales la noción general de un espíritu guardián. Al contrario de las áreas de las Llanuras y el Noreste, sin embargo, en la Gran Cuenca los individuos no iban generalmente a propósito a la búsqueda de un espíritu guardián. Más bien la protección de un espíritu mentor era otorgada pasivamente al individuo en sueños. Sin embargo, los chamanes recibían llamadas especiales de poder espiritual, asociado en cierto grado con los osos, y tenían una variedad de trucos, canciones y poderes (especialmente para curar) otorgados por el espíritu ayudante. Las ideas cosmológicas no estaban muy desarrolladas, según las fuentes; la literatura oral y sagrada, aunque bien desarrollada, frecuentemente tenía la naturaleza de una serie de cuentos narrados como diversión, más que una mitología integrada filosóficamente, como la encontrada en muchas otras áreas culturales. Tal simplicidad es lógica, dada la simple estructura social y la correspondiente carencia de desarrollo ceremonial y especialistas rituales. Generalmente, muchas gentes de la Gran Cuenca concebían al Lobo como el creador y, probablemente más importante, había muchas historias de su pariente el Coyote, un bribón cuyas hazañas mitológicas explican la transformación del mundo en su forma actual, ocupando así la misma función que los antropomorfos bribones-héroes culturales de otras áreas culturales.

Debe enfatizarse que fue la extrema simplicidad de las culturas de la Gran Cuenca la que las permitió sobrevivir tanto tiempo con un relativamente pequeño cambio en la tecnología, en un entorno que presentaba tan baja capacidad para mantener humanos.

La Meseta

Extendiéndose al norte de la Gran Cuenca, entre las Montañas Rocosas y la Cordillera de la Cascada, hasta los bosques de coníferas del Subártico canadiense, está el área cultural de la Meseta. Cubre el sistema de drenaje del río Columbia del centro y noreste de Oregón, el oeste de Washington, la mayor parte de Idaho y el drenaje del río Thompson de Columbia Británica. Al igual que las gentes de la Gran Cuenca, los indios de la Meseta generalmente no formaban tribus cla-

ramente demarcadas en un sentido político, aunque tales unidades se formalizaron en respuesta a las negociaciones con el gobierno de los Estados Unidos. Las unidades étnicas se definen más apropiadamente como agrupaciones de grupos locales independientes, que comparten una aldea de invierno común, dentro de un territorio definido, hablan una misma lengua e interactúan entre ellos a través de matrimonios cruzados y la participación en las ceremonias y actividades sociales de cada uno. Con esta definición, las principales tribus históricas de la parte norteamericana del área de la Meseta podrían ser listadas incluyendo a los klamath, los molalas, los umatillas, los yakimas, los klikitat, los wallawallas, los cayuses, los teninos y los nez perce de la familia lingüística sahaptiana; los cabeza plana, los cour d'Alene, los spokan, los kalispel, los sanpoil, los nespelem y los wenatchis de la familia salish; los wishram de la familia chinookana; y, aunque principalmente en Canadá, los kutenais, que hablan una lengua no relacionada, que algunos estudiosos vincularían con la familia lingüística algonquina.

La Meseta posee ciertas características medioambientales comunes con la Gran Cuenca, especialmente en el sur, en ser un semidesierto bastante árido, pero generalmente no tanto como aquélla, ya que existen más regiones con abundante agua y árboles dentro de esta área que en la Gran Cuenca. A pesar de su situación septentrional, las Rocosas proporcionan protección contra los vientos árticos, dando al área un clima bastante templado. Gran parte de la zona se distingue de la Gran Cuenca en sus recursos naturales, por la disponibilidad de salmón, que asciende por los ríos de la Meseta en gran número para el desove de primavera. En otros aspectos, también, esta área era un medio ambiente más favorable que el de la Cuenca. A pesar de ello, sus gentes, como las de la Gran Cuenca, dependían fuertemente de las plantas silvestres comestibles. Sin embargo, en esta región las raíces y los bulbos, especialmente los *camas (Quamasia sp.)* eran los fundamentales, mientras en la Gran Cuenca lo eran las plantas con semilla. Las gentes de la Meseta también utilizaban una gama de otras plantas, peces y caza (venado, antílope, conejo) como alimento. Generalmente, la caza y la pesca eran actividades masculinas, mientras que la búsqueda de tubérculos la efectuaban las mujeres. Tanto el pescado como los tubérculos eran altamente estacionales, preservándose ambos mediante el secado y a veces el ahumado.

Los peces se cobraban mediante empalizadas y trampas, y por lanzado, construyéndose canales y plataformas preparados artificialmente al lado de los márgenes de los cursos de agua mayores para lancear a los peces. Los bulbos se sacaban con el palo cavador. En su cestería y ropa, las gentes del área de la Meseta generalmente recuerdan a los de la Gran Cuenca. Sin embargo, en virtud de su situación junto al principal curso de agua entre el Pacífico y el interior, estas gentes formaban parte a menudo de unas redes de comercio mayores y mostraban fuertes influencias de las áreas culturales circundantes. Por ejemplo, los grupos de la parte oriental del área, como los nez perce, estaban fuertemente influidos por la cultura del caballo de las Llanuras y periódicamente iban a esa zona a cazar búfalos. Pero, a pesar de su estilo de la Llanura en la ropa y los tipis, las mujeres nez perce todavía usaban las gorras de cestería características de la Meseta y otras áreas culturales occidentales pasadas las Montañas Rocosas. De hecho, los grupos orientales de la Meseta adquirieron los caballos en tiempos bastante tempranos y consiguieron fama como criadores de ellos. Los nez perce y sus vecinos desarrollaron la raza manchada Appaloosa y el nombre de una de las tribus de la Meseta, la cayuse, se ha convertido casi en sinónimo de los poneys indios. A la inversa, en el lado occidental del área cultural, grupos tales como los klamath mostraban la influencia del área cultural de la Costa noroeste (que se explicará a continuación) con su fuerte énfasis en la acumulación de riqueza, rango e instituciones como la esclavitud. Algunos de estos grupos participaban en el comercio de esclavos nativos de la costa del Pacífico.

Aunque compartían mucho de su tecnología con la Gran Cuenca, varias gentes de la Meseta hacían canoas vaciadas; producían apreciados arcos compuestos y reforzados con tendones; tenían un complejo de herramientas y técnicas bien desarrollado, asociado con la cosecha y la preservación de los productos de pescado; y construían tipos de casas más substanciales. La vivienda típica de invierno era una casa foso hecha excavando un agujero poco profundo en el suelo de aproximadamente un metro o metro y medio, alrededor del cual se levantaba una estructura de postes y vigas de madera, cubierta con esteras y juncos, y luego con tierra. Al contrario que las cabañas de tierra de las Llanuras y el Sureste, a las que se entraba por una baja extensión lateral cubierta, a éstas de la Meseta se entraba a través de una escalera por el tejado. Las casas foso se construían de diferentes tamaños, algu-

nas no mayores que lo necesario para acomodar a una única familia nuclear, y otras albergaban a una docena de personas o más. Las gentes de la Meseta también construían distintas casas de verano cubiertas de esteras, incluyendo en algunas tribus un tipo de casa larga de extremos redondeados y techo de dos aguas. Los tipos de vivienda cubiertos de esteras se usaban cuando la aldea de invierno mayor se dispersaba en pequeños grupos durante los meses más cálidos para pescar y recolectar plantas comestibles.

Generalmente, las gentes de la Meseta estaban organizadas políticamente alrededor de las aldeas de invierno como punto focal. Unas 400 personas debían de vivir en una sola aldea de invierno de varias casas. Aunque no había clanes ni otros grandes grupos de parentesco y generalmente la descendencia se trazaba igualmente a través del lado masculino y femenino, había cierta tendencia hacia la preferencia de la línea masculina. Por ejemplo, una nueva pareja usualmente establecería su residencia en la aldea de invierno del marido (y el matrimonio interaldeas era probablemente la norma para la mayoría de los grupos). En estos grupos de aldea, un cabecilla local o «jefe», en virtud de su carácter personal y habilidades, mediaba en las disputas y se ocupaba de los asuntos de bienestar del grupo en su conjunto. Algunas aldeas tenían consejos formales de hombres y mujeres para tomar las decisiones. Eran independientes y autónomas, pero los individuos y las familias podían bastante fácilmente cambiar su afiliación a ellas. Aunque debieron de haber conflictos armados entre ellas, principalmente por acusaciones de muertes causadas por hechicería, por lo menos las gentes del núcleo de esta área eran notablemente pacíficas. Las de los márgenes occidental y oriental, en parte como resultado de las influencias de la Costa noroeste y las Llanuras respectivamente, mostraban más tendencias hacia las incursiones y la guerra, incluyendo la toma de cabelleras y (en el caso de los klamath) la representación de una danza de la cabellera.

El ritual y la ceremonia variaban considerablemente en esta región. Sin embargo, eran ampliamente compartidos los rituales conectados con la pubertad femenina y la menstruación, similares a muchos otros grupos occidentales, que incluían la reclusión en una choza menstrual, restricción en la dieta y el trabajo, y el uso de un especial palo rascador para que las mujeres menstruantes no tuvieran que tocar sus cuerpos, particularmente la cabeza. Muchos grupos practicaban el

rito de los primeros frutos, en honor de la primera cosecha de raíces en la primavera, y el primer rito del salmón para celebrar de forma similar el principio de la captura de este pez. Para estas ceremonias había especialistas rituales, en particular para el salmón, que debían de ser elegidos por el jefe local para dirigir las ceremonias. Sin embargo, la más importante época ceremonial era en invierno, cuando las familias estaban reunidas en las aldeas. Para algunos grupos era la ocasión de las llamadas Danzas del Espíritu, en las que los individuos cantarían canciones dadas por los espíritus guardianes, a veces después de que la persona hubiera caído en una especie de estado de trance, y danzaban vigorosamente durante un periodo de varios días bajo la dirección de un chamán, junto con muchos banquetes y reuniones sociales. Las diferentes aldeas eran anfitrionas de las Danzas del Espíritu por turnos. Entre otras gentes de la Meseta, que carecían del complejo de la Danza del Espíritu, el invierno sería el tiempo para que los chamanes demostraran sus poderes mediante juegos de manos, el canto de sus canciones y otros medios de afirmar su superioridad sobre los rivales, particularmente de otras aldeas.

Se creía que los chamanes adquirían sus poderes de cura, control del clima, etc., a través del contacto directo con los espíritus en sueños y visiones, dentro de los cuales se les otorgaba canciones de poder. Puede que los baños de sudor formaran parte del procedimiento para ganar el favor de los espíritus. Aparte de los chamanes, otros, tanto hombres como mujeres, en esta área cultural buscaban a propósito espíritus guardianes, a través de solitarias vigilias fuera de la aldea, siguiendo un periodo de instrucción de una persona mayor, que tenía el tipo de espíritu protector que se deseaba. Una persona no estaba necesariamente limitada a un único espíritu guardián, sino que podía tener varios, cada uno de los cuales otorgaba un diferente don, por ejemplo, poder sobre el salmón, poder sobre el venado, poder sobre el juego (como las gentes de la Gran Cuenca, los de la Meseta tenían numerosos juegos, especialmente los de adivinar, en los que se esconde un objeto en una mano determinada o bajo uno de una serie de escondites). Aunque las formas específicas variaban de un grupo a otro, el chamanismo y la idea general del espíritu guardián estaban bien desarrollados y estrechamente entretejidos con el ceremonialismo comunitario.

California

El estado actual de California es a menudo tratado como si constituyera un área cultural nativa en sí mismo. Aunque es cierto que existen ciertos rasgos que vinculan a la mayor parte del estado, también hay subregiones claramente reconocidas dentro del área. El margen oriental de California, junto a la Sierra Nevada, pertenece propiamente al área de la Gran Cuenca e incluye al menos parte de los territorios de grupos tales como los washos, los paiutes del norte y los monos. En el extremo nororiental de California, están grupos como los modoc, que tienen mucho en común con las gentes vecinas klamath del área cultural de la Meseta, incluyendo algunos elementos de la cultura, por ejemplo en la ropa, que muestra la influencia del área cultural de las Llanuras vía la Meseta. En extremo noroccidental, junto a la costa pacífica, se encuentran los hupas, los wiyot, los yurok, los karok y otros, que muestran influencias del área cultural de la Costa noroeste; algunos etnólogos incluyen a estos grupos de la parte más noroeste de California en el área cultural de la Costa noroeste; otros los contemplan como tipos básicamente californianos, con una capa de esta otra área cultural.

En el extremo suroriental de California, junto al río Colorado que hace frontera con Arizona, están las tribus (y el término se usa aquí a propósito) yuma, mohave, chemehuevi y halchidoma, que eran agricultores de las llanuras aluviales y en otros sentidos muestran influencias del Suroeste, área cultural que cae fuera de la estructura de este libro. Al oeste de estas tribus hacia el Pacífico, estaban grupos tales como los serranos y los cahuillas, que eran cazadores y recolectores del desierto, muy semejantes a los de la Gran Cuenca (de hecho, algunos autores los incluyen con esta última en el área cultural del Desierto). Más próximos a la costa, hay un número de gentes cuyas culturas nativas son pobremente conocidas debido a que fueron totalmente cambiados por el sistema de misión español, establecido aquí en el siglo XVIII. Los sobrevivientes de estos grupos, «los indios de misión», son conocidos por los nombres derivados de la misión bajo cuya dominación vivieron, de aquí diegueños de San Diego, luiseños de San Luis Reyes y así sucesivamente. Al norte de estas gentes, había una serie de grupos costeros que se extendían hasta la Bahía de San Francisco, tales como los esselen y los costanoanos, que fueron tan desorganizados y

dispersados tan rápidamente desde los contactos permanentes con los extranjeros (los españoles en el siglo XVIII), que sus modos de vida son muy pobremente comprendidos. Los chumash, quizás los mejor conocidos de estos grupos, ocupaban la costa californiana de Santa Bárbara y las islas de enfrente. Hacían canoas de tabla, calafateadas con brea, y eran gentes marítimas, que cazaban mamíferos de mar y pescaban en el océano, así como también usaban los recursos terrestres. El modo de vida chumash ha sugerido a algunos etnólogos la posibilidad de la influencia directa de la Costa noroeste o incluso de Polinesia.

El resto de California, que constituye aproximadamente dos tercios del estado e incluye las regiones central interior y norcentral, es el territorio mejor definido como característico de esta área cultural. Los grupos históricos de indios americanos de esta región incluían a los wintun, los pomos, los yanas, los maidus y los miwok costeros en el norte, y los miwok y yokut en el interior central. California como conjunto y el área más limitada que define esta cultura manifiesta una extrema diversidad lingüística, que indica la residencia de larga duración y la estabilidad de la región.

A pesar de ser un área de caza y recolección, y carecer generalmente de los ricos recursos marinos que promovieron modos de vida sedentaria en la Costa noroeste, las gentes nativas del área cultural de California tendían a estar altamente localizadas y a no mucha distancia de sus actividades de subsistencia, lo que puede ser atribuido a la riqueza del entorno en recursos naturales. La abundancia del área era tan grande que mantenía a una de las mayores y más densas poblaciones aborígenes de Norteamérica, estimada al tiempo del contacto en 250.000 a 300.000 personas. (Algunos autores declaraban que California era la más populosa de todas las áreas culturales, incluidas las agrícolas del Este; sin embargo, recientes estudios sugieren que el Sureste aborigen estaba mucho más poblado que lo que se pensaba previamente. Aunque altamente controvertida, una estimación sólo de los timucuas es de alrededor de ¡700.000 personas!).

El recurso principal de California eran las bellotas, que constituían el alimento de las gentes nativas por toda el área cultural y la mayor parte del estado actual. Varias especies de robles producían grandes cosechas en el otoño, especialmente en el centro y norte del interior. Algunos grupos que vivían fuera del ámbito de los robles harían viajes para recoger las bellotas, y los pueblos costeros comerciarían

con los del interior para conseguir su harina. Para la mayoría de los grupos, la cosecha de bellotas por sí misma promovió el desarrollo de aldeas permanentes. Estas bellotas eran peladas y molidas en harina mediante una mano y una piedra de moler a la que se unía con brea una cesta sin fondo. Para hacer las bellotas agradables al paladar, debía quitarse el ácido tánico, lo que se lograba extendiendo la harina en camas de arena limpia y derramando repetidamente agua caliente sobre ella para disolver la amarga sustancia química. Generalmente las bellotas se almacenaban en grandes cestas destinadas a este uso.

Además de las bellotas, había muchas otras plantas comestibles, utilizadas por los indios de California. También había gran abundancia de caza, que incluía conejos, venados, antílope, alce y otros. Generalmente no se cazaban osos, especialmente grises, ni coyotes, debido a su asociación religiosa. Los ríos y las aguas costeras proporcionaban muchas clases de pescado, moluscos, cangrejos y otras plantas comestibles y animales. Además, había numerosos insectos y otros alimentos animales disponibles. Finalmente, California está situada en la ruta de vuelo pacífica, por lo que había en la zona millones de aves acuáticas en un tiempo del año u otro. Resumiendo, existía gran abundancia de comida silvestre durante todo el año, tanto como durante el periodo de actividad económica más intensa, la cosecha otoñal de bellotas.

La tecnología de las gentes de esta área cultural incluía arcos reforzados con tendones, en algunas áreas, y arcos simples en otras, una variedad de clases de equipo de pesca y canoas vaciadas en el norte (así como los botes chumash mencionados antes en el sur). Dado el clima templado, la ropa de uso diario era simple. Se ha registrado que en algunos grupos los hombres iban completamente desnudos en el buen tiempo. Más comunes eran los taparrabos de venado para los hombres y mandiles delanteros y traseros de fibra de corteza o toneletes de piel de venado para las mujeres. Se hacía un mocasín de una pieza en ante, pero muchos iban descalzos la mayor parte del tiempo. Durante el tiempo frío, se añadirían capas de piel y cuero. En el norte, las mujeres llevaban gorras de cestería; como en otras áreas, como la Meseta, estas gorras proporcionaban un almohadillamiento para la banda del *tumpline*[9] que cruzaba la frente cuando llevaban cargas, pero

[9] *Tumpline* o mecapal, palabra algonquina que designa una amplia faja pasada por la frente y los hombros para llevar una carga en la espalda *(N. del T.)*.

éstos son usados en otras áreas, por ejemplo el Noreste, sin tales gorras. Para ocasiones ceremoniales, los indios de California tenían una variedad de formas adorno corporal fantástico y trajes hechos de plumas, fibras vegetales, ante, conchas, dientes de animales y otros materiales.

Estos indios llevaron la cestería a su más alto desarrollo quizás en el mundo entero. Los pomos son considerados generalmente como los mejores cesteros. Estas cestas hechas en California cubrían una amplia gama de tipos, desde las utilitarias esteras y las trampas para peces hasta las diminutas cestas ceremoniales decoradas con moños de codorniz, otras plumas y cuentas de concha. Irónicamente, algunas de las más finas cestas eran hechas para ser quemadas como parte de los rituales funerarios. Era habitual el uso de cestas impermeables para cocinar por el método de la piedra de hervir. Para la confección de la cestería, se usaba tanto el método de torcido como el de enrollado. Relacionado con estas técnicas, es el modo en que se ataban juncos para hacer unas embarcaciones poco profundas, usadas por algunos de los grupos habitantes de los lagos.

Los tipos de casa variaban considerablemente. Los del extremo noroeste construían casas cuadradas de tablas de secoya, similares a las de las gentes de la Costa noroeste. De uso común eran las estructuras en forma de bóveda cubiertas de paja, y las de tipo tipi construidas alrededor de un poste central y cubiertas con corteza o paja. Las cabañas semisubterráneas con entradas de túnel semejantes a las de la Pradera o el Sureste se construían para los baños de sudor de la aldea o para fines ceremoniales.

La aldea era el punto focal de la organización política. En algunas áreas, una de ellas dominaría los asentamientos más pequeños exteriores para formar las llamadas *tribelets* en la etnología norteamericana. Cada aldea o tribelet tenía su propio jefe, que tendía a ser hereditario, aunque ostentaba escaso poder, gobernando más bien por persuasión y diplomacia, y que representaba a la comunidad ante los foráneos. Más allá de la familia nuclear, las sociedades indias californianas estaban a menudo organizadas en grupos de descendencia patrilineal bastante superficiales. Algunos de los californianos centrales se dividían en mitades tribales, que eran usualmente exógamas y tenían funciones ceremoniales recíprocas, por ejemplo, en el tratamiento de los muertos. Curiosamente, en el noroeste de California, existía escasa organización

formal más allá del inmediato nivel de la familia, aunque había comunidades geográficas. En esta misma subárea, influidos por las ideas de riqueza personal procedentes del área cultural de la Costa noroeste, existía un elaborado sistema de dinero especial, hecho de sartas de conchas de dentalium, que se usaba para arreglar disputas, pagar daños por insultos y en la concertación de matrimonios como precio de la novia. Este sistema monetario resultaba en la precisa evaluación de los individuos, de tal modo que, por ejemplo, el dinero por sangre a pagarse a la familia del muerto por la familia del asesino, para evitar la disputa, se basaba en cuánto dinero de concha había sido pagado por la madre de la víctima cuando se casó. Fuera de la cornisa noroeste de California, el dinero de cuentas de conchas de almeja tenía las mismas funciones que el dinero de dentalium.

La guerra no era común en esta área cultural. Cuando tenían lugar conflictos armados, eran breves y la mayoría de las veces consecuencia de las acusaciones de brujería mortal entre diferentes grupos, resultando en pocas muertes. A pesar de ello, algunos de los grupos seguían las prácticas de arrancar las cabelleras y tenían danzas de cabellera y victoria. La naturaleza pacífica de los indios de California era probablemente en no pequeña parte consecuencia de la abundancia de recursos durante el transcurso del año, aunque sin excedentes considerables en ningún momento. Probablemente, los sistemas institucionalizados de compensación en dinero de concha por varias ofensas interpersonales también mitigaba las hostilidades entre grupos.

La vida ceremonial era considerablemente más elaborada que la de sus áreas vecinas de la Meseta y la Gran Cuenca. California comparte con estas otras áreas el énfasis en la pubertad femenina como punto focal del ritual. Se practicaba la segregación menstrual. Estudios recientes de los datos etnográficos indican que para algunos grupos como los yurok [10], la separación de las mujeres del resto durante la menstruación puede no haber sido particularmente odioso; más bien, ya que a menudo varias estarían menstruando al mismo tiempo, dos o más mujeres serían aisladas juntas, fomentando así la solidaridad femenina. Quizás más importante sea que el periodo de aislamiento

[10] T. Buckley, «Menstruation and the Power of Yurok Women: Methodology in Cultural Reconstruction», en *American Ethnologist*, 9 (1982), pp. 47-60.

menstrual daba a las mujeres tiempo para reflexionar y hacerse más abiertas a la comunicación con los poderes espirituales.

Aunque la idea de un espíritu guardián estaba presente en la California nativa, no era tan fundamental para las actividades religiosas como en algunas otras áreas. Los chamanes recibían sus poderes de los espíritus protectores a través de sueños y visiones. Curaban por el método de succión tan extendido entre los chamanes de Norteamérica. Había varios tipos de chamanes, incluyendo el que se creía que podía transformarse en un oso y/o desplazarse con una extraordinaria rapidez para proteger a su propia aldea cuando estaba rezando en las vecinas.

Además de los rituales y, a veces, bailes asociados con la pubertad femenina, las ceremonias de muerte y conmemoración eran bastante elaboradas en muchos grupos, especialmente en el sur. La cremación era practicada ampliamente e incluía la destrucción de la propiedad y los presentes de los afligidos, como las cestas finas. Los muchachos eran iniciados en las sociedades secretas para hombres de la aldea. En el sur, estas ceremonias y otras conllevaban la ingestión de hierba *jimson (Datura stramonium)* que actúa como un emético y alucinógeno. En la región norcentral, se iniciaba a los muchachos al extendido culto Kuksu, que supone la imitación de varios seres sobrenaturales, trajes elaborados, danzas y ceremonias efectuadas en la cabaña de tierra, que duran varios días. Algunos estudiosos han sugerido posibles influencias del Suroeste en estas ceremonias de imitación de espíritus, aterrorizando a las mujeres y niños. Las gentes de la parte noroccidental del estado mantenían espectaculares ceremonias públicas, en las que se ostentaría la riqueza de la familia en piel de venado albino, reliquias de hojas de obsidiana y cabelleras de pito, y se recitarían los orígenes míticos de las danzas y las ceremonias. Como puede inferirse del culto Kuksu, los indios del área de California poseían conceptos bien desarrollados sobre los seres sobrenaturales. La relación exacta entre rituales y creencias, sin embargo, no está siempre clara. Las mitologías y cosmologías de las tribus de esta área eran a menudo muy elaboradas y complejas y, como en numerosas otras áreas culturales, aquí también el coyote es frecuentemente el bribón-héroe cultural de la mitología.

Algunas partes de California contactaron brevemente con los europeos ya en el siglo XVI, pero el contacto continuado no empezó hasta el siglo XVIII, transformando rápida y radicalmente las sociedades nativas donde las misiones se establecieron a lo largo de la región del

litoral meridional, y dejando escasa información del presente etnográfico de esa área. Todavía algunas partes de California central permanecieron relativamente como estaban hasta cerca de la última mitad del siglo xx, y aunque fueron devastadas una vez que comenzaron los asentamientos blancos, su transformación fue lo suficientemente reciente para que los antropólogos de comienzos del siglo xix pudieran elaborar algunas de las descripciones más detalladas y sistemáticas del presente etnográfico de toda Norteamérica. Y fue aquí donde vivió el último indio conocido como de la «Edad de Piedra» de Norteamérica. Era un hombre llamado Ishi, un yahi. Los sobrevivientes de su aldea tribal, después de un ataque de los blancos décadas antes, habían vivido según los métodos de sus antepasados, aunque algo más furtivamente, en las montañas y colinas al margen de la sociedad blanca, sin ser detectados hasta que todos menos Ishi habían muerto. Él decidió arriesgar su vida entre los blancos y vagar en un corral de ganado cerca de Oroville, California, a comienzos de la mañana del 29 de agosto de 1911 [11].

La Costa noroeste

De todas las áreas culturales de Norteamérica, ésta es la más distintiva, con sus complejas sociedades sedentarias de elaboradas tradiciones artísticas, monumentos permanentes y arquitectura en madera a gran escala, sistemas de escala social y desigualdad, esclavitud y auténtica guerra. Todos éstos son elementos culturales que usualmente sólo se encuentran en sociedades con una base agrícola u hortícola muy intensiva, como las del área cultural del Sureste, pero existen en la costa Noreste sin agricultura u horticultura. Quizás debiera añadirse que tampoco hay influencias aparentes de las civilizaciones nativas de Mesoamérica, que tanto afectaron a las complejas culturas del Sureste y Suroeste. En la Costa noroeste, las mayores influencias externas, si existe alguna, deben haber procedido de las civilizaciones orientales de China y Japón, y quizás de Polinesia, en tiempos prehistóricos, según

[11] La vida de Ishi es contada de manera delicada en T. Kroeber, *Ishi in Two Worlds*, Berkeley, University of California Press, 1961.

ciertas autoridades. Las complejas sociedades y culturas no agrícolas de la Costa noroeste fueron posibles por el entorno costero extraordinariamente rico.

Geográficamente, esta área se extiende desde el sureste de la actual Alaska, junto con las islas y el litoral costero de la masa continental, a través de las islas y fiordos de Columbia Británica canadiense, cruzando Puget Sound de la parte más noroeste del estado de Washington, y siguiendo hacia abajo por el litoral de Washington y Oregón hasta la cornisa noroccidental de California. De nuevo, como en otras áreas culturales del oeste norteamericano, las «tribus» en sentido político son a menudo tenues o no existentes, mientras que la comunidad de la aldea local tiene una importancia primordial. Más allá de ella, los vínculos más amplios a través del matrimonio cruzado y la lengua y dialecto comunes sirven para identificar a los grupos étnicos diferentes o «tribus», en el amplio sentido de la palabra. Dentro del área, pueden identificarse al menos tres subáreas, según las diferencias medioambientales y culturales. En el norte están los eyak (ahora virtualmente extinguidos) y los tlingit de Alaska, con los aidas, los tsimishian, los niskas, los gitskan y los haislas de Canadá como una subárea (algunos tsimishian se trasladaron a Alaska en épocas posteriores). Los nootkas, los bella bellas, los bella coolas, los kwakiutl y los heiltsuk de Columbia Británica, y los makah, los quinault, los quileute y quizás un par de otros grupos pequeños del litoral noroccidental del estado de Washington constituyen la subregión central de la Costa noroeste. Cruzando el Golfo de Georgia, en Canadá, y en Puget Sound están los salish costeros, los lummis (no los lumbees de Carolina del Norte), los skagit, los twanas, los klallam, los snuqualimis, los puyallupe y una variedad de otros grupos, que forman la región sur, con los chinook de la desembocadura del río Columbia, y numerosos grupos como los tillamook, los alsea, los coos y los tolowa meridionales hasta las tribus transicionales de California: los karok, los yurok, los hupa y los wiyot.

El conjunto del área cultural está delimitada geográficamente por una estrecha franja de islas y masa continental costera entre el mar y las cordilleras montañosas litorales. De norte a sur, la línea costera cambia de accidentada, con muchas islas y fiordos y montañas que se alzan abruptamente, a otra más suave, con elevaciones más graduales de tierra y ríos. No obstante, toda el área está protegida por las cordilleras costeras de las masas de aire ártico del interior, y templada por

la corriente Japonesa del océano Pacífico, que produce un sorprendente clima templado. pero de fuertes precipitaciones, aunque la parte más septentrional del área tiene inviernos bastante fríos y cargados de nieve. Estas condiciones producen una espesa vegetación y bosques de árboles, especialmente cedro, que proporcionan la materia prima para la característica cultural material de la Costa noroeste.

El recurso de subsistencia fundamental era la pesca. Cinco especies de salmón ascendían a millones los muchos ríos del área para desovar cada año. Además había halibut, bacalao, arenque, eperlano y el *olachen* o «pez candela», así llamado debido a su alto contenido en aceite. Igualmente, había muchos moluscos y crustáceos en las bahías costeras y las ensenadas. Además de los peces, las gentes de la Costa noroeste disponían de una variedad de mamíferos marinos (focas, nutrias, marsopas, ballenas) y animales terrestres (venado, alce, cabra montés, caribú, lobo, oso, visón, castor y otros), aunque no todos se usaban como alimento. La ruta de vuelo pacífica también pasa sobre esta área, atrayendo gran número de aves acuáticas. Finalmente, los bosques proporcionaban bayas, verduras y otras plantas silvestres comestibles para añadir variedad a la dieta de estas gentes. La abundancia del medio ambiente y la periodicidad del recurso principal, el pescado, promovieron tanto la acumulación de excedentes como los asentamientos permanentes, aunque muchas gentes se iban de las aldeas a campamentos de pesca durante los meses más templados.

La tecnología de la Costa noroeste se basaba en la piedra y la madera, aunque también se hacían algunos instrumentos de cobre martillado en frío y hierro meteorítico, y puede que se haya obtenido algo de hierro de Siberia en tiempos prehistóricos. La tecnología era extremadamente variada, con muchas herramientas y aparatos especializados. El cordaje se hacía con la corteza interior del cedro, con las raíces de la pícea y con otras fibras vegetales; el pelo de la cabra montés y el perro eran retorcidos en hilo para tejer. Los peces se atrapaban con muchas clases de trampas, empalizadas, redes, arpones, anzuelos y garfios —algunos de estilos característicos en cada subregión del área. La caza de los mamíferos marinos era una actividad de alto prestigio, convirtiéndose en algunas tribus en casi una especialidad profesional reconocida; las armas para ella eran arpones, lanzas y sedales con flotadores de piel de foca. Aunque sólo los nootkas y sus vecinos cercanos pescaban ballenas, otros grupos utilizaban las que varaban en la costa.

Para cazar a los animales terrestres se utilizaban trampas en las que caían pesos sobre las víctimas, agujeros encubiertos, lazos, redes y picas. Los alimentos se preservaban mediante el ahumado, el secado y una clase de «encurtido», pudriendo el pescado en cajas de madera. El cocinado se hacía por el método de la piedra de hervir en cajas de madera o cestas impermeables, siendo confeccionadas ambas con gran maestría por las gentes de la Costa noroeste.

La madera se trabajaba con martillos de piedra, cuñas de madera o hueso y azuelas terminadas con dientes de castor. También eran importantes para este trabajo el agua caliente y el fuego para moldear y ahuecar. Los artefactos de madera más imponentes de la Costa noroeste eran las casas, los botes y los llamados postes totémicos. Las casas eran de varios estilos en las diferentes subregiones, pero todas estaban hechas de tablas de cedro o secoya (de quita y pon en algunos tipos) sobre postes y estructuras de vigas, a menudo labrados y pintados con los estilizados motivos animales característicos de las culturas del área. Los tejados eran de dos aguas o inclinados; la planta era rectangular; muchas eran construidas con un área central hundida, cavada en el suelo, donde se situaban los fogones. No había chimeneas, así que para dejar salir el humo, se corría con una larga vara una plancha del techo. Las casas eran multifamiliares, con más de 50 residentes a veces en cada una. El «grupo de una casa» era una importante unidad en la organización de los indios de la Costa noroeste.

Había varios estilos regionales de canoas. Todas se hacían cortando y ahuecando un tronco de cedro, que se llenaba con agua calentada mediante piedras ardientes para doblarlo y darle forma de bote y, en las variedades mayores, se hacían por separado las regalas y las piezas de proa y popa, que se unían amarrándolas y pegándolas. Los haidas y nootkas se destacaban por poseer constructores de canoas especialmente diestros, que fabricaban barcas de más de 15 metros de longitud y de 2 a 2 metros y medio de manga, con las que comerciaban ampliamente por toda el área, así como con otros artefactos y materias primas. Las canoas se equipaban con diversas clases de remos, achicadores y cajas de aparejos.

Los famosos postes totémicos se llaman más precisamente postes conmemorativos. Labrados y pintados por profesionales pagados para ello, llevaban las representaciones de animales y otras figuras, cuyos derechos eran poseídos por una familia extensa, clan, grupo de casa, otro

grupo de parentesco o un líder de uno de estos grupos. Tales postes se hacían y erigían para conmemorar a un líder muerto, como un depósito de los restos de un muerto, para designar al dueño de una casa (en algunas tribus se cortaba una entrada a través de la base de un poste erigido en el centro frontal de la casa) y para conmemorar acontecimientos específicos y privilegios. En sentido general, los motivos del poste totémico eran algo semejante a los blasones de la heráldica europea, sirviendo principalmente, en el caso de la Costa noroeste, para celebrar los encuentros de los antepasados con las manifestaciones de los espíritus en forma de animales. «Diseños heráldicos» es, de hecho, una designación adecuada para estos motivos hereditarios.

Otros artículos hechos de madera eran platos ahuecados, cajas hechas de tablas moldeadas mediante tallado y vapor, con los bordes pegados juntos, tambores, sonajas, reposaespaldas, taburetes, cascos, porras, porras ceremoniales especiales llamadas «mataesclavos», mangos de cuchillo, arcos, peines y una clase de armadura de varas o tablillas (que muestra un impactante parecido con la de los antiguos japoneses), picas, máscaras ceremoniales y una variedad de otros aparatos. Se usaba corteza de cedro, raíces de pícea, juncos y otras fibras vegetales para hacer esteras, capas de lluvia, cestas y sombreros. Estos últimos hechos con alas anchas y diseños geométricos o heráldicos tejidos o pintados; algunos tenían una especie de moño alto que indicaba un puesto de liderazgo. En el sur las mujeres llevaban gorras de cestería virtualmente idénticas a las de las áreas culturales de la Meseta y California.

La ropa era la mínima expresión en la mayoría del área: taparrabos (o nada) para el hombre y un par de mandiles para la mujer, hechos de ante o de corteza de cedro en tiras, en el buen tiempo. Los tlingits septentrionales vestían pantalones de ante ajustados y camisas decoradas con púas de puerco espín, trabajadas de forma muy similar a las de sus vecinos atabascanos interiores. Para el tiempo inclemente, había capas de lluvia y varias clases de mantos tejidos de pelo de perro, lana de cabra montés o plumón de pato o espadaña. Un tipo de manta ampliamente popular es el llamado Chilkat, por la división de los tlingits donde aparentemente se originaron. Estas mantas se tejían en distintos paneles, con un estilo particular de diseños animales, y usualmente terminaban en forma de galón con una larga orla. Se hacían sobre una estructura fija especial, que no era un auténtico telar. Las gentes de la Costa noroeste llevaban clavos en la nariz y adornos

insertados en agujeros hechos alrededor de los labios, y otras formas de decoración. El tatuaje era común en toda el área (y más allá, en las áreas vecinas del norte y sur); en algunos grupos, sus dibujos y extensión indicaban el rango social. Ciertos grupos centrales y meridionales practicaban la deformación craneana, vendando la cabeza de los niños, práctica que también seguían algunos pueblos de la Meseta.

La organización social y política era bastante compleja y variada de una subregión a otra. Por toda el área, la unidad territorial básica era la aldea, que generalmente consistía en una o más casas comunales frente a la playa o los bancos de un río. En algunas existía un líder reconocido de una casa que dominaba a los de las demás. La composición interna de estas unidades variaba según las subregiones. En el norte, se seguía el principio matrilineal; en la subárea central, los grupos sociales se organizaban por vínculos genealógicos masculinos y femeninos, pero había preferencia patrilineal, de existir alguna; y en el sur, los grupos eran generalmente los mismos que en el área central, consistentes en unidades menores de familias extendidas. Las gentes del noreste también estaban organizadas en clanes y mitades matrilineales no localizados. En todos los grupos, la unidad local, tanto si era un segmento del clan matrilineal o una familia extendida bilateralmente, poseía estaciones de pesca, campos de bayas y territorios de caza; tenían sus propias casas y su jefe; y eran dueños de cierta propiedad incorpórea, como los derechos a blasones, canciones y prerrogativas ceremoniales de una clase u otra. Las grandes unidades de parentesco, como los clanes, donde existían, también poseían propiedad intangible como canciones, nombres, partes de ceremonias y diseños. En teoría, la propiedad de un linaje u otro grupo de descendencia la tenía el grupo en conjunto, bajo la custodia de su líder de rango mayor. Aunque hay desacuerdos entre los especialistas y entre los antropólogos y los nativos en la nomenclatura para varias clases de unidades sociales, en al menos algunas de los grupos septentrionales y centrales, los grupos de parentesco básicos y las aldeas locales se combinaban a través del rango reconocido de sus líderes en unidades mayores, por ejemplo tribus e incluso confederaciones. Algunos de estos grupos mayores pueden haber sido estimulados por la necesidad de organización para ajustarse a las negociaciones con los blancos.

En la Costa noroeste el rango y la riqueza eran de suma importancia. En el nivel inferior estaban los esclavos, obtenidos por captura

en la guerra o por compra. Carecían de derechos, aunque si no estaban muy lejos de su tierra, tenían bastantes posibilidades de ser rescatados por sus parientes. Si no lo eran, solían ser matados a la muerte de su dueño o con ocasión de ceremonias, como la construcción de una casa. Sobre los esclavos estaba todo el resto. Entre las personas libres no había rígidos estratos sociales, siendo la movilidad posible a través de la acumulación de riqueza y la guerra (los dos medios están interrelacionados). El rango también se calculaba en base a la distancia genealógica de la fundadora o fundador, pero el acceso a las posiciones de importancia conseguido por la genealogía tenía que ser validado por la acumulación de riqueza en alimentos, equipamiento de la casa, mantas y una clase de dinero ceremonial hecho de hojas de cobre estampadas (c. 30.48 por 76 centímetros de tamaño) y otros bienes. Y, al menos en periodos históricos, se podía alcanzar posiciones de importancia simplemente por la riqueza. Pero no era suficiente poseer riqueza; era importante mostrarla y gastar mucha mediante una institución conocida en la jerga comercial chinook del siglo XIX como «potlatch», que significa aproximadamente «dar».

El potlatch tenía básicamente la forma de un banquete al que los invitados de otra aldea, mitad clan o varias de ellas eran invitados para ser testigos de alguna transición social destacable: acceso a una posición de liderazgo, designación de herederos, conmemoración de un jefe muerto, confirmación de uno nuevo o «salvar la cara» después de un insulto. Quizás la forma más ampliamente descrita de potlatch es el competitivo, en el que un hombre ambicioso trataba de demostrar que era más rico que sus rivales. En el toma y daca de regalos en un potlatch, el rango al que pertenecían tanto los anfitriones como los huéspedes sería reconocido mediante su anuncio, el orden de presentación y los tipos de regalos; en este sentido, sería legitimado no sólo el rango del líder principal del grupo anfitrión, sino el de todos los participantes. Más allá de sus funciones legales, la institución también servía para reforzar la solidaridad dentro del grupo anfitrión e integrarlo con los invitados, que a su tiempo estarían a la recíproca. A través de estos últimos medios, el potlatch también servía como un mecanismo económico para redistribuir la riqueza, nivelando entre los grupos locales los caprichos de escasez y abundancia en alimentos de un microentorno a otro junto a la costa y de un año a otro. Junto con la entrega de presentes, la extensión de la riqueza se demostraba a veces, especial-

mente en los potlatch competitivos, por medio de la destrucción de objetos de valor, rompiéndolos, quemándolos, tirándolos al mar o, en el caso de esclavos, matándolos con una porra. En contraste, los grupos de fuera de la Costa noroeste en California, como los yurok y los wiyot, como ya se ha señalado, no se deshacían de sus tesoros familiares, sino que simplemente hacían ostentación pública de sus pieles de venado albinas y otras cosas de valor.

Los conflictos armados tomaban diferentes formas. Por toda el área surgían enfrentamientos sobre disputas entre los grupos locales, que conllevaban muerte y otras ofensas, si no se podía alcanzar un acuerdo económico. Igualmente, se hacían incursiones para capturar esclavos probablemente por la mayor parte del área y en la Meseta, como ya se ha señalado. Además, las gentes de las áreas central y norte a veces se enzarzaban en auténticas batallas, con el propósito de aniquilar o esclavizar a sus enemigos y conseguir todas sus propiedades, incluyendo la tierra. La guerra era un medio de ascenso social no sólo a través del prestigio que se obtenía del éxito en la batalla, probado por las cabelleras o las cabezas tomadas, sino también por la adquisición de los bienes materiales y los derechos al blasón y el resto de la propiedad incorpórea perteneciente a los enemigos muertos, que de este modo se añadían a la riqueza real del vencedor.

Las gentes de la Costa noroeste tenían elaboradas representaciones ceremoniales. El centro de la más impresionante de ellas se encuentra fuera del área de los Estados Unidos de tradición anglosajona, entre los kwakiutl y los nootka de Canadá, pero sus influencias son evidentes en las culturas de los tlingit y otras gentes de la Costa noroeste del territorio actual estadounidense. Este complejo ceremonial canadiense se desenvolvía alrededor de una serie de dramáticas representaciones de personas que eran capturadas por los espíritus y devueltas al mundo ordinario, la más espectacular de las cuales era la Danza Caníbal. Realizada en casa a la luz del fuego, los danzantes estaban disfrazados y enmascarados de forma muy elaborada (algunas máscaras tenían partes móviles) y eran acompañados por efectos teatrales como marionetas que volaban sobre las cabezas y voces (proyectadas a través de tubos parlantes escondidos) que no parecían venir de ningún sitio. En el periodo histórico, los tlingit de Alaska estaban comenzando a integrar algunas de estas danzas en su propia forma de ceremonialismo, que se centraba en las danzas que mostraban los dibujos heráldicos sobre

sombreros de madera llevados por los líderes de los clanes y sobre otros objetos, y en la recitación de relatos sobre cómo se obtuvo el derecho a ellos mediante el contacto con lo sobrenatural. Al sur del centro ceremonial kwakiutl-nootka en el área salish y en adelante, existe otro patrón cultural descrito como «el canto semicompetitivo del espíritu guardián».

También en el extremo meridional del área, hasta la Meseta, están las ceremonias de primeros frutos, que forman parte de un ciclo considerado necesario para la continua renovación del mundo. Relacionadas con ellas, se encuentran las ceremonias del primer salmón por todo el Noroeste y en la Meseta, que muy probablemente constituyen uno de los aspectos más antiguos del ceremonialismo en la Costa noroeste, en las que se festeja a los primeros salmones en llegar corriente arriba cada año. Se cree que estos peces constituyen una raza de seres inmortales que viven en una gran casa bajo el mar y que se reencarnan cada año; y deben ser tratados con respeto para que regresen al año siguiente. La noción de la inmortalidad del alma del salmón se extendía a otras clases de animales en algunos grupos del área.

También era muy importante el concepto del espíritu guardián. Los hombres buscaban el favor de uno de ellos mediante baños en piscinas heladas y autotorturas. Los espíritus guardianes otorgaban poderes para ser grandes guerreros, para lograr riqueza a través del potlatch y para curar la enfermedad. En las áreas norte y central, los espíritus otorgaban el derecho a usar ciertos dibujos heráldicos; los tlingit creían que todos los blasones familiares se habían conseguido de esta manera, historia que se representaba en sus danzas heráldicas. Entre las gentes más septentrionales especialmente, se creía que ciertos espíritus son propiedad de linajes o clanes particulares, por así decirlo, de tal modo que aunque se debe hacer el esfuerzo de conseguir un espíritu guardián, hay unos que se tienen asignados por herencia. Otros espíritus entre, por ejemplo, los tlingit, no se identifican con ningún clan particular e incluso algunos con dueño pueden ser invocados por chamanes de otros clanes.

El chamanismo estaba bien desarrollado y era particularmente importante entre los tlingit. El mayor don de un espíritu era el poder para curar o causar enfermedad. Los chamanes intentaban obtener los más espíritus ayudantes posibles. En algunos grupos, los chamanes se esforzaban en pasar estos espíritus a sus herederos, y a la inversa, ha-

bría chamanes que intentarían atraer a los espíritus de un chamán muerto por medio de trances; y, en ciertos grupos, si todo lo demás fallaba, irrumpiendo en su fosa y masticando sus dedos. Convertirse en chamán significaba riqueza y prestigio, aunque generalmente no podían llegar a ser un serio competidor de un jefe hereditario. Sus actuaciones variaban de la diagnosis de brujería a desalojar objetos extraños del cuerpo de un paciente, y a las dramáticas pantomimas de viajes al mundo del espíritu para recobrar el alma perdida de un cliente. Los chamanes también eran importantes para el éxito de las partidas de guerra en algunas tribus.

Las gentes de la Costa noroeste poseían una rica literatura mitológica oral sobre la creación o la transformación del mundo. Algunos grupos tenían elaboradas creencias cosmológicas sobre las capas de mundos y cielos. Se reconocían numerosos espíritus de todas clases, algunos ya descritos, afiliados o poseídos por linajes familiares particulares. La aparente falta de sistematización de la creencia religiosa en algunas «tribus» es paliada en parte por la propia versión «oficial» de la mitología que posee cada clan o grupo de parentesco. Varios de ellos por toda el área parecen haber creído en un dios o ser supremo. A menudo se pensaba en la deidad como en un ser remoto y desinteresado por los asuntos humanos, pero al que debían dirigirse frecuentemente en la oración, como, por ejemplo, las invocaciones del héroe cultural tlingit, Cuervo Negro. Las creencias religiosas y la cosmogonía de la Costa noroeste se ponían de manifiesto en sus elaboradas y característicamente estilizadas formas artísticas, que a su vez estaban entrelazadas con todo el sistema de escala social.

El Subártico occidental

Los indios del interior de Alaska forman parte de la cultura del Subártico occidental, que se extiende fundamentalmente por los territorios noroccidentales de Canadá, donde viven gentes como los kaskas, los castores, los chipewyan (no deben ser confundidos con los chippewas de los Grandes Lagos Superiores) y los indios carrier. Los que viven completa o parcialmente en Alaska son los kutchin, los han, los nabesnas, los tananas, los ahtenas, los tanainas, los ingalik y los koyukon. Al igual que en algunas otras áreas culturales, la enumeración de

grupos separados se basa en las comunidades culturales y lingüísticas, ya que no existen organizaciones tribales formales que combinen las unidades locales en unidades mayores. Todos los grupos de esta área hablan lenguas de la familia atabascana.

Desde el punto de vista medioambiental, la zona se define por bosques de coníferas interrumpidos por extensiones abiertas de tundra, suelos estériles y montañas. Los veranos son cortos pero templados; los inviernos son muy fríos, con nieves profundas, pero no tan expuestos a los vendavales de hielo que barren las costas árticas. Las áreas boscosas donde las gentes del Subártico viven en invierno estaban especialmente protegidas de los vientos. Aunque hay algunas bayas y otras plantas comestibles, el principal recurso del área es la caza silvestre y, secundariamente, la pesca. De la caza, el caribú era el más importante, especialmente las especies de tundra que se mueven en manadas. Otros animales de caza eran el alce, el buey almizclero y otros menores, entre los cuales los más importantes eran los conejos y las liebres (un grupo de Canadá se llama los indios «liebre»). Los pueblos que vivían en Alaska disponían de las subidas anuales de salmón, aunque no eran tan abundantes como los de la Costa noroeste. Aquí las gentes mostraban las influencias de los patrones culturales de esta última, por ejemplo en la adopción del potlatch como un banquete mortuorio, pero que también servía para realzar el prestigio del anfitrión.

Las gentes del Subártico conseguían las piezas con una gran variedad de lazos y trampas que arrojaban un peso sobre la víctima, pero también cazaban de forma individual o colectiva. En el otoño, a un hombre de fama reconocida por sus exitosas organizaciones de cazas comunales de caribú, se unirían en su campamento cerca de otras 50 familias. Los caribús eran dirigidos hacia corrales hechos con palos y correas, donde se los abatía con arco y flecha o lanza. A veces se les conducía a la orilla de los ríos donde podría dárseles muerte desde canoas cubiertas de cuero de alce o de corteza. Se pescaba con redes, nasas y empalizadas. Las trampas para los peces se ponían tanto en verano, cuando la gente se reunía en los «campamentos de pesca», como bajo el hielo en invierno. La preservación de la pesca y la caza se hacía mediante el secado y el ahumado.

Los elementos esenciales de la tecnología de esta área eran útiles tales como el arco y la flecha, encontrados en todas las otras áreas culturales, y otros característicos, usados sólo por pocos grupos más de las

áreas culturales adyacentes. Quizás los más importantes eran los calzados de nieve, de dos tipos básicos: uno para cazar y el otro para viajes largos. Igualmente, los deslizadores son un artículo de la tecnología casi únicos del Subártico, aunque lo comparten con algunos pueblos del Noreste. Según algunas autoridades, antes de comienzos del comercio en pieles, los deslizadores eran empujados sólo con la fuerza humana, ya que no era económico mantener perros suficientes para hacerlo como los esquimales con sus trineos. Al menos algunos de los indios del Subártico también usaban pequeños trineos, que se distinguen de los deslizadores porque tienen guías. También importante dentro de esta tecnología es la ingeniosa invención para confeccionar cuerdas continuas muy largas, llamadas «babiche», de pieles animales, utilizadas para atar los zapatos de nieve y otros fines. Se hace cortando el cuero parcialmente curtido de caribú u otro animal en una delgada tira, empezando por los bordes, y trabajando en forma espiral hacia el centro para producir una larga y continua cuerda de cuero.

La ropa estaba bien adaptada al frío y era confeccionada principalmente de cuero de alce o caribú y a veces decorada con púas. Camisas largas, pantalones ajustados y mocasines eran el traje básico tanto para hombres como para mujeres, aunque existían pequeñas diferencias en los estilos de ambos. En invierno también se añadían manoplas, turbantes, capuchas y capas. Un elemento inusual del equipo de esta zona, utilizado por algunos grupos, era una combinación de pantalones y mocasines en una sola pieza. La piel de conejo era importante en la confección de mantas, mediante un método similar al de la Gran Cuenca, y también en la confección de la ropa interior.

Había una gran variación en los tipos de casas entre las gentes atabascanas del Subártico, encontrándose tanto variaciones regionales como estacionales. Para el invierno, estaban las casas semisubterráneas abovedadas o más o menos cónicas, de estructuras de tablas o troncos, cubiertas con cueros de alce o caribú o musgo y tierra; cobertizos de corteza y nieve amontonada, a veces construidos en pares enfrente uno de otro, con un fuego en medio; y casas rectangulares de postes y troncos, que recuerdan las cabañas europeas. Para el verano construían varias estructuras inclinadas, rectangulares y más o menos cónicas, cubiertas con corteza, hierba, ramas de pícea, arbustos o pieles. Algunos grupos también usaban achaparradas tiendas cónicas, que recordaban los tipis de las Llanuras y podían, de hecho, ser el prototipo del que

los últimos se desarrollaron. Los ingalik de Alaska occidental construían casas ceremoniales de troncos, rectangulares y semisubterráneas, de 7 metros y medio por 10 metros y medio como mucho, que reflejaban la influencia de la cultura esquimal vecina. El mobiliario común se componía de ramas de pícea cubiertas con cueros de animales, aunque algunos grupos construían bancas para dormir junto a las paredes. También se edificaban cabinas para baños de sudor.

La unidad básica de la estructura social consistía en un cazador, su mujer o mujeres y sus hijos. Estas unidades podían separarse y recombinarse con otras semejantes en bandas mayores, en respuesta a las fluctuaciones de abundancia de los recursos clave durante las estaciones y cambios ocasionales en las rutas migratorias de los caribús y otras piezas. Generalmente, las unidades familiares básicas se unirían para formar bandas que acampaban juntas bajo el liderato informal de un hombre conocido y respetado, pero eran libres de trasladarse a otra banda, de acuerdo con sus preferencias. Usualmente, una pareja joven empezaría acampando con la banda de los padres de la esposa. Los lazos familiares facilitaban los movimientos entre las bandas. Aunque ha existido cierto debate entre los antropólogos, no parece haber inclinación patrilineal en la composición de estas bandas, sino más bien una combinación de vínculos a través de hombres y mujeres, para producir lo que se llama «banda compuesta». Los grupos que vivían cerca de las tribus más septentrionales del área cultural de la Costa noroeste también estaban organizados en mitades exógamas matrilineales (los cuervos y los lobos), que cruzan a través de la organización local de la banda; los miembros de tales mitades debían también realizar servicios mutuos en ocasiones tales como la muerte de un miembro [12].

Las incursiones eran aparentemente frecuentes entre las gentes de esta área cultural. La mayor parte de las agresiones tenían lugar entre los indios y sus vecinos inuit (esquimales), manteniendo una especie de línea fronteriza ecológica entre estos últimos con su orientación tundra/marítima y los indios, con orientación bosque/interior. Entre ellos mismos, los pueblos subárticos parecen haber peleado como venganza por la muerte de un hombre o el rapto de una mujer. El tema del robo de mujeres entre bandas es común en el folklore subártico.

[12] J. W. Vanstone, *Athapaskan Adaptations: Hunters and Fishermen of the Subarctic Forests*, Chicago, Publishing Company, 1974.

En sus creencias religiosas, estas gentes generalmente daban un lugar importante a la idea del espíritu guardián. Se animaba a los niños de edades bastantes tempranas a comenzar a salir solos para buscar un espíritu colaborador. Éste seguía comunicándose en sueños durante toda la vida para instruir a la persona en la caza, el comercio u otras actividades. Algunos (usualmente hombres) recibían poderes particularmente fuertes a través de visiones buscadas y sueños, que los capacitaban para convertirse en chamanes, con el poder de curar o prevenir la enfermedad. Este poder provenía de la habilidad de caer en trance y comunicarse con los espíritus. El equipo de los chamanes incluía tambores de mano, sonajas, máscaras y mantos especialmente decorados, reminiscencias de los que usaban los chamanes de Siberia; también tenían cantos mágicos y trucos que les habían dado sus espíritus patronos. Aparentemente, algunos de ellos podían ser «malos» y causar daño a los demás (particularmente a los de otras bandas), pero las creencias en hechicería y brujería no deben de haber sido especialmente importantes en las culturas atabascanas del norte.

Las gentes del Subártico occidental tenían creencias bastante complejas en cuanto a los espíritus animales y a las asociaciones de seres humanos con ellos. Los humanos podían incluso reencarnarse como animales, aunque se creía que era más común la reencarnación humana. En su asociación con animales, según sus creencias, los humanos tenían que guardarse de que los espíritus animales fueran ofendidos por la asociación con una mujer menstruante. De aquí que la segregación menstrual y los ritos de pubertad femenina fueran los focos para la elaboración de muchos rituales y tabúes para las gentes de esta área cultural. Por ejemplo, en algunos grupos, una mujer menstruando no podía comer carne fresca, pues no sólo sería perjudicial para ella, sino que también ofendería a toda la especie animal de la carne que hubiera sido comida. Las ceremonias más elaboradas entre las gentes subárticas eran las efectuadas en honor de los espíritus animales y, de ellas, las realizadas por los ingalik eran las más complejas, conllevando danzas imitativas y máscaras coloristas durante muchos días. Los grupos influidos por la Costa noroeste tenían ceremonias del salmón. Otro elemento de supernaturalismo ampliamente extendido es la creencia en un espíritu del mal en figuras de duendes, a veces mitad hombre y mitad animal, que vive en los bosques alrededor de los campamentos, esperando robar a los niños desprevenidos. Entre los kutchin se cree

que estos «hombres de los arbustos» son tan numerosos, que forman su propia banda. Los atabascanos del Subártico occidental variaban considerablemente en el tratamiento de la muerte; algunos practicaban la cremación, otros el enterramiento, y otros más usaban enterramientos de plataforma o colocaban los cadáveres en un árbol y, a veces, aunque no era la forma predilecta, simplemente abandonaban al muerto. La cremación parece haber sido la forma más común y antigua. En cualquier caso, se tomaban grandes precauciones para evitar los peligros sobrenaturales asociados con la muerte.

Las mitologías varían, pero era un tema común el ciclo de cuentos acerca de la formación de los humanos y el mundo actual por Cuervo, un bribón/héroe cultural. A veces éste es descrito como poseedor de ciertas características de ser supremo, pero no se le considera del mismo modo que al Dios judeo-cristiano.

Notas conclusorias

Lo anterior son esbozos de las nueve áreas culturales de la Norteamérica nativa representada en los Estados Unidos de tradición anglosajona. Están muy lejos de ser retratos de cuerpo entero de los elementos de cultura que caracterizan cada área, tanto los compartidos con otras como los distintivos de cada una. Algunos elementos de la cultura del presente etnográfico son universales, como por ejemplo el arco y la flecha, pero el papel que desempeñan en los modos de vida nativos varían de una cultura a otra. Del mismo modo, existen otros elementos de cultura que pueden no ser universales pero sí muy importantes entre varias áreas culturales, como los rituales de pubertad femenina y la segregación menstrual en gran parte del oeste de Norteamérica. Al igual que los demás elementos de cultura, sin embargo, estos rasgos más extendidos pero no universales están combinados con otros elementos en una única configuración de cultura en cada sociedad de los indios americanos.

En cuanto a la lengua y la cultura, debe quedar claro de lo expuesto que las dos varían grandemente en sus relaciones y distribución. En algunos casos, una familia lingüística sólo aparece en un área cultural, como ocurre con el muskogui del Sureste, pero también hay otras en esa misma área, como el iroqués. Otras veces, puede haber sólo una

familia lingüística en un área cultural, como ocurre con el atabascano del Subártico occidental, pero ésta se encuentra representada también en otras áreas culturales, ya que hay lenguas atabascanas en las áreas culturales de California, las Llanuras y el Suroeste. Generalmente, un área cultural dada comprenderá gentes de muy diferentes afiliaciones lingüísticas, estando las familias lingüísticas ampliamente distribuidas por muchas áreas culturales. La clasificación lingüística proporciona pistas de los traslados pasados de las gentes; la clasificación en áreas culturales revela la flexibilidad de la cultura humana como un mecanismo adaptativo y la receptividad de la gente a las influencias culturales de sus vecinos, a pesar del mantenimiento de lenguas diferentes. Los capítulos restantes de este libro examinarán los impactos de los europeos occidentales y, posteriormente, la civilización estadounidense sobre los indios americanos y sus culturas del «presente etnográfico» en los Estados Unidos de tradición anglosajona, y la continua evolución de estas culturas como respuesta a ellos.

Capítulo V

LA EXPANSIÓN COLONIAL: EL COMERCIO, LAS MISIONES, LAS GUERRAS Y LAS ALIANZAS NATIVAS

Este capítulo constituye el examen del impacto de la expansión británica, holandesa, francesa y española sobre los pueblos nativos del territorio estadounidense de tradición anglosajona durante el periodo colonial, desde los primeros asentamientos permanentes, hasta los comienzos de la Revolución Americana.

Demografía

En el año 1770, inmediatamente antes de la Revolución Americana, la estimación total de la población blanca y negra de las colonias y territorios que se convertirían en los Estados Unidos de tradición anglosajona era de 2.148.076 personas, sin incluir las áreas que todavía conservaban Francia o España. Veinte años después, el primer censo de los Estados Unidos de 1790 daba una cifra total de población blanca y negra de sus estados y territorios de 3.931.000 personas. Además, en 1790, áreas tales como Florida, Luisiana y partes del mediooeste también presentaban considerables poblaciones no indias, aunque todavía no eran parte de los Estados Unidos, por lo que no estaban incluidas en ese primer censo. De los escasos cientos de colonos originales de Virginia y Massachusetts, menos de dos siglos antes, el tamaño de la población no india de esa área, que se extiende al norte de Florida y, en su mayor parte, al este de los Apalaches, había ya excedido a la estimación contemporánea de la población aborigen de toda Norteamérica, sin contar México. La población no india en 1790 estaba bastante próxima a los dos tercios de la mayor estimación de la pobla-

ción nativa del área de todos los 48 estados actuales, de 6.250.000 indios, en el año 1500 de nuestra era. Mientras tanto, la población india americana iba cayendo continuamente, de tal modo que incluso las estimaciones más altas la colocan como algo menos de un millón al tiempo de la Revolución Americana. Resumiendo, los americanos nativos estaban ya siendo arrollados en números absolutos, cuando los padres fundadores de los Estados Unidos declararon su independencia de Inglaterra.

Mucha de la declinación de la población india durante el periodo colonial puede adjudicarse a las epidemias de las enfermedades importadas. Antes del establecimiento de los asentamientos europeos permanentes, hubo algunas epidemias conocidas, y probablemente otras más, entre los americanos nativos, como se describió en el capítulo III. Con el comienzo de los contactos europeos continuados, existe una crecida documentación de epidemias entre los indios que vivían cerca de las áreas de los asentamientos blancos. Durante el periodo colonial del área que se convirtió en los Estados Unidos, hubo al menos 20 epidemias de viruela, principalmente en las áreas culturales del Noreste y el Sureste, pero algunas también afectaron a las Praderas e incluso al Noroeste, y varias golpearon a los indios de Texas. Igualmente, hubo varias epidemias de sarampión, gripe, difteria, peste bubónica, rubéola y otras enfermedades, algunas de las cuales no pueden ser identificadas por los registros históricos sobrevivientes. Aunque algunas de estas epidemias afectaban a las comunidades de colonos blancos tanto como a la población india, las pérdidas eran siempre mayores para estos últimos, debido a que carecían de inmunidad contra ellas. Tales epidemias fueron disruptivas no sólo por las muertes directamente causadas por la enfermedad, sino por la ruptura parcial de la vida económica y social entre los sobrevivientes, debido a la pérdida de personal en un corto periodo, que llevaba quizás a más muertes por inanición. En suma, las pérdidas de población entre los indios americanos por las epidemias de enfermedades continuaron rápidamente por todo el periodo colonial.

La enfermedad no era la única presión que soportaban las sociedades indias americanas en el periodo colonial. Mientras los asentamientos ingleses y holandeses del litoral oriental se expandían rápidamente, los españoles se establecían mejor por el norte de Florida, a través de una cadena de misiones para los indios, y los franceses exten-

día su presencia desde Montreal hasta la región de los Grandes Lagos occidentales y río Misisipí abajo, para establecer asentamientos de Luisiana a Alabama. Cada una de estas potencias europeas era movida por el deseo de lograr un comercio favorable con los indios y el propósito de convertirlos al cristianismo.

Los franceses, holandeses y españoles estaban interesados en establecer comunidades permanentes y autosuficientes de su gente en el Nuevo Mundo, pero fueron los ingleses más que ningunos otros los que fueron aumentando cada vez más sus ansias de tierra y de expansión de sus colonias. Para los franceses, la conversión de los indios se encontraba a menudo entre los objetivos oficiales para la expansión de sus dominios, pero, por lo demás, la política general fue a menudo la menor disrupción posible de las sociedades nativas, ya que la labor de los indios como proveedores de pieles era más importante que sus tierras. Los holandeses también se preocuparon más del continuo suministro de pieles de los tramperos indios que de expandir las tierras de granjas para los colonos. Sin embargo, los ingleses buscaban las tierras para ser adquiridas pacíficamente si era posible, o por la fuerza de las armas de ser necesario. Aunque algunas tierras fueron compradas u obtenidas mediante tratados con los indios de Nueva York, Pennsylvania, y en otros lugares de Angloamérica en el siglo XVII, la confiscación por la fuerza militar fue el medio frecuente por el que los ingleses se hicieron con nuevas tierras, racionalizado parcialmente por la doctrina de que, como cristianos, tenían el deber de tomar y hacer pleno uso de la tierra, combinando la labranza con la cría de animales domésticos, en contraste con los indios, que aparentemente permitían que vastos territorios estuvieran sin desarrollarse y se usaran sólo para la caza. Tal opinión, por supuesto, era contraria al interés principal en los valores de producción de pieles de las áreas silvestres. Con el tiempo, la Corona inglesa y los colonos locales de América llegarían a profundas divisiones sobre la cuestión de mayores avances sobre las tierras indias.

El gobierno británico quería establecer firmemente su dominio sobre las vastas áreas del interior y la buena voluntad de los indios que residían allí como aliados. Los colonos estaban ansiosos de expandir la frontera y se revolvieron contra una proclamación gubernamental de 1763, que establecía la cima de las montañas Apalaches como el límite occidental más allá del cual los hombres de frontera no debían avanzar (muchos lo hicieron a despecho de la proclamación). Mientras tanto,

las potencias coloniales, especialmente Inglaterra y Francia, estaban comprometidas en una lucha de fuerza por el control imperial de las nuevas tierras descubiertas en el mundo, especialmente en Norteamérica, y las riquezas que se extraerían de ellas, ya fueran metales preciosos, pieles y cueros, productos agrícolas o esclavos. Consecuentemente, se dispuso el escenario para enredar a los indios en alianzas y compromisos militares, que no eran más que la contienda entre los europeos por el poder y la riqueza. Los indios querían conseguir la mejor situación posible en el comercio y asegurar su posición militar en sus tratados y alianzas con las potencias europeas y las colonias británicas. En su persecución del doble objetivo de adquirir más tierras, reteniendo la buena disposición de los indios para el comercio y la guerra, durante el periodo de 1606 a 1775, la Corona inglesa y las colonias entraron en un total de al menos 175 tratados con las tribus indias del litoral oriental, desde los creeks y yuchis del Sureste, hasta los penobscots y los abenakis del Noreste, llegando hacia el oeste hasta los kickapoos y potawatomis en el margen del área de la Pradera.

No obstante los tratados y las compras de tierras, virtualmente todas las tribus del Este, desde el Atlántico hasta el Misisipí, acabaron combatiendo en una o más guerras durante el periodo de los primeros asentamientos europeos a la declaración de la independencia de las trece colonias inglesas que se convirtieron en los Estados Unidos de América. Algunas de estas guerras fueron esencialmente el resultado del conflicto directo entre los colonos y las tribus vecinas. Aunque las causas que los precipitaban a veces parecen bastante oscuras, en general estos conflictos provenían de la resistencia india a la expansión territorial y económica de ingleses, holandeses o franceses. Y los resultados eran casi invariablemente los mismos: muchos indios perdían la vida o eran vendidos como esclavos, se debilitaban las economías y la soberanía tribales, y los euroamericanos adquirían más tierras y mayor control sobre las porciones de las tribus que quedaban en sus antiguos territorios, mientras otras gentes se retiraban tierra adentro a reconstruir nuevas comunidades indias o ser absorbidos por las que ya residían allí. Durante el periodo colonial, hubo más de una docena de guerras a gran escala entre los indios y los blancos, tanto colonos como ejércitos europeos. La primera fue el prolongado conflicto entre la Confederación de Powhatan y los colonos de Virginia, que comenzó en 1622, y la última la Guerra de Lord Dunmore en 1774, en la que los

hombres de frontera y las milicias de Virginia combatieron contra los shaunees y los mingos (una rama de los iroqueses) en lo que entonces constituía el salvaje Lejano Oeste para la colonia de Virginia, que se extendía hasta el río Ohio.

Además de las guerras coloniales indias en sí mismas, los indios de lo que serían los Estados Unidos de tradición anglosajona pelearon entre sí y con los soldados blancos en la escena americana de cuatro guerras principales entre las potencias europeas de 1689 a 1763. La primera de ellas fue la Guerra del Rey Guillermo, de 1689 a 1697, entre Francia e Inglaterra. En la siguiente, España y Francia se aliaron contra Inglaterra en la Guerra de la Reina Ana, de 1702 a 1713, peleándose en Norteamérica con los indios como aliados. De 1702 a 1748, lo que empezó como un conflicto marítimo, la Guerra de la Oreja de Jenkin, entre España e Inglaterra, se volvió de gran escala cuando Francia entró en la Guerra de Sucesión Austriaca del lado de España en Europa y llevó a los indios y los hombres de frontera al conflicto en América, donde los colonos ingleses la llamaron la Guerra del Rey Jorge. La última de las contiendas anglofrancesas empezó en América en 1754, pero saltó a Europa, donde se la conoció como la Guerra de los Siete Años, en la que España permaneció neutral casi hasta el final, sellado formalmente por el Tratado de París de 1763. En América esta guerra fue conocida como la Guerra Francesa e India. Por el Tratado de París, Francia salía de Norteamérica (aunque finalmente reclamó de modo definitivo dos pequeñas islas frente a la costa de Terranova en 1814), y España entregaba a Gran Bretaña toda Florida, incluyendo la parte occidental que se extendía por el sur de Alabama y el Misisipí hasta Luisiana, aunque volvió a conseguir su posesión durante varias décadas siguientes a la Revolución Americana.

En todas estas guerras imperiales de finales del siglo XVII y los primeros tres cuartos del siglo XVIII, las tribus indias sirvieron de amortiguadores entre las potencias coloniales, fueron comprometidos en un bando u otro en las batallas que estas potencias pelearon en Norteamérica, y fueron alistados para proteger los puestos de avanzada fronterizos junto a las rutas principales de comunicación. Murieron más indios. No sólo perecían los guerreros indios, sino también sus mujeres y niños, que caían víctimas más que los de los colonos porque los indios ocupaban las zonas de lucha activa junto a la frontera, lejos de los centros de población de las colonias del litoral atlántico. A pesar

de la distinción efectuada entre guerras coloniales de expansión contra los indios y las contiendas internacionales por el imperio entre las potencias europeas, algunas campañas servían para los dos propósitos: eliminar la población india y asaltar a una potencia rival.

Entrelazadas con los 150 años de guerra colonial en Norteamérica, estaban otras dos fuerzas emanadas de Europa que profundamente influyeron, transformaron o incluso extinguieron las culturas nativas: el comercio y las misiones europeos. Aunque pueden haber sido relativamente poco importantes como causas directas de la despoblación, de forma indirecta estos procesos facilitaron la transmisión de patógenos entre las gentes nativas. Además, el comercio y la religión eran las causas principales de las guerras. La competencia entre los estados europeos por el dominio de Norteamérica inicialmente fue sobre todo por el control del mercado indio y las perspectivas de abundancia en metales preciosos a ser extraídos usando el trabajo indio, de forma semejante a lo que los españoles había hecho ya con éxito en el sur en el siglo XVI. Precisamente España entró en la contienda por el control del área que serían los Estados Unidos de tradición anglosajona, porque quería continuar su presencia en los puestos de avanzada de Florida, para proteger el paso seguro de los tesoros procedentes de México, que iban rumbo a la madre patria. La religión también se convirtió en una fuente de conflicto por el hecho de que los misioneros eran además agentes de la producción y el mercado indios. Su conversión era el medio de subyugarlos a la Corona, así como a la Iglesia. Además, la conversión de algunos indios servía para exacerbar los conflictos internos dentro de sus gobiernos y de este modo hacerlos más vulnerables para la conquista total. A veces, también, el establecimiento de asentamientos de misión apretadamente nucleados hacía a los indios cristianos presa fácil para los enemigos indios y europeos juntos.

Aparte de su contribución al cambio demográfico, el comercio y las misiones fueron los factores fundamentales del cambio cultural de las sociedades indias sobrevivientes. La evangelización estaba explícitamente encaminada a erradicar la mayor parte de las costumbres indias en compartimientos de cultura tales como la cosmología, las costumbres maritales, la ley, las pautas de pudor, las prácticas mortuorias y las artes, así como las creencias sobrenaturales, sustituyendo una u otra de las creencias y prácticas europeas por las de las gentes indígenas. El comercio operaba de un modo mucho más insidioso, aunque muy in-

directo, para minar la cultura y sociedad nativas. Antes de pasar a una consideración más detallada de las guerras coloniales que implicaron a los indios norteamericanos, es preciso ocuparse de estos dos aspectos.

Comercio indio

Desde los tiempos prehistóricos en adelante, los indios de Norteamérica poseían extensas redes comerciales que entrelazaban áreas inmensas, como todo el Este, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México, o la extensión más amplia del sistema de drenaje del río Columbia en el Noroeste, e incluso existían vínculos entre estas dos áreas mayores.

Ya en el siglo XVI, los europeos mantenían comercio con las gentes costeras de Maine a Florida. Fracasaron en encontrar abundancia de oro y plata o piedras preciosas (aparte de unas pocas perlas) como las de México y Sudamérica, así que los comerciantes norteamericanos tuvieron que conformarse con las pieles y los cueros de venado o el comercio de esclavos indios. De la región del Atlántico medio hacia el norte, se buscaban principalmente pieles; hacia el sur, los cueros de venado eran el artículo por excelencia que los europeos obtenían mediante el comercio.

En los siglos XVI y XVII, los indios americanos eran tomados como esclavos, tanto directamente por los europeos o como intercambio por bienes para sus captores indios, de Nueva Inglaterra a Florida. Pero fue en Virginia y Carolina donde la trata de esclavos se hizo más importante en el siglo XVII. Los colonos europeos empujaban a los indios a hacer incursiones para conseguir esclavos, y ellos mismos hacían partidas con el mismo fin. Algunos se quedaban en las colonias para servir al lado de los aprendices indios y los criados contratados (la distinción no está siempre clara). Otros eran embarcados a las Indias Occidentales y otros lugares. En total, se tomaron en esclavitud quizás varias decenas de millares de indios durante el periodo colonial, y la mayoría de ellos fueron embarcados rumbo al exterior [1].

[1] J. L. Wright, Jr., «Chapter 6 «Brands and Slave Cords», en *The Only Land They Knew: The Tragic Story of the American Indians in the Old South*, Nueva York, The Free Press, 1981.

El animal principal que se buscaba en la trata de pieles era el castor. La moda europea durante los siglos XVII y XVIII, e incluso el XIX pedía sombreros de fieltro hechos de piel de castor, específicamente de su suave piel interior. También se usaban estas pieles y las de otros animales para ropa y remates de prendas de vestir europeas. Del mismo modo, los cueros de venado tenían gran demanda para hacer zapatos de piel, guantes, bolsos y otros artículos de moda. El comercio en pieles estaba sujeto a las fluctuaciones financieras y era un negocio internacional con grandes apuestas, a menudo controlado por empresarios de la madre patria en vez de por los colonos. En 1763 Gran Bretaña estableció un sistema de licencias para comerciar con los indios, en un esfuerzo para disuadir a los comerciantes poco escrupulosos; los franceses siguieron prácticas similares en Canadá, pero ninguno de los dos tuvieron un éxito completo.

El comercio indio con los europeos comenzó de modo bastante modesto en el siglo XVI, pero ya a mediados del siglo XVII la trata en pieles y cuero en expansión estaba empezando a tener efectos en las culturas y sociedades nativas. Los más inmediatos fueron en las culturas materiales. Los recipientes de hojalata y cobre rápidamente reemplazaron a las vasijas de cerámica de manufactura nativa (aunque no enteramente en unos pocos lugares). Las mantas y la tela para la ropa tenían gran demanda entre los indios, aunque continuó haciéndose de ante; ciertos tipos de tela eran expresamente para el comercio con los indios. Leznas de metal, agujas, tijeras, cuchillos, limas, hachas, tomahawks (hechos en característicos estilos inglés, francés y español), botones, puntas de flecha (o tiras de hierro para hacerlas) y otros muchos artículos pronto desplazaron a las herramientas de piedra de los tiempos aborígenes, aunque para ciertos fines, por ejemplo, para hacer el ante, persistieron las herramientas de hueso virtualmente hasta el presente. Cuentas, espejos, campanillas de halcón, cintas y muchos otros artículos de adorno se hicieron populares entre los indios. Con el comercio de bienes, y los comerciantes y soldados como modelos de los estilos de ropa blanca, los indios desarrollaron muchos nuevos estilos de traje y ornamentación, que finalmente se estabilizarían en tipos regionales y tribales característicos. Los indios buscaron ávidamente armas de fuego y munición del comercio, y los europeos se las suministraron a menudo con agrado, para que sus aliados pudieran tener ventaja en extender sus territorios de trampas y en los conflictos con

los aliados de las potencias europeas rivales. En algunos lugares, en determinados momentos de la historia colonial, la conversión al cristianismo era la condición a cumplir para que un indio pudiera obtener un arma de fuego. Junto con todos estos bienes duraderos, los indios también podían obtener del comercio un bien de consumo potencialmente desastroso: el alcohol, especialmente ron y brandy.

En ningún lugar de las Américas se destilaba licor hecho de forma aborigen. Las bebidas fermentadas como el pulque eran hechas por los nativos al sur del Río Grande, pero en el norte las bebidas alcohólicas eran prácticamente desconocidas para las gentes aborígenes. Los pápagos del sur de Arizona hacían una especie de vino ceremonial del fruto del saguaro; en tiempos históricos, algunos de los apaches utilizaban un tipo de cerveza parecido al pulque, y como se señaló anteriormente, puede que en el Sureste se hiciera vino de placaminero y sofkee fermentado antes del contacto con los blancos. Pero con estas pocas excepciones, las bebidas embriagantes no formaban parte de las culturas aborígenes de Norteamérica al norte del Río Grande. A diferencia de los europeos o, en este asunto, de los aztecas, que poseían reglas definidas para el consumo de pulque, los indios del área de los Estados Unidos de tradición anglosajona no contaban con el beneficio de siglos de evolución cultural de las costumbres y las reglas sobre el uso del alcohol, que mitigase los efectos sociales de la embriaguez. Algunas tribus, sin embargo, desarrollaron tales reglas. En los tiempos posteriores al contacto, por ejemplo, ya en el siglo XVIII se registró que entre los indios creek había siempre una persona seleccionada para abstenerse de beber cuando un grupo iba a consumir licor, para proteger y cuidar a los demás una vez que estuvieran embriagados.

Los especialistas continúan debatiendo si los indios norteamericanos tienen una predisposición genética al abuso del alcohol, además de los factores psicológicos y sociales que promueven la intemperancia. Cualquiera que sea el caso, desde los comienzos del periodo colonial en adelante, las bebidas alcohólicas tuvieron gran demanda entre muchos indios, aunque las autoridades europeas y los líderes indios trataron en común de controlar su comercio. A la inversa, el licor era un artículo de comercio tan deseable, que la cantidad de seguidores de los líderes de algunas bandas de los Grandes Lagos Occidentales, especialmente, acabó dependiendo en parte de cuánto licor podían obtener de los comerciantes para distribuir entre ellos. Los comerciantes privados

poco escrupulosos a menudo utilizarían cantidades extras de licor como regalos a los jefes indios para asegurar su lealtad como productores en la trata de pieles. Existen ciertas pruebas de que los efectos embriagantes del alcohol hicieron la substancia atractiva, debido a las creencias religiosas existentes entre los indios del Noreste, que valoraban los estados alterados de consciencia en la búsqueda de visiones y la preparación para la guerra [2]. La bebida hasta la borrachera era propiciada por el hecho de que sólo se conseguía licor periódicamente en los puestos de intercambio o en los puntos de citas. El licor tuvo a menudo efectos devastadores sobre los indios en el periodo colonial, como por ejemplo la perturbación del juicio en las negociaciones con los blancos y a veces el estallido de enormes luchas interpersonales entre los indios. De hecho, algunos analistas irían más lejos al sugerir que los efectos debilitadores psicológicos y sociales del licor distribuido entre los indios por los comerciantes blancos constituye un ejemplo temprano de la guerra química (en 1623, los colonos ingleses mataron veintenas de indios powhatan en una conferencia de paz al darles en el brindis por las negociaciones concluidas vino envenenado).

Aparte de los efectos directamente dañinos del licor, el comercio en pieles y cueros tuvo otros de mayor alcance de tipo económico y político sobre las sociedades indias, que finalmente acabaron con ellas. Desde que los indios norteamericanos empezaron a comerciar con los europeos, se vincularon inextricablemente a un incipiente sistema económico mundial, dentro del que sus fortunas no eran determinadas tanto por su habilidad como cazadores y tramperos, cuanto por los caprichos cambiantes de la moda europea. Ya a comienzos del siglo XVIII, si no antes, muchas tribus que permanecían independientes (en contraste con las de Virginia, Nueva Inglaterra y otros sitios, que fueron subyugadas o extinguidas) fueron cayendo rápidamente en la trampa de la dependencia tecnológica. Con la atrofia de habilidades como hacer cerámica y trabajar el pedernal, la creciente dependencia de las armas de fuego y las trampas de metal, y la asignación de más esfuerzo para cazar y poner trampas para el mercado, las sociedades indias se volvieron cada vez menos autosuficientes. De hecho, al menos ya a

[2] R. C. Dailey, «The Role of Alcohol among the North American Indian Tribes as Reported in the Jesuit Relations», en *Anthropologica*, 6, n.° 1 (1968), pp. 45-57.

finales del siglo XVIII, algunas compañías comerciales en los Grandes Lagos Occidentales estaban activamente desanimando las actividades de subsistencia entre los indios mediante, por ejemplo, la retención de las redes para pesca en su comercio con los indios ojibwa. Así, en algunas áreas, los tramperos indios se volvieron al menos parcialmente dependientes de los comerciantes para los artículos alimenticios. Del mismo modo, las importantes armas de fuego proporcionaron otro vínculo de dependencia entre los indios y los comerciantes, ya que se requerían armeros para repararlas y, aunque algunos indios aprendieron a hacerlo y a vaciar balas de plomo, los nativos seguían dependiendo de los comerciantes para la pólvora. Para exacerbar más su situación, los indios tramperos y productores de cueros de venado frecuentemente enfrentaron precios en alza de los bienes que necesitaban, requiriendo dejar cada vez más trabajo de su actividad de subsistencia directa. De modo similar, como las compañías competían por las pieles de los indios para satisfacer la demanda del mercado, especialmente cuando se enfrentaban con recursos en disminución en la vecindad inmediata, se concedía crédito a los tramperos y a los productores de cuero, con intereses añadidos, por supuesto. En el Sureste, incluso antiguos horticultores intensivos como los creeks se estaban convirtiendo en cazadores comerciales en las últimas décadas del periodo colonial.

El comercio en pieles y cueros tuvo efectos internos sobre la estructura social de muchas tribus. Especialmente en los extremos septentrionales del área cultural del Noreste y también en la del Subártico oriental, la economía de trampas para pieles promovió la fragmentación de las comunidades nativas en unidades familiares individuales, con territorios de trampas reconocidos. El efecto fue una clase de «atomización social» que contrasta agudamente con las actividades más comunitarias y los grandes campamentos estacionales para la pesca de subsistencia, por ejemplo, de los primeros tiempos del contacto. Incluso en el Sureste, la caza comercial tendió a debilitar la solidaridad interna de los pueblos locales. De modo inverso, el comercio europeo puede haber promovido a un nivel más alto varias clases de alianzas y confederaciones intertribales (o fortalecido las que ya existían) para el beneficio comercial mutuo de las tribus implicadas, mediante el mantenimiento de vías amigables de comercio entre ellos y presentando un frente unido ante mayores expansiones. Tampoco debe pasarse por alto, en cuanto al impacto social del comercio, el creciente número de

comerciantes residentes (y otros) que tomaron como esposas a mujeres indias y produjeron descendencia de «sangre mezclada», que a menudo desempeñó papeles prominentes en el comercio tribal y la diplomacia. Fueran de sangre mezclada o no, los individuos indios que sirvieron de «corredores culturales» entre los comerciantes y las comunidades indias disfrutaron de forma creciente de una cantidad inusual de poder político en los asuntos tribales, y en algunas tribus se convirtieron en el núcleo para el surgimiento de una especie de clase de élite en las generaciones sucesivas, especialmente entre algunos de los grupos del Sureste.

Tanto para los comerciantes como para los indios, existían ventajas en estar cerca de las fuentes de suministro —de pieles y cueros para los comerciantes y de bienes europeos para los indios. A la inversa, tanto las comunidades indias como los grandes puestos de intercambio intentaron ganar bloqueando el acceso directo a los suministros y sirviendo como intermediarios en el comercio. Como proveedores locales de los menguados animales de pelo o venados, a menudo los indios se trasladaban al interior, empujando ante ellos a las tribus que ya estaban allí, como en el desplazamiento chippewa de los sioux de gran parte de Minnesota en el siglo XVIII. Con las armas de fuego obtenidas en el comercio, las tribus de las regiones boscosas del Noreste ya tenían una ventaja mortal, que fue quizás tan importante como el señuelo de los caballos en causar el traslado de varias tribus a las Praderas y Llanuras. Durante todo el periodo colonial, las tribus indias, los comerciantes privados y los patrocinados por los gobiernos europeos maniobraron para conseguir posiciones cerca de los suministros (pieles o bienes de comercio) y para saltarse al intermediario, sea en una gran aldea india o en un punto de encuentro controlado por el gobierno. Entre las potencias europeas, esta maniobra por posiciones y relaciones ventajosas en el comercio indio estaba en la médula de las rivalidades internacionales manifestadas en Norteamérica.

El comercio en el área de Norteamérica que se convertiría en los Estados Unidos de tradición anglosajona gravitaba alrededor de unos pocos puntos de anclaje principales. Inicialmente, los puestos de intercambio fueron construidos en las llanuras costeras a lo largo del Atlántico medio por los ingleses, suecos y holandeses, pero ya en la década de 1620 los comerciantes se trasladaron más tierra adentro. Los holandeses tenían un puesto río Hudson arriba, en Fort Orange, ahora Al-

bany, Nueva York, en 1623. En 1637 fue establecido otro en lo que ahora es Hartford, Connecticut. (Las tribus de Nueva Inglaterra y Long Island disfrutaron brevemente de los beneficios de la manufactura y el comercio de las cuentas de wampum, hechas de unos tipos particulares de conchas de mar, abundantes en esas áreas, ya que éstas eran usadas como medio de cambio por pieles Hudson arriba, así como para otros fines.) Mientras tanto, los franceses dirigían su comercio desde los asentamientos junto al río San Lorenzo. En 1609, los franceses se habían puesto del lado de los hurones y algunos algonquinos en una batalla con los iroqueses de Nueva York, cerrando efectivamente gran parte de las posibilidades de comercio con estos últimos, que formaron un pacto con los holandeses.

De todos los grupos nativos del Noreste, fue a los iroqueses a los que mejor les fue en los tratos de comercio. Con la ayuda de las armas de fuego de los holandeses, los iroqueses mantuvieron un virtual monopolio sobre los accesos al puesto de intercambio de Albany (estimulando a algunos de los algonquinos orientales a hacer negocios con los franceses del otro lado de la frontera internacional). Desde la fundación de la casa de comercio en Albany hasta cerca del final del siglo XVIII, los iroqueses se aliaron primero con los holandeses y luego con los ingleses, que sucedieron a los holandeses en Nueva York en 1664, formando un poderoso amortiguador contra los franceses. Los iroqueses parecen haber usado su posición de plena ventaja y mantenido el dominio sobre una vasta área del Noreste e incluso hasta las Praderas, alcanzando tribus tan distantes como los pawnees, en su establecimiento de una especie de *Pax Iroquoia* sobre el lado angloamericano del río San Lorenzo y los Grandes Lagos. En el lejano norte, los ingleses habían establecido la compañía comercial de la Bahía de Hudson, que amenazaban los intereses franceses de esa dirección, y en épocas posteriores establecieron puestos de intercambio hacia el sur hasta el margen septentrional de lo que ahora son los Estados Unidos. Por su parte, los franceses finalmente empujaron hacia el oeste y el sur Misisipí abajo, en sus esfuerzos por controlar el comercio indio. Ya en 1702 tenían la colonia que ahora es Mobile, Alabama. Anteriormente, en 1687, La Salle había navegado Misisipí abajo y había reclamado para Luis XIV toda la tierra drenada por este río, de ahí el nombre de Luisiana. Nueva Orleans fue fundada en 1717, y aproximadamente en la misma época, se construyó Fort Toulouse, cerca de la unión de los ríos

Coosa y Tallapoosa, en la vecindad de la actual Montgomery, en Alabama. Los franceses acabaron estableciéndose bien en el Sureste y en el Noreste. De forma similar, ya en la década de 1740 los comerciantes franceses habían explorado hacia el oeste hasta Black Hills de Dakota del Sur y cuando concluyó la Guerra Francesa e India, habían establecido el puesto que se convirtió en la ciudad actual de St. Louis, Missouri.

Los españoles, y posteriormente los ingleses, corrían su comercio desde San Agustín, en el Atlántico, y Pensacola y St. Marks en la costa del Golfo. Charleston, en Carolina del Sur, establecida en 1666 por colonos ingleses, se convirtió en el centro del comercio colonial en pieles de venado desde el Sureste. A comienzos de la década de 1700, se embarcaron desde este puerto 120.000 cueros de venado en un solo año. A diferencia del comercio en pieles del norte, que en gran parte navegaba en canoas por las principales vías fluviales, el comercio en cueros del sur era transportado por porteadores humanos y caballos de carga. Durante el periodo colonial y posteriormente, los caballos se volvieron cada vez más importantes en algunas de las culturas nativas del Sureste, tanto como animales de carga como de monta, detalle etnográfico demasiado a menudo eclipsado en la literatura por el espectacular papel del caballo en las culturas de las llanuras y las praderas. En ocasiones, las rutas comerciales a través del Sureste conectarían puntos tan distantes como Charleston y Pensacola.

El comercio indio constituyó los cimientos de las economías de las colonias destinadas a convertirse en los Estados Unidos. En los primeros escalones del desarrollo, los europeos dependían de él para la mayor parte del alimento que comían en Jamestown y Plymouth. Cuando los asentamientos coloniales se expandieron, el comercio indio se retiró de los colonos, pero permaneció como una importante fuente de riqueza del Nuevo Mundo para las madres patrias. El comercio continuó teniendo un papel significante en las economías de algunas de las colonias como Nueva York, Carolina del Sur y Georgia, como de hecho lo seguiría teniendo en los Estados Unidos después de la revolución. Según progresaba el siglo XVIII, los comerciantes privados y las compañías patrocinadas por los gobiernos de tres naciones, Francia, Inglaterra y España, compitieron por el comercio indio, con diferencias en la calidad de los bienes, precios, regalos extras dados a los líderes nativos, y concesiones de crédito; así, ciertas tribus estuvie-

ron en posición favorable para la negociación política, especialmente en el Sureste. A pesar de ello, el dogal de la dependencia económica estaba tirando inexorablemente de los indios de todas partes, mientras la población de las colonias se abultaba y presionaba todavía más sobre las tierras indias del oeste. Ya en tiempos de la Revolución Americana, la población india de las llanuras costeras y las faldas montañosas de las colonias americanas originales y Florida había desaparecido virtualmente, excepto por unas diminutas islas de gentes nativas aquí y allá junto al litoral oriental, deslizándose rápidamente a la oscuridad para todos menos para los que vivían en su vecindad inmediata. Para los que se encontraban al oeste de los Apalaches y buscaban un refugio en Florida, el pleno impacto de su cada vez más precaria posición no sería completamente sentido hasta las primeras décadas del siglo XIX.

Irónicamente, el cultígeno del tabaco nativo americano se convertiría en uno de los pilares de las economías de plantación de varias de las colonias sureñas, especialmente Virginia. Gente de todo el mundo adquirió una aparentemente insaciable ansia por las hojas de esta planta suavemente embriagante (de la misma familia que los tomates, patatas, y belladona). Igualmente, el maíz nativo americano y otras plantas comestibles se añadieron a la agricultura de todo el mundo, aunque quizás no fueron tan viables desde el punto de vista comercial tan pronto como lo fue el tabaco, y el maíz fue considerado en algunos lugares fundamentalmente como un alimento para los animales, apenas adecuado para el consumo humano. Paralelos al aprisionamiento de los indios americanos a través del comercio, estaban los constantes esfuerzos de los misioneros por incorporarlos al orden europeo social, mediante su lealtad al Dios cristiano. Sin importar cuán benignamente deseado, la Iglesia (de un tipo u otro) se convertiría en el principal instrumento del imperialismo ideológico, del mismo modo que la piel y el cuero fueron las principales fuerzas para la incorporación económica de las tribus indias, incluso mientras permanecieron políticamente independientes. Aun cuando los misioneros buscaron rehacer las economías indias a imagen de la civilización occidental, la Iglesia nunca fue al final tan exitosa en su misión como lo fue el comercio en la transformación cultural de las sociedades indias americanas. A pesar de todo, desde casi los comienzos del contacto blanco, las fuerzas religiosas europeas desempeñaron un función significativa en la evolución social y política, así como ideológica de las culturas indias americanas.

Evangelización

Todas las principales potencias europeas que se asentaron en Norteamérica tenían como uno de sus objetivos la cristianización de los nativos. En el primer periodo colonial, los españoles fueron los más activos en establecer misiones entre las gentes que ocupaban el área de lo que serían los Estados Unidos de tradición anglosajona, especialmente en Florida, pero también en lo que ahora son Georgia y Texas. Lo que les pudo haber faltado en entusiasmo y competitividad para el comercio indio en el este de Norteamérica en los siglos XVII y XVIII, lo compensaron en sus esfuerzos misioneros. Sin embargo, no queda un legado viviente discernible de las misiones españolas en los indios del Sureste; todos murieron o fueron llevados a las Indias Occidentales para mezclarse anónimamente con la población existente.

La imagen popular de las misiones españolas en la Norteamérica colonial es una estructura románica de adobe o albañilería, bañada en la brillante luz californiana. Tal imagen deriva de los esfuerzos que no empezaron hasta cerca del mismo final del periodo colonial para los Estados Unidos; San Diego de Alcalá fue establecida como la primera misión de California en 1769, aunque los Estados Unidos no tomaron el territorio hasta cerca de 80 años después. (La historia de las misiones de California se considerará en el capítulo siguiente.) En el Sureste, los españoles empezaron a hacer proselitismo entre los indios casi desde los comienzos de la exploración en el siglo XVI.

Ya en el siglo XVI, Pedro Menéndez había intentado establecer misiones por la costa del Atlántico hasta la Bahía de Chesapeake y por toda la península de Florida. En un doble ataque a los problemas de comunicación, Menéndez depositó a niños en las comunidades indias para aprender las lenguas nativas y mandó a los hijos de los jefes indios a La Habana para que les enseñasen la doctrina cristiana y español. Desde 1565, Menéndez tuvo éxito en atraer a los misioneros jesuitas a Norteamérica. Éstos intentaron establecer misiones todo alrededor de la península de Florida y por la costa atlántica hasta Virginia. Generalmente, concentraron sus esfuerzos en bautizar primero a los jefes, con la esperanza de ganar fácilmente a los miembros ordinarios de la comunidad, e intentaron vigorosamente erradicar la religión nativa lo más pronto posible. Algunas de las misiones tenían una guarnición permanente de soldados, pero otras no. Al final, las reacciones

hostiles de los nativos, que mataron a varios de los misioneros, terminaron con el esfuerzo jesuita en 1572.

Los misioneros franciscanos llegaron a Florida en 1572, poco después de la partida de los jesuitas. Durante los dos siglos siguientes, cientos de ellos trabajaron en las misiones. Inicialmente se ocuparon de las mismas áreas que tenían los jesuitas, menos el sur de Florida. Ya para la última mitad del siglo XVII, habían establecido una cadena de misiones por el norte de Florida hasta el territorio apalache, hacia el oeste, hasta el río Apalachicola, pero sus misiones orientales se limitaban al norte de Florida y el sur de la costa de Georgia. Aunque los franciscanos tuvieron más éxito que los jesuitas, también experimentaron revueltas de los indios por la costa de Georgia y en las misiones occidentales, en las que murieron varios frailes. En 1674, cuando las misiones de Florida recibieron la segunda visita de su obispo desde Cuba, había aproximadamente 26.000 indios cristianos. A pesar de las revueltas que soportaron, los misioneros parecen haberse adaptado bien a sus comunidades indias. Hicieron esfuerzos concertados para aprender la lengua nativa y, en el caso del timucua, desarrollaron materiales de enseñanza escritos en la lengua nativa. Generalmente los frailes se oponían a apostar soldados en las misiones; pero donde había, a veces animaban los matrimonios entre soldados y mujeres indias locales. De modo general, los franciscanos mantenían una postura igualitaria. Las misiones consistían físicamente en iglesias y casas de zarzo y arcilla, con techo de paja, que no han dejado restos bajo tierra, aunque varios sitios han sido excavados arqueológicamente. Una de las mayores misiones excavadas, San Luis de Talimali, en Tallahassee, Florida, tenía quizás 1.400 residentes en 1675, e incluía una casa redonda del tipo de consejo de los indios del Sureste, de más de 30 metros de diámetro.

Las misiones occidentales se convirtieron en importantes proveedoras de alimento para San Agustín, proporcionando miles de litros de maíz y frijoles al año de los campos de los apalaches. Igualmente, las misiones embarcaban cerdos, gallinas, cueros de venado y otros bienes a los asentamientos del Este. En algunas áreas, el ganado vacuno se criaba en manadas que excedían las 1.000 cabezas, y los indios tenían caballos asignados para ocuparse de ellas. Sin embargo, los frailes no animaron a proporcionarles armas de fuego o a permitirles usarlas. Esta proscripción de las armas hizo a los indios de misión presa fácil de las

incursiones inglesas y sus aliados indios creeks durante la Guerra de la Reina Ana, a comienzos de la década de 1700.

Los españoles también trataron de establecer misiones en Texas, primero a comienzos del siglo XVII cerca de El Paso, propiamente parte del Suroeste. En un esfuerzo por contener a los franceses, que se expandieron por el valle inferior del Misisipí a finales del siglo XVII, los españoles construyeron una misión en el este de Texas y dentro de la misma Luisiana, pero fueron expulsados por las fuerzas francesas de Natchitoches en 1719. Sin embargo, los españoles restablecieron sus misiones en el este de Texas algunos años después.

Los misioneros católicos romanos de Inglaterra trabajaron en la colonia de Maryland durante el siglo XVII entre tribus tales como los piscataway y los patuxent, donde experimentaron un éxito considerable. Los misioneros de Maryland aprendieron la lengua algonquina local y participaron de la comida y hospitalidad indias. Con el dominio de los puritanos sobre Maryland a finales del siglo XVII, el trabajo jesuita con los indios fue seriamente recortado, pero fue reanudado en modesta escala con los piscataways. Durante el periodo colonial, los misioneros católicos de Maryland y Nueva York también trabajaron en Pennsylvania en pequeña escala.

En Canadá, los misioneros franceses empezaron a trabajar con los indios en 1610. El primero fue un sacerdote secular, pero ya en 1611 los jesuitas eran los principales responsables del trabajo misional, aunque también participaban miembros de otras órdenes. La evangelización francesa tuvo más éxito junto al río San Lorenzo, donde los misioneros formaron establecimientos permanentes entre los hurones y los abenakis, en el periodo de 1660 a 1760. Además, algunos iroqueses vinieron de Canadá porque deseaban convertirse al cristianismo durante este periodo y formaron el núcleo de las comunidades iroquesas todavía existentes en ese país. Durante este mismo periodo, los misioneros franceses, así como los comerciantes, trabajaron en la región de los Grandes Lagos y hacia el sur, Misisipí abajo y hasta las Praderas, haciendo contacto con tribus tales como los ottawas, los ojibwas, los miamis, lo sioux, los crees, los sauks, los fox y las distintas tribus de la Confederación de Illinois. Las relaciones de los misioneros, por un lado, y los comerciantes y soldados, por el otro, no siempre fueron favorables a los primeros. Ya a comienzos del siglo XVIII, la presencia misionera en el área de los Grandes Lagos superiores era considerable-

mente reducida, dejando, por ejemplo, sólo un jesuita en Detroit. Aproximadamente al mismo tiempo, en contraste, los franceses estaban bien establecidos en Luisiana, teniendo tanto jesuitas como capuchinos sus cuarteles generales en Nueva Orleans en 1723. Aunque las misiones de varias tribus fueron creadas en los valles del Misisipí y Ohio, y los indios generalmente se ponían del lado de los franceses (como, por ejemplo, contra los españoles del este de Texas), sólo las tribus de los illinois fueron convertidas con algún éxito.

A pesar de la general enemistad de los iroqueses contra los franceses y su lealtad al intercambio comercial holandés y luego inglés, algunos de ellos acabaron teniendo lo que un autor moderno describió como «fascinación» por el catolicismo francés [3]. Los jesuitas franceses a su vez se fascinaron con los iroqueses, y sus escritos sobre ellos en las *Relaciones jesuitas* son una fuente etnohistórica invalorable. Desde al menos la década de 1640 hasta la primera de 1700, éstos trabajaron para establecer misiones en lo que ahora es Nueva York, entre cada una de las cinco naciones de la Confederación de los Iroqueses con algún éxito, aunque enfrentando hostilidades intermitentes. De modo similar, los franceses establecieron misiones entre los penobscots y otros del norte de Maine, a comienzos de las últimas décadas del siglo XVII y hasta el final de la Guerra Francesa e India. Muchos historiadores están de acuerdo en que las misiones católicas de Nueva Francia, especialmente las jesuitas, con miles de convertidos a finales de la Guerra Francesa e India, fueron mucho más exitosas que las de sus contrapartes protestantes en Angloamérica.

Aunque los estatutos originales de la mayoría de las colonias inglesas especificaban la evangelización de los nativos como uno de los fundamentos para el asentamiento blanco, los colonos parecen haber sido algo lentos en ponerse a la tarea de convertir a los indios. Cuando empezaron con los powhatan aproximadamente en 1620, hicieron pocos avances y consiguieron poco hasta que los indios fueron vencidos militarmente. En Nueva Inglaterra, hasta la década de 1640 no empezó la evangelización oficial, bajo la Corte General de Massachusetts; de

[3] L. Campea, S. J., «Roman Catholic Missions in New France», en *Handbook of North American Indians,* vol. 4, *Historia of Indian-White Relations* (1988), pp. 464-471 (p. 469).

nuevo, tales esfuerzos comenzaron sólo después que los indios locales se hubieran rendido a la autoridad civil puritana. En 1641, se fundó el primero de los «pueblos de oración» para los indios en el este de Massachusetts. Cada pueblo de éstos era fundado en un terreno donado por la legislatura colonial en las tierras ancestrales de los indios, o cerca de ellas, y tenía su propia escuela e iglesia con autoridades indias y la intención de que cada uno finalmente tuviera un pastor indio. Ya en 1674 habían 14 de ellos, con una población total de quizás 4.800 personas, en el este de Massachusetts. Los pueblos de oración se convirtieron en una presa fácil para los blancos y los indios no cristianos en la Guerra del Rey Felipe de 1675-1676, y la mayoría fueron destruidos. A pesar de ello, hacia el año 1700 había cerca de 40 ministros indios en Massachusetts.

En el siglo XVIII, se emprendieron nuevos esfuerzos para cristianizar a los indios de Nueva Inglaterra y las colonias del Atlántico medio. Se mandaron misioneros a las zonas septentrionales de Nueva Inglaterra y se puso especial atención en los housatonics del oeste de Massachusetts. Las misiones del norte fracasaron, pero siguiendo el plan desarrollado antes para el este de Massachusetts, se estableció un pueblo de oración de alrededor de 218 personas en Stockbridge, Massachusetts, en 1736. Desafortunadamente, las cuatro familias inglesas a quienes se otorgó tierras allí para servir como modelos de piedad y civilización para los indios, pronto los desposeyeron de la mayoría de las tierras de su pueblo. Los indios de Stockbridge finalmente fueron reconocidos como un grupo distintivo y fueron reubicados varias veces para asentarse finalmente cerca de Green Bay, Wisconsin, donde permanecen actualmente. De modo similar, los miembros de otro pueblo de indios cristianos, Brotherton, establecido primero entre los indios cerca de Crosswicks, Nueva Yersey en 1746, finalmente se asentaron en Wisconsin. Igualmente, los asentamientos de los conversos a la Iglesia moravia entre los indios de Connecticut y la parte adyacente de Nueva York fueron víctimas de ataques durante la Guerra Francesa e India. Los convertidos moravios entre los indios delawares también formaron pueblos cristianos, que se reubicaron por etapas hasta el este de Ohio y finalmente hasta Canadá a finales del siglo XVIII. Aunque las sociedades misioneras de Escocia y Nueva Inglaterra mandaron misioneros para hacer proselitismo entre los iroqueses desde 1750, la mayoría no tuvieron éxito, a no ser una misión para los oneidas. La Igle-

sia anglicana, sin embargo, ganó muchos conversos entre los mohawks en la primera mitad del siglo XVIII.

Uno de los predicadores indios más famosos del siglo XVIII fue Samson Occum [4]. Ordenado en 1759 por el presbiterado de Long Island, Occum, un mohicano educado por un clérigo de Connecticut, trabajó como misionero entre su propio pueblo y para los niantics de Connecticut, los montauks de Long Island y, brevemente, para los oneidas. Finalmente, encabezó a la mayor parte de su pueblo a Brotherton, Nueva York, después de la Revolución Americana. En conjunto, durante el periodo colonial hubo 133 predicadores y maestros nativos en Nueva Inglaterra. Además, se publicaron gramáticas, catecismos y otros folletos en varias lenguas indias nativas de Nueva Inglaterra y Nueva York, incluyendo el massachuset, el mohicano, el mohawk y el delaware. También se establecieron varias escuelas total o parcialmente para indios en la Nueva Inglaterra colonial. Una de ellas fue aparentemente el Dartmouth College, pero la educación de los indios fue secundaria para los colonos ingleses casi desde el comienzo. El maestro de Samsom Occum utilizó a éste para recolectar dinero para iniciar este colegio principalmente para indios en 1769, pero en Dartmouth se graduaron sólo 11 indios durante todo el siglo XVIII y el XIX. (Irónicamente, la misión india de los estatutos de Dartmouth fue «redescubierta» en la década de 1960, lo que revirtió en el beneficio de los indios americanos actuales.) Aun así, los indios que quedaban en Nueva Inglaterra en tiempos de la Revolución Americana, después de siglos de enfermedad y guerras coloniales, estaban casi completamente anglizados y cristianizados.

Algunas comunidades indias se convirtieron al cristianismo cuando fueron atrapados por el llamado «Gran Despertar» que barrió todas las colonias nororientales en la década de 1740. Era un movimiento religioso caracterizado por un estilo de predicación altamente emocional y extático, llevado a cabo por predicadores itinerantes que ponían el énfasis en una forma de salvación emocional y personal, contrastando fuertemente con los serios modos y creencias puritanos. Uno de tales grupos fueron los indios anteriormente mencionados que se con-

[4] J. Axtell, *The Invasion Within: The Contest of Cultures in Colonial North America*, Nueva York, Oxford University Press, 1985, pp. 213-215.

virtieron en los de Brotherton. Otro fueron los previamente no cristianos narragansett de cerca de Charleston, Rhode Island. Cuando el Gran Despertar llegó a Rhode Island, había una grieta creciente entre los narragansetts ordinarios y su sachem (jefe) y familia, que estaban consiguiendo muchos beneficios económicos por su posición, negociando con las autoridades blancas. Según un análisis, los narragansetts se convirtieron casi en masa a la iglesia de la «Nueva Luz» en la década de 1740 porque les proporcionaba la oportunidad de alinearse con otros grupos étnicos de la clase baja emergente en la sociedad de Nueva Inglaterra —negros, blancos e indios—, mientras al mismo tiempo reforzaban su diferenciación formando una iglesia india separada [5]. En el establecimiento de su propia iglesia, encontraron un vehículo para dirigirse a los abusos de los blancos y de su propia élite social en formación, y una ideología que estaba a tono con algunos de los aspectos emocionales más profundos de su religión tradicional. En un aspecto similar, otro estudioso ha sugerido que, en general, en aquellas áreas donde los blancos acabaron estableciéndose bien en el periodo colonial, los indios se convirtieron en masa al cristianismo como un mecanismo protector para mantener su supervivencia como comunidad étnica y para revitalizar su modo de vida, aunque fuera a expensas de mucha de su cultura tradicional, mejor que enfrentar la total aniquilación o asimilación [6]. Cualquiera que sea el caso, aquellos indios que no se trasladaron al interior (o murieron) tuvieron pocas opciones para sobrevivir como grupo cuando fueron inundados por una creciente marea de no indios y arrostraron las consecuencias de una guerra colonial india tras otra.

Conflictos armados con los europeos y los colonizadores

A comienzos del periodo colonial, los indios guales de la Costa de Georgia, en 1597, se rebelaron contra las misiones españolas. El conflicto aparentemente surgió por los esfuerzos de los franciscanos

[5] W. S. Simons, «Red Yankees: Narragansetts Conversion in the Great Awakening», en *American Ethnologist,* 10 (1983), pp. 253-271.

[6] J. Axtell, *After Columbus, op. cit.,* pp. 51-56; *The Invasion within, op. cit.,* pp. 284-286.

para detener la práctica de la poliginia y el requerimiento de los indios de obtener su permiso antes de dejar la comunidad de la misión. Cerca de una docena de sacerdotes y hermanos legos fueron muertos. El gobernador de Florida, con un contingente de soldados, tomó represalias en 1598, llevando la ruina a las aldeas guales y reduciendo a los indios a la dependencia de los españoles. Las misiones de Georgia fueron temporalmente abandonadas, pero se restablecieron en 1610. Después de la fundación inglesa de Charleston en 1670, muchos de los indios costeros de Georgia cambiaron su lealtad a los ingleses, debido con mucho a las relaciones comerciales más favorables, por ejemplo la obtención de armas de fuego, que podían disfrutar con los del norte. En 1686, los indios leales a la misión y los españoles tuvieron que retirarse al sur del río Santa María, la frontera actual entre Florida y Georgia, como resultado de las incursiones de los ingleses y sus aliados indios. Dentro de Florida, en 1647 y 1656, los españoles sofocaron efectivamente revueltas en algunas de las misiones occidentales, en las que varios franciscanos, soldados y vaqueros fueron muertos. Aparte de estas revueltas, los españoles parecen haber dominado con éxito al cada vez menor número de indios de Florida a través de la Iglesia, el comercio y la deportación a Cuba. Sin embargo, debe ser recordado que en un era anterior, mediante De Soto y otros, la valentía militar española había quedado impresa en los nativos, y las represalias por las revueltas de las misiones fueron tan extremas, que algunos sacerdotes dejaron sus puestos en protesta. Durante la primera mitad del siglo XVIII, Florida sería objeto de varias incursiones de los ingleses y sus aliados indios desde el norte y de ataques navales sobre San Agustín.

Al norte de la frontera entre España e Inglaterra, el periodo colonial estuvo marcado por guerra casi continua. Los indios se resistieron a la colonización europea, y los europeos, con sus aliados indios, lucharon por el control del continente. La primera de estas guerras tuvo lugar entre la Confederación de Powhatan y los colonizadores de Virginia en 1622. Inicialmente habían existido conflictos incidentales entre los colonos de Jamestown y los indios, pero al matrimonio de Pocahontas y John Rolfe había seguido un periodo de relativa paz. Los indios y los ingleses comerciaban, se visitaban mutuamente, se tomaban a muchachos indios en algunas casas para su educación inglesa, y algunos colonos se unían a los indios en sus aldeas. Los colonos iban creciendo en número. Ya en 1620 la población estimada de blancos y

negros en Virginia sobrepasaba las 2.000 personas, comparada con los algo más de 100 colonos que habían fundado Jamestown 13 años antes. Éstos se estaban haciendo más numerosos de forma amenazadora y demandando cada vez más tierra, y ya no dependían de los nativos. Aunque los acontecimientos desencadenantes precisos son inciertos, el sucesor de Powhatan, su hermano Opechancanough, organizó un ataque sorpresa muy bien coordinado sobre los colonos ingleses diseminados, matando 347 hombres, mujeres y niños, en marzo de 1622. Para entonces, los colonos eran demasiado numerosos y fuertes para ser eliminados por un ataque semejante, así que rápidamente tomaron represalias, quemando las aldeas indias y los recursos, llevando a los powhatans a conflictos con sus enemigos indios, matando a muchos indios powhatans durante los siguientes años, y haciendo que Opechancanough buscara la paz en 1632, que fue aceptada con reservas por los colonos.

Mientras tanto, los puritanos de Nueva Inglaterra lucharon en una devastadora guerra contra los pequots en 1637. Aparentemente, una sucesión de acontecimientos encabezados por el asesinato de un jefe pequot, Totabem, a manos de comerciantes holandeses, seguido por la muerte de dos comerciantes ingleses, desencadenaron la contienda. Las tropas de la Bahía de Massachusetts y Connecticut, junto con sus aliados narragansetts y massachusetts, quemaron aldeas pequots, mataron cientos de estos indios y vendieron otros como esclavos en las Bahamas (donde algunos de sus descendientes todavía viven), aniquilando casi a la tribu. La guerra llegó a su fin con el Tratado de Hartford en 1638 y la disolución formal del cacicazgo pequot (a pesar de ello, los pequot sobreviven hasta este día como un grupo indio reconocido) [7]. Uno de los aliados más fuertes de los colonos en esta guerra fue Uncas, un jefe mohicano, que estaba relacionado por sangre a las líneas de jefatura tanto de los narragansetts y los pequots como a la mohicana. Un análisis etnohistórico sugiere que Uncas pudo haber manejado a los ingleses para que atacaran a sus enemigos, los pequots, como parte de sus propias maquinaciones políticas faccionales [8]. Sean o no co-

[7] L. M. Hauptman y J. D. Wherry (eds.), *The Pequots in Southern New England: The Fall and Rise of an American Indian Nation,* Norman, University of Oklahoma Press, 1990.

[8] W. Burton y R. Lowenthall, «The First of the Mohegans», en *American Ethnologist,* 1 (1974), pp. 589-599.

rrectos los particulares, el hecho resultante es que con frecuencia en las primeras guerras coloniales, los euroamericanos eran secundados por algunos indios contra otros de ellos que eran sus enemigos, arrastrando en la práctica a los colonos a conflictos intertribales.

En abril de 1644, la Confederación Powhata de Opechancanough se levantó de nuevo contra los virginianos, matando aún más colonos que la vez anterior. Para entonces, cualquier esfuerzo por eliminar a los ingleses era vano, ya que su número había aumentado a quizás 10.000, cuando el de los powhatans había continuado decreciendo de 14.000 más o menos en 1607 a bastante menos de 10.000. Ya en el verano de 1646, el anciano Opechancanough había sido capturado, puesto a exhibición en Jamestown, disparado por la espalda por un soldado furioso y muerto. Para octubre los ingleses habían forzado a un tratado a los powhatans.

Desde 1640, los holandeses, bajo el gobernador Willem Kieft, intentaron eliminar a los indios de Nueva Amsterdam y subyugar a los de las áreas cercanas. El pretexto para atacarlos fue su negación a pagar tributo a la colonia. Utilizando tropas mercenarias, milicias de los asentamientos ingleses en la colonia holandesa y aliados indios (especialmente los mohawks), el gobernador emprendió una sangrienta guerra de destrucción contra los diversos indios de lengua algonquina de la colonia, durante la década de 1640, con devastadoras consecuencias tanto para los indios como para los colonos. Los indios se rebelaron contra más avances holandeses en repetidas ocasiones durante la década de 1660.

Nueva Inglaterra experimentó su mayor guerra entre los colonos y los indios en 1675-1676: la Guerra del Rey Felipe. Para el último cuarto del siglo XVII, los wampanoags, la tribu que había vivido tan pacíficamente con los peregrinos y los puritanos, se levantó contra los blancos bajo el sucesor de Massasoit, Metacom o, como los ingleses le llamaron, el rey Felipe. Las causas de la guerra pueden rastrearse en la creciente presión por la tierra sobre los wampanoags y sus aliados, los narragansetts y algunos de los nipmuck, y su posición cada vez más débil en el comercio de pieles y wampum, unido a la creciente presión por el oeste de los mohawks, que se aliaron con los ingleses. Los derrotados pequots, los mohicanos y la mayoría de los indios cristianizados vieron la ventaja de aliarse con los colonos que vivían en estrecha proximidad a ellos. Cuando el alzamiento comenzó, las colonias

de Nueva Inglaterra se unieron contra los wampanoags y sus aliados, y la guerra se expandió a otras partes de Nueva Inglaterra, cuando los miembros de otras tribus atacaron los asentamientos fronterizos. Los colonos hicieron buen uso de sus aliados indios como exploradores y buscaron y destruyeron los campos y graneros de los seguidores del rey Felipe. Mucha gente murió en ambos lados. Con la muerte de Metacom en agosto, las fuerzas que se oponían a los colonos se desintegraron. El cuerpo del rey Felipe fue hecho pedazos y su cabeza puesta a exposición en Plymouth durante muchos años tras la guerra.

Al mismo tiempo que esta guerra, los hombres de frontera de Virginia estaban presionando por más tierra de varias tribus, pero especialmente de los susquehannocks. En oposición al gobernador de Virginia, los hombres de frontera se organizaron bajo Nathaniel Bacon para hacer una activa campaña contra los indios por supuestas depredaciones. Inicialmente fueron los indios aliados de Bacon, los pamunkeys y los oconeechees, quienes pelearon principalmente, pero sus hombres también se turnaron con ellos. El hecho en su conjunto es conocido en la historia como la Rebelión de Bacon, debido a la oposición a la autoridad oficial del gobernador. El conflicto concluyó tras la muerte de Bacon, cuando se impuso otro tratado a los indios de Virginia en 1677.

En el norte, los franceses atacaron a los senecas en 1687, en represalia por los esfuerzos iroqueses de cortar el comercio en pieles occidental francés, ya que estos indios habían sido sus enemigos de mucho tiempo, por haberse éstos alineado con los hurones y algonquinos, enemigos tradicionales de los iroqueses. Dos años después, los iroqueses montaron un asalto sobre los franceses, destruyendo una aldea, Lachine, situada en la misma isla que Montreal. Este ataque coincidió con el estallido de la Guerra del Rey Guillermo, la primera entre Inglaterra, Francia y España, que se extendió durante los 75 años siguientes y fue peleada en parte en el Continente Norteamericano. De 1689 en adelante hasta el final de la Guerra Francesa e India en 1763, los conflictos bélicos entre indios y blancos estuvieron entrelazados con estas contiendas por el poder entre las naciones europeas. Durante todo el tiempo, los iroqueses del norte y los creeks del sur permanecieron como los más fuertes amortiguadores entre los ingleses y sus enemigos franceses y españoles. Los franceses tenían sus aliados entre los hurones, especialmente la rama conocida como wyandots, que se traslada-

ron al área sur del lago Erie. Los franceses intentaron, y tuvieron un éxito temporal, establecerse al sur de los Grandes Lagos en una serie de fuertes del lago Erie a Ohio. En 1755, éstos y varios de sus aliados indios llevaron a cabo la famosa e imponente derrota a la expedición británica encabezada por el general Edwuard Braddock, encaminada a tomar uno de esos fuertes, el Duquesne. Dos años después, el fuerte fue tomado por los ingleses y rebautizado como Pittsburgh. Varias veces los franceses fueron ayudados por diversos grupos indios, que incluían a iroqueses como los caughnawaga mohawks, que anteriormente se habían trasladado a Canadá.

En el sur, desde Charleston, el coronel James Moore dirigía a los creeks, tamasees y otros aliados indios en incursiones contra los españoles de Florida en el siglo XVIII. Atacaron San Agustín en 1702. En 1703-1704, arremetieron contra las misiones occidentales, tomando miles de apalaches como esclavos para el mercado de Charleston y su embarque final hacia las Indias Occidentales.

En Carolina del Norte, los tuscaroras fueron provocados a atacar a los blancos desprevenidos en 1711, por una combinación de la esclavización de los indios, el empeoramiento de las relaciones comerciales y los nuevos asentamientos, patrocinados por los ingleses, de alemanes y suizos en su territorio. Durante dos años, se siguió una guerra a gran escala contra estos indios, siendo muchas de las batallas sostenidas por sus mismos enemigos indios, como los creeks y los catawbas, por nombrar algunos. Carolina del Sur se unió en asesinar a cientos de tuscaroras y tomar miles en esclavitud. Derrotados dos años después, la mayoría de estos indios sobrevivientes se trasladaron al norte, donde fueron aceptados como miembros plenos de la Confederación de los Iroqueses. Poco después de la Guerra Tuscarora de 1775, los yamasees mataron a los emisarios de Charleston que habían ido a aplacar sus quejas sobre los abusos de los comerciantes, la esclavización y demás. Durante varios de los años siguientes, hubo una guerra generalizada, en la que murieron en batalla 400 colonos e incontables yamasees y otros indios. Los sobrevivientes se retiraron a la Florida española. Algunos historiadores consideran que la Guerra Yamasee no terminó plenamente hasta 1728, cuando los colonos de Carolina montaron una expedición a Florida y destruyeron la aldea de los yamasees refugiados, desde la que habían seguido haciendo incursiones contra los ingleses.

En el frente oeste, los franceses lucharon en guerra continua contra los indios fox, entonces en Wisconsin, desde 1712 hasta 1733. Los fox no se conformarían con la política francesa de extender el comercio a sus enemigos los dakotas y suprimir la guerra intertribal. Además, iba aumentando la amistad entre los fox y los iroqueses. Los franceses se dispusieron a aniquilar a los fox, cuyos propios aliados, por ejemplo los kickapoo, finalmente cambiaron su fidelidad hacia los franceses, que estaban ya alineados con los tradicionales enemigos de los fox. La política de aniquilación o esclavitud y exportación de los fox a las Indias Occidentales casi tuvo éxito, pero los sauks tomaron a los fox que quedaban cerca de Green Bay, Wisconsin, en 1733 y se negaron a rendirlos a los franceses. Las dos tribus juntas huyeron a Iowa para ser conocidas desde entonces como los sac y fox. De un modo similar, comenzando en 1729, los franceses de Luisiana, con sus aliados choctaws, trataron de exterminar a los natchez y sus aliados, después que estos últimos atacaran a los colonos intrusos en su tierra. Aunque los chickasaws, que habían tomado a los natchez refugiados y tenían armas de fuego suministradas por los británicos, controlaban los avances de los franceses por el noreste, éstos casi lograron eliminar a los natchez, matando o vendiendo miles de ellos como esclavos para las Indias Occidentales. Los restos finales de los natchez se refugiaron entre los creeks, los chickasaws y los cherokees, pero habían dejado de existir como tribu ya en la década de 1740, aunque algunos de sus descendientes en Oklahoma todavía hablaban la lengua natchez en las primeras décadas del siglo xx.

Algunos de los cherokees de Carolina del Norte tomaron las armas contra el avance de los hombres de frontera en 1759, cuando la Guerra Francesa e India estaba a mitad. Los británicos, deseando aplastar cualquier alianza potencial con los franceses y pacificar el frente meridional, mandaron masivas fuerzas expedicionarias militares de tropas regulares, así como a los *rangers* coloniales y a los indios catawbas aliados, para ayudar a los de Carolina a aniquilar la resistencia cherokee, destruyendo sistemáticamente los cultivos y las aldeas. Los cherokees fueron derrotados en 1761 y se realinearon con los británicos.

Con la conclusión de la Guerra Francesa e India, los ingleses tomaron antiguas posesiones francesas, como Detroit, en el viejo Noroeste. El nuevo régimen sujetaba a los indios de la región a políticas represivas y comenzó a recortar la práctica de mucho tiempo de

dispensar presentes de amistad a las tribus indias y a sus líderes, que las naciones europeas habían usado durante muchos años como un elemento de diplomacia india. En respuesta, un jefe ottawa llamado Pontiac, bajo la influencia de los sermones nativistas de un profeta indio delaware, logró forjar una alianza intertribal entre los ottawas, los chippewas (ojibwas), los potawatomis, los delawares, los shawnees, los mingos, los miamis y los senecas para echar a los ingleses de la región de los Grandes Lagos. En 1763, varios fuertes de la frontera fueron fácilmente arrollados, pero los de Detroit y Pitt no fueron tomados tan fácilmente. Los seguidores de Pontiac pusieron sitio a Detroit durante casi seis meses. Los ingleses reunieron sus fuerzas y ya en 1766 habían roto completamente lo que llamaron la «conspiración de Pontiac», disipando cualquier ilusión que los indios hubieran tenido de que los franceses retomaran el área.

Enfrentados al creciente desasosiego indio, el gobierno británico trató de contener la expansión hacia el oeste de los colonos en el valle de Ohio, declarando una línea de demarcación entre las naciones indias y los colonos que más o menos se correspondía con las montañas Apalaches, primero en 1763 y luego en 1768. La proclamación no desalentó a los de la frontera, que estaban asiéndose a nuevas tierras en Kentucky y cruzando el río Ohio. Virginia reclamó el área, los pioneros se apresuraron a llegar y en incidentes aislados mataron a varios indios en 1744, incluyendo a miembros de la familia del jefe mingo, John Logan. Los shawnees, que consideraban suya la región, tomaron represalias del mismo tipo, junto con algunos de los mingos, entre los que se encontraba Logan (hecho famoso posteriormente por una elocuente carta, ampliamente reimpresa, al gobernador de Virginia, expresando su resentimiento por el trato a su pueblo). Cuando el gobernador, lord Dunmore, convocó a la milicia de Virginia, comenzó la guerra que llevó su nombre, en 1774. Los shawnees y sus aliados iroqueses, bajo Cornstalk, que había sido incitado a unirse a los shawnees por la destrucción indiscriminada de los poblados mingos, fueron derrotados y se batieron en retirada. Una paz en los términos de Virginia neutralizó eficazmente a los derrotados shawnees en la Revolución Americana. Otros indios, resintiéndose de la intrusión blanca, fueron fácilmente incitados por los ingleses a atacar a los americanos por toda la extensión de la frontera oeste, mientras en el Este las colonias de Nueva Inglaterra estaban abriendo fuego sobre los soldados británicos en 1775.

Capítulo VI

DE LA REVOLUCIÓN AL TRASLADO

Si las palabras de los fundadores de los Estados Unidos de América se toman en su significado literal, los indios del este de Norteamérica son parcialmente responsables del establecimiento de la nueva república, aunque de una forma irónica e indirecta. La Declaración de Independencia de los trece Estados Unidos de América, diseñada por el Congreso Continental y firmada el 4 de julio de 1776, enumera alrededor de 37, «abusos», «injurias» y «usurpaciones» de la Corona Inglesa del rey Jorge III contra los americanos. La lista concluye con

> Ha excitado las insurrecciones domésticas entre nosotros y se ha esforzado por traer a los habitantes de nuestras fronteras a los despiadados indios salvajes, cuya conocida regla de guerra es una destrucción indiscriminada de todas las edades, sexos y condiciones.

Así, se da a la imagen de los indios americanos como salvajes sedientos de sangre, una especie de sanción desde el gobierno nacional, en el mismo momento de la fundación de los Estados Unidos. Es una imagen que se propagaría durante casi dos siglos, y de la que todavía no han escapado completamente los indios americanos en los estereotipos populares.

Como en la mayoría de los estereotipos, existe un punto de verdad en la caracterización de los Padres Fundadores de los indios de las fronteras americanas como «salvajes despiadados», caracterización que desde la perspectiva actual pone un punto negro en las altisonantes frases que aseguran la igualdad y los derechos inalienables de «todos los hombres», articuladas por los racionalistas del siglo XVIII. La guerra

fronteriza del siglo XVIII tuvo una ferocidad de tal clase que ha merecido comentarios de muchos historiadores. Ambos lados, indios y americanos, a veces cometieron tales actos de brutalidad que parecen haber sido diseñados para aterrorizar al enemigo y expulsarlo de la tierra, que los indios estaban defendiendo y los blancos tratando de tomar. Los hombres de la frontera y los indios juntos estaban comprometidos en una lucha muy inmediata para proteger su hogar y su familia, pero, al contrario que los blancos, los indios tenían mucho menos espacio para la retirada. El mismo corazón de las sociedades nativas estaba en peligro, expuesto a la destrucción de las casas y los cultivos por los ejércitos que avanzaban, en un grado que los centros de asentamiento blancos no habían padecido desde los mismos días iniciales del periodo colonial. A la reputación de salvajismo que tenían los indios americanos, se añadían además costumbres tales como la toma de cabelleras, forzar a los cautivos de guerra a correr el pasillo y la tortura de los prisioneros, todas las cuales tenían asociaciones ceremoniales y místicas en las religiones nativas. En ellos mismos, los ritos de tortura indios eran un arma de doble filo, al servir tanto para aterrorizar a los blancos de la frontera, como para proporcionar la justificación moral a los blancos, para ser despiadados en sus ataques contra ellos. La toma de cabelleras adquirió un nuevo ímpetu económico cuando los europeos y los gobiernos coloniales empezaron a pagar recompensas por las de los indios, que eran recolectadas tanto por los blancos como por sus aliados indios. Un historiador social ha descrito cómo la reputación india por ser despiadados también sirvió a los plantadores blancos como un medio para aterrorizar a los esclavos negros y desanimarlos de intentar escapar a las zonas salvajes, donde, se les decía, se encontrarían en manos de los indios, un destino mucho peor que la esclavitud [1]. De modo inverso, costumbres europeas tales como encerrar en cárceles, las palizas y la ejecución pública por ahorcamiento o decapitación, sin duda ganaron para los blancos una reputación de crueldad degradante entre los indios.

También es probablemente verdad que según iban avanzando las décadas del periodo colonial, las actitudes de la oficialidad británica y

[1] W. S. Willis, Jr., «Divide and rule: Red, White, and Black in the Southeast», en *Red, White, and Black: Symposium on Indian in the Old South*, Southern Anthropological Society Proceedings, n.° 5, Athens, University of Georgia Press (1971), pp. 99-115.

los colonos americanos se iban haciendo más distantes. El gobierno británico estaba interesado en los indios principalmente como en un amortiguador militar contra Francia y España y como proveedores de pieles y cueros, de aquí que tuvieran razones muy prácticas para tratar de protegerlos junto con sus tierras de la frontera en avance. Para los colonos, los indios eran vistos cada vez más como impedimentos para el avance de la civilización y el progreso. Uno de los argumentos más poderosos para desposeer a los indios esgrimido por los colonos, y luego por los americanos, era que los nativos estaban usando la tierra sólo para cazar, en vez de hacerla productiva por la agricultura y la cría de animales, como debería ser según los planes de Dios. Irónicamente, debido al comercio europeo en pieles y cueros, la caza se había vuelto más, no menos, importante en las economías nativas desde los tiempos aborígenes, a expensas de su agricultura, particularmente en el Sureste. A pesar de ello, la política oficial del siglo XVIII, primero de los británicos y luego de los Estados Unidos también, era comprar las tierras indias a través (presumiblemente) de tratados negociados, si era posible. Mientras tanto, los hombres de la frontera violaban las líneas fronterizas entre las tierras cedidas y las que todavía mantenían las tribus indias, a lo que los nativos a menudo respondían con violencia. Ya en 1775, las respuestas militares de los indios al avance de la frontera fueron, de hecho, animadas hasta cierto punto por los oficiales británicos, como se anotó previamente.

Los indios en la Revolución Americana

Una vez que la Revolución Americana empezó en serio, según algunos historiadores, ambos lados se mostraron poco dispuestos a involucrar a los indios en la pelea. Sin embargo, ya en 1775, algunos miembros del «pueblo de oración» indio de Stockbridge fueron alistados como *minutemen* [2] en Massachusetts para combatir a los ingleses. En el otro lado, los cherokees lucharon con los hombres de frontera de Carolina y Tennessee en lo que empezó como la Guerra de Lord

[2] Miembros del ejército de ciudadanos americanos durante la Revolución, que se mantenían preparados en todo momento para el servicio militar instantáneo *(N. del T.)*.

Dunmore y continuó como la Revolución, sirviendo fortuitamente a los intereses de Gran Bretaña, fueran o no animados por los representantes de la Corona. Tanto los emisarios de Gran Bretaña como los de los recientes Estados Unidos esperaban persuadir a las distintas tribus indias con las que se habían aliado en la Guerra Francesa e India, así como a los antiguos aliados franceses y españoles, de que permanecieran neutrales y dejaran a los dos grupos de lengua inglesa, británicos y americanos, solucionar el asunto por ellos mismos.

Por ambos lados, los indios constituían una fuerza a ser contenida, contando con miles de guerreros entre el Misisipí y las fronteras occidentales de los trece estados, pero difícil para cualquiera de ellos de controlar y mantener su lealtad. Los americanos tenían más que ganar con la neutralidad india que los británicos, ya que los últimos mantenían generalmente mejores relaciones con éstos por el anterior comercio favorable y la diplomacia, mientras los americanos estaban a menudo en competencia directa con ellos. Por su parte, muchos indios trataron de mantenerse fuera del conflicto. Sin embargo, ya en 1776, los colonos rebeldes citaban ataques indios sobre su frontera como un ejemplo de la opresión inglesa de las trece colonias. Al final, muchas de las tribus no pudieron evitar ser arrastradas al conflicto. Aunque las alianzas indias probablemente no influyeron en el resultado final de la Revolución Americana, los indios fueron percibidos por ambos lados como posibles amenazas. Los ingleses quizás no estaban tan interesados en emplear a los indios en la batalla como simplemente en mantener la lealtad de sus aliados e impedirles pasarse de bando. Los americanos, en 1776, buscaban las alianzas indias contra los británicos. En un caso extremo, el Congreso Continental, en 1778, al pedir la ayuda de los indios delawares, les ofrecieron la categoría de estado si ganaban, en recompensa por su ayuda en la guerra, pero éstos rechazaron la oferta.

Durante la Revolución Americana, los iroqueses y los cherokees fueron los grupos indios más fuertemente involucrados en la pelea. En el Sur, a un segmento de los cherokees, bajo el liderato de Canoa Arrastrada, en 1776, le faltó tiempo para atacar a los intrusos americanos, aunque sus consejeros británicos le sugirió lo contrario. A pesar de ello, ya en julio de 1776, casi todos los cherokees estaban listos para hacer la guerra en la frontera americana de Virginia a Georgia. Rápidamente, las colonias, convencidas de que los ingleses estaban detrás

de los ataques, respondieron a las iniciales salidas cherokees con una fuerza de miles de militares e indios catawbas aliados de las laderas de Carolina, destruyendo docenas de poblados cherokees de las tierras altas. Duramente golpeados, la mayor parte de ellos aceptaron los tratados hechos con los americanos en 1777. Sin embargo, Canoa Arrastrada reunió alrededor de 1.000 seguidores disidentes a su alrededor y se preparó para atacar de nuevo, esta vez con provisiones de los ingleses. Los cherokees a su mando fueron tomados por sorpresa en 1779 y derrotados duramente por una fuerza de Virginia y Carolina del Norte. De nuevo, en 1780, los cherokees de Canoa Arrastrada atacaron los asentamientos fronterizos de Carolina del Norte, y otra vez fueron arrasados por una gran fuerza combinada de Virginia y Carolina. Pero no iba a ser la última guerra de este jefe indio contra los americanos.

En el norte, la suerte de los iroqueses fue profundamente afectada por la Revolución Americana. Aquí era también donde las fuerzas indias eran potencialmente más importantes para determinar el resultado de la guerra. Aunque algunos iroqueses, especialmente los influidos por los jesuitas franceses, se habían reubicado en Canadá mientras la región estaba todavía controlada por los franceses, durante toda la era colonial la Liga de los Iroqueses, o Hodenosaunee, había permanecido firmemente leal a la Corona Británica, desde que los holandeses fueron suplantados en Nueva York. Al mismo tiempo, las distintas tribus de la Liga tenían en su mayor parte relaciones amigables con los colonos. En una memorable conferencia para un tratado en 1744, un jefe onondanga, Canasatego, sugirió a los representantes de las colonias que deberían unirse en una confederación como las cinco naciones habían hecho para ser más efectivas en su conflicto con los franceses, con la posible implicación de que los iroqueses ayudarían sólo a los colonos si desistían de las insignificantes disputas entre ellos mismos. En los comienzos de la Revolución Americana, estaban empezando a desarrollarse profundas divisiones dentro de la Confederación de los Iroqueses, como resultado de las cesiones de tierra, las intrusiones de los hombres de frontera blancos, las continuas solicitudes de los ingleses mediante regalos y favorables relaciones comerciales, y las influencias de diferentes denominaciones de misioneros cristianos. La unidad que había sido la fuerza de los iroqueses desde los primeros contactos con los europeos fue quebrantada por las lealtades en conflicto a la Corona británica y sus vecinos los colonos americanos a comienzos de la Re-

volución Americana. La Liga ya estaba tirante por la creciente prominencia de los líderes de guerra locales, que competían con los jefes reconocidos y actuaban sin la sanción del Consejo durante las décadas precedentes a la Revolución.

A pesar de los esfuerzos por permanecer apartados del conflicto entre ingleses y americanos, los iroqueses fueron pronto arrastrados a la guerra, algunos del lado de los americanos y otros permaneciendo leales a los ingleses. En su mayoría, los senecas, los cayugas y, especialmente, los mohawks permanecieron leales a los ingleses; los onondagas oscilaron en su lealtad; y los oneidas y tuscaroras generalmente fueron neutrales o favorecieron a los americanos. El más importante entre los líderes de la facción pro británica fue Joseph Brant, un amigo del agente indio británico de las colonias septentrionales, sir William Johnson. Tras la guerra, muchos de los que habían permanecido leales a los británicos aceptaron la oferta de asilo en Canadá.

En 1779, el comandante en jefe George Washington estaba tan preocupado por la efectividad de las campañas efectuadas por las fuerzas indias pro británicas, que despachó una parte de la armada continental no simplemente para cubrir a los indios, sino para destruirlos. Docenas de aldeas, veintenas de casas, miles de litros de maíz indio y otros cultivos fueron destruidos en Pennsylvania y Nueva York. Aún, los iroqueses, sus aliados delawares y shawnees y las tribus leales a los ingleses en el territorio de Ohio lucharon contra los americanos hasta el final de la Revolución. De hecho, al fin de la guerra, las fuerzas americanas estaban en gran parte a la defensiva contra los indios del viejo Noroeste, entre el río Ohio y Fort Detroit.

En el sur, a los aliados indios británicos no les fue muy bien contra los americanos ni los españoles. Los esfuerzos choctaws para tomar Mobile que era española y para defender Pensacola contra los españoles fueron frustrados por el inadecuado apoyo británico. Los creeks y los chickasaws en su mayor parte se mantuvieron fuera del combate, al contrario de los choctaws y los cherokees de Canoa Arrastrada, aunque permanecieron leales a los ingleses.

Los indios y la nueva nación americana

Cualquiera que fuera la suerte de los indios aliados a los británicos, fueron esencialmente abandonados en el Tratado de París, que

puso fin formalmente a la Revolución Americana en 1783, y que no contemplaba los derechos a la tierra de las tribus indias. Los americanos adoptaron el punto de vista de que los indios ya no tenían ninguna reclamación sobre las tierras del oeste, puesto que la vencida Inglaterra transfirió el título de esas tierras a los victoriosos americanos por los términos del Tratado de París. Los indios sólo disfrutaban del derecho a la ocupación. No sólo los antiguos aliados británicos, sino también aquellas tribus que habían ayudado a los americanos, tenían reclamos de soberanía extendidos sobre sus tierras por el Congreso Americano Continental, que operaba bajo los artículos de la Confederación. A pesar del reclamo de soberanía de la nueva nación sobre las tierras indias más allá de las frontera oeste hasta el río Misisipí, el Congreso asumió la responsabilidad de proteger los derechos de los indios mediante la posesión de suelo al menos fuera de las fronteras reconocidas de alguno de los estados.

La Ordenanza de 1787 establecía y organizaba el Territorio Noroeste (actualmente Illinois, Ohio, Indiana, Michigan, Wisconsin y parte de Minnesota) y declaraba la postura del Congreso sobre los derechos indios a la posesión, especificando:

> La mayor buena fe será siempre observada hacia los indios; sus tierras y propiedad nunca serán tomadas sin su consentimiento; y nunca serán invadidos o molestados en su propiedad, derechos y libertad, a no ser en justas y legales guerras autorizadas por el Congreso...

Sin embargo, la presión de los colonos hambrientos de tierra rápidamente, puso a prueba la política, cuando el gobierno nacional intentaba, como había hecho la Corona británica antes de él, mantener las líneas limítrofes entre los indios y la frontera. Estaban próximas varias «justas y legales guerras» contra los indios y muchos tratados negociados para la cesión de aún más tierra india al este del Misisipí en adelante por el avance sin descanso de la frontera. Aunque el Congreso había declarado sus derechos prioritarios sobre las tierras indias contra las pretensiones de cualquier otra nación «cristiana», los americanos siguieron la práctica británica de tratar con las tribus indias como naciones soberanas en cuanto a la adquisición de tierras. A veces se permitió a los indios continuar usando tierras cedidas durante varios años tras la transferencia del título y derecho de ocupación a los Estados

Unidos, proporcionando otro punto más de malentendimiento indio del sistema extranjero de tenencia de la tierra. Los tratados eran el medio preferido y menos costoso que las guerras de conquista para el gobierno en su adquisición legal de las tierras de los indios.

Primeras relaciones entre los Estados Unidos y los indios

Los Estados Unidos se organizaron bajo los artículos de la Confederación en 1777. Aun cuando los americanos estaban en guerra con los ingleses y sus aliados indios, el Congreso estaba creando bajo los artículos una estructura organizacional para la administración de los asuntos indios. Los comisionados de los departamentos del norte y el sur fueron nombrados para reflejar la estructura establecida por los británicos en 1754. La autoridad del Congreso sobre la de los distintos estados en la materia concerniente a los asuntos indios no fue automática. Desde la redacción de los artículos, mediante la adopción de la Constitución en 1787, y la promulgación de una serie de leyes entre 1790 y 1834, se estableció finalmente la supremacía del gobierno federal sobre los estados en negociar con las tribus indias. Sin embargo, antes de 1834, el derecho exclusivo del gobierno nacional a negociar con las tribus indias, obtener de ellas derechos de cesión de tierra y hacer leyes respecto a las relaciones con éstas, no fue fácilmente concedido por todos los estados, especialmente Georgia. (Incluso hoy varios de los estados continúan probando los límites de sus jurisdicciones sobre las reservaciones indias.)

Desde la perspectiva de las tribus indias, la creación de unos Estados Unidos independientes complicó más su ya precaria posición para resistir el avance de la frontera blanca, mientras todavía intentaban mantener un balance favorable en el negocio de la piel y el cuero. Ahora, las tribus del Noreste, Sureste y las Praderas se enfrentaban con una nación-estado europea en el Continente Norteamericano, completamente independiente de cualquier control político exterior, pero todavía insegura de su fuerza militar en la continua pelea entre Francia, Bretaña y España por el imperio norteamericano. Los nuevos Estados Unidos dependían de las buenas relaciones con las tribus indias y la paz a lo largo de la frontera. Así, el gobierno federal buscó proteger las tierras indias contra la intrusión blanca, a veces hasta el punto de la

expulsión física de los usurpadores de tierra india. Pero al final, las constantes embestidas pudieron ser sólo manejadas por la confección de tratados adicionales para legitimar la toma de tierra india que ya se había efectuado en la práctica. A finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, las tribus indias eran aún un importante amortiguador entre los Estados Unidos y el Canadá británico, la Florida española y la Luisiana española y luego francesa. Todavía el gobierno federal estaba ansioso por defender contra las influencias de estos gobiernos extranjeros a las tribus indias dentro del territorio reclamado por los Estados Unidos. En resumen, los Estados Unidos aún necesitaban la buena disposición de los indios, aunque técnicamente fueran naciones vencidas.

A veces se ha afirmado que el gobierno de los Estados Unidos y la misma Constitución se basaron en el modelo de la confederación iroquesa. Los Padres Fundadores conocían muy bien el éxito de la Liga de los Iroqueses. Su existencia fue usada por Benjamin Franklin para reprender a los líderes de varias colonias por no ser capaces de formar una unión, mientras «seis naciones de salvajes ignorantes» habían podido hacerlo. En un examen profundo, existe poca prueba de que las estructuras de los artículos de la Confederación, y mucho menos la Constitución, modelaran su trabajo siguiendo la Liga de los Iroqueses. De hecho, el único punto de semejanza próxima de los artículos de la Confederación con el Gran Consejo de los Iroqueses, la requerida unanimidad de los estados para las enmiendas, constituía una gran fuente de debilidad en los artículos. Dada la estructuración de la confederación iroquesa sobre instituciones de parentesco matrilineal, un antropólogo ha señalado que

> Es dudoso, por ejemplo, que los delegados de la reunión de la Convención Constitucional, durante el legendario largo y cálido verano de Filadelfia en 1787, hubieran propuesto un sistema bajo el cual, cada legislador fuera escogido por una pariente femenina cercana al anterior ocupante del cargo [3].

Otro error común de los primeros días de la república americana al final del siglo XIX era que los indios eran una raza en desaparición.

[3] E. Tooker, «The United States Constitution and the Iroquois League», en *The Invented Indian, op. cit.*, pp. 107-128 (p. 114).

Es cierto que la población total de los indios americanos del área de los Estados Unidos actuales continuaba declinando y que las epidemias de viruela y otras enfermedades exteriores seguían barriendo a las poblaciones nativas en el siglo XIX. Sin embargo, las pruebas disponibles indican que, para el periodo crítico de la Revolución hasta la primera mitad del siglo XIX, la población de ciertas áreas restringidas y locales estaba realmente *aumentando* de los bajos niveles alcanzados anteriormente en el siglo XVIII. De aquí que las mejores estimaciones poblacionales para el Sureste indiquen que las tribus choctaws, creeks, cherokees y chickasaws alcanzaron sus puntos inferiores en la primera mitad del siglo XVIII y fueron aumentando en número continuadamente hasta la década de 1830. Los creeks fueron el ejemplo más pronunciado, aumentando de aproximadamente 8.000 en 1761 a más de 20.000 en 1832. Es muy probable que este crecimiento pueda ser atribuido a la absorción de restos de otras tribus dentro del cuerpo político creek, pero permanece el hecho de que dentro del ámbito de un «País Indio» en constante disminución al este del Misisipí, grupos tribales específicos estaban aumentando en número más que «desapareciendo». Así, se añadía otro elemento de presión a la esfera común de indios y blancos, cuya población se expandía rápidamente por Estados Unidos. El crecimiento poblacional entre los indios en lugares particulares pudo muy bien haber constituido un importante factor contribuyente a la intensidad de una serie de guerras entre los indios y los americanos a finales del siglo XVIII y principios del XIX [4]. Esto quiere decir que más y más indios, así como crecientes números de hombres de frontera blancos, luchaban por el mismo trozo de territorio.

La escena de las principales batallas por la tierra poco después de la independencia americana sería el Territorio Noroeste en la década de 1790. Aun así, antes, en la década de 1780, los creeks y los cherokees, los últimos todavía bajo el mando de Canoa Arrastrada, atacaron los asentamientos de frontera desde Kentucky hasta Georgia. Los cherokees fueron batidos completamente en la batalla de Flint Creek, en el norte de Alabama, en 1789, y los creeks disminuyeron sus ataques

[4] J. A. Paredes y K. J. Plante, «A Reexamination of Creek Indian Population Trends: 1738-1832», en *American Indian Culture and Research Journal*, 6, n.° 4 (1982), pp. 3-28.

como consecuencia de la reducción de la ayuda militar de España. Igualmente, al norte del río Ohio, los shawnees sostuvieron escaramuzas con los americanos en la década de 1780. En el Territorio Noroeste, se formó una amplia coalición de delawares, miamis, wyandots, potawatomis y otros indios, algunos de ellos iroqueses, en la década de 1780, bajo la guía de Joseph Brant, que era mohawk. La coalición fue propiciada por los británicos, que aún mantenían varios fuertes, incluyendo Detroit, sobre el lado americano de la frontera con Canadá. Los hombres de frontera invadieron las tierras indias; los intentos de los representantes del gobierno por conseguir más concesiones de tierra de las tribus del valle de Ohio fueron frustrados; y las bajas por las incursiones indias iban aumentando, particularmente en Kentucky.

El general Josiah Harmar, comandante de las fuerzas americanas en el Territorio, encabezó una expedición punitiva contra las tribus confederadas del Territorio Noroeste, pretendiendo más que fragmentar la coalición india. Cuando su ejército, que consistía principalmente de milicias y algunos regulares, se encontró con los indios, en el otoño de 1790, fue completamente derrotado y sufrió más de 200 bajas a manos de los indios bajo el mando de Pequeña Tortuga, que era miami, y Chaqueta Azul, que era shawnee. Al año siguiente, 1791, el gobernador del territorio, Arthur St. Clair, encabezó una fuerza mayor contra los indios de Ohio. También él fue vencido, con 600 muertos y casi 300 heridos, la peor derrota jamás sufrida por los americanos en una batalla contra los indios. El presidente Washington dio el mando del ejército del Noroeste al general Anthony Wayne. Éste tardó dos años en preparar su asalto a las fuerzas de Pequeña Tortuga, construyendo una serie de fuertes a lo largo de su ruta. Cuando Wayne finalmente comenzó su aproximación a los 2.000 guerreros reunidos en Fallen Timbers, cerca de la actual Toledo, se trasladó tan lentamente que muchos de los indios se cansaron de esperar y se marcharon. Cuando los americanos atacaron, el 20 de agosto de 1794, los indios fueron sorprendidos de improviso por su rapidez, aunque sufrieron sólo ligeras pérdidas. Se retiraron a las cercanías de Fort Miami, que los ingleses habían construido recientemente (y de forma ilegal), próximo al actual límite Indiana/Michigan, donde el comandante denegó asilo a los indios. Las promesas de apoyo inglés a la coalición india no fueron mantenidas. Wayne devastó a las tribus de Ohio, quemando sus cultivos y arrasando sus aldeas. Destrozados de este modo, Pequeña Tor-

tuga y los otros líderes de la malograda coalición de tribus de Ohio aceptaron fácilmente los términos del Tratado de Greenville en 1795, por el cual la mayoría del área de Ohio actual y partes de Indiana se cedían a los Estados Unidos. Las tribus retrocedieron una vez más hacia el Oeste.

Entretanto, en el Sur, el capaz indio creek mestizo, Alexander McGillivray, estaba intentando mantener la amistad con los americanos, británicos y españoles a la vez. Él y otros intentaban contener el empuje de los de Georgia y Tennessee hacia su territorio y el de los cherokees. Al mismo tiempo, los creeks, principalmente a través de McGillivray, intentaban conservar las relaciones comerciales favorables. Apoyados por los españoles (que habían reasumido el control de Florida con la conclusión de la Revolución Americana), los creeks estaban en guerra con los de Georgia. El presidente Washington invitó a McGillivray y a una delegación de otros líderes a la capital nacional, la ciudad de Nueva York, donde firmaron un tratado de paz y amistad el 7 de agosto de 1790. Este tratado provocó en los de Georgia una presión aún mayor sobre la frontera creek. En la década de 1790, la guerra ente los indios y los hombres de frontera de Carolina del Sur y Tennessee se intensificó, con los auspicios del gobernador español de Luisiana (ahora también en poder de España). Contra la política del gobierno federal, en 1793 las milicias del Territorio Suroeste recientemente formado emprendieron campañas contra los cherokees. Los hombres de frontera estaban cada vez más hostiles hacia el gobierno federal y su política favorable a las reclamaciones indias. Los creeks y los cherokees continuaban resistiéndose al avance de la frontera, pero se declaró una especie de paz temporal por los tratados de 1795 y 1796.

Tras la frontera, una escasa población india sobrevivía aún en los años finales del siglo XVIII. Los pequots, wampanoags, mohicanos, shinnecoks y otros, aunque muy reducidos en número por las guerras coloniales y las epidemias, vivían en varias diminutas reservaciones establecidas en tiempos coloniales por varios estados del sur de Nueva Inglaterra y Long Island. Ya en los días anteriores a la Revolución, muchos de estos grupos estaban cristianizándose mucho. A comienzos del siglo XIX, las iglesias se habían convertido en el centro de la vida social y de la identidad étnica en la mayoría de las reservaciones. Las lenguas y costumbres nativas estaban desapareciendo rápidamente, aunque al-

gunos vestigios sobrevivieron hasta el siglo xx, cuando esos indios se aculturaron todavía más a los modos blancos. Muchos habían caído en deudas de peonaje con los agricultores blancos, que contribuyeron a que los indios de Nueva Inglaterra y Long Island se hundieran en el estatus de casta inferior, compartido con los negros, así como a que se convirtieran en parte de la clase socioeconómica general más baja de la región. La miscegenación entre blancos, indios y negros se aceleró. En el siglo xviii y comienzos del xix, muchos de los hombres de esos grupos algonquinos trabajaban en la industria ballenera. Los indios del norte de Nueva Inglaterra, en Maine —penobscot, passamaquoddy y malecite—, retenían más de su lengua y cultura ancestrales a finales del siglo xviii, al estar más alejados de los centros de asentamiento blancos y haber seguido un modo de vida aborigen menos sedentario que el de los algonquinos al sur de ellos. Ya a comienzos del siglo xix, se estaban formando asentamientos más permanentes alrededor de las misiones y escuelas cristianas, que finalmente se convirtieron en reservaciones. Estos indios más septentrionales también se mezclaron menos con no indios. Algunos grupos de indios del litoral atlántico, especialmente los diferentes grupos que formaron la confederación delaware, los stockbridge-munsee (una división de los delawares) y los indios de Brotherton, sobrevivieron, pero a finales del siglo xviii ya se habían reubicado, o estaban en proceso de hacerlo, en el Oeste y el Norte, uniéndose a otros grupos, como los iroqueses, o comunidades propias. Los indios de la región del Atlántico medio, como los nanticoke y los piscataway, sobrevivieron en pequeños números en sus antiguos territorios cercanos a las reservaciones coloniales, mientras algunos otros emigraron hacia el Norte y el Oeste, uniéndose a algunos de los iroqueses.

A lo largo de las llanuras y laderas costeras meridionales, varios grupos de indios sobrevivieron en diminutas reservaciones estatales o como poseedores de feudos francos, como los pamunky y chickahominy en Virginia, los cohaires y waccamaws en Carolina del Norte y los catawbas y peedees en Carolina del Sur. La historia social de estos grupos después de la Revolución fue en líneas generales muy parecida a la de los algonquinos meridionales de Nueva Inglaterra, incluyendo la mezcla con no indios, la pérdida de su lengua y cultura tradicionales, la negligencia oficial, etc., pero algunos tuvieron más éxito en conservar sus tierras y mantener una identidad visible como indios con

respecto al gobierno del estado, como fue el caso de los indios de Virginia. Algunos, especialmente los catawbas, fueron capaces de retener la lengua nativa hasta el siglo XIX. Otros parecieron perder hasta su identidad como grupos separados en el conjunto de indios, para resurgir en el siglo XX como grupos étnicos característicos, reclamando alguna identidad tribal, como los saponis y edistos de Carolina del Sur [5].

Desde el siglo XVIII en adelante, existían varios de los llamados islotes «trirraciales» a lo largo del litoral oriental, desde Nueva Yersey hasta Georgia, que no encajaban adecuadamente en la estructura birracial emergente del sur posrevolucionario. Los más numerosos de ellos eran los lumbees de Carolina del Norte y partes de Carolina del Sur. Los lumbees (nombre moderno) estaban bien establecidos en el sur y centro de Carolina del Norte como agricultores de subsistencia de lengua inglesa, aparentemente de mezcla indio-blanco en el siglo XVIII, cuando los pioneros euroamericanos entraron en el área por primera vez. Allí permanecieron los lumbees en número cada vez mayor hasta el presente, haciéndose cada vez más vigorosos en su aseveración de su identidad india, a pesar de lo incierto de sus orígenes tribales específicos. Con pocas excepciones, los restantes grupos indios e islotes de sangre mezclada del Este recibieron escasa atención del gobierno federal hasta el siglo XX, dejándose los destinos de estos pueblos ya conquistados a los estados donde residían.

En las primeras décadas desde la adopción de la constitución de los Estados Unidos, el gobierno nacional tomó medidas para hacer efectivo su poder exclusivo para negociar con las tribus indias todavía autónomas de la frontera. Entre 1790 y 1802, fueron aprobadas una serie de «leyes de relaciones» (algunos se refieren a ellas como «leyes de no relaciones»), que no sólo establecían al gobierno federal como la única autoridad para la adquisición de tierras indias, sino que también determinaban en adelante los particulares y autorizaciones para la puesta en práctica de la política india federal. Entre otras cosas, las leyes sirvieron para establecer las agencias indias y los superintendentes, para regular el comercio, prescribir y proscribir el comportamiento de

[5] W. D. Taukchiray y A. B. Kasakoff, con fotografías de G. J. Crediford, «Contemporary Native Americans in South Carolina», en *Indians of the Sutheastern United States in the Late 20th Century*, editado por J. A. Paredes, Tuscaloosa, University of Alabama Press (1992), pp. 72-101.

los no indios en el «País Indio», proporcionar fondos para regalos y pensiones a los líderes y tribus indios, y para promover la educación y un plan de civilización. Todas estas medidas fueron colocadas bajo la directa administración del presidente o del Departamento de Guerra estadounidense, dentro del que se organizó en 1824 una Oficina de Asuntos Indios separada; ésta fue transferida al Departamento de Interior de nueva fundación en 1849. Hasta el final del siglo XVIII y el primer cuarto del XIX, el gobierno federal trató de supervisar la ordenada y justa adquisición de tierras indias, mantener la paz y dispensar la justicia en la frontera, proteger a los indios del abuso y la degradación, especialmente del wiskey, y trabajar en el alejamiento de los indios de sus «bárbaras costumbres» y conseguir el acercamiento hacia «las artes de la vida civilizada». Aunque los hombres de frontera y algunos otros pueden haber favorecido la total aniquilación de las gentes nativas, las autoridades gubernamentales al más alto nivel consideraban a los indios capaces de convertirse en «civilizados» y sólo de este modo podían finalmente unirse al disfrute pleno de los derechos de los ciudadanos de los Estados Unidos. La política oficial, entonces, no sólo se basaba en la asunción de la superioridad de la civilización euro-americana y la inferioridad de los modos de vida indios, sino que también se basaba en la creencia de que los indios eran capaces de aprender las «artes de la civilización», si se daban la oportunidad y los recursos.

«Civilizando» a los indios

La puesta en práctica de la política federal supuso varios esfuerzos relacionados entre sí. Primero, si fallaba todo lo demás, estaba el uso de las tropas federales para suprimir los ataques indios sobre los americanos dentro de la frontera y para echar a los colonos que cruzaran a territorio indio. También se establecieron disposiciones para que los blancos entraran en el territorio tribal legítimamente, lo que incluía la extensión de pasaportes en algunas áreas, así como de licencias para los comerciantes y autorizaciones para las actividades misioneras. Con o sin acción militar, el gobierno federal negoció con las tribus como si fueran naciones soberanas extranjeras, a través de tratados formales aprobados por el Senado de los Estados Unidos. Generalmente, éstos requerían la cesión de tierra y garantías de lealtad a los Estados Unidos

por parte de los indios, a cambio de pagos en dinero efectivo y/o bienes; servicios educacionales, médicos y técnicos, por ejemplo herreros; y la protección estadounidense de las tierras reservadas contra las potencias extranjeras, los estados y los individuos privados. Aunque tales tratados pueden haber sido considerados por algunas autoridades americanas como conveniencias del momento, junto con las distintas leyes de relación de los primeros días de los Estados Unidos, tuvieron la fuerza legal de leyes, convirtiéndose en la base de gran parte de los litigios indios de la última mitad del siglo xx.

A pesar de las políticas oficiales, ya a finales del siglo xviii había algunos en el gobierno que pensaban que era absurdo seguir el elaborado protocolo de interacción política requerido por varias costumbres indias —entrega de presentes, ruegos formales, etc.— que se había utilizado tan asiduamente en tiempos coloniales, cuando los blancos dependían de forma importante de las poderosas tribus indias. Con las derrotadas y desorganizadas tribus cada vez se trataba de un modo más dictatorial, aunque los tratados así negociados se contemplaban como si hubieran sido libremente aceptados por ambas partes. Incluso hoy, algunos que están implicados en las defensas ante las cortes contra las reclamaciones indias argumentan que todo el modelo de tratados con las tribus indias como naciones soberanas es una «ficción legal» de los asuntos indios [6].

Durante el periodo de 1795 a 1821, los Estados Unidos construyeron aproximadamente 25 casas de intercambio poseídas y administradas por el gobierno federal, desde Canadá hasta Florida y desde Georgia hasta Arkansas. Se establecieron como la puesta en práctica del «sistema de factoría». Cada una de ellas era llamada «factoría» y tenía un «factor» a la cabeza. Además de éste y algún plantel civil, algunas tenían unas pequeñas fuerzas militares asignadas. El objetivo del sistema de factorías era proporcionar a los indios bienes de alta calidad a bajo precio, bajo la gerencia benevolente de justos y reputados factores, preocupados por el bienestar de los indios y su final incorporación a los modos civilizados. Mediante tales programas, se creía, se aseguraría la lealtad de los indios al gobierno de los Estados Unidos. Final-

[6] A. van Gestel, «When Fictions Take Hostages», en *The Invented Indian, op. cit.*, pp. 291-312.

mente, se pensaba que los indios podrían ser apartados de los comerciantes privados, especialmente de los sin licencia ni escrúpulos, que dispensaban licor para hacer negocio y, en particular, de los comerciantes extranjeros, tanto de los que todavía tenían permiso para operar en territorio estadounidense como los que hacían los negocios desde bases en el Canadá británico o la Florida española. El sistema de factoría sería, así, un medio para eliminar la amenaza de las alianzas indias con las potencias extranjeras de los límites de Estados Unidos. Además, se esperaba que si las casa de intercambio administradas por el gobierno podían capturar la mayor parte del comercio, se podría ejercer más control sobre el flujo del wiskey, con todos sus efectos destructivos en el país indio. Finalmente, y Thomas Jefferson por una vez fue explícito en esto, los líderes indios podrían caer en la tentación de endeudarse con las casas de intercambio gubernamentales y de este modo ser inducidos a firmar tratados de cesiones de tierra para saldar sus deudas, práctica que había sido seguida con éxito por las principales compañías comerciales británicas que operaban en la Florida española.

Con el tiempo, el sistema de factorías fracasó en cumplir su promesa, sufriendo diversas desventajas económicas y políticas en la competencia con los comerciantes privados. Además, el dueño de la mayor compañía privada de comercio en pieles, John Jacob Astor, ejerció presiones contra el sistema, que fue abolido en 1822. Sin importar si los indios negociaron con los comerciantes gubernamentales o privados, las consecuencias fueron las mismas en las décadas siguientes a 1800. Parcialmente, como consecuencia de los cambios en la moda europea, la demanda de pieles y cueros en el mercado mundial cayó y los precios de los bienes de intercambio subieron, de modo que para pagar el precio de un arma de fuego en el país creek se elevó de aproximadamente 32 cueros de venado en 1765 a cerca de 60 en 1810 [7]. Al haberse vuelto tan dependientes de la tecnología europea, la caída en la demanda de los principales productos de los indios en la economía mundial y los cortes de suministros locales hicieron que éstos fueran encamina-

[7] J. A. Paredes y K. J. Plante, *Economics, Politics and the Subjugation of the Creek Indias*, Tallahassee, Fl., Southeastern Archaeological Center, National Park Service, 1975, p. 51.

dos, tanto por las fuerzas económicas como por las militares, a ceder tierras adicionales para pagar sus deudas en las casas de intercambio.

A la par del sistema de factorías, los Estados Unidos acometieron un modo más directo para civilizar a los indios. Los factores, otros agentes gubernamentales entre los indios y los misioneros mandados por el gobierno a algunos grupos iban a establecer granjas modelos e industrias campestres. Se suministraría a las tribus arados, ruecas, telares y otros útiles. Mediante el ejemplo y la instrucción directa, los representantes del gobierno iban a persuadir a los hombres a aceptar la labranza y la cría de animales al modo de los blancos y las mujeres iban a adoptar el hilado y el tejido. La idea era que las ocupaciones al estilo europeo tuvieran la suficiente atracción como medios de adquirir la tecnología europea, para inducir a los cazadores y tramperos comerciales a abandonar la caza. Las factorías también servirían como un mercado para los excedentes de alimentos y otros bienes producidos.

Junto con las innovaciones tecnológicas, el «programa de civilización» se encaminaba a persuadir a los indios para adoptar un tipo de patrón de asentamiento de alquerías dispersas, mejor que la clase de aldeas nucleares con campos de caza diseminados, tipos de asentamientos típicos, hasta cierto punto, de las culturas nativas tanto del Noreste como del Sureste. Al mismo tiempo, por intención u omisión, los agentes del gobierno se dedicaron a moldear la organización de la vida política de los indios según los modos que mejor sirvieran a las necesidades de los Estados Unidos. Irónicamente, estos esfuerzos tomaron dos direcciones diametralmente opuestas. En el Norte, la política y las negociaciones de los tratados estadounidenses sirvieron para fragmentar más la ya desunida Liga de los Iroqueses, el mayor y más efectivo cuerpo político formal que los colonos encontraron en Norteamérica, excepto quizás los señoríos del Sureste hallados por los primeros exploradores. En el Sur, sin embargo, los agentes gubernamentales estadounidenses continuaron los esfuerzos, iniciados bajo los británicos, para centralizar los sistemas políticos de los cherokees, los creeks, los choctaws y los chickasaws en «naciones» con consejos nacionales, adopción formal de códigos legales y, en algunos casos, un sistema que organizaba a los pueblos individuales en distritos bajo la autoridad de los «guerreros gobernantes». Ambos acercamientos se ajustaban a las necesidades de los Estados Unidos en diferentes circunstancias. En el caso iroqués, el gobierno federal era aliviado de la

dependencia de un cuerpo intertribal legislativo, realmente nativo y anteriormente bien integrado, para legitimar los tratados, dejando libres a los agentes gubernamentales para negociar por etapas con los jefes locales debilitados. En el caso de las tribus meridionales, por el contrario, mediante la persuasión para formalizar confederaciones nativas de amplia trama, el gobierno podía saltarse las docenas de los todavía relativamente fuertes jefes de poblados, donde descansaba la máxima autoridad (al menos desde el colapso de los señoríos en el siglo XVI). En ambos casos, la política gubernamental de los Estados Unidos tendió a constituir sistemas de dominio indirecto, semejantes a los desarrollados en otras partes del imperio británico posteriormente, donde los líderes nativos podían ser manipulados a su conveniencia, mientras se proporcionara al menos la apariencia del proceso debido en las negociaciones de tratados. Igualmente, estas políticas facilitaban la legitimación técnica en estas negociaciones internacionales, sin importar si un líder indio era reconocido o no como la legítima cabeza de la circunscripción que el gobierno federal presumía que representaba.

El programa de civilización obtuvo un éxito diverso. Los mestizos resultaban a menudo, pero no siempre, rápidos en adoptar la labranza, la educación al estilo europeo para sus hijos, y las parcelas familiares individuales de tierra agrícola. La ruptura de los asentamientos en aldeas nucleares fue quizás la parte más exitosa del programa, pero otras fuerzas, incluyendo la creciente importancia de la caza en las economías nativas, también trabajaron para desunir la centralización residencial. Además, la vida ceremonial todavía estaba anclada a los centros de tipo pueblo entre las tribus meridionales, aunque la gente viviera de forma dispersa. El éxito del programa de civilización varió también en su resultado total entre los diferentes grupos tribales.

En las últimas décadas del siglo XVIII, la una vez fuerte Liga de los Iroqueses estaba en ruinas. Las conflictivas lealtades entre americanos y británicos durante la Revolución se añadieron a la división ya existente de forma individual hacia Francia y Bretaña, que databa de mucho antes, para producir una política iroquesa partida entre los que vivían en el Canadá británico y los que quedaban en los Estados Unidos. Además, las divisiones entre cristianos y paganos estaban comenzando a ser más preocupantes. Las campañas de la revolución habían destruido las casas y las cosechas de la mayoría de los poblados iroqueses. La población se había reducido a aproximadamente la mitad de su tama-

ño de antes de la guerra. Los iroqueses ya no estaban en una posición ventajosa, de intermediarios, respecto al comercio, ya que los comerciantes británicos y americanos los habían bordeado hacía tiempo. El abuso del alcohol y de todas sus debilidades estaban aumentando en proporciones alarmantes. La influencia iroquesa entre las tribus occidentales y meridionales se había roto y los mismos iroqueses se habían dividido seriamente en las guerras indias del Viejo Noroeste, aunque realmente sólo unos pocos participaron en ella. Y, en una serie de tratados a finales de la década de 1780 y en la de 1790, mediante coerción, aliciente monetario o ambos, los jefes locales habían cedido la mayor parte de las antiguas posesiones de la Liga de los Iroqueses y las tribus debajo de la protección de la liga. En general, sólo se reservaron para ellos diminutas reservaciones diseminadas alrededor de las aldeas, aunque durante un tiempo disfrutarían del uso de la caza de las tierras cedidas. Los misioneros cuáqueros llegaron a la escena por orden del gobierno federal para introducir el plan de civilización.

Alrededor y dentro de las reservaciones iroquesas, estaban irrumpiendo los colonos blancos, quienes a veces estaban tan descontentos con las políticas gubernamentales como los jefes y la gente iroqueses que se sentía echados de sus tierras con engaño. El terreno estaba maduro para el despertar religioso cristiano que a finales del siglo XVIII barrió el área con sus reuniones de campaña, hablar en lenguas, posesión por el Espíritu Santo y todo el resto todavía asociado con la religión del «rodillo sagrado». De este medio ambiente brotaron el mormonismo y otros nuevos movimientos religiosos entre los blancos.

Entre los iroqueses, surgió una nueva formulación religiosa que sería el instrumento de su próximo renacimiento como pueblo [8]. En 1799 un jefe de la Liga Seneca llamado Lago Bonito, que se embriagaba a veces, empezó a tener una serie de visiones de revelaciones religiosas, en las que el Ser Supremo le dio instrucciones para la salvación de los iroqueses: el *Gaiwiio* o «Buena Palabra». Hubo muchas partes del mensaje reveladas a Lago Bonito durante el curso de varias visiones, que incorporaban ángeles, Jesús y otros elementos del cristianismo, así como de la cosmología iroquesa, siendo instruido en ellas

[8] A. F. C. Wallace, *The Death and Rebirth of the Seneca*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1970.

para extender su mensaje a través de las Seis Naciones. Las prédicas de Lago Bonito enseñaron la nueva del fin apocalíptico del mundo, del que los auténticos creyentes en *Gaiwiio* serían librados. Los hombres y las mujeres iban a evitar los grandes pecados de brujería, la magia amorosa, el aborto y la embriaguez, así como otros pecados como jugar a las cartas. Lago Bonito también predicó la necesidad de la salvación, que podía lograrse por la confesión de los pecados, la temperancia y la realización correcta de las principales ceremonias públicas tradicionales de los iroqueses, bajo el liderato tradicional, aunque predicó en contra de las actuaciones de las sociedades de curación secretas, como por ejemplo los Rostros Falsos.

Cuando sus enseñanzas se desarrollaron, Lago Bonito pidió la adopción de muchas de las artes de la civilización, que los cuáqueros estaban intentando impartir a los iroqueses, incluyendo el valor de aprender la lengua inglesa. También iba entretejido un evangelio social de temperanza, paz y preservación de las tierras iroquesas en lo que acabó siendo conocido y publicado como el *Código de Lago Bonito.* Hasta su muerte en 1815, continuó la propagación de su «nueva» religión, que en muchas cosas era una reelaboración de aspectos seleccionados de la creencia, rituales e ideas filosóficas tradicionales iroqueses, en relación a las circunstancias, buenas y malas, de los comienzos de la vida en la reservación para los iroqueses. Después de su muerte, sus seguidores desarrollaron y dieron forma a sus enseñanzas en la Iglesia de Lago Bonito o la religión de la Casalarga que se extendió por las reservaciones de los Estados Unidos y Canadá, por toda el área iroquesa. Alrededor de 1850, la religión acabó de establecer sus rituales, mantenidos en casas de estructura rectangular con un arreglo mobiliario uniforme. Con el tiempo, la nueva religión acabó siendo considerada como la tradicional iroquesa (de la que de hecho incorpora mucho), pero por su código de conducta y evangelio social, la religión estableció una especie de acercamiento a las facciones cristianas entre los iroqueses. La religión de Lago Bonito probó ser una efectiva acomodación cultural, dando a los iroqueses una autorrenovada autoconfianza y preservando muchos elementos de la creencia nativa y la práctica ritual, mientras al mismo tiempo promocionaba la adopción de técnicas prácticas para adaptarse a las circunstancias económicas y políticas impuestas por la dominación blanca. La religión de Lago Bonito es el

clásico caso de movimiento de revitalización entre un pueblo nativo bajo presión aculturativa, sobreviviendo con fuerza en la actualidad.

En el Sur, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, no habría un guía como Lago Bonito para conducir a los indios por un camino hacia la civilización del hombre blanco, preservando a la vez largos e importantes segmentos de cultura nativa. A pesar de ello, con el tiempo, los creeks, chickasaws, choctaws, cherokees y semínoles iban a ganar el sobrenombre de «Las Cinco Tribus Civilizadas», en virtud de la emulación directa de las formas euro-americanas de gobierno, educación, economía (incluyendo la posesión de esclavos negros), jurisprudencia y mucho más. Quizás los primeros entre ellos en remodelar su sociedad junto a las líneas de la blanca fueron los cherokees, especialmente desde que se inventó un sistema escrito para la lengua por el mestizo cherokee Secoya (George Gist) en 1824, que llevó muy pronto a un periódico tribal bilingüe. Particularmente influyentes en conducir a los cherokees por la senda de la civilización fueron mestizos prominentes como John Ross, que quizás no tenía más que un cuarto de ascendencia india. Tal vez sea significativo que de todas las tribus meridionales, los cherokees hubieran sido los más duramente castigados por los americanos en la lucha antes, durante e inmediatamente después de la Revolución Americana. Sin embargo, los cherokees no fueron unánimes en su apoyo de las políticas estadounidenses, especialmente en las que demandaban mayores concesiones de tierra y reubicación a finales del siglo XIX.

En el caso de los creeks, el plan de civilización exacerbó las líneas de división existentes. Geográficamente, las varias veintenas de poblados que constituían la nación creek se dividieron entre los superiores e inferiores. Algo paradójicamente, por virtud de las vías fluviales del país creek, los pueblos superiores tuvieron generalmente relaciones más favorables con los británicos que los pueblos inferiores. Estos últimos probablemente se beneficiaron más por el sistema de factoría que los anteriores. El apoyo de los jefes de los poblados hacia un gobierno nacional creek centralizado varió considerablemente, aunque no necesariamente se dividió en las líneas superior e inferior. Una de las disposiciones del código legal nacional creek por la que su agente, Benjamin Hawkins, presionaba y finalmente consiguió, era hacer el asesinato un crimen castigable por el Consejo Nacional, en vez de una ofensa a ser solventada entre clanes, tanto por venganza de sangre o precio de san-

gre, como había sido establecido durante largo tiempo en el sistema nativo de justicia. Los que se oponían al plan de civilización estadounidense, y a menudo más favorablemente inclinados hacia los británicos, estaban a punto para el mensaje nativista de los hermanos shawnee, Tecumseh, organizador militar, y Tenskwatawa, místico y profeta, en el periodo inmediatamente anterior a la guerra de 1812. Debido a sus hazañas militares, Tecumseh figura más prominentemente que su hermano en la historia de la implicación india en los acontecimientos que rodearon a la guerra de 1812.

La expansión estadounidense y la guerra de 1812

Tecumseh había peleado en el lado británico en la Revolución Americana. Después, participó en la coalición de tribus del Viejo Noreste en las guerras de la década de 1790. A pesar de la derrota de la coalición india en Fallen Timbers en 1794, a comienzos del siglo XIX Tecumseh, entonces de treinta años, viajó extensamente entre las tribus fronterizas con los blancos y recomendó una gran confederación de todas las tribus para detener el avance de los americanos. Él y su hermano también clamaron por el rechazo de las influencias blancas negativas —especialmente alcohol—, retorno a los modos tradicionales y negación a ceder ninguna tierra más. Sorprendentemente, los iroqueses rechazaron firmemente las invitaciones de Tecumseh para unirse a su movimiento, en parte al menos por el mensaje religioso revitalizante, pero acomodativo, de Lago Bonito, cortado específicamente a medida de los iroqueses. Igualmente, su influencia parece haber miniminizado el alistamiento de los iroqueses tanto en el bando británico como americano en la guerra de 1812.

En la frontera americana, la guerra de 1812 entre los Estados Unidos y Gran Bretaña se enredó en una serie de conflictos militares entre indios y blancos. En el Viejo Noreste, Tecumseh y Tenskwatawa habían ganado muchos seguidores a su movimiento. Ya en 1811, un número de éstos había formado una gran comunidad intertribal en Prophetstown, donde el arroyo Tippecanoe se une al río Wasbash en la parte noroeste del Territorio de Indiana. Las tensiones iban subiendo sobre un contestado tratado por el que los delawares y potawatomis habían vendido tierras adicionales dos años antes. Dejando Prophets-

town bajo el liderato de su hermano, Tecumseh viajó al sur para tratar de ganar conversos a su movimiento entre los creeks, con quienes éste estaba relacionado a través de su madre. A pesar de la advertencia hecha a su hermano de mantener la paz durante su ausencia, Tenskwatawa fue provocado a un ataque prematuro sobre la columna en avance de 1.000 militares bajo el mando del gobernador territorial William Henry Harrison. Los indios fueron derrotados en Tippecanoe (de aquí, el lema de la campaña presidencial de Harrison, años después, «Tippecanoe y Tyler también»). Aunque muchos de los habitantes de Prophetstown perdieron el entusiasmo por el movimiento de Tecumseh, cuando el líder retornó del sur reunió apoyo entre las tribus. Aliado con los británicos, desplegó quizás hasta 15.000 guerreros contra los americanos durante la guerra de 1812 en la región de los Grandes Lagos Orientales, haciendo a los indios la fuerza principal de los ingleses en esa área. Tecumseh fue muerto en la batalla de Thames, en Canadá, en 1813. Con su muerte, así, también perecieron las perspectivas de una alianza militar entre las tribus para hacer retroceder la frontera americana en avance.

Entre los creeks, la facción opuesta a los Estados Unidos y el plan de civilización se conoció como los Palos Rojos. Eran las gentes que habían sido animadas por la visita de Tecumseh y habían creado su propio movimiento militar nativista. Diversos incidentes resultantes de las acciones del Consejo Nacional creek, respaldado por los Estados Unidos, en conexión con la muerte de dos hombres blancos, provocaron violencia entre el Consejo y los Palos Rojos, que no reconocían la legitimidad del nuevo gobierno y sus leyes. Temerosos de una gran declaración de hostilidades, en julio de 1813, los militares del Misisipí tendieron una emboscada a algunos creeks que regresaban de Florida con suministros militares obtenidos de los españoles. Los Palos Rojos tomaron represalias un mes después con un ataque encabezado por el mestizo William Weatherford (Águila Roja) sobre Fort Mims, donde cientos de blancos y creeks leales habían tomado refugio. Se siguió una guerra general, con los nativistas seguidores de los Palos Rojos en un bando y en el otro los «creeks amistosos», algunos choctaws y cherokees, los militares de Georgia, Misisipí y, más importantes, de Tennessee, bajo el mando de Andrew Jackson. La batalla decisiva llegó en marzo de 1814, cuando los voluntarios de Jackson procedentes de Tennessee, los guerreros cherokees y los creeks amistosos bajo las órdenes

del jefe mestizo William McIntosh batieron duramente a los Palos Rojos, cerrados en barricadas bajo el liderazgo de Menawa (Gran Guerrero) en Horseshoe Bend, sobre el río Tallapoosa en Alabama. Siguiendo a la derrota, Jackson dictó los términos del Tratado de Fort Jackson de 1815, por el que se cedía una gran porción de tierra en Alabama a los Estados Unidos, pero se establecían disposiciones para que los jefes y los guerreros de los creeks amistosos tomaran lotes individuales en el área cedida. El cuerpo principal creek fue confinado a un territorio reducido considerablemente a ambos lados de Alabama y Georgia. En varios tratados subsecuentes, los creeks firmaron la pérdida de más y más de su tierra. Después de que el jefe McIntosh firmara secretamente un tratado en 1825 contrario a los deseos del Concilio, fue ejecutado por Menawa.

Tras la derrota de Horseshoe Bend, muchos de los Palos Rojos huyeron a Florida para unirse a los primeros inmigrantes muskoguis que acabaron siendo conocidos como semínoles. Un número considerable de negros esclavos de los plantadores blancos también huyeron a Florida.

Los Estados Unidos se habían ido preocupando cada vez más por la presencia española en Florida durante la guerra de 1812, pero decidieron no usar las fuerzas militares para tratar con ésta como un refugio de los esclavos escapados y los indios antiamericanos. Las tropas de los estados de Georgia y Tennessee invadieron Florida en 1812 y 1813, respectivamente. En 1816, un barco americano lanzó balas y destruyó un fuerte construido por los ingleses en el río Apalachicola, ocupado por negros y conocido a veces como el Fuerte Negro.

Los semínoles habían admitido a los esclavos huidos, aunque algunos de ellos fueron, de hecho mantenidos como tales, pero generalmente disfrutaron mayor libertad y mejor trato que en manos de sus dueños blancos. En algunos casos, los negros formaron sus propias aldeas separadas, junto a una comunidad semínole; otros vivían y se casaban como gente libre entre los semínoles. En diferentes grados, los negros asumieron los modos de vida de los semínoles, una versión modificada de la cultura creek, y se distinguieron como guerreros e intérpretes. La respuesta de estos semínoles y sus aliados negros a la agresión americana se conoce como la Primera Guerra Semínole. Sin embargo, algunos historiadores señalan que, dada la composición de estos resistentes a los americanos, ésta y especialmente la Segunda

Guerra Semínole (1835-1842) fueron más guerras afro-americanas que indias. En 1817, un ejército de 1.500 blancos y 2.000 indios creeks, encabezados por Andrew Jackson, trabaron batalla con las fuerzas negras y semínoles justo al norte de la frontera entre Florida y Georgia. A mediados del año de 1818, Jackson había invadido la Florida española con sus tropas y rendido toda resistencia. Por un tratado de 1819, plenamente ratificado por ambas partes en 1821, España transfería Florida a los Estados Unidos por cinco millones de dólares, y Andrew Jackson era designado primer gobernador de este territorio. Anteriormente, en 1800, España había ya devuelto Luisiana a Francia, así que con la transferencia de Florida, quedaba eliminada de la competencia por el este de Norteamérica. Por el tratado de transferencia de Florida a los Estados Unidos, España también renunciaba a cualquier reclamación que pudiera tener sobre el territorio de Oregón, en el Noroeste pacífico.

En 1803, los Estados Unidos compraron Luisiana. La compra de Luisiana se extendía del río Misisipí a las Montañas Rocosas y del Golfo de México a la frontera de Canadá. Thomas Jefferson envió la expedición de Lewis y Clark de 1804 a 1806 para cruzar el nuevo territorio, alcanzar el Pacífico y regresar. Con su expedición, los Estados Unidos empezaron sus relaciones oficiales con las tribus de las Praderas occidentales, las Grandes Llanuras y la Meseta. Desde las aldeas hidatsas y mandanas del río Misisipí superior, Lewis y Clark fueron guiados por una mujer shoshoni llamada Sacajawea, que se hizo famosa en la historia popular por ello. Tras la compra de Luisiana, se formó oficialmente el estado del mismo nombre en 1812. En las dos décadas siguientes a la guerra de 1812, los Estados Unidos reocuparon los fuertes de los Grandes Lagos superiores que había mantenido Gran Bretaña en Michigan, Illinois y Wisconsin. Se levantó una hilera de fuertes desde la actual Minnesota hasta Oklahoma. Las tribus indias cedieron casi todas sus tierras restantes de los actuales Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Wisconsin, Missouri y Arkansas. Y durante 1823-1825, los militares estadounidenses enviaron expediciones Missouri arriba, primero, para castigar a los arikanas por matar a algunos tramperos de pieles y luego para hacer tratados con los sioux, cheyennes, mandanos, arikaras, cuervos, hidatsas, osages y kansas. Aun cuando los Estados Unidos estaban haciendo sus primeras incursiones a las Llanuras, atrayendo a las

tribus del área aún autónomas, se estaba preparando el momento para el traslado de las tribus subyugadas del Este.

El traslado

La compra de Luisiana proporcionó a los Estados Unidos el territorio para llevar a cabo otra solución a su «problema indio». Desde comienzos de la década de 1800, los líderes del gobierno habían propuesto la final reubicación de todos los indios del este del territorio de los Estados Unidos en las tierras cruzando el Misisipí. Se asumía que el asentamiento blanco llevaría al menos tantas generaciones para extenderse de los Apalaches al Misisipí como se había tardado en que la gente blanca colonizara plenamente el territorio entre el Atlántico y los Apalaches, o aproximadamente 200 años. En ese lapso de tiempo, las tribus indias podrían estar plenamente «civilizadas», si no extinguidas, y preparadas para unirse a los blancos en una única nación. Mejor que intentar conseguir tierras para los indios en el este, sería menos disruptivo para ellos y para la frontera en avance conseguirles unas tierras permanentes cruzando el Misisipí. Desde los puntos de vista humanitarios, se racionalizaba, su eliminación del Este también protegería a los indios del acoso y las influencias degradantes, especialmente el whiskey, que los elementos más básicos de la sociedad blanca le llevaban cuando eran rodeados por territorios no indios. Finalmente, el gobierno federal estaba encontrando cada vez más difícil controlar a los estados y territorios, especialmente en el Sur, deseosos de anexionarse las tierras no cedidas y de extender su jurisdicción sobre las tribus indias.

Cuando crecieron las presiones de los blancos en el Este, a los indios en conjunto no les pareció mal la idea de trasladarse más allá del Misisipí. Algunos, los más destacados de ellos los delawares, ya se habían reubicado por iniciativa propia, de su situación en la costa del Atlántico al primer contacto blanco, a las praderas del mediooeste. De hecho, alguno de ellos finalmente se trasladaron al Territorio Indio, al oeste del Misisipí, de donde tuvieron que marcharse varias veces más, hasta que finalmente se asentaron en lo que hoy es Oklahoma. Para 1817, un número considerable de cherokees había sido inducido a trasladarse al Territorio de Arkansas, pero ya en 1828, los colonos blancos

estaban metiéndose en estas nuevas tierras. Por un tiempo, el gobierno federal permaneció firme en su resolución de mantener a los colonos fuera de estas tierras cherokees, pero finalmente los indios también se trasladarían a Oklahoma.

Uno de los grandes defensores de la idea del traslado de los indios era Andrew Jackson. Durante su mandato como presidente de los Estados Unidos (1829-1837), se puso en práctica toda la fuerza de esta política. La ley general del Traslado Indio fue aprobada en 1830, con los fondos necesarios para llevarla a efecto. Entre los primeros en ser afectados estuvieron los sac y fox de Illinois. Éstos habían permanecido en su territorio, como se había determinado en un tratado de 1804, por el que se había cedido la tierra, pero se había permitido a la tribu continuar su uso hasta que los asentamientos blancos llegaran a la zona. En 1831, una facción de ellos, encabezados por el jefe Halcón Negro, repudiaron el tratado, rechazaron el consejo del jefe acomodaticio Kekokuk y volvieron a su aldea cerca del río Rock, donde había comenzado el asentamiento blanco. Una muestra de la fuerza de los soldados blancos fue suficiente para expulsar a los seguidores de Halcón Negro en 1831. Al año siguiente, cuando los indios regresaron, estalló la lucha en mayo, y durante varios meses los sac y fox evadieron a las tropas y ganaron algunas escaramuzas en lo que fue registrado en la historia como la Guerra de Halcón Negro. Uno de los soldados del ejército que combatía a la gente de Halcón Negro era Abraham Lincoln. Para agosto, esta banda de 500 indios casi había perecido completamente. Los Estados Unidos aprovecharon la ocasión para elaborar otro tratado de cesión de los sac y fox y para su traslado al Territorio Indio. Aunque éstos fueron finalmente expulsados (primero a Kansas y luego a Oklahoma), una facción conservadora de indios fox regresó a Iowa en la década de 1850 y pudieron finalmente comprar tierra para ellos cerca de Tama, donde varios cientos de sus descendientes permanecen.

Al norte de los sac y fox, algunas de las tribus restantes en el norte de Minnesota, Wisconsin y Michigan pudieron evitar el traslado completamente o en parte mediante tratados o retirándose a las regiones boscosas septentrionales. Los ojibwas o chippewas evitaron el traslado, al igual que los menominis. Algunos de los winnebagos fueron llevados a Nebrasca, pero un número considerable permaneció en Wisconsin. De forma similar, las tribus otawas, potawatomis y miamis sólo fueron par-

cialmente trasladadas al Territorio Indio, permaneciendo grandes segmentos de ellas en sus territorios originarios de Michigan, Wisconsin e Indiana. Otros, como los kickapoos y peorias, fueron trasladados completamente de su territorio; algunos de los kickapoos finalmente se marcharon a México. Aunque se hicieron esfuerzos para trasladar a los iroqueses del estado de Nueva York durante la década de 1830, muchos se las arreglaron para permanecer en sus diseminadas y diminutas reservaciones. Sin embargo, otros fueron transferidos al Territorio Indio, al igual que los wyandot. Anteriormente, en la década de 1820, se permitió a una porción considerable de oneidas comprar tierra en Wisconsin y trasladarse a ella. Posteriormente, en la década de 1830, otros oneidas se fueron a Ontario (algunos ottawas también se trasladaron aquí). Diversos de estos reubicados del mediooeste y el norte tuvieron que hacer traslados adicionales cuando el original Territorio Indio, que incluía Kansas y Nebraska, fue reducido al área actual de Oklahoma. El Territorio Indio, fue, desde luego, ocupado por la gente de la Pradera occidental y las Llanuras. Aunque los Estados Unidos tomaron medidas para asegurar tierras para los recién llegados, surgieron conflictos armados entre las tribus indígenas y los reubicados de tiempo en tiempo durante décadas.

El traslado alcanzó su forma más dramática con las Cinco Tribus Civilizadas del Sureste. Además de los cherokees, algunos choctaws y creeks se habían reubicado voluntariamente en el Oeste en la década de 1820. En la década siguiente, los cuerpos principales de las Cinco Tribus Civilizadas que quedaban al Este del Misisipí firmaron tratados cediendo las tierras del este y disponiendo su transferencia a nuevas tierras en el Oeste. En el caso de los creeks y choctaws, se establecieron disposiciones para que los individuos pudieran tomar parcelas en su país de origen, separándose políticamente de sus tribus para convertirse en «ciudadanos indios». Un número mediano de choctaws permaneció en Misisipí y algunos finalmente regresaron del Territorio Indio. En el suroeste de Alabama, un puñado de creeks permaneció en parcelamientos tomados por los términos del Tratado de Fort Jackson de 1815, anterior al traslado, quedando algunos de sus descendientes como una banda característica creek [9]. Los chickasaws fueron trasladados completamente durante 1832-1834.

[9] J. A. Paredes, «Federal Recognition and the Poarch Creek Indians», en *Indians of the Southeastern United States in the Late 20th Century, op. cit.*, pp. 120-139.

Desde 1834, algunos de los creeks opusieron resistencia armada al plan de traslado. Otros creeks se marcharon al Sur para tratar de unirse a los semínoles, que por entonces se encontraban en el centro de Florida. La resistencia creek en el este de Alabama se derramó por la franja oeste de Florida [10]. A través de diferentes fraudes, los especuladores en tierra pudieron finalmente adquirir todas las concesiones individuales que algunos creeks habían tomado por los términos de su tratado de traslado de 1832. Éstos fueron trasladados en masa, principalmente en 1836, por contratistas del gobierno. Algunos hicieron todo el camino por tierra hasta el Territorio Indio; otros fueron transportados parte del recorrido en botes por el río. En ambos casos, los creeks sufrieron grandemente en su migración hacia el Oeste.

Sin embargo, el traslado más devastador de todos fue el de los cherokees, rodeados completamente por soldados estadounidenses, que trasladaron a la fuerza a todos los que se resistieron, menos a unos pocos que se refugiaron en las montañas del norte de Georgia y el oeste de Carolina del Norte. Miles de cherokees murieron en el infame «Sendero de Lágrimas» desde sus tierras natales hasta el Territorio Indio en 1838. Su adopción de la civilización euroamericana no los protegió del traslado. Las gentes de Georgia estaban particularmente ávidas porque los cherokees fueran eliminados, debido a que se había descubierto oro en su territorio. Además, en 1832, la Suprema Corte de los Estados Unidos, en *Worcester versus Georgia,* tomó una decisión histórica al establecer que las tribus indias eran naciones semisoberanas y domésticas bajo la protección federal; así, las leyes de Georgia no se aplicaban dentro del territorio de la nación cherokee. Irónicamente, aunque los cherokees fueron echados de sus tierras a la fuerza seis años después, *Worcester versus Georgia* se convirtió en la principal autoridad como precedente legal para las declaraciones de soberanía tribal de las tribus norteamericanas a finales del siglo xx. Se supone que el presidente Andrew Jackson recalcó, sobre esta determinación, refiriéndose al jefe de justicia, «Mr. Marshall ha tomado su decisión, ahora dejémosle que la haga cumplir», dando a entender, por supuesto, que nada saldría al paso de su determinación de poner en práctica su política india.

[10] B. R. Rucker, «West Florida's Creek Indian Crisis of 1837», en *Florida Historical Quarterly,* 69 (1991), pp. 315-334.

Aunque los semínoles eran la tribu menor a ser transferida, presentaron la resistencia armada más fuerte. El líder de la resistencia más notable fue Oscelola, hasta que fue capturado bajo bandera de tregua en 1837. Los Estados Unidos emplearon gran cantidad de indios creeks junto con las tropas regulares en lo que fue conocido como la Segunda Guerra Semínole; muchos de estos creeks iban a volver a su tierra sólo para encontrarse frente al traslado al Territorio Indio. De 1835 a 1842, los semínoles lucharon una guerra de guerrillas que costó a los Estados Unidos 40 millones de dólares y 1.500 bajas, sin lograr una clara victoria. Los Estados Unidos simplemente se marcharon en 1842, dejando varios cientos de semínoles aún sobrevivientes en el sur de Florida (Se ha sugerido que la involucración militar prolongada e inútil de los Estados Unidos en Vietnam en el siglo xx podría haber sido prevenida si se hubieran aprendido plenamente las lecciones de la Segunda Guerra Semínole). De nuevo, en 1851, los Estados Unidos intentaron persuadir a los semínoles restantes para que se reubicaran. Menos de 40 se mostraron de acuerdo en marchar al Oeste. Ya en 1855, se estaba aplicando la fuerza militar y los indios, bajo el liderazgo de Billy Bowlegs, resistían. La Tercera Guerra Semínole se arrastró hasta 1858, cuando Bowlegs se rindió. Éste y su partida de menos de 150 hombres, mujeres y niños recibieron un pago en dinero efectivo y fueron transportados al Territorio Indio. Algunos más fueron inducidos a marcharse al año siguiente. Quizás trescientos semínoles permanecieron en Florida, escapándose del traslado al irse a los vastos pantanos y praderas del sur de Florida.

El gobierno de los Estados Unidos hizo esfuerzos repetidos para trasladar a los creeks de Alabama y a los choctaws de Misisipí hasta la década de 1840; sin embargo, ya en 1849 el comisionado de Asuntos Indios recomendaba no hacer nada más para llevárselos. Aun así, en fecha tan tardía como 1903, unos cuantos choctaws fueron reunidos en Misisipí y Luisiana y persuadidos de marcharse al Territorio Indio, en la víspera de la conversión en estado de Oklahoma. La mayoría de los indios de Luisiana, chitimachas, koasatis, houmas, tunica-biloxis y algunos choctaws, se escaparon del traslado. Igualmente, los oscuros pequeños grupos sobrevivientes de indios del litoral este fueron dejados tranquilos por la política federal de traslado de la década de 1830.

Más allá de la frontera

Mientras los americanos se expandían rápidamente en las décadas siguientes a la revolución más allá de sus fronteras, por lugares que finalmente formarían parte de los Estados Unidos, los pueblos nativos estaban confrontándose con otros representantes de la cultura europea. Aunque la presencia española en Florida dejó poca impresión en las gentes nativas que sobrevivieron allí, España y después México dejaron un legado duradero de la cultura hispana sobre los nativos de Nuevo México, Arizona y, de un alcance algo menor, sobre el sur de California. También sobrevivirían huellas de la influencia española en Texas e incluso en la parte noroeste de Luisiana, pero la mayoría de los nativos de Texas murieron o acabaron en México; los que permanecieron finalmente fueron influidos más fuertemente por los angloamericanos del norte. La cultura europea fue introducida por los rusos a los nativos de Alaska y el Noroeste pacífico en áreas que con el tiempo se convertirían en parte de los Estados Unidos. Finalmente, la influencia británica alcanzaría desde el Norte hasta la región de la Meseta hacia abajo.

En 1769, se establecieron los primeros misión y presidio españoles en Alta California. Entre ese año y 1823, se fundaron más de 20 misiones en dirección norte hasta San Francisco. Aquí, los franciscanos, con soldados, reunían a los indios del área inmediata para formar comunidades basadas en la agricultura de estilo europeo y la producción artesanal, así como en la conversión de los indios al cristianismo, bajo un régimen estricto. En algunos aspectos, el sistema español de misión recordaba al programa de «civilización» de los Estados Unidos en el Este, según algunos escritores. Sin embargo el sistema de misión californiano tenía más en común social y económicamente con el sistema de Florida de 150 años antes, con la reunión de las gentes nativas alrededor de los centros europeos, su control directo por parte de los europeos, producción económica dirigida por estos últimos y la imposición a la fuerza de la religión e ideas extranjeras sobre los indígenas. El programa de civilización norteamericano tendía a favorecer la dispersión de los nativos en vez de su «reducción» a la servidumbre. Quizás la analogía de tradición anglosajona más cercana a las misiones de California eran los «pueblos de oración» de los indios de Nueva Inglaterra, durante el periodo colonial.

Una vez que las misiones fueron establecidas, empezaron a desarrollarse los asentamientos de españoles y mexicanos en el sur de California. Muchos de ellos explotaron ranchos con mano de obra india de la comunidad misionera. En el siglo XIX, los cueros vacunos se habían convertido en una de las principales exportaciones de los californianos meridionales. La reunión de los indios californianos en las misiones contribuyó a propagar la enfermedad. De una población aborigen estimada en 64.500 personas en el área de misión, el número había descendido a quizás tan pocos como 15.000, pero desde luego no más de 30.000 en 1834.

La Revolución Mexicana de 1821 dio entrada a muchos cambios en California. En 1834 se secularizaron las misiones, se eliminó a los padres españoles, los indios se dispersaron, y todo el sistema se había derrumbado ya en 1840, con efectos devastadores y más pérdidas de población para los desmoralizados indios. En 1843 sólo había alrededor de 5.000 indios de misión. Durante la década de 1820, los colonos hicieron incursiones al valle central de California, pero fueron recibidos con rígida resistencia por indios tales como los miwoks. Siguiendo a la secularización de las misiones de 1834, la expansión de los colonos hacia el interior se reasumió con éxito, aunque las epidemias de enfermedades se cobraron su cuota de nativos y los recursos alimenticios silvestres fueron destruidos por los colonos y su ganado. Para la década de 1830, ya existía presencia americana en California. En 1796, entró el primer barco estadounidense en el puerto de Monterrey. Los comerciantes en pieles de un barco americano tuvieron un breve encuentro en 1803 con la guarnición española de San Diego. En 1826, el comerciante americano Jedediah Smith trajo la primera expedición americana por tierra a California. Desde entonces, el número de los «intrusos» americanos comenzó a crecer. Para 1841, la armada de los Estados Unidos aumentó su protección de las costas pacíficas por petición de los inmigrantes americanos de California.

Bajando por las costas del Pacífico desde el oeste y el norte, a finales del siglo XVIII, se encontraban los comerciantes en pieles rusos. Desde 1750 en adelante, éstos se trasladaron primero por las Aleutianas, luchando con los nativos a lo largo del camino, hasta la costa de Alaska. La cumbre del comercio en pieles aleutiano tuvo lugar entre 1770 y 1790. Por ese tiempo, los españoles, los franceses y los británicos empezaron a interesarse en el área, pero los rusos aseguraron su

posición en 1784 con un asentamiento permanente en la isla de Kodiak, frente a la punta suroeste de la masa continental de Alaska. Ya desde 1778, los tlingit de la actual franja meridional de Alaska estaban ocupados en el comercio regular de pieles de nutria marina con los chinos, vía barcos de comercio rusos y otros que anclaban en su territorio. Para finales del siglo XVIII, los tlingit y otros indios intercambiaban de 10.000 a 15.000 pieles de nutria marina por año; la mayor parte de la demanda de los indios eran artículos de hierro y cobre.

Durante los últimos años de 1700 y comienzos de 1800, hubo una intensa competencia entre los comerciantes marítimos rusos, franceses y americanos por la trata de pieles a lo largo de la costa noroeste. A pesar del interés nativo en este comercio, surgieron hostilidades entre los rusos y los indios. Por ejemplo, durante 1802 y 1804, los tlingit invadieron el puesto ruso de Sitka, sólo para que su propia aldea fuera destruida y ellos expulsados del lugar por 150 rusos, 300 aliados aleutianos y bombardeos de dos barcos de guerra rusos. En 1810, los enviados rusos se quejaron ante el gobierno de los Estados Unidos acerca de las acciones de los comerciantes en pieles americanos del Noroeste pacífico, que cazaban ilegalmente y vendían armas de fuego a los nativos. Los planes para la solución propuesta, que habría dado a John Jacob Astor el monopolio de la región, fueron cortados en breve por la apertura de la guerra de 1812. Para asegurar el extremo meridional de su comercio marítimo en 1812, la Compañía de Pieles Rusoamericana construyó la aldea fortificada de Ross, en el norte de California. Mientras tanto, los rusos estaban intentando enfrentar la competencia de la Compañía de la Bahía de Hudson británica, proveniente del interior. En 1841, los rusos vendieron Fort Ross a un colono suizo llamado John Sutter. Aproximadamente al mismo tiempo, los rusos habían alquilado la franja meridional de Alaska a los británicos, marcando el comienzo de su retirada de la empresa americana. Sin embargo, dejaron un legado cultural permanente en los nativos de Alaska mediante la obra de los misioneros rusos ortodoxos que llegaron a América por primera vez en 1794.

Los pueblos nativos del área cultural de la Meseta, situados entre los rusos y los británicos por el norte y el noreste, y los españoles y americanos por el sur y el sureste, también estaban comenzando a tener un contacto constante con los euro-americanos a comienzos del siglo XIX. De nuevo, fue la trata en pieles la conexión inicial. Al menos

ya en 1811, tanto los comerciantes en pieles británicos como los americanos (y algunos iroqueses) alcanzaron el área. En las décadas de 1820 y 1830, los hijos de los líderes de las tribus spokan, kootenais, nez perces y cayuses (aparentemente de buena gana) eran llevados a las escuelas de Canadá por la Compañía de la Bahía de Hudson para aprender inglés, cristianismo y los modos europeos. La descripción de las experiencias de los estudiantes que regresaban fue aparentemente el estímulo que llevó a cuatro hombres nez perce a viajar corriente abajo hasta St. Louis en 1831, para investigar por ellos mismos los poderes del cristianismo. Parece probable que desde una perspectiva nativa, los nez perce creyeran que la religión les proporcionaría los medios para curar las epidemias de viruela y otras enfermedades exóticas que barrían la región por entonces. A la inversa, los misioneros estadounidenses estaban impresionados por el aparente deseo nativo de salvación, así que en 1834 los primeros misioneros católicos y protestantes entraron en la región. Ya la influencia de uno de los indios educados en Canadá había hecho surgir una nueva religión que combinaba las ideas y prácticas nativas y cristianas.

A pesar de los contactos permanentes ya establecidos entre blancos e indios del Lejano Oeste, las gentes nativas de aquí iban aún a sentir el pleno impacto de la expansión angloamericana hacia el Oeste cuando el traslado indio del Este tocaba a su fin. En menos de 60 años, todos los indios de California, Oregón, Washington, todos los que se encontraban entre la Gran Cuenca y las Llanuras e incluso Alaska serían invadidos por la marea de migración americana en avance hacia el Oeste (y el Norte) y serían subyugados a la autoridad de los Estados Unidos. Un gran conflicto entre los mismos americanos, la Guerra Civil, provocaría un ligero respiro en este movimiento hacia el Oeste. En algunas partes, la Guerra Civil se precipitó por los mismos motivos que estaban en la médula del traslado indio: los derechos de los estados. Aunque la Suprema Corte de los Estados Unidos se había determinado contra Georgia en 1832 en *Worcester versus Georgia,* al final el gobierno federal fracasó en proteger a los indios del este de la usurpación de los estados. Casi desde los comienzos de los Estados Unidos como nación independiente, los estados sureños en particular se habían desparejado del gobierno federal sobre quién controlaba las tierras indias y, claro está, sobre la misma presencia de poblaciones extensas de indios, que ocupaban inmensos espacios de tierra altamente

deseable, en los estados y territorios sureños. Añadida a esta fuente de irritación estaba el constante potencial de causa común entre estos indios y los esclavos. La invasión de Florida fue principalmente para aplastar tal ominosa combinación desde el punto de vista de los blancos. El traslado de los indios en la década de 1830 fue en parte una concesión a los primeros defensores de los derechos de los estados, pero tal concesión federal fue sólo temporal.

Capítulo VII

LA GUERRA CIVIL, EL FIN DE LA FRONTERA Y LA SUBYUGACIÓN DE LOS INDIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

Incluso cuando los indios del este estaban siendo expulsados de lo que se había supuesto que sería su hogar permanente más allá del Misisipí, el empuje americano hacia el Oeste seguía acelerándose. En algunos sentidos, este traslado preparó el camino para la expansión blanca a la otra orilla del río. Primero se tuvo que negociar con las tribus que habitaban allí —osages, omahas, pawnees, kansas y otros— para formalizar la cesión de tierras a los Estados Unidos que debían acomodar a los indios inmigrantes. Como eran presionadas por detrás por el margen en avance de la frontera blanca en Iowa, Arkansas y Missouri, las tribus avanzaban más hacia el Oeste, desplazando a su vez a los nativos del territorio, a quienes empujaban ante ellos. Provistas a veces con armas de fuego por el gobierno estadounidense, las tribus reubicadas —especialmente las Cinco Tribus Civilizadas— presionaban sobre las «tribus salvajes» para que retrocedieran más. Los indios recién llegados hacían excursiones para cazar búfalos adentrándose en las llanuras o, como en el caso de los creeks, para expandir sus ranchos de ganado por el flanco occidental de su nuevo hogar en el Territorio Indio. Si se contempla retrospectivamente, casi pareciera que los Estados Unidos hubieran usado a las tribus del Sureste, de las Praderas orientales e incluso del Noreste como una vanguardia de la expansión blanca contra las tribus de las Praderas.

El segundo cuarto del siglo XIX no sólo fue la era de la reubicación masiva de las tribus orientales en las praderas, sino también los años de algunas de las peores epidemias de enfermedades para los indios de la otra orilla del Misisipí. Las pruebas indican cinco probables epidemias de viruela, ampliamente propagadas, durante el periodo de

1828 a 1850, que incidieron en un momento u otro sobre los pueblos de las áreas culturales de las Llanuras, la Costa Noroeste, California y el Subártico occidental. Estas epidemias se añadieron a la mortandad ocasionada por los tres posibles episodios de viruela que afectaron a varias partes del oeste de la otra orilla del Misisipí a comienzos del siglo XIX. Además, las epidemias de cólera golpearon a las tribus de la Pradera en la década de 1830 y de nuevo a la Pradera y las Llanuras en 1849. La devastación en ciertas tribus se acercó a la destrucción total. Por ejemplo, los mandanos del Misisipí, que una vez contaron con cerca de 4.000 personas en nueve aldeas diferentes, se habían reducido por la enfermedad a sólo 1.600 en 1837. Pero, en ese mismo año, los restantes fueron reducidos a sólo 125 personas por una sola epidemia de viruela. Los sobrevivientes se unieron a los arikaras y los hidatsas; sus descendientes viven hoy en la reservación de Fort Berthold en Dakota del Norte.

Afortunadamente, en los años finales de autonomía política de las tribus de las Praderas y las Llanuras, sus modos de vida fueron registrados con considerable detalle por varios viajeros extranjeros a la región. Los principales que entre ellos se encontraban eran el artista Karl Bodmer, un suizo que visitó las tribus del alto Missouri en 1833, y George Catlin, un americano que estuvo en muchas tribus, desde la actual Oklahoma hasta Dakota del Norte, durante sus viajes entre 1830 y 1836. Ambos hicieron numerosos dibujos y pinturas sobre los indios. Catlin, Bodmer y su patrón y compañero de viaje, Maximilian, príncipe de Weid, también tomaron notas y escribieron descripciones sobre las gentes y costumbres que vieron, incluyendo la elaborada ceremonia Okipa de los mandanos. Los trabajos de Catlin, Bodmer y otros son invalorables para los etnólogos y etnohistoriadores, porque incluso durante su tiempo, cuando los pueblos de las Llanuras, la Meseta y algunos de la Gran Cuenca todavía disfrutaban de una vida libre e independiente, enriquecida por los caballos y los bienes de comercio blancos, la expansión americana estaba cerrándose sobre ellos desde virtualmente todas las direcciones. De hecho, fueron los tramperos, comerciantes y soldados blancos que se habían aventurado anteriormente en las Llanuras quienes hicieron posibles los logros de Bodmer y Catlin.

Los americanos más allá del Misisipí

Ya en la década de 1830, habían entrado tantos colonos en Iowa, Missouri y Arkansas, que esas áreas fueron abandonadas como parte del Territorio Indio, teniendo que ser trasladados más al Oeste los indios reubicados en ellas. Aunque el estado de Luisiana contenía bolsas aisladas de indios, no era un refugio para ellos. Un grupo de indios de Luisiana, una comunidad compuesta por alabamas y koasatis (cushattas), había llegado allí desde la actual Alabama en el siglo XVIII, pero en la primera mitad del siglo XIX se marcharon a Texas, al igual que algunos cherokees. Estos últimos finalmente fueron forzados a trasladarse al Norte hasta Oklahoma, así como las tribus comanches, cados y tonkawas, aunque los descendientes de los alabama cusahattas permanecen hasta este día en una extensión de tierra cerca de Livingston, Texas, adquiridas del estado en 1854. Como se describió previamente, los indios restantes de Iowa fueron trasladados a la fuerza más allá del río Missouri en la década de 1830. Incluso antes del Gran Traslado de indios del Este en esta década, Missouri había sido admitido en la Unión en 1821 como el vigésimo cuarto estado y Arkansas siguió en 1836 como el vigésimo quinto. Iowa se convirtió en estado en 1846.

Durante el mismo tiempo, la expansión de los Estados Unidos se extendió también por el Norte y el Sur. Maine se convirtió en un estado separado en 1820, y Michigan y Florida lograron este estatus en 1837 y 1845, respectivamente. En los tres estados, quedaron comunidades indias viables hasta el día presente, aunque algunas sin los beneficios de las reservaciones protegidas federalmente hasta el siglo XX. Las tribus passamaquoddy, penobscot y malecite sobrevivieron en Maine; algunos otawas, chippewas y potawatomi viven todavía en Michigan; y los mikasuki, porciones de los semínoles y escasos descendientes de los creeks sobrevivieron al traslado en Florida. Sobre la frontera principal del Oeste, los asentamientos blancos se habían corrido obviamente mucho más allá del Misisipí en la época del traslado. De hecho, el «nuevo» territorio indio de las décadas de 1830 y 1840, que ocupaba Oklahoma, Kansas y Nebraska, así como las tierras de las «tribus salvajes» del Norte y el Oeste más lejano, estaban ya siendo colonizadas por los americanos en el segundo cuarto del siglo XIX.

Ya en 1824 la agencia india del alto Missouri de la Oficina de Asuntos Indios tenía subagencias para los mandanos y sioux en Dakota

del Norte y Sur actuales, respectivamente. La misma agencia del alto Missouri fue establecida por primera vez en 1819, para regular el comercio en pieles creciente en las llanuras norteñas que siguió a la guerra de 1812. En 1837 había una docena de instalaciones de oficinas indias al oeste del Misisipí, entre las cuales, en 1837, había varias que servían a las tribus reubicadas en el Territorio Indio. No quedaron agencias en el Sureste en este tiempo, pero sí en el Viejo Noroeste, para atender los asuntos de los grupos indios esparcidos que aún permanecían en la región. Para la década de 1850, todas las agencias indias estaban al oeste del Misisipí, aunque algunas se restablecieron en los estados orientales en las décadas sucesivas, para atender los asuntos de las tribus y las comunidades en el área que quedaba o que era tomada bajo protección oficial. Sobre la estela de los comerciantes en pieles que habían atravesado las Grandes Llanuras, crecieron asentamientos blancos permanentes en los puestos de intercambio y los fuertes, sobre los márgenes orientales de las llanuras, en 1827 en Leavenworth, Kansas, y en 1823 en Omaha, Nebraska.

Durante los años finales de la década de 1830 y los comienzos de la de 1840, casi todas las acciones militares estadounidenses con los indios fueron en Florida. Los semínoles pelearon contra estas fuerzas militares en más de 80 ocasiones entre 1835 y 1842 [1]. Al mismo tiempo, las tropas de los Estados Unidos fueron usadas en unas pocas ocasiones contra otros grupos como los cherokees y los kickapoos en la puesta en práctica del traslado. Una vez que estas tropas abandonaron el campo en Florida, los americanos tomaron las armas contra los indios del oeste del Misisipí, comenzando con los comanches de Texas, en 1839.

La década de 1840 fue de acelerada expansión americana hasta el Lejano Oeste pacífico y el Suroeste. En rápida sucesión, los Estados Unidos adquirieron Texas por conquista y diplomacia en 1845; Oregón, incluyendo el estado actual de Washington, en 1846; California en 1848 (las porciones restantes de Arizona y Nuevo México fueron adquiridas por compra a México en 1853). Incluso antes de que estos

[1] La información cuantitativa sobre las acciones militares presentadas en este capítulo se derivan de J. P. Peters (comp.) *Indian Battles and Skirmishes on the American Frontier: 1790-1898*, Nueva York, Argonaut Press, Ltd. (for University Microfilms Inc., Ann Arbor), 1966.

nuevos territorios fueran formalmente adquiridos por los Estados Unidos, los tramperos, comerciantes, misioneros y colonos americanos habían ido a esas áreas en las décadas de 1820 y 1830. De hecho, Texas ya tenía una extensa población de americanos y fue admitido como un nuevo estado de la Unión desde los comienzos de su anexión en 1845, aunque México se negó a la transferencia, lo que dio como resultado la guerra estadounidense-mexicana de 1845-1848. California se convirtió en estado en 1850 y Oregón en 1859, cuando el Territorio de Washington se separó, pero no recibió el estatus de estado para sí mismo hasta 1889. Las tempranas fechas de la constitución de estados de California, Oregón y Texas son indicativas de la velocidad con la que los colonos americanos acudían a estas áreas. Bajo la influencia de la filosofía del «destino manifiesto», la idea de que los Estados Unidos estaban predestinados a ocupar el Continente de costa a costa, los colonos se trasladaban por las llanuras en grandes cantidades, siguiendo los históricos caminos de Santa Fe, California y Oregón.

Tras el descubrimiento de oro en California en 1848, hubo tal rápido influjo de blancos, que no había una frontera india claramente dibujada y el gobierno federal no podía actuar con la suficiente velocidad para proteger a los indios. En consecuencia, la mayoría de las pequeñas tribus de California rápidamente se quedaron sin tierra y fueron diezmados, a menudo, por los ataques genocidas de los blancos. Ochenta tratados negociados con las tribus de california no fueron ratificados por el Senado de los Estados Unidos cuando se le sometieron en 1852, porque, en parte, California se oponía a reservar algunas de las tierras más ricas del estado para los nativos indios. Sólo gradualmente, los indios que quedaban en California después de la embestida de las décadas de 1840, 1850 y 1860 fueron tomados bajo la protección de los Estados Unidos, que adquirieron para ellos pequeñas reservaciones en medio de las áreas de asentamiento blanco, proceso que continúa hasta el presente (1991).

A los indios del territorio de Oregón no les fue mucho mejor. Miles de colonos habían llegado, especialmente al fértil valle de Willamette, en la región más occidental del territorio. Algunas de las tribus fueron capaces de ofrecer una resistencia armada más efectiva que la de los nativos californianos, comenzando con la matanza de los misioneros en 1847 y continuando intermitentemente hasta 1858. No fue hasta 1850 cuando los Estados Unidos extendieron su jurisdicción so-

bre los asuntos indios en el nuevo Territorio de Oregón. Una serie de tratados en la década de 1850 consiguió reservaciones para los indios de Oregón y Washington, aunque a veces varias tribus compartían la misma, como en Warm Springs, en Oregón norcentral. Diversos tratados con las tribus costeras y fluviales también garantizaron los derechos al uso continuado de las estaciones de pesca acostumbradas, aunque no dentro de los confines de la reservación. Estos derechos de pesca, estipulados mediante tratado en el Noroeste pacífico, se iban a convertir en el foco de los conflictos entre indios y blancos en la última mitad del siglo xx. Las pequeñas bandas indias de la Gran Cuenca fueron, como un historiador señaló, «barridos fuera» por los invasores blancos que pasaban a asentarse en sus territorios [2]. Complicando la situación de los pueblos orientales de la Gran Cuenca, especialmente los utes, estaba la creciente presión de las tribus de las Llanuras, ellos mismos oprimidos de manera fuertemente incrementada en su caza del búfalo por la inmigración blanca y las tribus orientales reubicadas. Con la anexión de Texas y la adquisición del territorio suroeste, hubo un aumento de presión sobre el gobierno federal para abrir al asentamiento blanco incluso las porciones del territorio indio ocupado por las Cinco Tribus Civilizadas.

Durante la primera mitad de la década de 1850, los Estados Unidos negociaron diversos tratados con las tribus de las Llanuras para conseguir el paso de los colonos blancos hacia el Lejano Oeste y abrir tierras al asentamiento blanco en las mismas llanuras centrales. Quizás el más famoso de estos tratados fue el del Fort Laramie en 1851, por el cual los sioux, cheyennes, arapahos y otras tribus de las llanuras norteñas estaban de acuerdo en permitir a los Estados Unidos construir carreteras y fuertes, y el paso de blancos por sus territorios sin hostigamiento, a cambio de presentes, rentas anuales y el establecimiento de fronteras de territorios protegidos para ellos mismos. Se hicieron tratados similares con los comanches, los kiowas y algunos apaches de las Llanuras meridionales. Las tribus centrales, como los pawnees, fueron inducidas a ceder mucha de la tierra en la parte de Kansas-Nebraska del territorio indio. El Acta Kansas-Nebraska de 1850 del Congreso de los Estados Unidos organizó la región como un territorio, con sólo

[2] W. T. Hagan, *American Indians,* Chicago, The University of Chicago Press, p. 95.

algunas pequeñas reservaciones indias regadas dentro de su perímetro. Estaba abierta la puerta para los asentamientos, no sólo del Lejano Oeste, sino en las mismas llanuras. Pronto los ferrocarriles empujarían al Oeste desde Missouri y Iowa. Para 1869, el Union Pacific Railroad desde las llanuras y el Central Pacific Road desde California se encontrarían en Promontory Point, Utah, uniendo a los Estados Unidos por raíles de costa a costa. Sin embargo, antes del tren, el telégrafo vincularía las dos costas de los Estados Unidos con la primera línea transcontinental en 1861. Ese año también marcó el comienzo de la Guerra Civil Americana, cuando las tropas de los Estados Confederados de América abrieron fuego sobre Fort Sumter, Carolina del Sur, el 12 de abril de 1861. En los 15 años antes de la Guerra Civil, los conflictos armados entre los indios y los blancos se habían sucedido casi continuamente por diversos puntos del Oeste.

Las guerras indias en el Oeste anteriores a la Guerra Civil

Aunque usualmente se piensa en las llamadas Guerras Indias del Viejo Oeste como un fenómeno de las últimas décadas del siglo XIX, en las dos anteriores a la Guerra Civil, también existieron muchos conflictos armados entre los indios y las fuerzas americanas. Desde 1840 hasta 1861, hubo un total de 308 escaramuzas, incursiones y batallas reconocidas, así como otros conflictos armados entre indios y americanos, incluyendo a las unidades voluntarias y las milicias, además de las tropas regulares. Cuarenta y cuatro de estos conflictos tuvieron lugar en Florida, en la última parte de la Segunda Guerra Semínole y durante la tercera de ellas. Otras 99 de las contiendas se dieron en los territorios suroccidentales de Arizona y, especialmente, en Nuevo México. Las restantes 165 acciones militares entre indios y blancos ocurrieron en el territorio de los Estados Unidos de tradición anglosajona. Texas, con 64, tuvo el número mayor, pero algunas de ellas podrían ser propiamente consideradas parte del conflicto suroccidental entre apaches y blancos. Igualmente, algunas de las 41 acciones de California entre blancos e indios durante esta Era fueron con los indios suroccidentales en la parte del extremo meridional del estado. Muchas de las otras acciones militares californianas fueron poco menos que ata-

ques de un solo lado sobre las aldeas indias, que ofrecían escasa resistencia.

La población estimada de indios californianos en 1849 era de 100.000, sólo aproximadamente un tercio de la del año 1800. Para comienzos de la Guerra Civil, esta población había caído aún más a una estimación de 35.000 personas en 1860. No parece haber existido ninguna epidemia de enfermedad importante durante el último periodo (1849 a 1860), así que mucha de esta pérdida debe ser atribuida a los estragos de las acciones militares. El siguiente mayor número de contiendas entre indios y blancos, de 1840 a 1861, tuvo lugar en Oregón, con 15, seguido, a su vez, por el Territorio de Washington con 13, Utah con 10, Nebraska con nueve, el Territorio Indio con seis, Kansas con cinco, y Colorado y Nevada con una cada uno.

Durante el periodo de 1840 a 1861, sólo durante tres años (1843-1845) no se registraron formalmente conflictos armados entre indios y americanos. El año punta para tales conflictos fue 1860 con 34, pero 22 de ellos fueron en el Suroeste. Descontando todas las peleas que los navajos y apaches tuvieron con los americanos en esa área, el mayor número anual de acciones militares entre los indios y las fuerzas estadounidenses durante este periodo se dio en 1856, con trece contiendas en Texas, siete en Oregón, cinco en el Territorio de Washington y una en Nebraska y el Territorio Indio, pero sólo cuatro en el Suroeste. Debe destacarse que algunas de las acciones registradas para Nuevo México fueron con los indios de las Llanuras meridionales (kiowas y comanches), así, aunque fuera del territorio de los Estados Unidos de tradición anglosajona, estos conflictos también implicaron a los nativos de fuera del área cultural del Suroeste. En suma, durante las décadas entre el Gran Traslado y la Guerra Civil, se sucedieron los encuentros armados entre indios y americanos casi cada año en algún lugar de los estados y territorios de los Estados Unidos más allá del Misisipí, especialmente en las áreas culturales americanas nativas de la Meseta, California, Suroeste y en las Llanuras meridionales. Algunas de las más devastadoras batallas, a menudo puestas en versión dramática, de los indios de las Llanuras y las tribus vecinas de la Meseta estaban ciertamente por llegar.

La Guerra Civil

La Guerra Civil de 1861 a 1865 se luchó principalmente en los estados desde Missouri hacia el este. A pesar de ello, este conflicto iba a tener impacto sobre los indios del área de los Estados Unidos de tradición anglosajona, especialmente los antiguos del Sureste.

Los Estados Confederados de América entraron en una serie de tratados con las Cinco Tribus Civilizadas, asentadas en lo que ahora es Oklahoma, el Territorio Indio. Mediante ellos, las tribus iban a recibir representación directa en el Congreso Confederado y el derecho a recaudar impuestos de los comerciantes en sus territorios. Los indios semínoles que quedaban en Florida fueron dejados en su mayor parte a la jurisdicción del estado, aunque se contemplaron como una amenaza potencial a la Confederación si se aliaban con las fuerzas federales que mantenían el Ft. Myers, en el sur de Florida. Los semínoles permanecieron neutrales durante toda la guerra, pero sostuvieron relaciones amistosas con ambos bandos [3]. En el Oeste la situación fue diferente.

Aunque las Cinco Tribus Civilizadas se alinearon generalmente con el Sur, un número significativo de cherokees y creeks permaneció leal a la Unión. Muchos de ellos, junto con algunos miembros de las tribus norestes reubicadas, como los kickapoos y los delawares, huyeron a Kansas tras la decisiva derrota a manos de las tropas confederadas de Arkansas. Estas divisiones de lealtades entre la Unión y la Confederación exacerbaron más la emergente escisión entre los cherokees y los creeks a lo largo de las líneas de los de «sangre pura», conservadores culturalmente y los llamados de «sangre mezclada», que usualmente dominaban los gobiernos nacionales tribales y eran más frecuentemente dueños de esclavos. Tal distinción no era absoluta. Por ejemplo, el general Stand Watie de los cherokees era casi un «sangre pura», pero luchó por el Sur —de hecho, mandó la última unidad surista en rendirse a las fuerzas de la Unión. John Ross, de sangre mezclada, era un líder de la facción cherokee que como mucho sólo a regañadientes apoyaron la causa surista.

[3] R. A. Taylor, «Unforgotten Threat: Florida Seminoles in the Civil War», en *Florida Historical Quarterly*, 69 (1911), pp. 300-314.

En conjunto, la Confederación organizó cuatro regimientos indios, que sólo se encargaron de acciones limitadas, excepto la unidad de Watie. A pesar de ello, las Cinco Tribus Civilizadas sufrieron grandes pérdidas en una especie de guerra de guerrillas que opusieron unas facciones contra otras, así como de las incursiones de los blancos del Norte, que se llevaban el ganado indio y quemaban y arrasaban sus asentamientos. Las pérdidas en el Territorio Indio fueron especialmente dolorosas a la luz del éxito con que algunos de los indios se habían adaptado a las tierras del Oeste. Para la década de 1840, los creeks, por ejemplo, producían excedentes agrícolas de algodón y más de 360.000 litros de maíz al año, vendido usualmente a Fort Gibson o enviado a Nueva Orleans. En 1847, el excedente de maíz creek fue mandado a Irlanda. Irónicamente, en los primeros años, fueron los pueblos culturalmente conservadores los más productivos agrícolamente, debido fundamentalmente a la práctica continuada de cultivar un campo comunal [4].

En total, se estima que aproximadamente 15.000 soldados indios sirvieron a la Confederación. La mayoría de ellos lo hicieron en el Oeste, especialmente en Arkansas. Los indios que lucharon por la Confederación al este del Misisipí son en su mayor parte pasados por alto. Por ejemplo, quizás hasta 30 de los descendientes de los creeks a quienes se permitió permanecer en el suroeste de Alabama fueron alistados en la caballería ordinaria y en las unidades de infantería, incluyendo a un descendiente del famoso William Weatherford. Aunque estos soldados no eran generalmente identificados como indios, los registros militares sobrevivientes sobre diversos de ellos contienen descripciones concisas tales como «complexión oscura, ojos negros y cabello negro». Algunos de éstos cumplieron su deber en batallas famosas de la Guerra Civil, como las de Chattanooga y Chickamauga. Los lumbees de Carolina del Norte desempeñaron un papel diferente en esta guerra. Cuando los confederados intentaron enrolarlos para que construyeran fuertes que protegieran los cuarteles generales navales

[4] M. D. Green, «The Creeks in Indian Territory: The Rebuilding of the Nation», en *From Big Game to Bingo: Native Peoples of the Southeastern United States. A Retrospective Occasioned by the Sesquicentennial of the Great Removal*, Actas de una conferencia editadas por J. A. Paredes y J. L. Wright, colección especial, Tallahassee, Fl., Strozier Library, Florida State University (1987), pp. 192-209.

confederados en Wilmington, los lumbees se resistieron, peleando en guerra de guerrillas contra ellos, bajo el mando de Henry Berry Lowery.

Las hostilidades continuaron en la era de la reconstrucción, cuando las nuevas autoridades de la Unión se pusieron de parte de los antiguos confederados contra Lowery y su banda, ayudados por sus simpatizantes de las clases blancas más bajas y los antiguos esclavos.

Por la Unión lucharon algunos menos indios que por la Confederación. Aun así, se estima que 3.000 de ellos sirvieron en el ejército federal, incluyendo una unidad de 135 voluntarios de los oneidas de Wisconsin. El más famoso de todos los indios que sirvieron al Norte en la Guerra Civil fue el general Ely S. Parker, un seneca de Nueva York, que estaba emparentado con senecas prominentes como Chaqueta Roja y Lago Bonito. Educado como ingeniero civil, sirvió en la plantilla del general estadounidense Grant durante la Guerra Civil. Fue Parker quien escribió el borrador final de los términos de la rendición confederada en Appomatox. En 1869, Grant le nombró comisionado de Asuntos Indios, puesto que mantuvo hasta 1871, siendo el primer indio en ocuparlo. (Pasaron casi 100 años antes de que otro indio, Robert Bennett, un oneida, fuera designado para el puesto en 1966; desde entonces, todos los comisionados de Asuntos Indios han sido indios.) Ely Parker también fue un colaborador con Lewis Henry Morgan en los tempranos estudios antropológicos de finales del siglo XIX sobre los iroqueses.

La Guerra Civil pudo haber ralentizado las hostilidades entre indios y blancos en el Oeste, pero desde luego no las detuvo. Si contamos las acciones contra los indios en la última parte de 1861, tras el comienzo de la Guerra Civil el 12 de abril, hubo, aproximadamente, 215 escaramuzas, incursiones, batallas y otras acciones en las que se implicaron las fuerzas americanas e indias (incluyendo a los confederados) antes del fin de la Guerra Civil, el 9 de abril de 1865. Sesenta y tres de ellas fueron en Nuevo México y Arizona; las restantes, alrededor de 152, tuvieron lugar en el resto del territorio de Estados Unidos. Las áreas con mayor número de encuentros militares entre indios y blancos fueron California (c. 50), el Territorio de Dakota (c. 39), Colorado (c. 20) y Kansas (c. 19), pero el Territorio de Washington, Oregón, Nevada, Utah, Montana, Idaho, Texas, Nebraska, el Territorio Indio (Oklahoma) y Minnesota, todos fueron testigos de al menos un

encuentro armado registrado oficialmente entre indios y blancos. Todos estos episodios incluyen varios conflictos importantes.

Los dakotas orientales o indios santees de minnesota crearon lo que a veces es llamado el Gran Levantamiento Sioux de 1862. Frustrados por la mala gestión de la agencia estadounidense, el incumplimiento gubernamental de entregar las provisiones prometidas y rodeados por colonos blancos, los sioux del suroeste de Minnesota hicieron una revuelta. Encabezados por Pequeño Cuervo y varios otros jefes de bandas, los santees destruyeron la agencia y mataron a más de 800 colonos a finales del verano de 1862. El levantamiento fue reprimido en escasos meses por un gran fuerza de voluntarios de Minnesota. Por tomar parte en la revuelta, 303 indios fueron sentenciados a muerte por una comisión militar; las sentencias de todos menos 38 fueron conmutadas por el presidente Lincoln. Los 38 fueron ejecutados en la horca públicamente en Mankato, Minnesota, el día siguiente a la Navidad de 1862. Algunos de los sioux habían huido a Canadá; dos de sus líderes fueron hechos regresar y ejecutados en 1865. La petición de los blancos de trasladar a los indios del área era particularmente fuerte. Algunos de los indios huyeron al Oeste, al territorio de Dakota; otros fueron confinados en campos de concentración para ser trasladados finalmente a Nebraska. Algunos permanecieron permanentemente en Canadá, y unos pocos se quedaron sin hacer ruido en Minnesota, donde fundaron pequeñas comunidades que todavía existen hoy. No todos los sioux de Minnesota se habían unido al levantamiento. Algunos ayudaron activamente a las fuerzas americanas, pero incluso varios de los que no habían participado en la revuelta perdieron sus tierras en Minnesota. Según los informes, al menos uno que había ayudado activamente a los blancos durante el levantamiento estaba entre los 38 ahorcados en Mankato.

A continuación del levantamiento de Minnesota, en 1863, el general John Pope envió una fuerza punitiva de varios miles de soldados hacia el oeste de Minnesota y el río Missouri arriba, contra los santees refugiados y los teton dakotas. Los últimos habían acabado agitándose por la avalancha de blancos a los campos de oro de las Montañas Rocosas. Varios cientos de indios santees perecieron, otros huyeron a Canadá y los teton fueron conducidos más al Oeste. De nuevo, en 1864, uno de los generales de la campaña del año anterior dirigió varios miles de hombres contra los sioux del Territorio de Dakota. Como resul-

tado, se estableció Fort Rice en el alto Missouri, pero los indios no fueron rendidos.

En 1864, los indios cheyennes y arapahos respondieron a los esfuerzos de las autoridades de Colorado por tomar más de sus tierras atacando a los que viajaban por su territorio de caza meridional, en el este de Colorado y el oeste de Nebraska. El gobernador de Colorado convocó a la milicia. Una banda de cheyennes bajo el mando de Tetera Negra fue a Fort Lyon, en el río Arkansas superior, a hacer la paz, y luego establecieron su campamento de invierno en el arroyo Sand, a alrededor de 64 kilómetros de allí, pensando que estaban bajo la protección de los Estados Unidos. El 29 de noviembre de 1864, este campamento de aproximadamente 500 personas fue sorprendido por una columna de milicianos de Colorado, bajo el mando de un ministro metodista, el coronel John Chivington. Aunque Tetera Negra ondeó una bandera americana y otra blanca de tregua ante su tipi, las fuerzas de Chivington atacaron sin misericordia y mataron a alrededor de un tercio de sus seguidores, fundamentalmente mujeres y niños. Las narraciones de los testigos presenciales indican que los militares llegaron al frenesí de la brutalidad, apaleando niños, sacando las entrañas a las mujeres embarazadas y mutilando los cuerpos de otros modos. (Tetera Negra sobrevivió pero pereció en una incursión similar en 1868). Cuando la noticia de la masacre del arroyo Sand, como ha sido llamada, llegó al Este, muchos americanos se indignaron, pero en Denver, Chivington fue considerado como un héroe, cuando testificó el éxito de su misión con la presentación pública de 100 cabelleras indias tomadas en el arroyo Sand.

Este incidente provocó una ampliamente extendida hostilidad en las llanuras centrales y septentrionales, no sólo de los cheyennes y arapahos, sino también de los kiowas, los comanches y los teton dakotas, que atacaron a los puestos militares en 1865. Una expedición de varios miles de soldados americanos fue incapaz de subyugar a ninguno de los indios. La serie de tratados del otoño de 1865 sólo retrasaron brevemente las guerras siguientes entre blancos e indios en las altas llanuras, que se extenderían durante una década y media tras la Guerra Civil.

En el otro lado de las Rocosas, la frontera blanca iba avanzando hacia el Este, desde Oregón y California, durante la Guerra Civil, especialmente con los que buscaban hacer fortuna en las minas de plata

y los depósitos de otros minerales descubiertos desde Nevada hasta Idaho. Una brigada de voluntarios de California que avanzaban hacia el Este, peleando con los utes, los bannocks y los shoshonis, rindió a la mayoría de los indios de Utah en 1863. Sin embargo, en Oregón, las unidades de voluntarios tuvieron menos éxito en frenar a los paiutes del norte en sus ataques a los mineros que se dirigían al Este, hacia Idaho; tras la Guerra Civil, las tropas regulares derrotarían completamente a los indios de Oregón, a comienzos de la década de 1870. De vuelta en California, muchas de las tribus septentrionales que habían sido confinadas en pequeñas reservaciones desde las guerras de la década de 1850 se escaparon en 1862. Durante dos años, lucharon contra las unidades de voluntarios californianos, pero finalmente fueron aplastadas. Lejos, en el Norte, los nativos de Alaska, que iban a encontrarse pronto bajo la jurisdicción de los Estados Unidos, estaban empezando a sufrir los efectos económicos del suministro en declive de nutrias marinas y focas. Ansiosos por retener su posición de intermediarios en el comercio de pieles tierra adentro, los tlingit ya habían demolido Fort Selkirk en 1851, y atacaron y mantuvieron durante varias horas un vapor británico en 1862.

A pesar de las continuadas hostilidades entre indios y blancos en el Oeste desde 1861 hasta 1865, la atención nacional se dirigía fundamentalmente hacia las grandes batallas de la guerra entre los estados que se libraba en el Este. Al final de ésta, surgiría una nueva marea de emigrantes americanos hacia el Oeste, aumentada por una masa en expansión de inmigrantes europeos llegados a los puertos atlánticos. Con el empujón procedente de la movilización de esfuerzos por la Guerra Civil, la revolución industrial marchaba bien a través de todo el Norte. Tras de derrota de la Confederación y la restauración del orden en el Sur, las tropas del ejército regular pudieron ser desplegadas hacia el Oeste para proteger a los nuevos colonos, muchos de ellos sureños desplazados. El Ejército de los Estados Unidos aseguraría por la fuerza que los indios se mantuvieran confinados en sus reservaciones cada vez menores. Y también se aseguraría de que las líneas de transporte y comunicación en avance (ferrocarriles y telégrafos) entrelazan las llanuras y desiertos, enlazando a los crecientes centros poblacionales de unos Estados Unidos en rápida industrialización. En 1885, cuando sólo quedaba una última y débil resistencia india, la gran mayoría de las tropas regulares del Ejército estadounidense había sido desplegada al oeste de

las fronteras orientales de Nebraska y Kansas. El resto del ejército fue ampliamente distribuido sobre el este de los Estados Unidos, con pequeñas unidades situadas en los puertos marinos principales junto a los Grandes Lagos y otros pocos puntos. Justo diez años después, en 1895, las tropas estadounidenses estaban bastante uniformemente guarnicionadas de costa a costa y de Norte a Sur. En menos de tres décadas, los indios del vasto interior más allá del Misisipí habían sido derrotados, completando la final subyugación de los pueblos nativos de los Estados Unidos. Los hechos muy novelados de la última lucha en las décadas que siguieron inmediatamente a la Guerra Civil son los que continúan excitando la imaginación popular y sustentan el estereotipo más duradero y romántico del indio americano.

Derrota final

Al final de la Guerra Civil, la población india total de los Estados Unidos, incluyendo el Suroeste, se estaba aproximando a su punto bajo de menos de 300.000 personas; la población de no indios estaba acercándose a los 38.000.000 de personas. Los indios que sintieron los efectos más inmediatos de las consecuencias de la Guerra Civil fueron las tribus que se habían aliado con los confederados. Los Estados Unidos asumieron la posición de que las Cinco Tribus Civilizadas habían abrogado sus tratados anteriores al unirse con los Estados Confederados. Éstas difícilmente podrían haber hecho otra cosa, con Arkansas y Texas colindantes y su abandono por las tropas federales. Se necesitaba nueva tierra para las tribus que los americanos planeaban reubicar en el Territorio Indio, así que los cherokees, los creeks, los chickasaws, los choctaws y los semínoles fueron forzados a ceder sus tierras occidentales. Aquellas tribus que habían tenido grandes facciones que apoyaban al Norte, a pesar de su alianza oficial con los confederados, recibieron no mejor trato que las que permanecieron sólidamente con el Sur. Además, todos los esclavos de las Tribus Civilizadas fueron emancipados, creando la anomalía de grupos de hombres libres, como la Banda de Semínoles Negros Libres, como unidades constituyentes de algunas de las naciones indias. En muchos aspectos, las Cinco Naciones Civilizadas de Oklahoma se enfrentaron a los mismos problemas de reconstrucción tras la Guerra Civil que otros sureños. Sin embargo,

éstas eran ahora un pueblo vencido dos veces y tenían la carga añadida de los colonos blancos envidiosos de sus tierras y el influjo de las tribus de las Llanuras y otras reubicadas a su oeste.

Los esfuerzos de los Estados Unidos por poner a los indios del oeste bajo su control fueron intensificados tras la Guerra Civil. Se siguieron acciones militares especialmente en los años inmediatos siguientes a la guerra. Aunque 1866 presentó sólo aproximadamente el total 50 acciones militares contra los indios (incluyendo el Suroeste), representando una caída del total de 1865 de 70, cada uno de los dos años siguientes tuvo alrededor de 150 batallas, salidas, escaramuzas, etc. con los indios, de las cuales más de 100 fueron en áreas fuera del Suroeste. En conjunto, los últimos cuatro años de la década de 1860 presentaron aproximadamente 480 acciones militares estadounidenses con implicación de indios, la mayoría de las cuales (alrededor de 325) sucedieron en áreas distintas a Arizona y Nuevo México. Las zonas que participaron en más acciones fuera del Suroeste fueron Kansas, el Territorio de Dakota, Oregón y Texas, en este orden, pero hubo un número considerable de ellas en Colorado, Wyoming, Montana, Nebraska y Idaho, y acciones dispersas en Nevada, California, Utah, el Territorio Indio e incluso un par en Alaska durante 1869, a continuación de su compra en 1867.

Una de las confrontaciones mejor conocidas entre los indios y las fuerzas americanas durante la década de 1860 fue la que rodeó el intento de los Estados Unidos de establecer una serie de fuertes a lo largo del Camino Bozeman, a través del Territorio de Dakota (ahora Wyoming). El camino era la ruta principal a los campos auríferos de las Montañas Rocosas. Desde 1866, bajo el liderazgo del jefe sioux Nube Roja, grupos de guerreros cheyennes y sioux resistieron el avance militar al área a lo largo del Camino Bozeman, justo al oeste de lo que se iba a convertir en la Gran Reservación Sioux, que ocupa la mitad occidental de lo que ahora es Dakota del Sur. En el conflicto, ambos bandos experimentaron algunas victorias sobre el campo de batalla. En 1868, por el Tratado de Fort Laramie, Nube Roja asintió en asentarse con su gente en la reservación, pero los Estados Unidos estuvieron de acuerdo en abandonar los fuertes del Camino Bozeman y reconocer la región circundante como tierra india no cedida, donde los grupos de sioux que no desearan asentarse en la reservación podrían aún vivir y cazar. Éste fue uno de los raros ejemplos en los que los indios gana-

ron, aunque temporalmente, la revocación de los avances blancos en sus territorios.

Más al Oeste, los paiutes del norte, no intimidados por las unidades de milicias durante la Guerra Civil, continuaron atacando a los blancos que se trasladaban por la meseta de Oregón. Durante 1866-1868, el general Crook, que se haría famoso posteriormente en las campañas contra los sioux y apaches, emprendió una operación de amplio alcance sobre la región de la Meseta de California a Idaho, y de Nevada a Oregón. Aprovisionado por recuas de animales de carga y asistido por auxiliares shoshonis, finalmente derrotó a los paiutes en 1868, y éstos asintieron en asentarse en la reservación.

Durante todas las guerras indias de finales del siglo XIX, el Ejército empleó exploradores indios de los pawnees, cuervos y otras tribus, incluyendo algunos indios pueblos del Suroeste, en algunas de las campañas del oeste de Texas. De hecho, algunas de las acciones registradas oficialmente suponen sólo destacamentos de exploradores indios en el bando blanco. A menudo los exploradores tomaban parte en acciones contra sus tradicionales enemigos tribales, reminiscencia del patrón de las alianzas indias con las potencias rivales europeas en el este de Norteamérica un siglo antes. La paga que recibían los exploradores también era una importante fuente de ingresos en las economía tempranas de las reservaciones de los territorios del Oeste.

Los últimos años de la década de 1860 fueron de continua guerra en las Llanuras norte y sur. Los cheyennes, arapahos, kiowas y comanches continuaron las incursiones que comenzaron en los años de la Guerra Civil, retomadas en parte debido al ataque sobre el campamento de Tetera Negra en 1864. Este mismo fue muerto en 1868, en una incursión de la caballería capitaneada por George A. Custer sobre la aldea india en el Territorio Indio occidental. Las correrías indias fueron frecuentes en el oeste de Kansas, pero las tropas del Ejército de los Estados Unidos que convergían de varias direcciones llevaron el conflicto a los indios de una amplia área, que incluía el Territorio Indio, la franja de Texas y el este de Colorado. Finalmente, la campaña de 1868-1869 expulsó a los de Kansas y muchos elementos de las tribus de las Llanuras meridionales aceptaron el asentamiento en las reservaciones de nueva creación en el Territorio Indio occidental. Algunos kiowas y comanches, sin embargo, permanecieron libres en las llanuras al oeste de las reservaciones, y junto con algunos hombres de las tribus

que operaban desde las mismas reservaciones, continuaron las correrías en Texas y México. También algunos cheyennes reiniciaron los ataques sobre los asentamientos y los viajeros blancos. El conflicto militar entre el Ejército de los Estados Unidos y las bandas de las tribus de las Llanuras meridionales iba a continuar hasta la década de 1870.

La década de 1870 se caracterizó por las continuas contiendas militares entre las tribus de las áreas de las Llanuras, la Meseta y la Gran Cuenca. Aunque fue la década de algunas de las mayores, más dramáticas y mejor conocidas batallas entre indios y blancos de la historia popular americana, en conjunto hubo, en promedio, unas pocas menos acciones militares cada año que en la última mitad de la década de 1860. Durante toda la década, se dieron aproximadamente 530 acciones militares americanas contra los indios, contadas oficialmente —únicamente alrededor de 50 más que sólo en los cuatro años entre 1866 y 1869. En la década de 1870 las áreas fuera del Suroeste soportaron sólo aproximadamente el mismo número de acciones militares (cerca de 325) que se dieron en los años finales de la década de 1860. Los lugares de las peleas y correrías más frecuentes variaron un poco: Texas presentaba el número más alto, con más de 100, pero muchas de ellas fueron en el Suroeste, por lo que probablemente deben ser contadas entre las de esta área, especialmente las libradas contra los apaches. Algunos de los encuentros en Texas, sin embargo, fueron con segmentos de los kickapoos que habían huido a México en su odisea desde el Noreste. Montana tenía el siguiente mayor número de acciones, con más de 50, la mayoría de ellas en la última mitad de la década. A continuación iba el Territorio Indio, con 30, seguido de Idaho, Wyoming, Kansas y el Territorio de Dakota, con 20 acciones o ligeramente más para cada uno. California soportó 16 acciones militares, todas entre 1872 y 1873. Finalmente, hubo ocho acciones en Colorado y el mismo número en Oregón. Algunas de ellas, como en otras décadas, consistieron en patrullas y movimientos de tropas estadounidenses, en los que aparentemente no hubo reales contiendas con los guerreros indios. Otras acciones de esta década fueron la aceptación de la rendición de las antiguas bandas combatientes que iban a una reservación, algunas de más de 1.000 personas.

La década de 1870 fue también la de dos marcados cambios más para los indios, uno aplicado a todas las tribus de los Estados Unidos, mientras el otro afectó más inmediatamente a las de las Llanuras, in-

cluidas las de Canadá. En el primer caso, el Congreso de los Estados Unidos puso fin a la práctica histórica de negociar con las tribus indias mediante tratados. El comisionado indio Ely Parker arguyó contra la continuación de su uso, puesto que la mayoría de las tribus indias no estaban ya en posición de negociar como potencias independientes. Más aún, durante algunos años, la Casa de Representantes había estado deseosa de poder meter su mano en los Asuntos Indios, lo que le era denegado por la política de tratados, ya que sólo el Senado los ratificaba. En 1871, el Congreso aprobó la legislación que ponía fin a la negociación de tratados con las tribus indias, sin invalidar los previamente hechos, pero reemplazándolos en el futuro con acuerdos legislativos que requerían el consenso de ambas Casas. Aún así, no hubo cambios agudos inmediatos, ya que durante varios años desde entonces, los comisionados negociaron con los representantes tribales para adquirir el título de más tierra a cambio de protección y servicios gubernamentales, y subsidios para las reservaciones. Tales acuerdos, después de ser aprobados por el Congreso, tenían fuerza de ley, pero sólo de carácter doméstico, pudiendo ser cambiada formalmente y de hecho por la acción unilateral del Congreso, y eliminando de este modo la relación con las tribus indias desde la esfera de la Ley Internacional.

En segundo lugar, lo más devastador para los indios de las Llanuras fue la rápida disminución de las grandes manadas de búfalo. Aunque su número había ido declinando constantemente desde los tiempos aborígenes, cuando se estimaban 60.000.000 de animales extendiéndose por las llanuras y más allá, al final de la Guerra Civil todavía quedaban aproximadamente 15.000.000, divididos en dos manadas —una al Norte, desde el noroeste de Nebraska hasta el sur de Canadá, y otra al Sur, desde el suroeste de Nebraska hasta la franja de Texas. Pero, en 1875, justo 10 años después, el número de búfalos americanos, *Bison bison*, había sido reducido a sólo un millón, y 10 años más tarde había sólo aproximadamente 20.000 (su población hoy ha sido restaurada por los modernos ecologistas a más de 50.000 en los Estados Unidos y Canadá juntos). Primero fue diezmada la manada del sur, luego la del norte. Estos animales constituían, desde luego, el pilar económico de los indios nómadas ecuestres de las Llanuras. Aunque estas propias gentes, una vez equipadas con caballos, pueden haber desempeñado un papel en la reducción inicial de la población de búfalos, fue su caza por los blancos la principal responsable de las

abruptas caídas de cantidades en las décadas siguientes a la Guerra Civil. Decenas de miles de búfalos eran muertos por cazadores profesionales que usaban rifles de alta potencia, principalmente por su piel, artículo de gran demanda para las mantas cobertoras en los días de invierno al viajar en trineo, y secundariamente por su carne para alimentar a los equipos de los ferrocarriles en avance y otros de la frontera. El cazador de búfalos más famoso fue, por supuesto, William F. «Buffalo Bill» Cody. Era ampliamente reconocido por los líderes militares y los hombres de frontera que la destrucción de las manadas de búfalos llevaría a la larga la rendición total de tribus tan grandes y militarmente efectivas como los lacotas (sioux), por lo que fueron sacrificados indiscriminadamente con este propósito, tanto como por el valor que pudieran alcanzar sus pieles en los mercados del Este.

Durante 1874 y 1875, las fuerzas estadounidenses de Kansas, el Territorio Indio, Texas y Nuevo México pusieron de nuevo en práctica una campaña concertada contra las tribus de las Llanuras meridionales que todavía vivían en libertad, en la región de la meseta occidental de Texas y el sureste de Nuevo México, conocido como Llano Estacado. El continuo hostigamiento de las tropas estadounidenses y la disminución de la manada de bisontes finalmente forzó a las distintas bandas de kiowas, comanches, cheyennes y arapahos meridionales todavía en libertad a rendirse durante el invierno de 1875. Para la primavera de 1875, la lucha en las Llanuras meridionales había terminado y los indios estaban asentados en las reservaciones. En la década de 1870, los indios lucharon en conflictos armados contra las fuerzas de los Estados Unidos, no tanto para resguardar sus tierras de las intrusiones blancas, cuanto para protegerse ellos mismos de ser obligados a vivir durante todo el año en los confines de una reservación, incluso si ésta estaba dentro del más amplio alcance acostumbrado de una tribu.

Las Llanuras septentrionales, en la década de 1870, constituyeron el emplazamiento de algunas de las resistencias más feroces y de gran escala al asentamiento en las reservaciones. Aquí las bandas teton lacotas se movían ampliamente sobre el territorio no cedido al que tenían derecho según el Tratado de Fort Laramie de 1868. Sus líderes eran hombres como Toro Sentado, Caballo Loco, Agalla y Hombre-Joven-Temeroso-de-Sus-Caballos (una traducción más precisa del apellido sería algo así como «Un hombre que es un guerrero tan fiero que sus enemigos se llenan de miedo incluso con el vislumbre de sus ca-

ballos»). El principal líder de la década previa, Nube Roja, mantuvo su promesa y permaneció en la Gran Reservación Sioux, aunque algunos de sus indios se irían al Oeste y al Norte para unirse a los otros en las cazas estivales, especialmente cuando las raciones prometidas en la reservación eran inadecuadas. Mientras tanto, hubo una inspección de ferrocarriles en el área en 1873, y en 1874 una expedición encabezada por el coronel George A. Custer descubrió oro en los Cerros Negros, dentro de la reservación sioux. Los mineros empezaron a entrar precipitadamente hasta allí, mientras las bandas de movimiento libre dirigían la oposición a vender estas colinas. Impacientes con las bandas todavía en vida libre sobre las tierras no cedidas, que continuaban sus correrías sobre una amplia área de Nebraska a Montana y de Wyoming a Dakota, las autoridades de los Estados Unidos ordenaron a los indios presentarse en sus agencias de reservación hasta el 31 de enero de 1876, a lo que se negaron. Las columnas del Ejército se movieron contra los indios desde varias direcciones. Ahora a los lakotas se habían unido bandas de cheyennes del norte y algunos arapahos. En el verano de 1876, el campamento combinado de lacotas y cheyennes contaba con miles de personas y podía albergar hasta 3.000 guerreros.

Durante el verano y el otoño de 1876, cuando el inmenso campamento empezó a dividirse en varias bandas para el invierno, los indios se batieron exitosamente contra los militares estadounidenses en varios encuentros. Su victoria más famosa fue la aniquilación de 225 soldados que George A. Custer temerariamente condujo hasta el medio del campamento indio en el río Little Bighorn, el 25 de junio de 1876. Sin embargo, ya en ese otoño, los sioux y sus aliados cheyennes habían empezado a debilitarse bajo la incesante persecución estadounidense. Toro Sentado llevó a su pueblo a Canadá, para no regresar hasta el verano de 1881, cuando la escasez de caza le forzó, junto con los pocos seguidores que le quedaban, a rendirse y aceptar la vida en la reservación. Los cheyennes septentrionales, bajo el mando de Cuchillo Mate, fueron invadidos por una gran fuerza de tropas estadounidenses en Wyoming, en noviembre de 1876; los sobrevivientes se rindieron a la primavera siguiente, pensando que se les asignaría una reservación en su antiguo territorio. En vez de ello, se los condujo al Territorio indio (actualmente Oklahoma), donde el gobierno estaba tratando de concentrar cuantos más indios posible. En 1878, muchos de los cheyennes intentaron regresar a Montana, aunque carecían de suministros

suficientes. Una parte del grupo, bajo el mando de Pequeño Lobo, consiguió llegar a las áreas salvajes de Wyoming, pero los dirigidos por Cuchillo Mate regresaron a Fort Robinson, Nebraska, pensando que se les permitiría permanecer allí. En vez de ello, fueron aprisionados en cuarteles sin acondicionamiento contra el frío. La gente de Cuchillo Mate hizo una segunda escapada, pero la combinación del frío y la persecución de las tropas estadounidenses mató a cerca de la mitad del grupo. Finalmente, los cheyennes obtuvieron una reservación en Montana.

En mayo de 1877, Caballo Loco y cientos de sus seguidores se rindieron en Fort Robinson, Nebraska. El brillante líder guerrero fue muerto posteriormente ese año, por la bayoneta de un policía indio. Las bandas de sioux y cheyennes continuaron rindiéndose hasta fines de la década de 1870 y en la de 1880, siendo el grupo de Toro Sentado uno de los últimos. En el mismo año de la famosa victoria india en Little Bighorn, los sioux y cheyennes habían perdido la guerra en las llanuras del norte. Pronto los rezagados se unirían a todos los otros sioux occidentales en las reservaciones del Territorio de Dakota.

Al oeste de las Rocosas, las tribus modoc, bannock, paiutes del norte, utes y nez perce fueron objeto de algunas de las principales campañas de las tropas estadounidenses durante la década de 1870. A comienzos de ella, los indios modoc, insatisfechos con la vida de la reservación que compartían con otras tribus en Ft. Klamath, Oregón, regresaron a su tierra natal en el norte de California, bajo el liderazgo de «Capitán Jack» (Kintpuash). Se llamó al ejército para forzarlos a regresar a la reservación. Los modoc tomaron refugio en el áspero territorio de lava de Tule Lake, California. Durante cinco meses, a comienzos de 1873, Capitán Jack y su pequeña fuerza de menos de 100 personas se mantuvieron resistentes ante un número muy superior de tropas. Sin embargo, en junio el ejército se impuso. Capitán Jack y otros líderes fueron ahorcados tras juicios militares cuestionables, y 155 modoc fueron enviados al Territorio Indio.

En 1877, el jefe Joseph de los nez perces, bajo amenaza de fuerza, asintió a regañadientes a dirigir a su gente desde su territorio tradicional en el este de Oregón hacia la reservación establecida para los nez perces en Idaho. Algunos jóvenes de esta tribu mataron a cuatro colonos y el ejército se les echó encima. Lo que siguió fue una de las grandes odiseas de la historia humana. Joseph y varios otros de los llama-

dos jefes «paganos» encabezaron a sus 800 indios, la mayoría mujeres y niños, en una retirada serpenteante de 1.600 kilómetros a través de Oregón, Idaho, Wyoming (donde asustaron a algunos turistas tempranos en la zona de Yellowstone) y Montana, intentando encontrar refugio en Canadá. Durante todo el tiempo pelearon en una acción de retaguardia contra una fuerza de tropas americanas muy superior. Tristemente, a pesar de la brillante maniobra dirigida por Joseph y otros líderes como Toohoolhoolzote, tras cuatro meses de eludir al ejército, a 64 kilómetros de su meta, los nez perces fueron interceptados por una gran fuerza americana, en septiembre de 1877. Pelearon durante varios días, antes que Joseph se rindiera el 5 de octubre de 1877. Algunos de los nez perces se las arreglaron para deslizarse hasta Canadá, pero los que quedaron atrás, incluido Joseph, fueron internados en el Territorio Indio, aunque la rendición había sido con la condición de que pudieran permanecer en su región acostumbrada. La cautividad en el Territorio Indio se cobró sus víctimas, pero finalmente se les permitió regresar al norte y asentarse en la reservación de Idaho.

En el área de la Gran Cuenca, durante el año de 1878, primero los bannocks y los paiutes del norte, y luego los utes, se rebelaron contra más incursiones blancas sobre su reservación y sobre las onerosas políticas gubernamentales. Las tropas se enfrentaron con los bannocks y paiutes en el sur de Oregón y los dispersaron sobre una amplia área, pero para finales del verano la mayoría estaba de vuelta en sus reservaciones. El agente indio de los utes llamó a las tropas cuando los indios se resistieron a sus celosos intentos de aculturarlos a los modos blancos. Los guerreros utes rechazaron a las primeras columnas de soldados en la frontera de la reservación, en el oeste de Colorado, mataron al agente y a otros empleados de la agencia, y tomaron varios cautivos, incluyendo a todas las mujeres de ésta. Los refuerzos americanos se derramaron por el territorio ute, pero se evitaron en su mayor parte más hostilidades y los cautivos fueron puestos en libertad por la diplomacia de Ouray, un jefe ute respetado por las autoridades estadounidenses. En consecuencia, los utes fueron forzados a ceder la mayor parte de la reservación que les quedaba en 1880.

En la década de 1880, la resistencia armada de los indios a la expansión de los blancos en los Estados Unidos de tradición anglosajona había acabado. Fuera del Suroeste (donde hubo 96 acciones militares en las que participaron indios), sólo hubo 19 acciones militares contra

los indios en toda la década y muchas de ellas fueron movimientos de tropas sin incidentes, escaramuzas menores, rendiciones formales de las bandas indias todavía en libertad tras las guerras de finales de la década de 1870, o extensión de la zona de combate apache al suroeste de Texas.

Incluso los últimos de los apaches que todavía se resistían a la conquista blanca, los que estaban bajo el mando de Gerónimo, se rindieron en 1886. Durante unos pocos años, éstos y otros pocos apaches se convirtieron en «indios del Sureste», cuando fueron hechos prisioneros en Fort Marion (Castillo de San Marcos) en San Agustín, Florida. Posteriormente, algunos fueron trasladados a Mt. Vernon Barracks, Alabama. Los prisioneros apaches de guerra fueron finalmente asentados en una reservación en el oeste de Oklahoma o se les permitió regresar a las reservaciones del Suroeste años más tarde. Existe una amarga ironía en el hecho de que estos apaches fueran encarcelados en San Agustín, el primer asentamiento permanente europeo en Angloamérica, fundado casi exactamente 300 años antes de que los 39 apaches de la banda de Gerónimo tuvieran la distinción de ser los últimos indios en rendirse a los Estados Unidos. Las escasas peleas entre los indios y las tropas estadounidenses en la década de 1880 no serían realmente los últimos conflictos armados entre indios y blancos en los Estados Unidos, pero con la rendición de Toro Sentado en 1881 y Gerónimo cinco años después, la conquista y subyugación militar de los pueblos nativos de los Estados Unidos estaba completa. La conquista política, social y cultural de los indios, sin embargo, no fue necesariamente consecuencia de la derrota militar; a pesar de las pérdidas masivas de población y los esfuerzos concertados de los agentes gubernamentales para llevar a efecto políticas de erradicación de la lengua, costumbres y autogobierno indios, estas gentes perdurarían como entidades sociales y políticas separadas, a menudo perpetuando elementos característicos de la cultura nativa en el presente. El resto de este capítulo y el final trazan los perfiles de los esfuerzos gubernamentales alternantes para suprimir y luego fomentar la existencia continuada de las políticas indias y de la persistencia cultural y social de los indios de los Estados Unidos de tradición anglosajona.

De nuevo, el Plan de Civilización

El número de indios americanos estaba todavía en declive en la década de 1880. Era aún posible creer que constituían una «raza en desvanecimiento» (y sin pesar para muchos blancos). Los simpatizantes blancos bien pensantes y las políticas gubernamentales juntas apuntaban a rescatar a los indios que quedaban, eliminando los gobiernos y culturas tribales, «civilizándolos» y asimilándolos a la sociedad circundante lo antes posible. Esta filosofía realmente no había desaparecido nunca desde que se dirigió por primera vez a los indios del Este a finales del siglo xviii. Los esfuerzos por civilizarlos cobraron una nueva urgencia a finales del siglo xix, cuando se negoció con las tribus cazadoras y recolectoras de las Llanuras, la Meseta y la Gran Cuenca, que tan vigorosamente se resistieron a la dominación blanca hasta el amargo final y que en su mayor parte no estaban acostumbradas a la vida sedentaria, a diferencia de las tribus horticultoras de tiempo parcial del este de las altas Llanuras. La aculturación forzada y la aproximación a la asimilación serían perseguidas con saña hasta el fin del siglo xix y bien entrado el xx, hasta que se reconoció como un fracaso en su mayor parte.

Dos estrategias de larga duración para civilizar a los indios fueron la educación formal y la evangelización cristiana. De hecho, durante un breve periodo a finales de la década de 1860 y la de 1870, con la «política de paz» del presidente Grant, diferentes denominaciones cristianas fueron asignadas a distintas reservaciones para administrarlas como agentes indios. En 1880, las Iglesias se habían rendido ante tales responsabilidades y estos puestos volvieron a ser cargos políticos. Los agentes indios eran notoriamente susceptibles de corrupción en la obtención de raciones para las tribus, el alquiler de las tierras tribales y otros medios, problemas que se reasumieron con su elección política. Las Iglesias, sin embargo, permanecieron en la escena como ministros de los indios y en muchos casos administrando escuelas en las reservaciones; al menos informalmente, diferentes reservaciones continuaron siendo divididas entre las distintas denominaciones cristianas para su evangelización. El propio gobierno comenzó a dirigir las escuelas de las reservaciones —usualmente para cumplir estipulaciones de los tratados. Desde 1879, con el establecimiento de la Carlisle Indian School en Carlisle, Pennsylvania, el gobierno empezó a hacer funcionar escue-

las en régimen de internado fuera de la reservación, donde, se esperaba, los jóvenes indios, separados de la influencia de la tribu y la familia, podrían ser rápidamente transformados en esposas y agricultores cristianos de lengua inglesa, a través de unas enseñanzas que enfatizaban el inglés (duros castigos acompañaban a la persistencia en el uso de las lenguas nativas) y artes prácticas de labranza, costura y similares.

Para finales del siglo XIX, más de 25.000 niños de las tribus bajo la jurisdicción estadounidense estaban apuntados en la escuela, incluyendo las de la misión, así como las diurnas y las de régimen de internado gubernamentales. A menudo, los pequeños bolsillos de los indios que quedaban en el Este fuera de la protección federal tenían disponible mucha menor oportunidad educacional que los indios de las reservaciones, situación que persistió hasta la mitad del siglo XX en algunas áreas. A pesar del a veces duro trato que recibían los jóvenes indios en los internados y la radical transformación de incluso su apariencia —ropas de estilo blanco en lugar de las nativas, pelo corto o recogido al estilo femenino, según el sexo—, se desarrollaron cierta camaradería y el orgullo de conocer los modos anteriormente misteriosos de los blancos entre los graduados de las escuelas, especialmente entre los de los internados. Y las escuelas fortuitamente pusieron los cimientos para el desarrollo de la cooperación intertribal y el intercambio cultural, al proporcionar una lengua común, el inglés, y un conjunto común de experiencias y sofisticación acerca del mundo no indio.

Más o menos por el mismo tiempo que el gobierno estaba estableciendo internados, empezaron a formarse unidades de policía india en las reservaciones occidentales, especialmente en el área de las Llanuras. Iban a ayudar a los agentes a prevenir el tráfico de licor, devolver a la escuela a los remisos y en general a mantener el orden. Estaban organizados de modo militar, armados y provistos con uniformes, abrigos, insignias y sombreros. También sirvieron brevemente como jueces en las Cortes de Delitos Indios, establecidas en las reservaciones a comienzos de 1880; pronto, sin embargo, el Congreso autorizó fondos para emplear a otros jueces para estos puestos. Una serie de casos en la Corte Suprema de los Estados Unidos comenzó a dar forma a los poderes que estas cortes indias ostentaban, los límites de la soberanía tribal india y los derechos individuales de los indios que todavía no eran ciudadanos (la ciudadanía universal estadounidense para los indios no llegó hasta 1924; hasta entonces, hubo una variedad de ca-

minos mediante los cuales se podía lograr ésta). También se suponía que los policías indios constituían modelos de comportamiento «civilizado» blanco a emular por los residentes de la reservación. En la década de 1960, un anciano antiguo intérprete de los indios chippewas recordó a este autor que «se mandó una directiva desde Washington, que decía que todos los policías indios se cortarían el pelo, vestirían pantalones y de este modo se convertirían en civilizados». Aunque los particulares de este recuerdo pueden ser parcialmente apócrifos, recoge el tenor de los tiempos en la política india gubernamental y los sentimientos de muchos blancos.

Ha sido opinión sostenida durante mucho tiempo por los simpatizantes con la causa de hacer participar a los indios en la vida nacional plena de los Estados Unidos, que éstos habrían primero de convertirse en dueños individuales de tierra. Ya desde la conclusión de la Guerra Creek de 1813-1814, ciertos indios fueron animados a tomar asignaciones individuales, y después de un periodo de juicios, obtener el título de su tierra y la plena ciudadanía. En conjunto, no obstante, durante la mayor parte del siglo XIX, las tierras de las reservaciones fueron poseídas en común por la tribu o las tribus que vivían en ellas. Aunque se comenzó un programa de granjas modelo, los individuos no podían acceder a la posesión individual de ellas. En 1887, el Congreso aprobó la Ley Dawes (también conocida como la Ley de Parcelamiento General y la Ley de Posesión Dawes). Por ella, las reservaciones iban a ser parceladas para los indios en lotes de 65 hectáreas para los cabezas de familia y menores para los demás individuos, en la creencia de que los indios se convertirían más rápidamente en exitosos granjeros ciudadanos. Después de que se hicieron tales parcelamientos, las tierras «excedentes» pudieron ser subastadas a no indios. Además, las asignaciones indias eran a menudo adquiridas de los indios desprevenidos, mediante varias formas de subterfugios, por blancos sin escrúpulos, y debido a las faltas de impuestos locales sobre la tenencia de tierra, como consecuencia de la Ley Dawes, las tierras indias de toda la nación disminuyeron de 74 millones de hectáreas que todavía se mantenían en 1887 a sólo alrededor de 19 millones cuando esta ley fue vigente, nulificada por legislación en 1934 (en comparación, el área de tierra de los 50 estados actuales comprende más de 91 billones de hectáreas). Aunque las Cinco tribus Civilizadas y algunas otras (como los chippewas de Red Lake) impugnaron esta ley con éxito, para la década

de 1890, el camino para la conversión de Oklahoma en estado estaba siendo pavimentado por la acción federal, que forzaría al parcelamiento de las Cinco Tribus Civilizadas. Durante precisamente la misma era en la que la política federal estaba intentando obligar a los indios a convertirse en granjeros, la agricultura como modo de vida estaba empezando a declinar entre los no indios; según el censo de 1920, por primera vez la mayoría de los americanos vivían en plazas urbanas.

El programa para civilizar a las tribus recientemente conquistadas incluía la supresión y proscripción de ciertas prácticas religiosas nativas, como por ejemplo la autotortura en la Danza del Sol y el chamanismo, la disrupción de la organización política tribal, la separación y desacreditación de los líderes nativos más importantes, la restricción o prohibición de los potlatch y las danzas de regalos, y el fomento de la adopción de la vivienda, tecnología y vestimenta blancas. Muchas de las tribus occidentales recientemente conquistadas dependían de las raciones y pensiones gubernamentales para su sobrevivencia. Incluso para aquellas tribus que pudieron continuar con algunas de sus anteriores prácticas de subsistencia, como los chippewas, los «pagos» se convirtieron en un elemento significativo de las economías de sus reservaciones. A pesar de ello, durante finales del siglo XIX, otras actividades aportaron algunos ingresos a las tribus no agricultoras del Oeste.

Durante la década de 1880 en adelante, hasta comienzos del siglo XX, varios espectáculos y circos ambulantes sobre el salvaje oeste, de los cuales el más famoso fue el de Búffalo Bill, emplearon indios para representar en escena los ataques indios a los hombres de la frontera. A menudo estos actores estaban representando papeles que habían desempeñado en la realidad sólo unos pocos años antes. El mismo Toro Sentado trabajó brevemente para el espectáculo de Búffalo Bill en la década de 1880. Posteriormente, algunos de estos actores trabajarían como extras en las primeras películas con movimiento sobre el Oeste de Hollywood. Algunos de estos espectáculos incluso viajaron a Europa. Así, absurdamente, los indios que representaban las glorias de los días finales de su «salvajismo» estaban alcanzando una sofisticación acerca del mundo blanco que los «exiliados internos» que permanecían en las reservaciones para ser civilizados (y la mayoría de los no indios) no podían disfrutar. Para los que estaban en la reservación, especialmente las mujeres, las manufacturas nativas eran los medios para conseguir dinero en efectivo. Los misioneros, los coleccionadores de mu-

seos, los empleados del gobierno y los primeros antropólogos eran los clientes de los artículos de vestir y la artesanía nativos. De forma creciente, tales artículos eran hechos precisamente para ese mercado. Algunos mocasines confeccionados para la venta en esa época tenían suelas de cuero sin curtir, que había sido reciclado de los recipientes para transportar la carne seca y otros bienes en los antiguos días nómadas y que ahora tenían más valor como material para la producción artesanal india. Tampoco deben ser pasado por alto los beneficios económicos de unos cuantos que servían como «informantes» pagados para los investigadores antropológicos.

Fuera del área de las Llanuras, las condiciones de las reservaciones se mitigaban por la posibilidad de continuidad de algunas prácticas de subsistencia, el desarrollo de nuevos mercados para los productos y otras oportunidades económicas nuevas. En el caso de las últimas, los indios de los Grandes Lagos Superiores estaban comenzando a encontrar que existía un pequeño mercado comercial para las bayas, el azúcar de arce, el pescado y, especialmente, el arroz silvestre, así como oportunidades crecientes de servir a los deportistas blancos como guías. En la costa noroeste, los quinault, los makah, los tlingit y otros pudieron continuar con su subsistencia pescando como antes, pero ahora existía también una salida comercial para sus capturas. En la década de 1880, la apertura de fábricas de conservas comerciales expandió más las oportunidades de empleo para los indios locales, especialmente las mujeres. En la costa noroeste (y en cierto modo en el área de los Grandes Lagos superiores), durante finales del siglo XIX, los hombres indios empezaron a encontrar trabajo en la industria maderera en expansión. En conjunto, las gentes de esta área hicieron una transición económica relativamente suave a la vida moderna, principalmente mediante la pesca comercial, aunque el comercio en pieles estaba en declive en la costa. Por consiguiente, fueron capaces de organizarse efectivamente para proteger sus derechos a comienzos del periodo de la reservación, incluso los muchos que se las arreglaron por ellos mismos fuera de las fronteras de ésta.

En el interior de Alaska, las culturas que habían mantenido contacto tradicional continuaron casi sin ser perturbadas hasta la última década del siglo XIX, aunque las enfermedades se cobraron una considerable cuota de población durante esta era. Con la fiebre del oro de Klondike en 1898, miles de buscadores de oro acudieron al área, pro-

duciendo un breve periodo de auge para las gentes atabascanas de la región, que vendían los productos de la caza y se contrataban como trabajadores en los pueblos de la fiebre del oro y en los barcos de vapor. Incluso con este auge, la economía de caza de subsistencia por medio de trampas del Subártico permaneció viable hasta bien entrado en siglo xx, y fue sólo con el cambio de siglo cuando la evangelización y la educación formal occidental empezaron a tener efectos importantes en la vida nativa de la región.

Para las gentes de California, la Gran Cuenca, la Meseta y las áreas de las Llanuras, las últimas décadas del siglo xix fueron sobre todo un tiempo de disolución social y de declive poblacional continuo por la enfermedad y la pobreza abyecta, frecuentemente a niveles de inanición. Para muchas tribus se añadía el trauma y la indignidad de la reciente derrota militar, a pesar de algunas brillantes pero breves actuaciones en el campo de batalla. Los esfuerzos para «civilizar» a los indios, sin importar la buena intención de sus distantes defensores, demasiado a menudo parecieron exacerbar más que aliviar su depresión psicológica, así como las condiciones económicas de la vida en la reservación. Parecía completamente imposible hallar rutas prácticas para una vida más satisfactoria. Muchos indios de estas áreas se encontraban en el punto emocionalmente adecuado para aceptar la promesa de soluciones sobrenaturales a sus problemas.

Ya en la década de 1870, dos «soñadores», como los blancos los apodaron, de la Meseta, Smohalla, miembro de la diminuta tribu wanapam del oeste del estado de Washington, y Skolaskin, un sanpoil, estaban promulgando nuevos mensajes de renovación cultural, que les habían sido revelados en visitas de trance por el mundo de los espíritus. Ambos predicaban la vuelta a las costumbres nativas y el rechazo a los modos occidentales, especialmente Smohalla, que hablaba directamente contra tomar el arado. Sin embargo, los rituales de estas nuevas religiones incorporaban algunos elementos de la práctica ceremonial europea. Un retoño posterior de estos movimientos se estabilizó en una nueva religión india en 1881, llamada la Iglesia shaker, no porque hubiera ninguna conexión con la secta shaker angloamericana del este de los Estados Unidos, sino porque una característica central de sus ceremonias era tocar las antiguas campanas de las escuelas del modo en que eran sonadas las sonajas nativas indias. Esta religión, como los otros movimientos, combinaban diversos elementos de la

creencia y la práctica nativas de la Meseta. Todas mantenían la promesa de la salvación si se aceptaban las creencias tradicionales remodeladas y el ritual que las nuevas religiones prescribían. Estas religiones finalmente comenzaron a unirse en lo que ha veces es llamado la religión de la «Casa Larga», haciendo referencia al tipo de estructura donde se efectuaban los rituales, aunque no tiene conexión histórica con la religión iroquesa de la Casa Larga fundada por Lago Bonito. Ambas, sin embargo, ejemplifican un tipo común de respuesta social a la presión cultural y a la desorganización conocida como «movimientos de revitalización». Como los iroqueses, también los adheridos de la Meseta a la nueva religión india de Smohalla y las otras, como el jefe Joseph, empezaron a ser considerados como los tradicionalistas, o incluso paganos, para distinguirlos de los indios que se adhirieron a la práctica no adulterada de las denominaciones reconocidas del cristianismo no indio.

A diferencia de las religiones de la Meseta cuyo llamamiento se limitaba a los miembros de las tribus en inmediata vecindad con el fundador, las llamadas Danzas de los Espectros de 1870 y 1890 se esparcirían sobre amplias áreas del oeste de Norteamérica. Ambas eran el resultado de las experiencias visionarias de los paiutes paviotos siendo el primer movimiento iniciado por Wodziwob y el de 1890 por Wovoka (también conocido como Jack Wilson), hijo de uno de los discípulos de Wodziwob. Las dos religiones prescribían el canto de ciertas canciones y la realización de una danza derivada de la forma típica de baile en rueda de la Gran Cuenca. Ambas portaban un mensaje del renacimiento de la felicidad india a través del retorno a la vida de los indios muertos y la creación de un paraíso indio sobre la tierra. Según se extendían estas religiones, se añadían nuevos elementos de creencia y práctica de diferentes tribus, por ejemplo, la creencia en la final eliminación sobrenatural de todos los blancos y la realización de la danza alrededor del poste central.

Las religiones eran extendidas por misioneros a otras tribus o por delegaciones enviadas de otras tribus que ya la conocían. Wovoka era un proselitizador más activo de sus revelaciones que Wodziwob, que dependía más de las disciplinas. En ambos casos, pero especialmente en la Danza de los Espectros de 1890, la difusión de las nuevas religiones sobre amplias áreas fue facilitada al viajar en los ferrocarriles que acababan de completarse. La Danza de los Espectros de 1870 se espar-

ció entre los indios de la mayor parte de las áreas de la Gran Cuenca, California y zonas de la Meseta. Se fue disipando gradualmente a mediados de la década de 1870 como resultado de su supresión por los no indios y el gobierno estadounidense y la pérdida de fe entre los seguidores cuando el profeta fracasó. La Danza de los Espectros de 1890 fue extendida mediante textos escritos, así como por delegación de varias tribus; gracias a la educación formal de algunos jóvenes, la alfabetización se iba convirtiendo en un hecho de la vida de las reservaciones. Por otra parte, la religión de 1890 se difundió más ampliamente que la anterior Danza de los Espíritus. Aunque la de 1890 fracasó en ganar tantos seguidores entre las tribus de California como la anterior, consiguió adherentes entre las tribus de las Grandes Llanuras, la Meseta, algunos de los reubicados en el Territorio Indio e incluso algunos en el Suroeste, así como en la Gran Cuenca. Sin embargo, no todas las tribus que conocían la religión la aceptaron, como por ejemplo los navajos.

Una explicación general de por qué las Danzas de los Espectros se difundieron a algunas tribus y no otras en diferente tiempo y lugar es que el mensaje central de vuelta a la vida de los muertos tenía su mayor aceptación entre las tribus que habían experimentado agudas pérdidas poblacionales. En otras palabras, eran la respuesta, quizás de último recurso, al declive demográfico. Resulta interesante que, aunque las profecías fracasaran, las tribus que participaron en las Danzas de los Espectros mostraron crecimientos de población más agudos y tempranos, una vez que comenzó la recuperación demográfica, que las tribus que no lo hicieron, aunque las causas no son inmediatamente evidentes.

Una de las tribus que produjo algunos de los más entusiásticos seguidores de la Danza de los Espectros fueron los sioux. Aunque generalmente la religión tomó una actitud de vida pacifista hacia los blancos, dejando la destrucción de sus enemigos a los espíritus, los discípulos sioux dieron a la religión un giro militar. Entre ellos se dio una anticipación de la apertura de hostilidades con los blancos, y la creencia de que los indios podían ser mágicamente protegidos de las balas usando «camisas de espectro» hechas de forma especial (confeccionadas frecuentemente con muselina de hacer sacos de harina y decoradas con dibujos pintados con lápices de colores). Temerosos de un alzamiento armado de los adherentes a esta religión entre los sioux, especialmente

de los seguidores de Toro Sentado, miles de tropas se movilizaron para converger en las reservaciones sioux, por lo que muchos huyeron a las tierras yermas de Dakota del Sur. El 15 de diciembre de 1890, por orden militar, se despacharon unos policías indios a la casa de Toro Sentado en la reservación de Pine Ridge para arrestarlo al amanecer. Al principio, Toro Sentado fue de buen grado, luego cambió de idea cuando salía de su casa, al ver cerca de 150 de sus seguidores alrededor de su casa. Siguió una refriega, en la que pereció Toro Sentado por los disparos mortales de dos policías indios. Varios de los seguidores del viejo jefe murieron en la disputa que resultó.

En los días posteriores, muchos de los integrantes de la banda de Toro Sentado huyeron a las reservaciones vecinas, para continuar las ceremonias de la Danza de los Espectros bajo un líder llamado Pie Grande. Cuando aumentó la tensión, aproximadamente 400 indios huyeron con Pie Grande hacia las tierras yermas, pero fueron interceptados por el Ejército el 28 de diciembre de 1890. Se retuvo a los sioux temporalmente y se les mandó tender los tipis cerca del arroyo Wounded Knee. Llegaron refuerzos, elevando el número de los soldados estadounidenses en el lugar a cerca de 500, apoyados por los Hotchkiss de fuego rápido y las armas de fuego Gatling. La mañana del 29 de diciembre de 1890, el ejército rodeó el campamento de Pie Grande, que se había montado, según lo ordenado, en una llanura abierta cerca del arroyo. Se exigió a los hombres rendir sus armas, pero sólo unos pocos parecieron cumplirlo. Aunque los detalles no están claros, un indio disparó su arma bajo su manta, quizás accidentalmente; el Ejército abrió fuego y en una sola descarga mataron quizás a la mitad de los guerreros. En pocos minutos, había terminado la batalla, pero aparentemente los soldados persiguieron a las mujeres y niños que huían sobre un amplio radio, matando algunos a 5,17 kilómetros. En total, quizás murieron 300 indios por las balas, la fuerte ventisca que siguió pronto y una combinación de las dos. Perecieron menos de 40 soldados como resultado de la confrontación, y algunos de ellos fueron probablemente alcanzados por el «fuego amigo». Un destacamento de tropas enviadas a Wounded Knee el día de Año Nuevo de 1891 encontró una escena de carnicería, registrada por el médico sante sioux Charles Eastman, que acompañaba al destacamento, y por un fotógrafo civil. La fotografía del cuerpo retorcido de Pie Grande yaciendo congelado en la nieve ese día de enero de 1891 fue una poderosa imagen que

provocó profundas emociones, entonces y ahora, entre la población americana, y compasión por los indios en su larga lucha para resistir la dominación europea y luego americana.

Después de Wounded Knee no hubo más acciones militares importantes contra los indios en los Estados Unidos. En 1896 se dieron algunas acciones menores a lo largo de la frontera de Arizona y México, y en este último país, especialmente en conexión con un ataque sobre una casa de aduana de los indios yaquis de México en Nogales. La última acción militar oficial estadounidense sobre los indios fue en el lago Leech, Minnesota, durante el mes de octubre de 1898. Un destacamento de infantería regular de Ft. Snelling se enfrentó con menos de 40 indios chippewas, que se habían refugiado en la orilla oriental del lago, tras una confrontación con las autoridades locales sobre varias quejas. La pelea duró tres horas y media; murieron seis personas, incluido el comandante blanco, pero los indios fueron aprehendidos. Con ella se terminaron realmente las «guerras indias». Irónicamente, la última acción fue contra los miembros de una de las tribus más pacíficas durante todo el siglo XIX.

A pesar de los trágicos acontecimientos entre los sioux en diciembre de 1890, ese año marca un punto decisivo para los indios americanos en su conjunto. Fue el comienzo de la década en la que la población india americana de los Estados Unidos alcanzaría su punto más bajo y comenzaría a crecer desde entonces (la naturaleza de los datos no permite la precisa identificación del año en que ocurrió). También fue una década en la que dos nuevos desarrollos fueron ganando impulso, desarrollos que demostrarían ser importantes en el siglo XX en la historia cultural de los indios de los Estados Unidos de tradición anglosajona: el peyotismo y el «powwow». Con estas cuestiones, originadas en el siglo XIX, el siguiente y último capítulo comienza a trazar el renacimiento demográfico, económico, social y político de los indios de los Estados Unidos en el siglo XX.

VIII

NADIR INDIO, «NUEVO TRATO» Y RENACIMIENTO TRIBAL

La última década del siglo xx fue quizás la peor para los indios de los Estados Unidos de tradición anglosajona. La tragedia de Wounded Knee descargó un duro golpe sobre sus esperanzas, removidas por las Danzas de los Espectros de 1890. Los últimos vestigios de la idea de un Territorio Indio separado, donde muchas tribus pudieran vivir a salvo de las intrusiones blancas, se habían extinguido. En 1889, alrededor de 80.000 hectáreas de Oklahoma fueron abiertas al asentamiento blanco. En 1891 ya existía la petición para que Oklahoma se convirtiera en estado. Durante la década de 1890, las tierras de los indios fueron sistemáticamente parceladas, abriendo más al asentamiento blanco, incluso los territorios de las Cinco Tribus Civilizadas, a pesar de su primera resistencia a esta política. Los gobiernos de estas cinco tribus vieron sus poderes drásticamente reducidos, llegando a hacerse esfuerzos por desmantelarlos. Las reservaciones indias de Oklahoma fueron disueltas legislativamente, aunque los gobiernos indios continuaron funcionando con grados diferentes de éxito entre los residentes tribales de las tierras ahora parceladas, dispersos entre los colonos blancos. Durante esta década, la población global india alcanzó su punto más bajo, con probablemente menos de 240.000 personas, mientras todo el país (incluido el Suroeste) había logrado una población de 76.212.168 habitantes en el año 1900. Por toda la nación, particularmente en los Estados Unidos de tradición anglosajona, donde las reservaciones indias a menudo incluían tierras de pasto y agrícolas altamente deseables, los indios fueron rápidamente perdiéndolas por el plan de parcelación. Las condiciones de alojamiento y salud de muchas tribus estaban en su flujo más bajo, habiéndose convertido la tu-

berculosis, a comienzos de la década de 1900, en una plaga particularmente mortal entre los indios americanos.

Con el cambio al siglo xx, continuaron las dificultades de la década anterior y algunas empeoraron (pérdida de tierras, supresión de la cultura nativa, empeoramiento de las condiciones de salud). Sin embargo, había signos de cambio. Desde 1900, el gobierno federal empezó a prestar más atención al cuidado de la salud de los indios. Para 1919, estaba administrando cerca de 60 hospitales, sanatorios y asilos indios en los Estados Unidos de tradición anglosajona, es decir, excluyendo Arizona y Nuevo México, que juntos tenían 25 de tales instituciones. Igualmente, el número de niños indios que asistían a la escuela iba en aumento. Para 1919, cerca de 70.000 estaban inscritos, comparados a los ligeramente más de 25.000 de 1899. Por otra parte, las escuelas locales estaban volviéndose más importantes, de tal modo que, por ejemplo, mientras en 1899 más de un cuarto de los jóvenes en edad escolar asistían a las escuelas administradas por el gobierno de los Estados Unidos fuera de las reservaciones, en 1919 sólo aproximadamente un sexto de los indios escolarizados asistían a los internados gubernamentales.

A pesar de la persistencia de los problemas de salud y de las altas tasas de mortalidad, la población global de los indios de los Estados Unidos comenzó a aumentar rápidamente, aunque no siempre de modo uniforme. Las cifras oficiales del censo de los Estados Unidos muestran una población india de sólo 237.196 personas en 1900, pero ya en el censo de 1920 el número era de 244.437 personas. El censo de indios de 1910 era incluso más alto, 276.926 personas. En parte, este número mayor de 1910 puede deberse a un esfuerzo especial para contar los indios, aunque cierta porción de la caída entre ambos censos debe ser atribuida a la epidemia de gripe, ampliamente extendida en Estados Unidos y Europa durante los años de la Primera Guerra Mundial. Finalmente, ciertos elementos de una nueva cultura intertribal india ganaron impulso a comienzos del siglo xx y prepararon el camino para una mayor cooperación entre las gentes indias de los Estados Unidos.

Peyotismo y powwows

El peyote es un pequeño cactus sin espinas (*Lophophora williamsii*), nativo del centro-norte de México y del valle del Río Grande. Su nombre común proviene del nombre náhuatl (azteca) para oruga, *peyotl,* debido al centro velloso de la planta. Ingerido, tanto comido como bebido en infusión, el peyote tiene diversos efectos psíquicos y psicológicos, siendo el más espectacular de ellos las alucinaciones eufóricas de brillantes colores. Sin embargo, no es un verdadero narcótico, ya que no crea hábito. Usado durante siglos por muchos pueblos indios mexicanos como producto farmacéutico, también era el foco de ciertos rituales en algunas tribus, de forma más notable entre los huicholes del oeste de México. Éstos vivían fuera del ámbito natural del peyote, pero hacían peregrinaciones para obtener la planta sagrada.

Su uso por los indios al norte del Río Grande fue registrado por vez primera entre los mescaleros y los apaches lipanes de Texas. Sin embargo, ya en las últimas décadas del siglo XIX, el peyote se había convertido en la característica central de una nueva religión entre los indios de las Llanuras y la Pradera. Los kiowas parecen haber sido particularmente importantes en el establecimiento de la forma ritual de la religión, que incorpora elementos de la parafernalia de las Llanuras, por ejemplo abanicos de plumas, en los rituales de toda la noche, donde se ingiere el peyote como un sacramento. La religión incorpora muchos elementos del cristianismo, por ejemplo, la equiparación de Jesús con los míticos héroes nativos. Estos elementos cristianos son particularmente fuertes en las versiones posteriores orientales de la religión, que se desarrollaron entre pueblos como los winnebagos y los menominis. En estas versiones orientales, las reuniones se mantienen en salones al efecto de estilo americano más que en un tipi y la Biblia cristiana es un artículo importante del mobiliario del altar. Los adherentes de ambas ramas de la religión deben abstenerse del uso del alcohol, no cometer adulterio, trabajar duro y, en otras palabras, vivir una vida pura de casi respetabilidad puritana. Tal sistema de creencias se hizo altamente adaptativo a las condiciones de la vida en la reservación, pero la ética se presentaba en el contexto de una forma india de ceremonia distintiva, que era intertribal y no característica de ninguna tribu particular.

Fijada en su forma ceremonial e ideológica a finales de la década de 1880, la religión del peyote se dispersó rápidamente en la década siguiente y a comienzos del siglo xx. Su formación inicial y su rápida difusión fueron en gran parte consecuencia de que tantas tribus fueran empujadas juntas al Territorio Indio de Oklahoma. El atractivo de la religión residía en su congruencia con muchas ideas generales de las religiones nativas, tales como la importancia de la experiencia visionaria, así como en su código moral tan adaptable al mundo blanco cristiano. En un caso famoso, el de Trueno Retumbante, que era winnebago, la conversión a la religión le llegó a comienzos de la década de 1900, tras su primera experiencia con el peyote; bajo su influencia, tuvo unas experiencias visionarias, las cuales previamente sólo había simulado tener para ganar prestigio entre su gente [1]. En las formas más estrictas del peyotismo, los conversos deben rechazar su religión tribal y seguir sólo el «camino del peyote».

A pesar de los beneficios de la religión del peyote como una guía de conducta para sus seguidores, las autoridades blancas habían intentado ilegalizarla debido al «uso de drogas» en sus rituales. Tales ataques surgieron casi desde sus inicios y continúan en el presente. Parcialmente en respuesta a la presión blanca, muchos peyotistas se constituyeron en 1915 como una denominación religiosa diplomada, la Iglesia Nativa Americana. Al responder a los retos legales contra sus prácticas religiosas, esta Iglesia se convirtió en un primer campo de pruebas indio para proteger sus derechos mediante las cortes. Algunos adherentes la consideran simplemente como la rama india del cristianismo. Como los seguidores de varias formas de cristianismo, los miembros de esta Iglesia mantienen un activo proselitismo para conseguir nuevos seguidores. El peyotismo continúa extendiéndose por todos los Estados Unidos y Canadá, como un elemento importante de lo que algunos científicos sociales llaman «panindianismo», al unir a los miembros de muchas tribus en una religión india característica, que no es específica de ninguna tradición tribal. El peyotismo es un ejemplo clásico de un movimiento nativista acomodativo. Al contrario de la Danza de los Espectros, que profetizaba un inminente y cataclísmico regreso a una

[1] P. Radin (ed.), *Crashing Thunder, the Autobiography of an American Indian*, Nueva York, Appleton, 1926.

Edad de Oro, el peyotismo ofrece un camino a la transformación personal y la felicidad en un mundo de hombres blancos, sin sacrificar la identidad fundamentalmente india.

Aproximadamente al mismo tiempo que la religión del peyote estaba tomando forma en las llanuras meridionales de finales del siglo XIX, también estaba surgiendo una expresión seglar del panindianismo. Era la institución del «powwow», un complejo de rasgos culturales intertribales que llegaría a ser incluso más ampliamente abrazado que el peyotismo. Los powwows son acontecimientos que duran de unas pocas horas a varios días, combinando un formato de danzas, canciones, toques de tambor, charlas, entrega de presentes y otras actividades que pueden ser mezcladas de diferentes modos. Los tipos característicos del traje de danza de powwow muestra variaciones regionales y tribales en estilo, pero se ajusta a un juego limitado de diseños básicos, tanto para hombres como para mujeres. El más vistoso y fácilmente reconocible es el de «danzante ornamental», que lleva círculos de plumas de colores por la espalda, a la altura de la cintura, en la zona posterior del cuello y en la parte anterior de los brazos, y un adorno en la cabeza de plumas similares, formando una cresta desde el frente hasta la parte trasera.

Los trajes de powwow (especialmente los de los hombres) evolucionaron y continúan evolucionando desde los modelos característicos asociados con las dos sociedades de danza de los indios de las Llanuras estrechamente relacionadas del siglo XIX, la Danza de la Hierba omaha y la Ponca *hedushka* o Danza de la Guerra [2]. Con el movimiento de tribus dentro de las Llanuras y entre éstas y las áreas circundantes, especialmente en la «olla de mezcla» cultural de Oklahoma, las variantes de la Danza de la Hierba y la Danza de Guerra se difundieron ampliamente a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Estas danzas y los tipos de trajes asociados con ellas se convirtieron en el caso tipo de «indianidad», sólo secundario a los tocados de guerra de plumas, en la visión popular del público americano. Aparte de los powwows patrocinados y disfrutados por los indios en sus propias comunidades (a los

[2] J. H. Howard en colaboración con P. Le Claire, historiador tribal, y otros miembros de la tribu, «The Ponca Tribe», *Smithsonian Institution Bureau of American Ethnology Bulletin*, 195, Washington D.C., Government Printing Office, 1965.

cuales los extraños son a menudo bien venidos, usualmente pagando un precio por la admisión), las danzas de powwow para los turistas demostraron ser una modesta actividad lucrativa para los indios de algunas reservaciones y continúa siéndolo en algunas áreas.

Estas formas de powwow panindios son las que más a menudo imitan los Boy Scouts y otros interesados en la «sabiduría india», y los actuales europeos y americanos que tienen como hobby a los indios, junto con el tocado de guerra y el estilo en ante más estereotipados. A menudo, como adiciones a los powwows, o a veces por derecho propio, se encuentran las danzas en círculos y los juegos de mano (extendidos en parte por la difusión de la Danza de los Espectros) que se realizan sin traje y no están generalmente abiertas a los turistas fortuitos. Los powwows, como el peyotismo, continúan difundiéndose e incluso algunos segmentos de las tribus más conservadoras culturalmente del Suroeste, como los navajos, han empezado a añadirlos a su repertorio de danzas navajas características. En Florida, los semínoles invitan a contingentes de danzantes de powwow del oeste para actuar en sus rodeos y ferias, aunque ellos mismos no han tomado la forma. Para muchos grupos aislados mestizos del Noreste y el Sureste, que han perdido esencialmente toda la lengua y la cultura nativas, el powwow es la única expresión organizada de su identidad india. Su difusión, como la del peyotismo, fue promovida por la adquisición del inglés como lengua común y por las ventajas de la tecnología moderna, como los automóviles y, más recientemente, las grabadoras de cintas. Incluso mucho más que en la religión intertribal del peyote, con sus severas censuras de creencia y práctica, los indios procedentes de muy diferentes antecedentes culturales, que representan muchos niveles de aculturación y grados de mezcla con otros grupos, encuentran en los powwows un campo común para aseverar su identidad india y establecer relaciones amistosas con los miembros de muchas otras tribus.

Las primeras décadas del siglo xx, entonces, estuvieron marcadas no sólo por el declive continuado de la fuerza económica y política de las comunidades indias de los Estados Unidos, sino también por los esfuerzos oficiales para mejorar las condiciones de la vida india mediante la expansión de los servicios de salud y educación. Igualmente importante fue el crecimiento y desarrollo informal en su mayor parte de dos complejos de rasgos (peyotismo y powwow) que demostrarían ser poderosos mecanismos para fomentar una comunidad política de

fines, así como un sentido «panindio» de identidad, especialmente entre los indios de las Llanuras, Pradera, Meseta y partes de las áreas culturales adyacentes de los Estados Unidos de tradición anglosajona.

De la Primera Guerra Mundial a la Segunda

La Primera Guerra Mundial dio paso a un periodo de modesta prosperidad en muchas reservaciones, incluso en las Llanuras, donde las empresas agrícolas y ganaderas estaban empezando a encontrarse bien asentadas. Excepto para los indios más ancianos, la reservación acabó siendo considerada como el hogar más que un lugar de confinación. Cuando los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial, algunos indios habían sido declarados ciudadanos estadounidenses mediante las estipulaciones de ciertos tratados, la ley de parcelación o por otros medios especiales. Muchos no eran ciudadanos, por lo que no podían ser llamados a filas como lo eran los «ciudadanos indios». De todos modos, gran número de indios se ofrecieron voluntarios al servicio, algunos esperando conseguir honores de guerra y lograr la admisión a una de las viejas sociedades de guerreros, así como la ciudadanía estadounidense.

Más de 17.000 indios de todos los Estados Unidos se registraron para el destacamiento de la Primera Guerra Mundial, y más de 6.500 fueron voluntarios, más del doble de la cifra nacional [3]. Tanto la partida como el regreso de estos soldados indios fueron ocasión de ceremonias en su honor, incluso de la Danza del Sol entre algunas tribus de las Llanuras, aunque estaba todavía limitada por las autoridades de la reservación. Más humildemente, un anciano indio poarch creek recordó de los días de esta guerra cómo su comunidad «dio una fiesta para mí esa noche porque me iba fuera con el ejército al día siguiente». Los precursores de los famosos «hablantes en código» navajos de la Segunda Guerra Mundial, algunos indios choctawes, sirvieron como especialistas en comunicación, hablando en su propia lengua y, así, confundiendo a los monitores enemigos en las transmisiones de los movimientos de tropas estadounidenses y similares.

[3] R. L. Barsh, «American Indians in the Great War», en *Etnohistory*, 38 (1991), pp. 276-303.

Parcialmente como resultado de la ampliamente extendida admiración hacia los soldados indios de esta guerra, el Congreso aprobó una ley en 1924 que otorgaba finalmente la ciudadanía universal a todos los indios estadounidenses. Ahora con derecho a voto, hubo aún algunos estados donde las barreras legales contra la ejecución de este derecho siguieron en pie hasta la década de 1940. La otorgación de la ciudadanía a los indios no conllevó la extinción de sus derechos de pertenencia tribal, como lo habían hecho algunas de las estipulaciones anteriores mediante las que se podía obtener.

Más allá de esta conquista, durante la década de 1920, el movimiento de los derechos indios entre los americanos blancos iba cobrando impulso. En contraste, las organizaciones indias a este fin, conducidas por indios aculturados de clase media, no eran tan fuertes como lo habían sido durante la etapa de la guerra. Uno de sus líderes no indios era John Collier, Sr., organizador de la Asociación de Defensa de los Indios Americanos. Era un trabajador social que había llegado a la órbita de la famosa patrona de las artes Mabel Dodge Luhan, cuyo círculo incluía luminarias tales como Georgia O'Keefe, D. H. Lawrence, Thornton Wilder y Ansel Adams. Mabel Dodge se trasladó de Nueva York a Nuevo México en 1917, quedó raptada por la cultura india pueblo y finalmente se casó con un indio taos pueblo, Tony Luhan, su cuarto y último marido. Mabel Dodge Luhan empleó mucho del resto de su vida, hasta su muerte en 1962, en hacer proselitismo de los valores del fomento y preservación de las culturas americanas nativas como algo saludable para la sociedad americana en general. A veces le traicionaba una cierta preferencia por una versión «congelada en el tiempo» de las culturas indias pero, a pesar de ello, su influencia sobre John Collier, que visitó su casa en el pueblo de Taos, ha sido juzgada por algunos como un factor importante en su actividad dentro de las organizaciones de derechos indios y, más importante, en su actuación como comisionado de Asuntos Indios, puesto que desempeñó de 1933 a 1945, supervisando cambios revolucionarios en la política gubernamental norteamericana respecto a los indios [4].

Durante el primer cuarto del siglo xx, numerosos grupos de derechos indios e importantes personalidades empezaron a dirigir la aten-

[4] J. Page, «A Charged Particle among the Force Fields of her Times», en *Smithsonian*, 22 , n.° 3 (1991), pp. 122-136.

ción pública hacia las desastrosas situaciones que soportaban muchos indios americanos, debido a la política de parcelación y a los diferentes planes para civilizarlos. Tanto el Congreso como la rama ejecutiva respondieron investigando las condiciones de las reservaciones y la labor de la Oficina de Asuntos Indios. El estudio más amplio e influyente fue el efectuado por la rama ejecutiva, dirigido por la Institución Brookings. El informe final sobre los hallazgos de este amplio y penetrante análisis de las relaciones indios/gobierno y las condiciones en las reservaciones fue preparado bajo la autoría general de Lewis Meriam y divulgado en 1938. Conocido como el «Informe Meriam», se ha convertido en el parteaguas de la historia moderna de los Asuntos Indios estadounidenses, al detallar de forma particularizada los fallos del plan de la Ley Dawes, esto es, la parcelación de las tierras indias, las deficiencias de la Oficina de Asuntos Indios, las insuficiencias de la educación india, y la inefectividad de la política de aculturación forzosa en general, presentando varios remedios. Entre ellos estaba la mejora en la cualificación de los empleados de la Oficina de Asuntos Indios, su expansión y el contrato preferencial de indios para sus puestos. Estas recomendaciones empezaron a llevarse a la práctica casi inmediatamente, pero el resto concerniente a los demás aspectos fueron ralentizadas por el comienzo de la Gran Depresión de 1929.

La depresión de la década de 1930, que trajo severas privaciones a millones de americanos, empeoró aún más la desesperada situación económica y las condiciones de vida en muchas reservaciones indias. Pronto, tras la elección de Franklin Roosevelt a la presidencia con la promesa del «Nuevo Trato», los cambios arrolladores de su administración alcanzaron el territorio indio. Jonh Collier fue nombrado comisionado de Asuntos Indios a los pocos meses, llevando al cargo su creencia en los valores del pluralismo cultural y la importancia de que los indios tuvieran los medios de administrar sus propios asuntos. Él y su equipo redactaron una legislación encaminada a corregir muchos de los problemas descritos en el Informe Meriam, que modificada en su forma dio como resultado la Ley de Reorganización India Wheeler-Howard (IRA) de 1934.

La IRA establecía las bases legislativas para que las tribus adoptasen las formas locales, basadas en las constituciones escritas, de gobiernos (consejos tribales) electos. Éstas también podían formar corporaciones de negocios federalmente aprobadas y establecer cortes tribales.

Aunque inicialmente no se aplicaron a los pueblos nativos de Oklahoma y Alaska, debido a que estas áreas carecían de reservaciones en sentido legal, el Congreso extendió en 1936 leyes especiales para que la IRA fuera aplicada también allí. Por ejemplo, en Alaska esta ley proporcionó las bases para fundar cooperativas conserveras de pescado en las comunidades indias de la Costa Noroeste meridional.

En ningún lugar fue la IRA obligatoria para las comunidades indias, aplicándose sus disposiciones de gobierno local sólo a aquellas tribus, bandas y aldeas que la adoptaron por referéndum popular. Sin embargo, invalidaba la Ley Dawes y cualquier otra parcelación de las reservaciones. El estatus de trust de las tierras indias respecto al gobierno estadounidense fue reforzado y extendido, tanto para las tierras tribales como para las parceladas que todavía no habían sido asignadas a nadie. También se interrumpían posteriores alienaciones por venta general de tierras indias causadas por la Ley Dawes, y se iniciaban esfuerzos para adquirir nuevos trust de tierras para los indios. En conjunto, la IRA daba la vuelta a las duraderas políticas asimilacionistas del gobierno, por las que los indios iban a ser integrados en la sociedad circundante como ciudadanos individuales privados poseedores de propiedad. Los casi 50 años de la Ley Dawes y su política habían demostrado ser un triste fracaso.

A pesar del amplio apoyo por parte de los indios y de diversas sociedades para la mejora de este colectivo, la IRA no fue universalmente bienvenida. Ciertos grupos misioneros y organizaciones para el bienestar indio se opusieron a ella por considerarla un paso hacia atrás. También fue rechazada activamente por algunos indios completamente aculturados, que mantenían la filosofía anterior. En conjunto, sin embargo, fue recibida entusiásticamente. Más de dos tercios de las 263 comunidades indias (incluyendo el Suroeste) adoptaron rápidamente el autogobierno y otras disposiciones de esta ley, que afectó profundamente el curso de la historia india en los Estados Unidos. Philleo Nash, antropólogo y comisionado de Asuntos Indios (1961-1966), ha escrito: «el IRA fue un hito en la legislación; puso a las tribus en el camino del autogobierno y constituye los cimientos de todo lo que se ha logrado en los asuntos indios desde entonces» [5].

[5] P. Nash, «Twenteth-Century United States Government Agencies», en *Handbook of North American Indians, op. cit.*, pp. 264-275 (p. 265).

La administración de Collier (1933-1945) fue la más larga desde que el puesto fue creado en 1832. Durante su etapa, la IRA fue la pieza clave de la nueva política india, pero también hubo otros desarrollos tendientes a reforzar a las comunidades tribales y a fomentar la apreciación de al menos algunos aspectos de las culturas nativas. Entre éstos estaba la legislación federal que apoyaba más educación india a nivel local y la creación de la Junta de Artes y Artesanías Indias para el desarrollo y la comercialización de estos productos. Además, durante la larga administración de Roosevelt, los programas ampliamente basados en el Nuevo Trato para todo el país en conjunto, como la Seguridad Social y servicios sociales federales y estatales mejorados, tuvieron efectos duraderos en las sociedades y economías de las reservaciones.

En el sector privado, la asociación organizada por Collier en 1923, la Asociación de Defensa de los Indios Americanos, se unió con otro grupo defensor de los indios, la Asociación Nacional de Asuntos Indios, en 1936 para convertirse en la Asociación de Asuntos Indios Americanos. Su primer presidente fue Oliver Lafarge, autor de la novela ganadora del Premio Pulitzer de 1930, que trataba de los navajos del Suroeste, *Laughing Boy* [6]. Hoy es la mayor, la más influyente y la más antigua organización defensora de los indios de la nación.

Collier también fue, al menos indirectamente, responsable de la formación de la mayor y más importante organización nacional intertribal de los propios indios, el Congreso Nacional De Indios Americanos (NCAI), que surgió de una reunión de los empleados de la Oficina de Asuntos Indios convocada por éste, para que se formara una federación representativa de las tribus norteamericanas. El líder del grupo fue D'Arcy McNickle, antropólogo y miembro de la tribu cabeza plana. Los esfuerzos del grupo fructificaron en la primera reunión de éste durante noviembre de 1944 en Denver, Colorado. El NCAI está abierto a todas las tribus y comunidades indias legítimas, que pasan la revisión de un «comité de acreditación». Los individuos también pueden convertirse en miembros si tienen antepasados indios, existiendo categorías de pertenencia como asociados para los no indios y organizaciones. Aunque algunos de los militantes indios de los últimos tiempos lo

[6] O. Lafarge, *Laughing Boy*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1929.

consideran demasiado moderado, desde su comienzo ha sido el grupo de acción política nacional de más amplia base y más efectivo en cuanto a los indios americanos, tanto por sí mismo como en cooperación con otros grupos y asociaciones.

El periodo de John Collier se extendió hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Aunque las demandas de tiempo de guerra de fondos y personal amortiguaron el progreso de los programas iniciados, la misma guerra fue una fuerza de cambio en la vida de los indios americanos de los Estados Unidos, sin paralelo con ningún otro programa con este mismo propósito. Miles de indios, ahora todos ciudadanos, podían ser llamados a filas en las fuerzas armadas. Los «hablantes en código» navajos e Ira Hayes, un indio pima de la famosa fotografía del izamiento de la bandera en Iwo Jima, son quizás todo el conocimiento que la mayoría de los americanos actuales tienen de los indios en esta guerra, pero los hombres de las tribus de todo el país participaron y se distinguieron de muchas formas. Además, los civiles indios formaron parte de la marea de trabajadores de las industrias de tiempos de guerra. Al final de la guerra, alrededor de 65.000 indios habían dejado sus reservaciones (incluyendo el Suroeste), y sus ingresos anuales habían aumentado agudamente, al menos temporalmente.

El retorno de los veteranos de guerra y otros supuso una nueva fuente de destreza y experiencia en cuanto a «los modos blancos», de la que se nutrirían durante años las actividades políticas y económicas de las tribus, ahora organizadas bajo la IRA. A la vez, las experiencias del tiempo de guerra fuera de las reservaciones y de los aislados asentamientos rurales causaron nuevos niveles de expectación para muchos indios y, a la inversa, impaciencia con las condiciones halladas. La Segunda Guerra Mundial fue una masiva experiencia transformadora para la mayoría del mundo y no menos para los indios americanos. De hecho, ésta logro probablemente más en cuanto a «civilizarlos» que un siglo y medio de esfuerzo concertado del gobierno estadounidense. Irónicamente, además, la experiencia del tiempo de guerra brindó a los indios la habilidad y la determinación de perseverar y hacerse más fuertes como entidades distintas dentro de la estructura política de la vida americana, sin sacrificar las ventajas de las tecnologías modernas ni los valores de las culturas tradicionales. La política gubernamental hacia los indios en las décadas siguientes a la guerra proporcionó el apoyo y la provocación para que se volvieran enérgicos, llevando el

desarrollo de las sociedades indias americanas hacia unas nuevas direcciones, quizás no previstas.

De la Comisión de Reclamaciones Indias a la terminación

El Informe Meriam había recomendado que dotasen algunos mecanismos para dirigir las liquidaciones monetarias de las reclamaciones legítimas contra el gobierno por perjuicios pasados a las tribus indias. Sin embargo, hasta después de la Segunda Guerra Mundial, en 1946, el Congreso no creó la Comisión de Reclamaciones Indias, para escuchar las quejas por compensación inadecuada de las tierras tomadas a las tribus indias. También se proporcionaron a éstas fondos extraordinarios para cubrir los derechos legales y la investigación de sus reclamaciones. La Comisión continuó hasta 1978, cuando los casos todavía pendientes se transfirieron a la Corte de Reclamaciones (que ya anteriormente había recibido apelaciones contra decisiones negativas de la anterior, de las cuales quizás la más conocida fue el caso de los entonces no reconocidos descendientes de los indios creeks del este del Misisipí).

El Congreso sólo se adjudicó la capacidad de pronunciarse sobre los juicios de la Comisión de Reclamaciones Indias en las cantidades a compensar por infravaloraciones de las tierras en el momento de su toma. Los fondos de los juicios se reducían de cantidad debido a la deducción de «compensaciones» por los pagos de los tratados, beneficios en especie como aperos agrícolas, y otras retribuciones de valor recibidas por la tribu desde la toma de sus tierras. A pesar de estas disposiciones, las tribus recibieron dos billones de dólares a través de esta comisión. Aunque una parte importante de estos fondos fueron reembolsos de los gastos y honorarios legales, este dinero se convirtió en un importante capital para su desarrollo en la posguerra.

Aunque algunas concesiones de reclamaciones indias fueron, al menos en parte, distribuidas de forma individual, las cantidades eran usualmente bastante pequeñas y tenían efectos poco duraderos sobre los ingresos de la unidad familiar. En contraste, se consiguieron cantidades significativas de fondos para la educación, el desarrollo económico y otros proyectos de las reservaciones indias. Quizás igualmente importante fue la experiencia que los líderes indios adquirieron sobre

el sistema legal y político a través de sus reclamaciones sobre tierras. Del mismo modo, éstas también fueron probablemente un importante factor inicial que llevó a un pequeño pero creciente número de indios a seguir carreras de leyes. La investigación sobre estos casos produjo las principales compilaciones de información sobre la historia y la cultura de muchos grupos reclamantes y desempeñó un importante papel en la estimulación del interés por la historia india y las relaciones gubernamentales entre indios y no indios. También hicieron que mucha gente, especialmente del este de Estados Unidos, reconociera un pasado indio, con la esperanza de compartir una ganancia inesperada. (Años antes del mismo siglo, cuando la Corte falló una reclamación cherokee de 1905, muchos miles de personas se presentaron en una amplia área de los Estados Unidos para tratar de compartir la sentencia.) Al menos en algunos estados, las reclamaciones sobre tierras se convirtieron en un factor importante de dificultades a la hora del recuento de los indios a partir del censo estadounidense de 1960.

El censo de 1950 fue el último en el que la clasificación como indio, con propósitos de recuento racial, dependió del juicio de los que tomaron los datos. Desde 1960 en adelante, el estatus racial y étnico se determinó por autoidentificación. El método anterior probablemente no consideraba a muchos mestizos indios, especialmente en áreas fuera de las reservaciones, incluyendo a algunos que eran miembros registrados de algunas tribus. A la inversa, el método posterior a 1960 de identificación racial probablemente yerra en la otra dirección, al incluir mucha gente de mínima o sólo putativa ascendencia india, que normalmente no es socialmente identificada como tal. Resulta interesante que este fenómeno esté más pronunciado en las áreas del país que históricamente no mantuvieron una gran población india conocida ni reservaciones. En las décadas recientes, algunas personas han reclamado la identidad india para beneficiarse de los mandatos de empleo de «Acción de Reafirmación» y las preferencias en los negocios poseídos por las minorías, medidas adoptadas por los gobiernos estatales y federal en un intento de corregir la discriminación contra los negros y otras minorías raciales y étnicas.

Dejando a un lado la enumeración de los problemas, la población india de los Estados Unidos (incluido el Suroeste) creció de su caída histórica a algo menos de 240.000 entre 1890 y 1900, a más de 350.000

en 1950. Hasta este año, sin embargo, la población americana del siglo xx fue creciendo a una tasa media de aproximadamente un 9,9 por 100, considerablemente por debajo de la población global de los Estados Unidos, aproximadamente de un 14,7 por 100. Pero desde 1950, de acuerdo con los censos decenales, esta población india fue aumentando en una tasa mucho mayor que la global de los Estados Unidos. En el censo de 1990, el total de la población india americana de los Estados Unidos (incluido el Suroeste) era de 1.878.825 personas, habiéndose más que cuadriplicado la de 1950 de 357.499 habitantes, mientras que el total de la población estadounidense de 1990, de 248.709.873 personas fue menos del doble que la misma de 1950, de 151.325.798 personas. Sólo una parte de este gran aumento de la población india puede ser atribuido al crecimiento natural, debiendo corresponder el resto al mayor número de personas que se autoidentifican como indios y que no habrían sido contados como tales en 1950.

No sólo 1950 marca el comienzo de la rápida expansión de la población india americana en los Estados Unidos, sino que también este año puede tomarse como un hito en la evolución de opiniones más favorables acerca de los indios en la cultura estadounidense. En este y el año siguiente, aparecieron dos películas de Hollywood que abrieron la puerta a un torrente de ellas que se ocupaban de los indios con simpatía. Una de éstas, *Flecha rota*, estrenada en 1950, es ampliamente reconocida como el mojón del tratamiento sensible aunque románticamente estereotipado de los indios americanos en las películas. La otra, *Tomahawk*, estrenada en 1951, aunque a menudo ignorada por los historiadores del cine, era una dramatización razonablemente precisa de los acontecimientos junto al Camino Bozeman en la década de 1860 (la película fue estrenada en Gran Bretaña como *Battle of Powder River*) y puede que haya sido una de las primeras en incluir diálogos en una lengua nativa americana (cheyenne y lakota). Desde entonces, ha habido numerosas películas que presentan a los indios americanos en escenarios históricos y modernos con una luz favorable. Los retratos positivos de los indios usualmente son acordes con los estereotipos románticos largamente sostenidos, a menudo hasta el punto de la idealización edulcorada. A veces, estas «películas de indios» sirven para la evocación alegórica de problemas sociales mayores, para los que la trama de la historia india es casi incidental. La muy exitosa película de

1990, *Bailando con lobos*, es la más reciente de este género cinematográfico favorable a los indios americanos.

La década de 1950 fue también el comienzo del florecimiento del interés no indio en las artes y artesanías indias, tanto en organizaciones como los Boy Scouts, que mantenían desde hacía mucho tiempo programas en los que se enfatizaba en la sabiduría india, como en el crecimiento del movimiento de lo indio como hobby entre adultos, que salió a la luz antes en Europa que en los Estados Unidos. Este interés continúa creciendo y sus seguidores demuestran de forma creciente un sofisticado conocimiento de las costumbres, danzas y música de los indios americanos, tanto del periodo de contacto-tradicional de las culturas nativas (especialmente, pero no sólo, de los indios de las Llanuras) y de los modernos powwows panindios. De hecho, los movimientos interesados por los indios y los powwows panindios se interconectan de manera creciente, de modos complicados y no siempre amigables. Muchos indios mantienen al menos sentimientos ambivalentes, sino medianamente resentidos, acerca de los no indios que copian la danza, la música y los trajes indios, especialmente cuando los aficionados pueden costear trajes más elaborados y tradicionalmente «correctos» que muchas de las propias reservaciones indias.

Junto con el interés en las artes indias americanas más o menos tradicionales, en la década de 1950 se fue desarrollando un pequeño pero creciente mercado para lo que podría caracterizarse como artesanías indias, como opuestas a las mercancías hechas para turistas, en soportes tradicionales como la cerámica, la cestería y el tallado en madera. De modo similar, surgió el gusto por coleccionar ejemplares antiguos de la cultura material india, así como un interés en embrión por el trabajo de artistas indios que representaban temas aborígenes en los soportes europeos occidentales, especialmente en pintura de caballete. Estas tendencias han sido estimuladas en parte por programas del Nuevo Trato en las décadas de 1930 y 1940 y serían catapultadas hacia adelante en las de 1960 y 1970 por la creación del Instituto de las Artes de los Indios Americanos en 1962, que reemplazó al viejo internado indio de Santa Fe, Nuevo México.

En cierto modo, el crecimiento de posguerra hacia la apreciación de al menos algunos elementos seleccionados de las culturas indias pasadas y presentes puede ser atribuido a la interacción en aumento entre los indios y otros miembros de la sociedad estadounidense, aunque

sólo sea mediante encuentros pasivos y anónimos. En parte, el reconocimiento de los indios y sus culturas como elementos palpables de la vida de los Estados Unidos actuales llegó al popularizarse los escritos de los antropólogos profesionales y los mismos indios (a veces provocados por el interés inicial en lo indio como hobby). Quizás más importante fue la expansión del turismo y las vacaciones en la sociedad cada vez más opulenta de la década de 1950. Más y más, los americanos dispusieron de la oportunidad de tener al menos una visión fugaz de los indios vivos y sus trabajos, aunque demasiado a menudo con la puesta en escena del tipo de «Vea Indios Vivos» de las atracciones turísticas. Ahora, los americanos poseedores de automóviles podían dejar los centros poblacionales crecientemente urbanizados y llegar con relativa facilidad a puntos de vacaciones en las montañas del oeste, los desiertos del Suroeste, los bosques de los Grandes Lagos al norte, los frescos retiros del sur de los Apalaches y los climas subtropicales del sur de Florida, muchos de los cuales mantenían «interesantes» grupos de habitantes indios en sus cercanías. Desde la otra dirección, números siempre crecientes de indios se iban a las ciudades.

Desde los tiempos coloniales, al menos unos pocos indios habían vivido en centros urbanos, aunque en los primeros días como esclavos o siervos a sueldo. En conjunto, sin embargo, hasta el final del siglo XIX, los indios americanos fueron rurales, incluso las bolsas aisladas sobre el litoral oriental desde Nueva Inglaterra hasta el Golfo de México. Pero durante todo el siglo XX, la proporción de la población de indios que vive en ciudades ha ido aumentando, lentamente al principio y luego de manera más acelerada. De 1900 a 1940, la proporción de la población india que vivía en ciudades, según los censos estadounidenses, se incrementó de menos de 0,5 por 100 en 1900 a sólo el 7,2 por 100 en 1940. Después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, el porcentaje en 1950 se había casi doblado a un 13,4 por 100 y había llegado al 27,9 por 100 en 1960. Una parte significativa de este incremento puede ser atribuida directa o indirectamente a la política específica del gobierno de los Estados Unidos, a través de la Oficina de Asuntos Indios, de incitar a los indios a marcharse a ciudades como Denver, Minneápolis, Chicago, Dallas y San Francisco. Tal política parece casi una completa marcha atrás de las del siglo XIX, que llevaron, en primer lugar, a trasladar a los indios orientales al Territorio Indio occidental, luego a la confinación de los indios occidentales en reser-

vaciones aisladas (o temporalmente en internados distantes), por la idea de que podían ser mejor «civilizados» si se los aislaba de las influencias de los «elementos más bajos» de la sociedad blanca y se les enseñaba gradualmente la labranza, la cría de animales y las industrias domésticas.

En la década de 1950, la filosofía sobre asuntos indios estadounidense apuntaba sólo a un modesto éxito en levantar economías rurales en las reservaciones, generalmente sobre las tierras inferiores, que carecían de recursos naturales y que además habían sido dañadas por la Gran Depresión. Pero los administradores de los indios creían —especialmente a la luz de las experiencias indias en la Segunda Guerra Mundial— que éstos podían ser conducidos mejor a la plenitud de la vida americana si se trasladaban a la ciudad y entraban en la economía nacional como trabajadores cualificados o semicualificados. De nuevo, era otra forma de una filosofía asimilacionista, aunque esta vez, mejor que la parcelación de las tierras de la reservación en lotes individuales, se reubicaría a las familias individuales en las ciudades. Era el Programa de Reubicación Voluntaria, instituido por la Oficina de Asuntos Indios en 1953. Provistos por esta oficina con cierta preparación ocupacional y unos pagos y servicios iniciales de transición, los reubicados se daban cuenta a menudo de que estaban mal equipados para capear los rigores de la vida urbana. Muchos regresaban finalmente a las reservaciones o a centros urbanos menores más próximos a su hogar, a veces para volver a la ciudad después. Muchos analistas han observado que los moradores indios urbanos no están necesariamente comprometidos con la vida de la ciudad como una plaza permanente de residencia, sino que la consideran simplemente un punto de un patrón más complicado de cambios residenciales, quizás incluso análogo al modelo de variación estacional de residencia propio de las economías de caza y recolección. Como ha sido a menudo el caso en las décadas recientes, de modo general los indios sirven de «canario del minero» para las tendencias sociales, especialmente en relación con las políticas gubernamentales. En este caso, la inclinación de los indios a dejar la vida urbana y volver a sus comunidades de origen tan pronto como fuera posible, en las décadas de 1950 y 1960, anticipó la emigración inversa de las áreas metropolitanas a las rurales que demostró la clase media americana en las décadas de 1970 y 1980.

A pesar de la tendencia de muchos indios reubicados de rotar entre la ciudad y la reservación, el porcentaje de los que vivían en la ciudad continuó creciendo hasta cerca del 50 por 100 en 1980. En la década de 1950, ciertos patrones de vida urbana india estaban empezando a tomar forma. Al igual que muchas gentes del mundo, que forman asociaciones tribales, étnicas y regionales entre la primera o la segunda generación de migrantes urbanos, desde la década de 1950 en adelante, florecieron varios clubs, asociaciones y centros comunitarios de indios americanos en las ciudades mayores distantes de las comunidades de las reservaciones. A menudo de naturaleza intertribal, estas organizaciones no disminuían necesariamente las lealtades tribales individuales. Al mismo tiempo, varios grupos religiosos empezaron el trabajo de misión sobre los indios urbanos. Muchos de estos dos tipos de organizaciones proporcionaban servicios sociales y asistencia económica menor a los reubicados por el gobierno y a otros indios en dificultades. Al no contar con los servicios de la reservación, especialmente los médicos, las condiciones de vida de muchos indios urbanos se deterioraron rápidamente, surgiendo problemas de alcoholismo y enfermedad mental, que eran a menudo peores que los que aparecían en las comunidades indias rurales y de las reservaciones. La viabilidad de las asociaciones urbanas intertribales y las condiciones de vida llenas de presión que soportaban los indios de los ghettos incipientes llevaron a la expansión de la cultura panindia (aunque al mismo tiempo, al final, al reforzamiento de un sentido de lealtad a la propia tribu) y promovieron el desarrollo de una infraestructura social para la emergente acción política y la militancia.

Entretanto, un número creciente de veteranos de la Segunda Guerra Mundial y posteriormente de los de la guerra de Corea, algunos con educación avanzada, estaban comenzando a asumir puestos de influencia y autoridad. La efectividad cada vez mayor del Congreso Nacional de Indios Americanos, el aumento del empleo de indios americanos en la Oficina de Asuntos Indios y otras agencias, y la experiencia ganada por los líderes indios en sus reclamaciones de tierras y por otros medios, prepararon la escena para el surgimiento de líderes individuales con elevados conocimientos políticos e incluso una red de relaciones sociales entretejida de forma más intrincada entre ellos y las autoridades blancas de la «política india» a nivel regional y nacional. Aunque tales relaciones tenían precedentes (las frecuentes delegaciones

formales de líderes tribales en Washington D.C. en el siglo XIX proporcionan un prototipo obvio), a finales de la década de 1950 y en adelante, los líderes indios se fueron acercando a los políticos blancos y a la burocracia gubernamental con un conocimiento práctico mucho mayor de la cultura mayoritaria. Además, sus esfuerzos fueron mantenidos a flote por un mar de fondo de apoyo popular a los indios (o al menos compasión por las concepciones estereotipadas del derrotado pero noble Hombre Rojo), apoyo que ha ido reuniendo fuerza desde los días de Calvin Coolidge y Will Rogers, quienes, cada uno a su modo, llevaron populares imágenes de los indios al ruedo político. Su participación en la vida política, aunque sólo fuera como puntales fotogénicos para los políticos en campaña, fue conocida ampliamente por los reportajes periodísticos, la radio y —desde los años cincuenta— la televisión. Finalmente, los mismos medios de comunicación se convirtieron en un factor importante para la construcción de una mayor conciencia y preparación política acerca de la sociedad entre los indios, especialmente entre la gente joven, tanto en las reservaciones como en las ciudades.

De la terminación a la *Declaration of Indian Purpose*

Con el cambio a la administración republicana de Eisenhower en 1953, los oponentes a la dirección que las relaciones indias habían tomado desde la Ley de Reorganización India de 1934 ejercieron sus influencias para trasladar momentáneamente esta política gubernamental a un nuevo camino. Los cambios en la política gubernamental galvanizarían el potencial político del liderazgo indio en la final posición de fuerza de las tribus indias, que no habían disfrutado desde quizás la Revolución Americana.

En un irónico giro, las tendencias emergentes en la cultura política de los indios americanos, impulsada por la experiencia urbana, pero no plenamente formada hasta después de 1960, estaban siendo instigadas por la misma administración en los años cincuenta, que estaba tratando simplemente de eliminar el conjunto del «problema indio» federal por autorización administrativa. Esta política acabó siendo conocida por una única y siniestra palabra de doble sentido: terminación. Quizás más que ningún otro factor, el espectro de la «terminación»

provocó la rápida evolución de la política india a sus formas actuales. Sus desarrollos inicialmente provocados por reacción a la política de terminación de la administración de Eisenhower parece ahora, en la década de los noventa, haber asegurado la existencia continuada de los indios como pueblo distinto, dentro de la estructura de los Estados Unidos en el futuro previsible.

Mediante la política de terminación, el gobierno de los Estados Unidos simplemente arreglaría cualquier deuda pendiente que pudiera tener con una tribu india, retiraría sus servicios especiales a los indios y devolvería las tierras y otras posesiones a la tribu como entidad, sujetándolas a las leyes de los condados y estados circundantes. En efecto, el gobierno estadounidense «saldría de los asuntos indios». Aunque fuertemente identificada con la administración de Eisenhower, la terminación tenía sus raíces en la oposición al Nuevo Trato Indio y a John Collier por parte de los grupos conservadores, dentro y fuera del gobierno (incluyendo algunos indios). En 1947, el Congreso ya había pedido al sucesor de Collier como comisionado de Asuntos Indios, William Brophy, una lista de criterios por los cuales se pudieran identificar las tribus capaces de administrarse sin apoyo federal, que pudieran, así, obtener su estatus legal especial como indios eliminados. A continuación, el Congreso pidió una lista de las tribus que cumplieran estos criterios. La meta de la terminación de cualquier relación especial entre las tribus y el gobierno federal se convirtió en la política oficial en 1953.

Durante 1953-1960, se aprobaron 14 leyes para la terminación de tribus específicas, muchas de ellas diminutas reservaciones de California; juntas, estas leyes «terminaron» el estatus de indios de aproximadamente 12.500 personas. Los casos a los que se dio más publicidad fueron los de los klamath de Oregón y los menominis de Wisconsin. Pronto, los indios se encontraron demandando al gobierno federal para proteger sus derechos por tratados y otros acuerdos. Los niveles de educación, servicios médicos y otros de las tribus terminadas no podían ser mantenidos por ellas mismas o los estados circundantes. Las condiciones de vida de la gente de estas tribus terminadas a menudo empeoraron más que mejoraron por esta asimilación forzada, existiendo muchos costes ocultos en cualquier esfuerzo por despachar las obligaciones federales a las tribus específicas por pago directo. En 1960, a pesar del asimilacionismo prevaleciente de la etapa inmediata de pos-

guerra, era claro que la política de terminación era un fracaso. Muchas de las tribus terminadas finalmente restauraron su relación federal de trust mediante leyes del Congreso, empezando por la de los menominis de 1973 y continuando hasta el presente con, por ejemplo, la restauración de los alabama-cushatta de Texas en 1987. (Esta reservación fue tomada bajo protección federal a finales de los años veinte, y luego «terminada» en la década de 1950.) Todos los presidentes estadounidenses desde 1960 se han opuesto a la terminación, aunque la resolución que creó esta política no ha sido revocada.

A pesar de que las políticas asimilacionistas de terminación y reubicación de los años cincuenta (que también tienen sus raíces en los últimos años de la década de 1940) fueron, en la práctica, pronto canceladas, otras acciones gubernamentales del periodo probaron ser beneficiosas para los indios. Desde el punto de vista de que el gobierno finalmente debía despojarse de cualquier obligación especial con los indios, diversas funciones que normalmente cumplía la Oficina de Asuntos Indios empezaron a ser asignadas a otras agencias, siendo la primera y la más importante de éstas la transferencia del servicio de salud al Servicio de Salud Público en 1954. Aunque los indios continuaron situándose por debajo de los no indios en muchos indicadores de salud, sus condiciones a este respecto mejoraron sensiblemente con el cambio, especialmente en cuanto a la salud pública y la medicina preventiva.

Durante los años cincuenta, las últimas restricciones sobre la libertad individual impuestas especialmente a los indios fueron eliminadas, aunque el peyotismo iba a continuar enfrentando retos en las cortes de las jurisdicciones estatales. La prohibición de venta de licores a los indios fuera y dentro de las reservaciones fue levantada por una ley del Congreso en 1953, que aprobaba también la opción local para su venta dentro de la reservación. Dados los problemas de alcoholismo entre los indios ampliamente publicados, debió de parecer a algunos que este cese de la prohibición era arduamente «beneficioso» para ellos, pero no debería desestimarse el valor simbólico de este hecho para mejorar su autorrespeto y autoconfianza. La prohibición había servido como un humillante recordatorio público de la posición casi de niños que el gobierno y los ciudadanos no indios había otorgado a este colectivo. Tal posición había acompañado durante mucho tiempo, pero no era necesariamente concomitante, a la protección federal de las tribus indias

y sus recursos corporativos. Recientemente, la opción local de venta de licores ha probado ser una útil herramienta de desarrollo económico para ciertas tribus, ya que éstas pueden autorizar salones para cocktail como parte de sus industrias tribales de turismo y recreo. Además, cualquiera que hayan podido ser los efectos del levantamiento de la prohibición con los problemas relacionados con el alcohol, desde comienzos de los años setenta, las muertes asociadas al alcoholismo ente los indios y los nativos de Alaska han bajado considerablemente de aproximadamente 55 a 65 por 100.000 anuales a menos de 30 por 100.000 por año para 1983, acercándose al aproximadamente 10 por 10.000 que ha sido la tasa bastante constante de los no indios durante el mismo periodo [7].

La década de 1950 tocó a su fin con la política india de los Estados Unidos en un estado de considerable confusión y objetivos visiblemente conflictivos, creando cierta disensión entre los indios, sus líderes y sus organizaciones. Al mismo tiempo, desde la Segunda Guerra Mundial en adelante, los indios americanos estaban logrando un nivel sin precedentes de conocimiento de la sociedad general a través de la educación formal y la experiencia gubernamental. Las posiciones políticas entre sus líderes iban del asimilacionismo al llamado tradicionalismo, que insistía en la soberanía garantizada mediante tratado de las tierras indias que quedaban y, por ejemplo, contemplaban la otorgación de la ciudadanía a los indios como una estratagema para erosionar el estatus político separado de las tribus. Pero a finales de los años cincuenta, según ciertos observadores, existía un acuerdo implícito entre muchas facciones de indios respecto a que debían tener una voz mucho mayor en la administración de sus asuntos, con más apoyo y menos intervención del gobierno federal.

El antropólogo de la Universidad de Chicago Sol Tax empezó en 1960 a intentar facilitar intercambios de puntos de vista entre los líderes indios del más amplio espectro, incluyendo asimilacionistas y tradicionalistas, gobiernos de las reservaciones y asociaciones urbanas, tribus protegidas federalmente y grupos no reconocidos. Estos esfuerzos culminaron en la Conferencia de los Indios Americanos de Chicago de

[7] C. M. Snipp, *American Indians: The First of This Land*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1989, p. 356.

1961, una reunión de una semana de quizás la mayor representación intertribal que nunca se había reunido para presentar un frente común a la sociedad. Al finalizar, todos menos los tradicionalistas, con sus estrictos puntos de vista sobre los tratados, estuvieron de acuerdo en un conjunto común de objetivos para las futuras relaciones indias con el gobierno. El resultado fue la *Declaration of Indian Purpose*, que fue presentada al presidente recientemente elegido John F. Kennedy en Washington D.C. por una delegación de representantes tribales de toda la nación. La conferencia de Chicago y la declaración resultante articulaban los acuerdos existentes entre un amplio espectro de líderes indios moderados y estatuían el futuro de gran parte de la corriente principal de la política india.

Esta conferencia también proporcionó el trampolín para la formación del Consejo Nacional de Jóvenes Indios, un grupo más militante, simpatizante con muchas de las posiciones de los tradicionalistas, pero preparados para usar la retórica moderna y las tácticas de protesta para dar publicidad a la causa de los derechos característicos de los indios americanos durante los años sesenta. Entretanto, el Congreso Nacional de Indios Americanos (que había sido el elemento clave en la organización de la conferencia de Chicago) iba convirtiéndose en un efectivo cuerpo de presión. Con el tiempo, los dos estilos de acción política evidenciados por grupos como éstos parecieron estar en desacuerdo y hasta en conflicto directo. Visto retrospectivamente, ambos acercamientos se fueron complementando más a menudo durante los años que siguieron a la conferencia de Chicago. En muchos sentidos, ésta fue un hito significativo que marcó la pauta de todo lo que siguió en la historia india de los Estados Unidos, coincidiendo con una etapa de amplios y rápidos cambios, radicales, si no revolucionarios, en la vida americana, que comenzaron con la breve administración de John F. Kennedy.

Los últimos treinta años

En muchos aspectos, durante los últimos treinta años, los asuntos indios en los Estados Unidos han tomado un rumbo directamente opuesto al avance de la mayor parte de la política india desde el final del periodo de las relaciones mediante tratados de 1871 y, al menos

desde el punto de vista filosófico, desde la fundación de la república. Políticamente, estos cambios han supuesto el reforzamiento de los gobiernos tribales y la aseguración de su estatus legal distinto y separado. Al mismo tiempo, la población india americana no sólo ha aumentado, sino que ha dado grandes zancadas hacia la paridad con la corriente principal americana en cuanto a salud, educación y condiciones económicas. Además, ha surgido un respeto por las culturas tradicionales y una consecuente revigorización del desarrollo de las artes y la cultura india americana en nuevas direcciones. Han pasado tantas cosas en todos estos frentes, que es difícil seleccionar el desarrollo más significativo.

Durante los años sesenta, las tácticas de protesta física como las marchas y el bloqueo de los indios americanos a las acciones (o inacción) gubernamentales cobraron impulso. Tales tácticas ya habían sido usadas a finales de los años cincuenta, especialmente por varios iroqueses de Nueva York, que intentaban, por ejemplo, bloquear los proyectos gubernamentales para la construcción de presas que inundaban sus tierras. Aunque las anteriores protestas iroquesas recibieron cierta atención en los medios de comunicación, las de los años sesenta recibirían una cobertura considerablemente mayor, como otro frente más en el uso ampliamente extendido de demostraciones por estudiantes, trabajadores de los derechos civiles y otros para hacer públicos sus desacuerdos, con la esperanza de recibir la solidaridad pública para presionar a las autoridades a tomar acciones favorables a sus causas.

El Consejo Nacional de Jóvenes Indios brindó una atención casi instantánea a los temas de los derechos adquiridos por los tratados, cuando organizó la primera «pesca» entre las tribus del estado de Washington. Obviamente, como una táctica de sentada dentro del movimiento de derechos civiles, las pescas se hicieron en los puestos tradicionales fuera de la reservación, para protestar contra los esfuerzos estatales por imponer sus reglamentaciones pesqueras sobre los indios, contrarias a lo garantizado mediante tratado. Desde 1964, esta protesta rápidamente consiguió la atención nacional, cuando personalidades públicas como la estrella de cine Marlon Brando y el cómico Dick Gregory visitaron a los indios y les dieron su apoyo. Paralelamente a estos actos, hubo una serie de casos en las cortes, retando al intento del estado de Washington por controlar la pesca india. Las cortes estadounidenses finalmente fallaron en favor de los indios a comienzos de la

década de 1970. Los esfuerzos por asegurar los derechos de pesca de los muckleshoot, nisqually, yakimas y otras tribus de Washington ejemplifican claramente los dobles acercamientos de demostraciones públicas y litigación en las cortes, usados con considerable éxito por los indios durante los pasados 30 años. (Aunque muy oscuro desde una perspectiva nacional, a finales de los años cuarenta, los entonces no reconocidos poarch creek del sur de Alabama proporcionan otro temprano ejemplo del acercamiento dual de las quejas indias. Lograron el derecho a la educación secundaria de sus hijos mediante la combinación de las demostraciones públicas —un hombre y sus hijas bloqueaban el paso de un autobús escolar— y la acción en la corte, con otro hombre contra la junta escolar local, acción iniciada con la ayuda de un joven abogado recientemente establecido en la zona, cuyo tío era juez de la Corte Suprema de los Estados Unidos).

El uso indio de demostraciones de protesta de varias clases ganó impulso durante todos los años sesenta. A pesar de tener mucho en común con las demostraciones de los estudiantes y otros en los tumultuosos sesenta de los Estados Unidos, el movimiento indio generalmente siguió su propio curso, aunque a veces recibieron el apoyo logístico de simpatizantes no indios. Mientras el público encontraba las tácticas familiares, los objetivos subyacentes para estas protestas eran probablemente escasamente entendidos por el americano medio. Las demostraciones de los estudiantes y los de derechos civiles usualmente se encaminaban a rehacer el sistema, en tanto que las protestas indias, la mayoría de las veces, trataban de hacer que el sistema funcionara como pensaban que debía hacerlo de acuerdo con los tratados tribales.

Mucha de la «contracultura» de los años sesenta asume la imagen trágica del indio americano próximo a la naturaleza como un modelo de acción y un icono. Los indios rápidamente se dieron cuenta del valor de estos papeles estereotipados en la retórica y la presentación de sus demandas, con imágenes que producirían unas fuertes impresiones visuales en revistas y en la televisión. Un ejemplo de los diferentes significados que tenía una misma conducta entre la contracultura india y no india es el dejarse crecer el pelo. Para los jóvenes de clase media blancos, el pelo largo era un desafío a los estilos existentes de decoro, como una expresión de libertad personal; para los indios, el pelo largo se convirtió cada vez más en un distintivo sagrado de identificación étnica y la repulsa simbólica del pelo corto como un signo visible de

la «civilización» de los indios en el siglo XIX y comienzos del XX. Por toda la nación, las marchas, los bloqueos y otras tácticas fueron usadas por varios grupos indios americanos para demostrar sus quejas sobre los derechos por tratado y los asuntos locales de las ciudades, así como del país. A finales de los años sesenta, los desarrollos de la protesta india se fundieron rápidamente en un movimiento nacional, que en muchos aspectos proporcionó un contrapeso organizativo a entidades moderadas tales como el Congreso Nacional de Indios Americanos.

El Movimiento Indio Americano (AIM) fue fundado en 1968 por los indios que vivían en Minneápolis. En los siguientes años, se convirtió prácticamente en el sinónimo de las demostraciones de protesta militar como medios de conseguir los derechos indios. Como organización urbana, el AIM poseía generalmente un carácter más cosmopolita que la mayoría de los grupos indios de protesta, vinculados a asuntos tribales específicos. A pesar de eso, los mohawks de Akwesasne, Nueva York, que estaban entre los primeros activistas indios, fundaron un periódico militante, *Akwesasne Notes*, que proporcionó la cobertura de los asuntos indios por toda la nación y el hemisferio, y favoreció la interpretación estricta de los tratados indios. Este periódico se fue haciendo crecientemente atractivo para los jóvenes radicales no indios. Publicado nueve veces al año, floreció por toda la nación hasta mediados de la década de 1970.

En conjunción con estos desarrollos, cada vez más indios americanos estaban estudiando en colegios y universidades. Sus organizaciones empezaron a proliferar en los campus a finales de los años sesenta. Los programas de estudios indios comenzaron a aflorar por la nación, desde los pequeños colegios estatales del mediooeste hasta las universidades metropolitanas de la costa oeste, y las antiguas y prestigiosas instituciones del este (como Dathmouth, donde la estipulación de la educación india de sus estatutos del siglo XVIII fue redescubierta). Tales organizaciones, de estudiantes e indios, tuvieron un importante papel en el surgimiento de la militancia india. Todas estas fuerzas parecieron juntarse en un espectacular gran final, con la ocupación de la prisión federal abandonada de la isla de Alcatraz, en la Bahía de San Francisco. Aquí, primero un grupo de estudiantes, luego otro intertribal que se llamaban a sí mismos «Indios de Todas las Tribus» reclamaron la isla por «derecho de descubrimiento» y la ocuparon durante un año y medio, desde noviembre de 1969. Aunque la ocupación finalmente se

derrumbó, la demostración grabó en el público americano la aspiración del pueblo indio de controlar sus propios asuntos, sin que el gobierno abandonara las obligaciones que había adquirido para con ellos por los tratados. Alcatraz se convirtió en un mojón en el surgimiento de la acción política panindia a nivel nacional, pero más acontecimientos estaban por llegar en los años setenta.

Menos espectacular que el colorista sensacionalismo de sus demostraciones de protesta, fueron los desarrollos políticos, económicos, educacionales y otros que iban a tener gran impacto para los indios americanos, aunque a menudo fueran raramente percibidos por los no indios. En 1961, fue aprobada por el Congreso la Ley de Redesarrollo Territorial (ARA), para remediar las condiciones económicas en declive de muchas áreas rurales que siguió a la emigración urbana masiva tras la Segunda Guerra Mundial, proceso demográfico que la Oficina de Asuntos Indios pareció empeñado en acelerar para los indios en los años cincuenta y sesenta. El Congreso especificaba que los gobiernos tribales indios, entre otras agencias, tenían opción a pedir los fondos de la ARA. Muchas tribus recibieron estas subvenciones y con ellas empezaron a mejorar su infraestructura, las oficinas administrativas tribales, los salones de reunión comunitarios y otras instalaciones. Los frutos de estos esfuerzos fueron los primeros pasos de la modernización de muchas comunidades tribales, movimiento necesario para posteriores desarrollos económicos.

De modo similar, la «Guerra contra de Pobreza» de Lyndon Johson proporcionó a las comunidades indias la posibilidad de participar en varios programas establecidos por la Ley de Oportunidad Económica de 1964. El gobierno federal otorgó ayuda federal técnica a las tribus para preparar las peticiones de proyectos para el Programa de Acción Comunitaria (CAP) de la Oficina de Oportunidad Económica (OEO). Estos proyectos, en algunos casos, levantaron críticas de nepotismo y favoritismo hacia algunas reservaciones, como así ocurrió en algún lugar, y chocaron con los esfuerzos populares existentes para mejorar las condiciones de vida en algunas comunidades de las reservaciones. No obstante, los proyectos del CAP inyectaron una nueva fuente de trabajos e ingresos erarios en las economías de las reservaciones, mediante el empleo de miembros tribales como ayudantes para las diversas actividades comunitarias garantizadas por ellos. Quizás igualmente importante fue que los trabajadores del CAP fueron obteniendo

los conocimientos organizacionales y haciendo contactos, mediante talleres de trabajo regionales y programas de entrenamiento, lo que contribuyó al «capital social» de muchas comunidades.

Además de estos programas, la OEO proporcionó otros de iniciación para los niños en edad preescolar y empleos de media jornada y programas de preparación ocupacional para los adolescentes de las reservaciones. Estos programas también brindaron empuje a las economías de las reservaciones y recursos humanos. En las áreas rurales fuera de las reservaciones, aunque las comunidades indias no pudieron patrocinar programas por derecho propio, sus miembros también se beneficiaron del programa de «Guerra contra la Pobreza» mediante empleos temporales, y quizás de forma más importante, mediante la adquisición de un conocimiento político mayor al trabajar en juntas de consulta y similares. También los indios participaron individualmente en los cuerpos laborales de la OEO, organizados de modo similar a los Cuerpos de Conservación Civil de la era de la depresión de 1930 (en los que los indios también participaron).

A nivel nacional, existía un «Escritorio Indio» para sus programas, provisto con personas de esta etnia con educación elevada. En los últimos días de la década de 1960, el Escritorio Indio organizó, a través del patrocinio local, un programa nacional de verano llamado Círculo Indio, que fue diseñado para instilar orgullo de la herencia nativa (el lema del campamento era «Piensa a lo indio»), y confianza y equilibrio al tratar con otros. Cientos de jóvenes de edades comprendidas entre los quince y los dieciocho años de docenas de tribus participaron, bajo la guía de consejeros estudiantes de colegios y la tutela de instructores especializados, la mayoría de los cuales también eran indios. Se estableció un programa en el verano de 1968 en la White Earth Reservation de Minnesota. El verano siguiente se ofrecieron dos, uno en el Santa Fe Institute of American Indian Arts y el otro en el Bacone College (una institución baptista de Oklahoma que posee históricamente entre su cuerpo de estudiantes un gran número de indios).

Los programas más expansivos de la OEO entre los indios (así como entre otros) entraron en decadencia en la década de 1970. Sin embargo, los de iniciación continuaron con fuerza y otros nuevos, como los que se encontraban bajo la Ley Global de Empleo y Entrenamiento (CETA) asumieron algunas de las mismas funciones que anteriormente habían realizado los de la OEO. Aunque los resultados de

estos programas sobre las comunidades indias son difíciles de medir, de modo general hicieron considerables contribuciones al legado de las habilidades organizacionales y burocrática de los líderes indios y un cuadro más amplio de estos trabajadores. Y los programas continúan elevando las aspiraciones indias y la confianza de que pueden resolver sus problemas con el apoyo adecuado del gobierno federal. Estos programas pueden haber sido percibidos por algunos indios no sólo como la versión local de un esfuerzo de bienestar mucho mayor, sino como el cumplimiento parcial de las obligaciones históricas hacia ellos del gobierno de los Estados Unidos. La afirmación de un líder chippewa en los años sesenta, aunque en otro contexto, viene al caso en este punto:

> Cuando la gente me pregunta: «¿cuándo van a empezar los indios a pagar impuestos a la sociedad?», les digo: «los indios ya pagaron sus impuestos, más por adelantado que nadie, al regalar la tierra donde se levanta este país».

Tanto los programas de la ARA como los de la OEO marcaron la pauta para que los líderes tribales buscaran fuentes de financiación para los proyectos comunitarios fuera de la única fuente histórica para ellos, la Oficina de Asuntos Indios.

Durante los años sesenta, se dieron tendencias demográficas entre los indios que fortalecieron sus comunidades y aumentaron sus recursos humanos. No sólo creció la población en las reservaciones, en las comunidades indias fuera de las reservaciones y en las ciudades, sino que también se elevaron varios indicadores socioeconómicos de forma considerable entre ellos. La expectación de vida de los indios americanos y los nativos de Alaska había aumentado de 51,6 años en 1940 a 61,7 en 1960, comparado con los crecimientos de 53,1 a 63,6 para los negros americanos y de 64,2 a 70,6 para los americanos blancos. Igualmente, los logros educacionales de los indios estaban creciendo rápidamente y seguirían haciéndolo durante los años setenta. A finales de la década de 1960, casi un cuarto de los indios y los nativos de Alaska mayores de veinticinco años habían terminado los estudios de bachillerato, comparados con el ligeramente menos de un tercio de negros y algo más de la mitad de los blancos mayores de veinticinco años. En 1980, el porcentaje de finalización del bachille-

rato era de 55,5 para los indios, 51,2 para los negros y 68,8 para los blancos [8].

Quizás más significativo que la cantidad de titulados de bachillerato era el creciente número de indios que asistían a los colegios y las universidades durante los años sesenta, como ya se ha señalado. En 1970, la cifra de indios americanos y nativos de Alaska mayores de veinticinco años que habían terminado cuatro años de colegio constituían el 3,8 por 100 de la población (comparado con el 4,4 por 100 de negros y el 11,3 por 100 de blancos). Aunque la cantidad era pequeña, el impacto del creciente número de indios con educación universitaria disponibles para ocupar puestos en varias agencias gubernamentales y proporcionar liderazgo a varias aventuras económicas indias era probablemente mayor de lo esperado, dado el carácter relativamente pequeño y estrechamente interconectado de tantas comunidades indias. En 1980, el porcentaje de las personas con educación universitaria mayores de veinticinco años había alcanzado el 7,7 para los nativos americanos, el 8,4 para los negros y el 17,1 para los blancos [9].

Después de finalizado el colegio, en los años sesenta, un muy pequeño pero creciente número de indios hacían trabajo de posgraduados en muchos campos —ciencia, humanidades, educación y, más especialmente, leyes—. Durante las décadas siguientes, los abogados indios, junto con un creciente cuadro de abogados no indios, versados en los vericuetos de la ley india, dentro del sistema judicial de los Estados Unidos, estarían a menudo al filo de los esfuerzos indios por retener o volver a conseguir los derechos y el control de sus recursos. En 1970, la Fundación de Derechos del Americano Nativo (NARF) surgió de un programa de servicios legales de la OEO en California, para cubrir las necesidades de muchas clases de grupos indios de los Estados Unidos. Aunque fundado por un abogado no indio, para 1972 tenía como director a un abogado indio pawnee, John Echohawk. Actualmente, el NARF permanece siendo una poderosa fuerza en el País Indio. Esta expresión era al principio usada medio en broma, para sugerir las películas del oeste de Hollywood de los viejos tiempos, llegó a tener connotaciones más allá de la mera situación física, pero al denominar también tierras tribales específicas.

[8] *Ibidem*, pp. 68, 189.
[9] *Ibidem*, p. 190.

Durante los años sesenta, un pequeño conjunto de indios, aparte de los demostradores que salían en las noticias, empezaron a ganar la admiración y el respeto de los medios de comunicación nacionales y el público en general por sus logros en muchas empresas. Billy Mills, un mestizo sioux, ganó la medalla de oro de los Juegos Olímpicos en la carrera de 10.000 metros en 1964. En 1966, muchos jóvenes radicales no indios demostraban su apreciación a las actividades de los militantes indios que surgían, como Wallace Mad Bear Anderson, un tuscarora que logró la audiencia internacional para las quejas indias, incluyendo la presentación de propuestas a Fidel Castro. Buffy Sainte-Marie, una cree canadiense que vivía en los Estados Unidos, disfrutó de fama considerable como cantante folk a finales de los años sesenta. Muchas de sus grabaciones eran composiciones propias, deplorando el tratamiento hacia los indios americanos y cantadas en un único y ferviente estilo. La india comanche LaDonna Harris, esposa del senador Fred Harris de Oklahoma, ganó el respeto hacia la preparación moderna de los indios por su diestro manejo del papel de esposa de político mientras perseguía sus propios objetivos sociales para los indios. Quizás su contribución más importante fue la organización de Americanos por una Oportunidad para los Indios, que ha funcionado efectivamente para mejorar la vida de éstos en muchos frentes. La novela del autor kiowa-cherokee N. Scott Momaday, *House made of Dawn*, ganó el Premio Pulitzer de 1968 [10]. Y en 1969, Vine Deloria, Jr., hijo de un pastor episcopal sioux, capturó la atención de un amplio espectro de americanos con su libro titulado de forma provocativa *Custer Died for Your Sins* [11], un jocoso eslogan de los jóvenes militantes, popularizado un par de años antes por la amplia distribución de una pegatina similar para el parachoques de los coches. La publicación en *Playboy* de un extracto del libro de Deloria, «Anthropologists and Other Friends», pocos meses antes del libro, ayudó a aumentar la consideración pública por este trabajo. *Custer Died for Your Sins* era una crítica a la política india estadounidense y a los esfuerzos de diversos simpatizantes de los indios bien intencionados pero fuera de lugar, incluidos los antropó-

[10] N. S. Momaday, *House made of Dawn*, Nueva York, Harper and Row, 1968.

[11] V. Deloria, Jr., *Custer Died for Your Sins: An Indian Manifiesto*, Nueva York, The Macmillan Company, 1969.

logos. Deloria presentaba su opinión con ironía y ácido humor, convirtiéndose en el manifiesto del activismo indio que podía acomodarse a una amplia gama de estrategias y objetivos. Dos años después, el autor no indio Dee Brown volvió a sensibilizar a los lectores hacia las pasadas injusticias contra los indios con su popular libro *Bury My Heart at Wounded Knee* [12].

Una de las revistas estadounidenses más populares, *Time*, fue el heraldo de los acontecimientos de los años setenta en el País Indio, con el reportaje de su número del 9 de febrero de 1970 titulado «The American Indian: Goodbye to Tonto», que hacía referencia al leal subordinado y amigo indio del héroe de ficción del Oeste, el Lone Ranger. El artículo resumía los efectos negativos de la política de terminación y las deplorables condiciones de vida que aún persistían para muchos indios, tanto en las ciudades como en el campo; señalaba el aumento de las demostraciones de protesta indias en la década precedente; describía la continua lucha de las tribus por mantener la poca tierra y recursos naturales que les quedaban; mostraba los esfuerzos de gente como Harris y Deloria; y presentaba el panorama de diversos asuntos indios actuales que iban desde el indecoroso uso de diversas «mascotas» indias en el atletismo universitario, hasta la controversia sobre la propiedad del 90 por 100 del territorio de Alaska que reclamaban los nativos. Aunque el artículo capturaba el espíritu de los tiempos y señalaba correctamente en dirección del aumento de militancia en el futuro inmediato, sólo anticipaba vagamente el espíritu empresarial, el renacimiento cultural y la fría comprensión política que comenzaría a surgir del activismo indio a finales de los sesenta. Tampoco preveía el ambiente gubernamental tan favorable para las tribus a nivel nacional que tomaría forma como resultado de la presión india. En 1970 resultaba evidente que los indios americanos continuaban con su larga lucha por la sobrevivencia como pueblos separados, pero ésta se había trasladado ahora del campo de batalla a las cortes y las calles, y también a los medios de comunicación.

Varias demostraciones de la protesta india sobre temas locales continuaban en diferentes lugares del país a comienzos de los años se-

[12] D. Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston, 1970.

tenta. Su clímax se alcanzó con dos acontecimientos en 1972 y 1973. En el primero de ellos, alrededor de 700 indios de más de ocho tribus convergieron en Washington D.C. para participar en una demostración organizada por el Movimiento de Indios Americanos (AIM) llamada «Camino de los Tratados Rotos». Cuando no se cumplieron las promesas de alojamiento y reuniones con las autoridades, los indios ocuparon por la fuerza la sede central de la Oficina de Asuntos Indios durante casi una semana a comienzos de noviembre, hasta que consiguieron garantías de los representantes presidenciales para investigar sus quejas.

El siguiente año, el AIM fue en ayuda de una facción de la reservación sioux Pine Ridge, que se oponía al gobierno tribal en curso. Rápidamente el conflicto llegó al punto de que el 27 de febrero de 1973, 200 residentes armados de la reservación y miembros del AIM tomaron la diminuta aldea de Wounded Knee, cerca del lugar donde los seguidores de la Danza de los Espectros habían sido segados por el Ejército estadounidense 83 años antes. El caserío fue rodeado por *marshalls* estadounidenses, pero los militantes mantuvieron su terreno. De vez en cuando, se intercambiaron disparos, que dieron como resultado al menos dos muertos, pero los indios se rindieron el 8 de mayo, de nuevo tras obtener ciertas concesiones de los representantes presidenciales. Más importante, la cobertura televisiva y periodística del acontecimiento metió la causa india del presente en las salas de los estadounidenses, con imágenes que evocaban la romántica mitología popular del Oeste. Los desarrollos subsecuentes sugieren que cualquiera que sea su valor práctico, tales demostraciones acapararon la atención de los políticos americanos y el público acerca de la seriedad de las quejas indias. Igualmente, aunque muchos líderes indios repudiaban el uso de tales tácticas, de forma privada numerosos de ellos simpatizaban con los sentimientos que provocaban tales arranques, aunque no suscribieran necesariamente las tácticas. También las demostraciones militantes parecían haber sido un factor para lograr que organizaciones más serias como el NCAI tomaran más fuerza para forzar al Congreso y la rama ejecutiva a actuar favorablemente acerca de los gobiernos tribales.

Durante los primeros años de los setenta, los asuntos indios en los Estados Unidos alcanzaron un flujo considerable. Entre los líderes indios —autoridades tribales elegidas, militantes y cargos de las asocia-

ciones nacionales—, y las autoridades federales y el personal de las agencias, se comunicaban mensajes mezclados. Inicialmente había preocupación por parte de las autoridades tribales por si la política anunciada por la administración de Richard Nixon de «autodeterminación» era otro plan de terminación disfrazado. A la inversa, algunos militantes consideraban a los gobiernos tribales corruptos y comprometidos con la Oficina de Asuntos Indios. A veces, las críticas hacia los servicios de ésta se percibían erróneamente (o de forma calculada) como una petición para el desmantelamiento de los servicios sociales y la disolución de la administración federal de los recursos indios. Sin embargo, para finales de los años setenta, se había establecido el curso para extender a los indios cada vez más el control de sus servicios federales, mediante la Oficina de Asuntos Indios y de otras maneras; para aumentar los programas mediante los cuales los grupos urbanos y no reconocidos pudieran obtener subvenciones de otras agencias que no fueran la Oficina de Asuntos Indios; y para reforzar el apoyo federal a los gobiernos tribales y sus derechos a gobernar. Los asuntos indios estaban trasladándose rápidamente hacia la consigna de los años ochenta: la soberanía tribal.

La década de 1970 abarcó muchos desarrollos específicos, que no siempre recibieron mucha publicidad en la prensa popular, pero que iban a tener beneficiosas consecuencias para los indios. Se dio la proliferación de muchas organizaciones intertribales especializadas, como la Asociación Nacional de la Presidencia Tribal y el Consejo de los Recursos de Energía Tribales (CERT). Florecieron los periódicos tribales y otras publicaciones indias en esta década y posteriormente; en 1991, la mayor de todas, *Lacota Times,* de la reservación de Pine Ridge, tenía aproximadamente 50.000 lectores [13]. Durante los años setenta, se modernizaron muchas oficinas centrales de las tribus con asistencia federal, empezando a utilizar ordenadores en sus operaciones. A comienzos de esta década, una organización de corta vida, llamada la Coalición de Americanos Nativos Orientales, ayudó a muchos pequeños grupos del este no reconocidos por el gobierno federal a obtener fondos de la CETA, que propiciaron indirectamente que algunos grupos consiguieran el éxito final en su reconocimiento federal.

[13] D. Chu y B. Shaw, «About Faces: Sioux Editor Tim Giago Sees Mount Rushmore as a Symbol of Dishonor», en *People,* 36, n.º 2 (1991), pp. 68-70.

Varias acciones oficiales de los años setenta fomentaron la causa de la autodeterminación india. En 1971, la Ley de Liquidación de las Reclamaciones de los Nativos de Alaska extinguió todas las reclamaciones basadas en los títulos aborígenes, pero destinó 16.188.000 hectáreas de anterior dominio público para los nativos de Alaska, proporcionó la creación de un sistema de corporaciones nativas locales y regionales para administrar la tierra y estableció un acuerdo monetario con los nativos de cerca de un billón de dólares. El servicio de anuncios público de la televisión nacional extendió los esfuerzos para encontrar a todos los nativos de Alaska y sus descendientes inmediatos, que tenían derecho a compartir las tierras, por los restantes 48 estados.

La Ley de Educación India de 1972, la Ley de Autodeterminación India y de Ayuda a la Educación de 1975 y las enmiendas de 1974 y 1978 a la ley de educación bilingüe de 1968 sirvieron para desviar más recursos a las escuelas locales, dentro y fuera de las reservaciones, y asegurar la participación india a nivel de padres y comunidad en la administración de los programas acogidos a estas leyes. Mientras tanto, cada vez asistían números menores de estudiantes a las escuelas regidas por la Oficina de Asuntos Indios. A finales de la década, aproximadamente tres cuartos de los estudiantes indios estaban siendo educados en escuelas públicas con subsidios federales para ello, bajo la Ley Johnson O'Malley de 1934, parte del Nuevo Trato indio. Mediante la Ley de Ayuda al Colegio Comunitario Controlado Tribalmente de 1978, 19 instituciones de este tipo recibieron apoyo. En la década de 1980, unas cuantas instituciones de cuatro años regidas por indios, como el Oglala Lakota College, comenzaban a ser acreditadas.

En todos los niveles, estas iniciativas educacionales federales proporcionaron los fondos para los programas sobre herencia cultural, que ponían énfasis en la historia tribal, la cultura y la lengua. En 1970, sólo alrededor del 30 por 100 de todos los indios estadounidenses y el 58 por 100 de los de las reservaciones tenían como lengua materna una americana nativa. Aproximadamente un tercio de ellos pertenecían a tribus del Suroeste. Fuera de allí, pero incluida Alaska, las principales familias lingüísticas representadas por estas lenguas maternas eran la algonquina, la atabascana, la cado, la iroquesa, la muskogui, la shalish, la shahaptiana, la uto-azteca y la sioux. En 1978, el la Ley de Libertad Religiosa de los Indios Americanos iba más allá de las primeras modificaciones a las prohibiciones sobre las prácticas religiosas indias, orde-

nando que todas las agencias federales respetasen las costumbres y creencias de estas religiones y tomaran las medidas, mediante consulta con los líderes nativos, para asegurar que no hubiera impedimentos para su práctica, por ejemplo, el acceso a los lugares sagrados sobre suelo federal, creados por estatutos o reglas federales. Los seguidores de las religiones tradicionales indias iban a tener los mismos derechos que los miembros de las organizaciones religiosas cristianas, por ejemplo, el de hacer proselitismo entre los prisioneros federales. A nivel estatal, asuntos similares, por ejemplo la libertad religiosa de los prisioneros, fueron discutidos en las cortes estado por estado.

Hacia fines de la década de 1970, se dieron dos desarrollos en el gobierno federal que pueden ser contemplados como una inversión directa de la política de terminación. La mayoría de las leyes sobre la educación india de esta década establecían disposiciones para programas destinados a otros que no fueran las tribus reconocidas federalmente (y se dieron varios abusos en este campo, al aceptar de forma acrítica las juntas escolares locales peticiones de identidad india de sus constituyentes). Más allá de estas disposiciones para ofrecer servicios a los indios asimilados técnicamente en la sociedad mayor, otras dos acciones federales pavimentaron el camino para el reconocimiento formal de las tribus y para la formación de una relación gobierno a gobierno con ellas, análoga a la estructura de la mantenida con las otras tribus, especialmente las establecidas por las relaciones de tratado pre-1871, por las que se prohibía a los estados ejercer su autoridad sobre las tribus indias.

Dentro del Departamento de Salud y Servicios Humanos, se creó en 1977 la Administración para los Americanos Nativos. Ésta podía subvencionar propuestas no sólo procedentes de las tribus reconocidas federalmente, sino también de los indios urbanos y de los grupos no reconocidos. Uno de los programas más recientes tuvo como fin la «clarificación del estatus», por el que los grupos no reconocidos podían obtener fondos para contratar investigadores que determinaran si el grupo podía recibir reconocimiento federal como tribu india, y obtener de este modo la protección y los fondos especialmente destinados para ellos y la constitución de su propio autogobierno, directamente bajo la autoridad del gobierno federal.

El reconocimiento federal de una tribu india había sido siempre posible mediante un acto del Congreso (el inverso a la terminación),

pero en 1978 éste aprobó la Ley de Reconocimiento Federal, creando un proceso administrativo por el que los grupos podían pedir a la Oficina de Asuntos Indios directamente este reconocimiento. Así, en enero de 1990, aproximadamente una centena de grupos estaban en diferentes estadios de la petición bajo estas guías, la mayoría de ellos del Este y el Lejano Oeste. Los grupos que ya habían sido reconocidos en esta fecha eran los tunica-biloxi de Luisiana; la Grand Traverse Band de ottawas y chippewas de Michigan; los jamestown clallum de Washington; la Timbi-Sha Shoshone Band del Death Valley, California; la tribu narragansett de Rhode Island; la Poarch Band de creeks de Alabama; y los wampanoags de Gay Head, Massachusetts. Los peticionarios reconocidos por acto legislativo durante este periodo fueron los chippewas lac vieux de Michigan; las tribus coos, umpqua inferior y siuslaw de Oregón; los indios pequot occidentales de Connecticut; y los cow creek umpqua de Oregón. A doce se les había denegado el reconocimiento federal. Los restantes casos estaban todavía pendientes. Además de los grupos preexistentes bajo protección federal, los Estados Unidos reconocen ahora aproximadamente 500 entidades tribales; más de 200 son de nativos de Alaska.

En 1980, la población india americana había aumentado espectacularmente, a pesar de los continuos problemas de cifras infladas por cuestionables identificaciones como indios. Durante los años ochenta se dio una creciente popularidad al hecho de ser indio por la población en general. Al mismo tiempo, las tribus estaban experimentando tasas crecientes de matrimonios fuera de ellas. A finales de esta década, algunas tribus federales requerían tan sólo un 1/16 de «cuota de sangre» para ser admitidos en ellas. En Oklahoma, tras la restauración de los gobiernos tribales electivos en la década de 1970, algunas tribus extendieron los derechos de voto a miembros con sólo 1/32 de antecedentes indios. De modo individual, determinar quién es indio para ciertos fines, por ejemplo para Acción de Reafirmación, se ha hecho excesivamente complejo. Pero para los objetivos del poder constitucional del Congreso, para regular las relaciones con las tribus, indios son aquellos individuos que las tribus reconocidas federalmente aceptan como miembros.

Para las tribus, dos asuntos han sido los supremos durante los años ochenta: la soberanía y las empresas tribales. Durante la mayor parte de esta década, el derecho de las tribus indias a regular sus propios

asuntos sin interferencia de las jurisdicciones circundantes fue reafirmado en las cortes con diferentes casos, que sirvieron para establecer que, de hecho, como el caso de *Worchester versus Georgia* de 150 años antes, las tribus indias son entidades soberanas separadas de los estados, sujetas sólo a las limitaciones impuestas por el gobierno federal e incluso sólo según los tratados y acuerdos previamente establecidos entre ambos.

Durante esta década, muchas tribus empezaron a contar con su soberanía para poner en marcha un espectacular desarrollo económico, ya que por ella estaban exentas de muchas restricciones de los estados circundantes y podían usar sus propias leyes y reglamentos para impulsar o atraer firmas foráneas para administrar varias industrias en la tierra de la reservación. Tales empresas abarcaban desde una fábrica de tarjetas de felicitación y una planta de ensamblaje de partes de automóviles de los choctaws del Misisipí, hasta la manufactura de lápices de los pienegro de Montana y la administración hotelera de la diminuta tribu kootenai de Idaho. Juntos, incluyendo los negocios poseídos de modo individual, en 1987 el Departamento de Comercio estadounidense registraba cerca de 18.000 firmas poseídas por indios en los Estados Unidos, por encima del 87 por 100 desde 1982, con unos ingresos brutos de más de 800 millones de dólares, por encima del 159 por 100 desde 1982 [14].

Una de las más lucrativas pero controvertidas empresas administradas por las corporaciones tribales en muchas partes del país son los salones de bingo de altas apuestas, exentos por la soberanía tribal de las restricciones de los estados circundantes (mientras que el estado no prohíba absolutamente tal actividad en su jurisdicción). En consecuencia, las tribus indias pueden dirigir juegos con premios muy grandes —decenas de miles de dólares— para atraer a los no indios de las áreas circundantes y a menudo autobuses de excursión fletados con sólo este fin. En 1987, en los Estados Unidos de tradición anglosajona había más de cien bingos de este tipo, tanto poseídos por las tribus como contratados a compañías especializadas en tales negocios, con unos in-

[14] U.S. Bureau of the Census, *1987 Economic Censuses: Survey of Minority-Owned Business Enterprises-Asian Americans, American Indian, and Other Minorities,* Washington D.C., Departament of Commerce, junio de 1991.

gresos brutos para el año anterior que sumaban más de 250.000.000 de dólares [15].

No todas las tribus han sido capaces de tomar parte en este auge de las economías tribales, debido a su remota situación respecto de los potenciales clientes. A menudo éstas son las que necesitan nuevas fuentes de ingresos. Por el contrario, una de las primeras y más exitosas operaciones de «bingo indio» fue la de los semínoles del sur de Florida, rodeados por grandes comunidades de retirados, que proporcionan muchos ávidos jugadores de bingo. (Irónicamente, los audaces, desde el punto de vista económico, semínoles de Florida, son una de las tribus más conservadoras culturalmente del país). Estos bingos tienen gran cuidado en excluir a los menores, prohibir el alcohol y tomar otras medidas para asegurar una operación «limpia». Aun así, el Congreso, presionado por varios estados y otros intereses (quizás picados por la serie de decisiones de la Corte Suprema en favor de la soberanía india), tomó medidas para regular el bingo y las otras formas de juego que las tribus estaban explotando.

En 1988 se aprobó la Ley Reguladora del Juego Indio, que creaba una Comisión Nacional de Juego Indio de tres personas dentro del Departamento de Interior, de la cual al menos dos miembros tenían que pertenecer a alguna tribu. Además, la ley especifica reglas y reglamentos para las operaciones de juego indio, que comprenden 20 páginas de apretada letra. A pesar del endurecimiento de las condiciones para el bingo indio, y especialmente para los casinos de juego tribales o la administración de circuitos de carreras ya en funcionamiento o en proceso de estarlo, tales empresas han inyectado tremendas sumas de dinero en algunas tribus, que se han dirigido hacia otras clases de inversiones y programas sociales, así como para proporcionar empleo inmediato para sus miembros (y otros). El bingo fue quizás el desarrollo más sorprendente de los asuntos indios desde la Segunda Guerra Mundial, pero ejemplifica netamente tanto la sofisticación de los indios modernos, como la importancia de la soberanía para su desarrollo económico, más que otra desviación, como algunos argüirían [16].

[15] U.S. Bureau of Indian Affairs, *Survey of Indian Bingo Activity, July 1, 1987,* Washington D.C., Departament of the Interior, 1987.

[16] S. Cornell & J. P. Kalt, «Pathways from Poverty: Economic Development and Institution-Building on American Indian Reservations», en *American Indian Culture and Research Journal,* 14, n.º 1 (1990), pp. 89-125.

Con el notable éxito de las empresas comerciales indias en los Estados Unidos durante los años ochenta, existe una especial ironía histórica en el hecho de que el ejemplar de septiembre de 1991 del *National Geographic Magazine* anunciara que la Compañía de la Bahía de Hudson, la más antigua y mayor de las fundadas para el comercio en pieles, que todavía existía después de más de 300 años, ya no negociaría con ellas. En lo sucesivo, los 400 grandes almacenes de la compañía no tendrían pieles. Fue este comercio el que atrajo a tantos indios americanos a la economía comercial por vez primera.

De modo concurrente con los esfuerzos de los indios de los Estados Unidos por ejercer más control sobre sus asuntos políticos mediante la reafirmación de la soberanía y sobre sus circunstancias económicas mediante las actividades empresariales tribales y privadas, durante los años ochenta los indios de muchas posiciones filosóficas diferentes han intentado, en cierto sentido, recobrar el control de su propia historia y cultura. Los esfuerzos en esta dirección que han atraído más la atención de los medios han sido los encaminados específicamente a controlar las excavaciones arqueológicas de los enterramientos indios y la «repatriación» a los indios de los restos humanos y los artefactos asociados guardados por la Smithsonian Institution y otros museos y universidades de toda la nación. Aproximadamente el 10 por 100 de las tribus indias estadounidenses han desarrollado sus propios códigos de antigüedades y ordenanzas tribales concernientes al reenterramiento de los restos humanos y para regular la investigación arqueológica en sus reservaciones [17]. Grupos militantes de mediados de esta década, sobre todo los Indios Americanos contra la Profanación, que estaban vinculados al AIM, y organizaciones relativamente serias como el NCAI, juntaron sus fuerzas en la última parte de los ochenta para lograr que los estados y las agencias federales adoptaran reglamentos que detuvieran el saqueo gratuito de los lugares de enterramiento indio, sin importar su antigüedad, y establecieran procedimientos precisos para asegurar que se hicieran los esfuerzos necesarios para localizar a los indios vivientes que pudieran tener intereses familiares o tribales

[17] D. Leslie, «A Survey Concerning Native American Reburial/Repatriation», ponencia presentada a la reunión de la National Association of State Acheologists que tuvo lugar en Nueva Orleans, Luisiana, el 24 de abril de 1991.

sobre los restos humanos recuperados en la investigación arqueológica legítima o que ya se encontraran en las colecciones de los museos.

En 1990, 60 estados (incluyendo Nuevo México en el Suroeste) poseían las llamadas leyes de «reenterramiento» que proporcionaban la disposición de los restos humanos encontrados accidentalmente o por la investigación arqueológica [18]. El asunto de los intereses en competencia de los científicos y los indios en el tratamiento de los restos de esqueletos recobrados arqueológicamente, especialmente cuando son de periodos remotos preeuropeos, ha producido una considerable controversia dentro de las organizaciones profesionales, en los medios públicos y en los cuerpos legislativos. Todavía no está plenamente resuelto, pero dos leyes del Congreso (la Ley del Museo Nacional de los Indios Americanos de 1989 y la Ley de Protección y Repatriación de las Tumbas Americanas Nativas de 1990) generalmente han proporcionado remedio a las quejas principales de los indios americanos. Las leyes no sólo abogan por la devolución de los restos de esqueletos de algunos de las decenas de miles de individuos guardados por la Smithsonian y otras instituciones a las partes indias a las que legítimamente les corresponda, sino que también determinan la devolución de los artefactos que forman parte del patrimonio cultural de las tribus indias de los Estados Unidos. En este estadio, es demasiado pronto para determinar con cuánto éxito se llevarán a cabo estas leyes, que representan una convergencia notable de sentimientos entre las tribus indias, las organizaciones y las personas privadas sobre un espectro muy amplio.

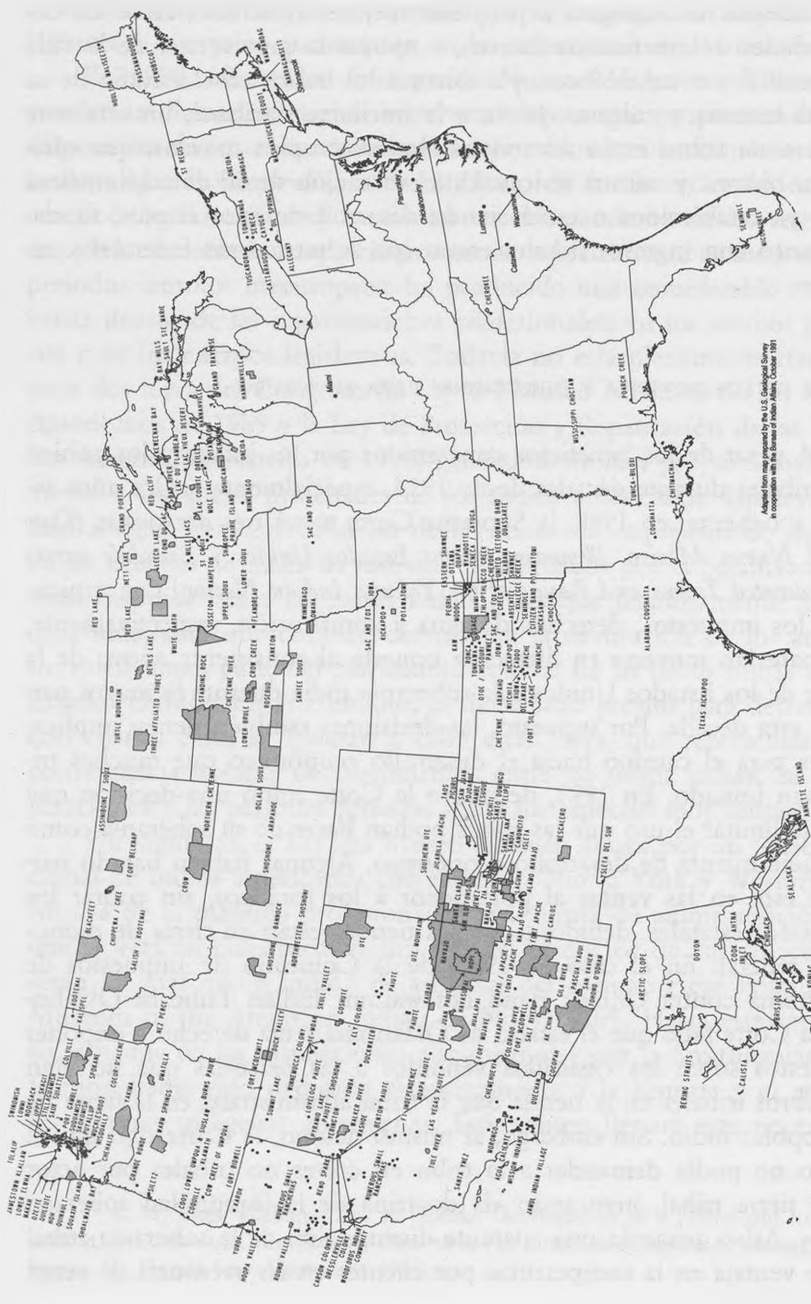
Por supuesto, la Ley del Museo también aboga por un museo nacional de indios americanos con sedes en Nueva York y Washington. Mucha de la plantilla profesional y de la junta de administración del que se está en construcción son indios. El núcleo de sus colecciones serán los más de un millón de artículos del antiguo Heye Foundation Museum of the American indian de Nueva York. Hasta este momento, ninguna de las instalaciones administradas por la Smithsonian Institution había sido dedicada exclusivamente a la historia y el arte de las culturas indígenas americanas. Este museo llenará esta necesidad,

[18] A. M. Estes, «Reburial Law in Florida: Development of a policy and Its Comparison with Laws of Other States», Department of Urban and Regional Planning, Tallahassee, Fl., Florida State University, 1990.

pero además se entregará a propiciar mejores relaciones entre las comunidades de americanos nativos, a apoyar la pervivencia de la vida ceremonial y ritual de éstos, y a asistir a los indios en el estudio de su propia historia y culturas. Junto a la iniciativa nacional, un creciente número de tribus están administrando sus propios museos, que ofrecen su historia y cultura únicas. Una estimación de 50 de tales museos están ya establecidos o están siendo desarrollados por el país, fundados tanto con ingresos tribales como con subvenciones federales y estatales.

Retos de los noventa y direcciones para el futuro

A pesar de los beneficios conseguidos por los indios y los gobiernos tribales durante décadas desde 1934, especialmente en los años setenta y ochenta, en 1989, la Suprema Corte tomó tres decisiones *(Coty versus Nuevo México, Wyoming versus Estados Unidos y Brendale versus Confederated Tribus and Bands of the Yakima Indian Nation)* concernientes a los impuestos, derechos de agua y zonificación, respectivamente, que parecían moverse en dirección opuesta al consistente apoyo de la Corte de los Estados Unidos a la soberanía india durante la mayor parte de esta década. Por supuesto, las decisiones también tienen implicaciones para el camino hacia el desarrollo económico que muchas tribus han tomado. En 1991, de nuevo la Corte tomó una decisión que parecía limitar el uso que las tribus podían hacer de su soberanía como una herramienta de desarrollo económico. Algunas habían basado parte de éste en las ventas al por menor a los foráneos, sin cobrar los impuestos estatales, debido a que sus tiendas están en tierra de monopolio federal. En el caso de 1991, de la Comisión de Impuestos de Oklahoma contra Citizen Band Potawatomi Indian Tribe of Oklahoma, la Corte falló que el estado de Oklahoma tenía derecho a imponer impuestos sobre los cigarrillos vendidos a las personas que no eran miembros tribales en la tienda que la tribu administraba en la tierra de monopolio indio. Sin embargo, al mismo tiempo, la Corte dijo que el estado no podía demandar a la tribu en cortes no tribales por actos sobre tierra tribal, invocando «la doctrina de la inmunidad soberana tribal». Así, a pesar de una aparente disminución de la soberanía tribal como ventaja en la competencia por clientes en las aventuras de venta



Tribus indias y reservas reconocidas por el Estado en Estados Unidos, 1991. (Los grupos del Este seleccionados no reconocidos aparecen en cursiva.)

al por menor, la Corte indirectamente reafirmó el principio legal de la misma soberanía, al contrario de lo que parecía ser la situación en los tres fallos de 1989.

En otro frente, el fallo de la Suprema Corte estadounidense de 1990 en el Departamento de Recursos Humanos, División de Empleo, contra Alfred L. Smith y otros, un caso que implicaba a la Iglesia Americana Nativa, parece haber echado una capa de humo sobre la libertad religiosa india, a pesar de la ley de este nombre de 1978. En este complicado caso de Oregón, aunque la corte no extiende una prohibición directa sobre el uso del peyote, afirma el derecho del estado de Oregón para denegar los beneficios de desempleo a dos miembros de la Iglesia Americana Nativa, que fueron despedidos de sus puestos como consejeros en un programa privado de rehabilitación de drogas, debido a que usaban una substancia controlada, el peyote, en sus servicios religiosos. En respuesta, el Fondo de Derechos Americanos Nativos, el Congreso Nacional de Indios Americanos y la Asociación sobre Asuntos Indios Americanos juntaron sus fuerzas para presionar por una enmienda a la Ley de Libertad Religiosa para remediar el daño hecho por la Corte en este caso. Dos de los jueces disidentes del caso, Brennan y Marshall, se han retirado desde entonces.

Aunque es difícil ser certero en este estadio tan temprano, parece que la década de 1990 traerá ambigüedad legislativa y judicial al principio de la soberanía tribal y los derechos indios. Sin embargo, a largo plazo, si los asuntos indios corren ciertamente hacia el curso cíclico seguido desde la fundación de los Estados Unidos, las tribus indias surgirán política y legalmente más fuertes y los derechos indios incluso más firmemente establecidos a la vuelta del siglo XXI. En el frente económico, aunque algunas tribus continúan sufriendo serios problemas y las enfermedades sociales que conllevan, muchas han logrado tanto en los pasados 20 años, que es improbable que hayan importantes inversiones completas en el desarrollo económico (a no ser alguno que abarque a la nación como un todo).

A pesar de los logros legislativos, judiciales y económicos que los indios estadounidenses obtuvieron en los pasados 30 años, les queda un problema general que superar que, a falta de un término mejor, puede designarse como «relaciones públicas culturales». En un nivel, el problema se retrotrae a casi los comienzos del asentamiento europeo. Aunque el gobierno euroamericano debe reafirmar los derechos indios

desde la capital, lejos de los centros de población indios, los no indios de la frontera, por así decir, usarán tácticas extra legales en su intento de usurpar las reclamaciones indias de tierras mutuamente deseables u otros recursos. Así, por ejemplo, aunque la Corte Suprema afirme los derechos por tratado de los chippewas a la caza, la pesca y la recolección de arroz silvestre en las tierras cedidas sin la interferencia estatal, los blancos de las áreas severamente deprimidas económicamente de Wisconsin han librado una especie de guerra de guerrillas, reuniendo a las gentes que protestan en los lugares donde los chippewas tradicionalmente pescan con lanza. El conflicto violento ha sido evitado sólo por la presencia de hileras de policía para proteger los derechos federalmente garantizados de los indios. En una guerra de nervios de relaciones públicas, pescadores deportivos blancos y grupos antiderechos de tratado distribuyeron pegatinas para los parachoques con mensajes como «Toca la bocina si lancearías a una piel roja» y «Salva a un pez, lancea a un indio». A pesar de ello, en 1990, los miembros de la reservación chippewa de Lac de Flambeau rechazaron una oferta de 50 millones de dólares del estado de Wisconsin en concepto de alquiler de sus derechos de uso indios. El líder del grupo organizado para oponerse a esta oferta, Tom Maulson, dijo a la revista *Mother Jones,* en el número de enero/febrero de 1991: «Tenemos que hacer saber al hombre blanco quiénes somos. Tenemos nuestros valores culturales.» *(Mother Jones* es un legado del movimiento de contracultura de los años sesenta y comienzos de los setenta, y le otorgó el primero de sus premios en la quinta entrega anual de los premios «Héroes y Heroínas» dados por la publicación).

Contrabalanceando la resolución de hombres y mujeres como Maulson a permanecer firmes en su defensa de los derechos indios por los tratados, sin tener en cuenta su impopularidad entre los blancos locales, están aquellos indios que salen en las noticias por su demostración de lealtad a causas mayores americanas. Por ejemplo, a la vez que la historia de Maulson en *Mother Jones,* un servicio de fotos, Associated Press, diseminó por todo el país la de ancianos con tocados de guerra y vestidos de antes, que cargaban multitud de banderas de los Estados Unidos en una ceremonia intertribal que tuvo lugar en Spokane, Washington, en honor de los soldados americanos nativos que sirvieron en la Guerra del Golfo Pérsico. (Durante la era de Vietnam, muchos indios americanos sirvieron es ese conflicto como en guerras anteriores.

Aunque es difícil de medir, las comunidades americanas nativas parecieron honrar a sus veteranos de Vietnam con las tradicionales ceremonias religiosas —a veces más que el conjunto de la nación— dio la bienvenida inicialmente a los hombres que volvían de ese conflicto).

Más allá de la cobertura de la prensa popular de los asuntos indios, ha habido a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa una creciente apreciación por las artes y artesanías indias (y una rápida escalada de precios), y de los artistas indios contemporáneos, por las gentes ricas y educadas de los Estados Unidos. Tal interés se refleja en la creciente popularidad de los artículos indios en las tiendas y galerías de alta escala, el número en aumento de libros de arte —no libros de historia o antropología— sobre los indios americanos pasados y presentes y la atención prestada recientemente en la prensa literaria a los escritores descendientes de indios americanos, como Louise Erdrich (montaña de la tortuga chippewa), Michael Dorris (modoc), James Welch (gros ventre-pie negro), y Gerald Vizenor (chippewa).

Aunque los desarrollos de los comienzos de la década de los noventa sugieren una apreciación creciente de las culturas indias americanas como tradiciones vivientes y viables, películas populares como la ganadora del Óscar, *Bailando con lobos,* marca la persistencia de la aparentemente indestructible imagen de los sioux lacota de mediados del siglo XIX como la quintaesencia de los «indios reales». De modo similar, muchos miembros del público americano parecen tener dificultades para reconciliar sus nociones de la estereotipada «cultura india» con las pruebas obvias de que los indios han demostrado pericia en la corriente principal y contemporánea de la cultura americana. Además, por tal aculturación, parece que los indios están de forma creciente compartimentando la herencia cultural nativa en esferas religiosas, artísticas, filosóficas y recreacionales, sin sacrificar las amenidades (y algunos de los placeres) de «los modos de los hombres blancos».

En efecto, muchos indios americanos modernos, tanto como políticas tribales cuanto como individuos, han demostrado su habilidad para aculturarse sin asimilarse. Tal desarrollo corre en sentido contrario a la ecuación largo tiempo sostenida de que los dos procesos como la premisa fundamental subyacente en la historia de la política india estadounidense, incluso, en algunos aspectos en la era del Nuevo Trato indio. Además, la aculturación no es del tipo de sustitución imaginado por los antropólogos evolucionistas victorianos, sino del tipo acumu-

lativo o aditivo, netamente encapsulado alrededor de hace 20 años por la frase del antropólogo moderno Malcolm McFee, «el hombre 150 por 100», en su análisis de la aculturación de los pienegros [19]. Esto es, entre las reservaciones modernas de indios pienegros, aquellos que son los más exitosos en términos económicos y políticos euroamericanos, tienden también a ser algunos de los más involucrados en las ceremonias tradicionales pie negro y actividades religiosas y estéticas. En efecto, cuando se llega a la aculturación, uno puede a veces «tener su pastel y comerlo también». Visto de otro modo, en los noventa parecería que las tribus indias y los indios en general han sido capaces de desenredar sus «herencias tribales» (y ésta es cada vez más una frase común) de cualquier apariencia de vínculo necesario con la «cultura india» de la pobreza y la ignorancia de la cultura occidental. Ahora algunos indios injertan las tradiciones religiosas y artísticas heredadas de sus antepasados sobre los estilos de vida de clase media contemporánea en sus vidas personales. Y pueden ahora institucionalizar «su cultura» (en el sentido de bellas artes) en museos, en la profesionalización de las artes, y en cursos formales sobre la «herencia cultural», enseñados tanto en escuelas y colegios públicos como privados.

Fundamentalmente, tales estrategias dependen de la existencia continuada de tribus soberanas y de la correspondiente definición política de la «indianidad», a pesar del aumento del matrimonio fuera de la tribu (especialmente con no indios). La continuación de la existencia de las tribus, a su vez, depende de que los Estados Unidos sigan aceptando las obligaciones que contrajeron mediante tratado con los pueblos indígenas. Y no en menor media, el tratamiento nacional hacia los descendientes de los nativos es básico para cualquier reclamación de orden moral que los Estados Unidos presente sobre asuntos de derechos humanos, cuestión —el tratamiento hacia los indígenas— que es estrechamente seguida en la comunidad internacional por las Naciones Unidas. (Aunque no ha habido intervención, las Naciones Unidas han permanecido vigilantes en la reubicación de los indios hopis y navajos en el Suroeste, subsecuente al acuerdo de una disputa de tierras que fue motivada por los Estados Unidos en primer término). Del mismo

[19] McFee, «The 150 % Man, a Product of Blackfeet Acculturation», en *American Anthropologist,* 70 (1968), pp. 1096-1107.

modo, por cálculos estrictos, las primeras relaciones internacionales de los Estados Unidos fueron con las tribus indias. El primer tratado estadounidense bajo la Constitución, el Tratado de Nueva York de 1790, fue con los indios creek; de aquí que la primera y más básica medida de la confiabilidad de los Estados Unidos de América en sus asuntos internacionales es de qué forma se ajusta a las estipulaciones de sus tratados y otros acuerdos con las tribus indias, sin importar que todos los firmantes originales de ellos estén muertos, al igual que lo están los firmantes de los tratados de los siglos XVIII y XIX con Bretaña, Francia, España, Rusia y México. Ni el hecho de que los iroqueses, los creek, los sioux, los chippewas o los yakimas sean naciones internas, domésticas y dependientes constituía una excusa para no cumplir los acuerdos históricos más que el hecho de que Ucrania, Lituania y Azerbaiján fueran parte de la Unión Soviética.

Todas estas consideraciones aparte, los indios americanos de los Estados Unidos no pueden avanzar demasiado en la opinión pública por su aculturación sin asimilación, por su aceptación de la tecnología moderna y las formas sociales sin despojarse de sus herencias tribales. Ellos, los americanos nativos, deben continuar librando una especie de campaña de información pública de distinción cultural en formas simbólicas fácilmente entendidas en términos de europeos occidentales. El clima intelectual de principios de los noventa es el adecuado para ello. En las escuelas y universidades, las luchas por el poder y la autoridad étnicos han hecho surgir un acercamiento del plan de estudios a la historia revisionista y la diversidad étnica llamado «multiculturalismo». Los indios americanos continúan siendo cautos acerca de aliarse muy estrechamente con los afroamericanos, los asiáticoamericanos y los hispanoamericanos, para evitar ser indentificados como otro grupo étnico compuesto más, y de este modo perder su estatus legal diferente como soberanías domésticas, las tribus indias. Hasta cierto punto, sin embargo, los indios americanos de los Estados Unidos están conduciendo la cresta del multiculturalismo al conmemorar del modo indio acontecimientos que muchos estadounidenses reconocen como parte de la herencia nacional común.

A finales de la década de 1980 y comienzos de la de 1990, no han faltado acontecimientos públicos y aniversarios históricos que ofrecieran oportunidades ya preparadas para que los indios americanos comunicaran simbólicamente injusticias pasadas y problemas y aspiracio-

nes contemporáneos. El centenario de la rendición de la banda de chiricaguas de Gerónimo fue en 1986, ocasión ideal para conmemorar la subyugación americana de los indios, mediante la conquista militar de los pueblos independientes y el encarcelamiento real y figurativo de muchos indios que siguió a la derrota. En 1986 había todavía ancianos apaches con vida que habían nacido en cautividad durante el largo internamiento de los hombres, mujeres y niños apaches como prisioneros de guerra —primero en Florida, luego en Alabama y después en Oklahoma— antes de que fueran finalmente puestos en libertad en 1913. El centenario de Gerónimo recibió cierta cobertura de los medios de comunicación, particularmente a través de canales «intelectuales» como la National Public Radio, pero los acontecimientos fueron quizás demasiado oscuros, demasiado pequeños en escala y demasiado complicados para que los indios americanos consiguieran un importante impacto en las relaciones públicas.

Cuatro años después, llegó el centenario de la llamada Batalla de Wounded Knee, entre la Séptima Caballería y los indios sioux pie grande, el 29 de diciembre de 1890. La tragedia ya había sido recordada al público americano por los actos de los militantes indios de 1973 en «Wounded Knee II». Ahora la pulida versión cinematográfica de Kevin Costner sobre una tragedia de ficción fronteriza entre los sioux, *Bailando con lobos,* fue estrenada en 1990, coincidiendo felizmente con la tragedia real en Wounded Knee cien años antes. Los indios sioux reales que hacían de indios sioux del siglo XIX casi parecían desdibujarse cinematográficamente en dramáticas fotos fijas de las noticias sobre indios sioux reales. Vestidos con el equipo moderno para tiempo frío pero llevando consigo los palos ceremoniales de las asociaciones de guerreros, los hombres sioux del siglo XX montaron a caballo por las colinas medio congeladas y cubiertas de nieve junto al arroyo Wounded Knee, el 29 de diciembre de 1990, para honrar a los indios sioux enterrados por el Ejército estadounidense en la limpieza de cadáveres indios 100 años antes.

Mientras tanto, el Congreso hablaba con remilgos en la resolución de excusas por lo que un orador presidencial había descrito al menos como una «masacre» de indios en Wounded Knee. En los meses siguientes, se proveyó a los sioux lakota con más oportunidades para la escena política en sus (exitosos) esfuerzos de unión para hacer que el Congreso renombrara al Campo de Batalla Nacional de Custer

como el Campo de Batalla de Bighorn y para honrar a los guerreros lakotas, así como a los soldados de la Séptima Caballería que lucharon allí, el 25 de junio de 1876, en vísperas del centenario de los Estados Unidos. Más impactante, sin embargo, fue la protesta silenciosa de 25 de los presidentes tribales sioux que fueron invitados y boicotearon la alocución del presidente George Bush de la víspera del 4 de julio de 1991 [20]. El presidente, ante los gigantescos bustos de Washington, Jefferson, Lincoln y Theodore Roosevelt, excavados en la faz de la montaña Rushmore en las Black Hills, tierra sagrada arrebatada a los lakotas en 1877, mediante la resuelta y vengativa violación por parte del Congreso del Tratado de 1868 de Fort Laramie.

Aparte de la genuina emoción que el pueblo indio sintió con estos acontecimientos, como símbolos, sus actos habían resultado ser muy efectivos para atraer la atención favorable de la prensa y de este modo educar al público a cerca de los asuntos indios. Aunque mediante tales gestos simbólicos, los indios corren el riesgo de mantener la simpatía pública sólo mientras puedan ser vistos como pobres, débiles, infantiles, no materialistas y espirituales —y vestidos más o menos como los sioux del espectáculo sobre el salvaje oeste de Búffalo Bill.

El padre de todos los acontecimientos conmemorativos de la historia india americana se asoma por el horizonte: el Quinto Centenario colombino de 1992. Radicales, izquierdistas, sentimentalistas románticos e intelectuales descontentos de todas clases están utilizando el acontecimiento para echar su propia leña al fuego de la protesta contra lo que ven como las fuerzas del mal en la historia. Bastante correctamente, muchos han llamado la atención hacia las devastadoras consecuencias para los nativos americanos de los viajes de Colón y quienes le siguieron, y piden un reflexión sobria sobre la trascendental significación negativa de estos hechos en la historia, en vez de la glorificación descuidada de la ocasión. (Algunos irían demasiado lejos en la otra dirección y condenarían a los españoles de los siglos xv y xvi por introducir enfermedades extrañas, cuando ellos no entendían la teoría de los gérmenes de éstas mucho mejor que los indios a quienes infectaron.) Obviamente, se trata de una conmemoración que los indios americanos no pueden ignorar. El Programa sobre los Indios America-

[20] D. Chu y B. Shaw, *op. cit.*

nos de la Cornell University ha llevado a cabo una encuesta de opinión de 700 líderes indios de todo el hemisferio respecto al Quinto Centenario. Los resultados preliminares del 10 por 100 de los cuestionarios devueltos fueron publicados en el número de abril de 1900 del periódico del programa, The Web:

> Pudiendo elegir entre cinco respuestas a la pregunta «¿Cómo caracterizaría al Quinto Centenario?», el 70 por 100 lo describe tanto como 500 años de resistencia del pueblo nativo a la colonización o como el aniversario de un holocausto, mientras que el 20 por 100 lo describe como la conmemoración de un encuentro cultural, y sólo un 6 por 100 como la celebración del descubrimiento. El 64 por 100 considera al Quinto Centenario como un acontecimiento histórico único, el 74 por 100 lo ve como una oportunidad, mientras el 15 por 100 lo ignoraría. En términos de las actividades para conmemorar el hecho, el 78 por 100 escoge conferencias y festivales educativos, en contra del 19 por 100 que prefiere las protestas y acciones legales. Se predica la acción personal para conseguir: educar a la gente sobre los asuntos indios (43 por 100); avanzar la legislación para proteger los derechos de los nativos (27 por 100); aumentar las redes de comunicación (20 por 100); y peticiones de disculpas públicas de los Estados y las Iglesias occidentales (3 por 100).

A un nivel más personal, un indio semínole de Florida, Steven Bowers, recientemente ofreció un expresivo comentario, que sirve para que sea un indio quien tenga la última palabra en este libro. En abril de 1991, se reunió en Tallahassee el Consejo sobre Asuntos Indios del gobernador de Florida, que está copresidido por los presidentes de los consejos tribales de los semínoles y los miccosukees, siendo la mayoría de sus miembros indios americanos. Su director ejecutivo es un miembro de la tribu kiowa de Oklahoma; otro miembro de la dirección es un indio seneca de Nueva York. En la audiencia, ese día estaba un miembro de la Shawnee Band de Oklahoma, un indio poarch creek de Alabama, descendientes de los indios creeks del noroeste de Florida, diversos semínoles y miccosukees, y varios no indios, incluido el autor. El señor Bowers sirve de lazo entre sus tribus y el condado y la ciudad circundantes, y las autoridades estatales para el Quinto Centenario. Empezó su informe al Consejo y la audiencia diciendo: «A veces, cuando la gente con la que entro en contacto me pregunta qué vamos a celebrar, contesto: "Vamos a celebrar que todavía estamos aquí" ».

APÉNDICES

CRONOLOGÍA

+ de hace 12.000 años	Llegada de los primeros americanos. Llegada del na-déné. Llegada del esquimo-aleutiano.
c. hace 12.000-8.000 años	Paleoindios.
c. hace 9.000-8.000 años	Arcaico temprano oriental.
c. hace 8.000-4.000 años	Arcaico temprano occidental.
c. hace 8.000-6.000 años	Arcaico medio oriental.
c. hace 4.000-2000 años	Arcaico medio occidental.
c. hace 3.000 años	Introducción del maíz al Suroeste.
c. hace 2.000 años	Introducción en el lejano norte del arco y la flecha.
c. hace 6.000-3000 años	Arcaico tardío oriental.
c. hace 2.000-1.000 años	Arcaico tardío occidental. Comienzos de la principales tradiciones del Suroeste. Comienzos de las gentes modernas de las áreas culturales occidentales.
c. hace 3.000-1.000 años	Regiones boscosas, Adena y Hopewell tempranas, y culturas protomisisipinas en el Este.
c. 500-1000 d. C.	Distribución universal del arco y flecha.
c. 600-1000 d. C.	Introducción del maíz y los frijoles en el Este.
1000-1500 d. C.	Cultura del Misisipí.
1492	Primer viaje de Cristóbal Colón.
1500-1650	Exploración europea y primeros asentamientos.
1550-1850	Presente etnográfico del Sureste a California y el Subártico.
1620-1775	Expansión colonial europea: Guerra Powhata (1622-1632).

	Guerra Pequot (1637).
	Segunda Guerra Powhata (1644).
	Guerras Holandesas (1640-1660).
	Guerra del Príncipe Felipe (1675-1676).
	Guerra de Bacon con los indios de Virginia (1675-1677).
	Guerra del Rey Guillermo (1689-1697).
	Guerra Fox (1712-1733).
	Guerra de la Reina Ana (1702-1713).
	Guerra de Sucesión de los Austrias (1739-1748).
	Guerra de los Siete Años (1754-1763).
	Guerra de Pontiac (1763-1766).
1775-1783	Revolución Americana.
1783-1830	Expansión americana por el Este: Guerra del Viejo Noroeste (1790-1795).
	Compra de Luisiana (1803).
	Movimiento de Tecumseh (1811-1812).
	Guerra de 1812.
	Guerra Creek (1813-1814).
	Primera Guerra Semínole (1817-1819).
	Expediciones estadounidenses a las Llanuras (1823-1825).
1830-1845	Era del traslado de los indios:
	Guerra de los Sac y Fox (1831-1832).
	Guerra Creek de 1834-1836.
	Segunda Guerra Semínole (1835-1842).
1832	*Worcester versus Georgia* establece el principio de la soberanía tribal.
1845-1858	Los Estados Unidos adquieren Texas, el Territorio de Oregón, California y el Suroeste.
	Tercera Guerra Semínole (1855-1858).
1840-1861	Peleas cruzando el Misisipí entre indios y estadounidenses.
1861-1865	Guerra Civil americana.
1861-1890	Guerras Indias occidentales.
	Compra de Alaska (1867).
	Los Estados Unidos finalizan en tratado hecho con los indios (1871).
1887-1934	Era de la parcelación.
	Primera Guerra Mundial (1914-1918).
	Ciudadanía universal para los indios (1924).

1934-1953	Era del Nuevo Trato indio.
1941-1945	Segunda Guerra Mundial.
1953-1960	Era de la Terminación.
1961-1973	Era del activismo indio.
1974-1991	Autodeterminación india y soberanía tribal.
1992	Quinto Centenario colombino.
1992-?	? ? ? ?

BIOGRAFÍAS *

Las limitaciones de espacio obligan a una extrema selectividad, y quizás arbitrariedad, al escoger a quiénes incluir aquí. Para limitar el proceso de selección, se han excluido categóricamente las personas aún con vida y la mayor parte de quienes el texto ofrece considerables detalles biográficos.

Alce Negro *(Hehaka Sapa).* Nacido junto al río Powder, en el noreste de Wyoming, en 1863, de padres sioux ogala, combatió en la batalla de Little Big Horn. Posteriormente viajó por el Este y Europa con el espectáculo de Búffalo Bill. Aunque devoto de la Iglesia católica romana en los últimos tramos de su vida, es mejor conocido por sus relatos místicos de la tradicional religión sioux, recogidos por el poeta John Niehardt y en 1932 como *Black Elk Speaks,* un libro que disfrutó de gran atención en la contracultura de los años sesenta y posteriormente. Murió en 1950.

Joseph Brant (*Thayendagega,* «coloca dos apuestas»). Era mohawk y nació en el valle de Ohio en 1742; murió en 1807 en la actual Burlington, Ontario. A los trece años combatió en la batalla de Lake George. Fue armado caballero por el Rey de Inglaterra; desde 1774 sirvió de intérprete y secretario personal al superintendente británico de Asuntos Indios en el departamento septentrional. Permaneció leal a los ingleses durante la Revolución Americana. Convertido a la Iglesia episcopal, ayudó a traducir el libro de oraciones comunes al mohawk.

Caballo Loco *(Tashunka Uitco).* Nacido cerca de la actual Rapid City, S.D. en 1842 de padre oglala y madre sioux brule, fue conocido como «Rizos» en

* Preparadas con la ayuda de Adriana DeMaio.

su infancia. Sus experiencias visionarias durante la juventud fueron interpretadas como su predestinación a convertirse en un gran líder guerrero, como lo fue en las guerras contra los Estados Unidos en la década de 1860 y 1870. Fue muerto por un policía indio en Fort Robinson, Nebrasca, en 1877, cuando se resistió al encarcelamiento bajo cargos falsos.

Charles Alexander Eastman *(Ohiyesa).* Nació en la reservación sioux de Santee en 1858 y murió en 1939. Educado en diferentes escuelas de misiones, en Dartmouth y en la Universidad de Boston, ejerció como médico en las reservaciones de Dakota del Sur. Autor de artículos y libros, trabajó con el YMCA y figura entre los fundadores de los Boy Scouts de América.

Francis Laflesche (*Zhogaxa,* «trabajador en madera»). Omaha con alguna ascendencia francesa, nació en 1857 y murió en 1932. Educado en una escuela de misión en la reservación omaha de Nebraska, también participó de la vida tradicional, aunque consiguió titulación en leyes. Es muy conocido por su trabajo antropológico sobre los omahas y los osages, especialmente en colaboración con Alice Fletcher.

Alexander McGillivray (*Hoboi-hili-miko,* «buen niño rey»). Nacido en 1759 en un puesto de intercambio en una aldea india creek del río Coosa, Alabama, su padre era un comerciante escocés y su madre una creek con ascendencia francesa. A su muerte en 1793, se había hecho extremadamente poderoso entre los creeks como consecuencia de sus negociaciones militares y comerciales con los gobiernos español, británico y estadounidense.

D'Arcy McNickle. De descendencia cabeza plana y kootenai, nació en 1904. Educado en las Universidades de Montana y Oxford, fue antropólogo. Trabajó seis años en la Oficina de Asuntos Indios y fue cofundador del Congreso Nacional de Indios Americanos. Es muy conocido por sus obras de ficción, así como por sus estudios sobre la historia y cultura de los indios americanos. Murió en 1977.

Osceola (*Asi-yahola,* «baladrero de bebida negra»). Nació en 1803 junto al río Tallapoosa, cerca de la frontera de Alabama con Georgia; murió como prisionero de guerra en Fort Moultre, Carolina del Sur, en 1838. Combatió en la primera Guerra Semínole y fue el organizador más prominente de la resistencia al traslado, y un líder de la Segunda Guerra Semínole. Aunque pudo tener algún ascendiente blanco, nació como creek y murió como semínole.

Ouray («la flecha», Willy). De descendencia jicarilla, apache y ute, nació en Taos, Nuevo México, alrededor de 1820, y murió en el camino hacia la Agencia ute del sur, en Ignacio, Colorado, en 1880. Se convirtió en el jefe

de su banda cuando su padre murió en 1860. Capaz de hablar español e inglés, así como varias lenguas indias, fue portavoz y negociador durante la Guerra Ute de 1879. En 1880 fue a Washington para pedir una reservación en Utah.

Quanah («dulce olor») Parker. Nacido en 1845 de un jefe comanche y una madre blanca cautiva, fue un líder de las guerras contra los blancos de la década de 1860 y 1870. Cuando se rindió en 1875, tomó el apellido de su madre, aprendió inglés y se convirtió en un prominente y respetado portavoz de los comanches, trabajando como juez en la Corte de Delitos Indios. A pesar de la oposición de los blancos, ayudó a extender la religión del peyote. Murió en 1911.

Chaqueta Roja (*Sagoyewatha,* «los mantiene despiertos»). Su sobrenombre proviene del abrigo del uniforme británico que usaba. Nacido como seneca en 1758 cerca de Geneva, Nueva York, era sobrino del líder religioso Lago Bonito, abuelo de Ely Parker. Más diplomático que guerrero, en la Revolución Americana se puso de parte de los británicos, pero posteriormente recibió la medalla presidencial de George Washington. Fuerte oponente a las influencias cristianas entre su gente. Murió en 1830 en su casa del lago Erie.

John Ross (*Guwisguwi,* «la garceta»). Su madre era medio cherokee y medio escocesa, y su padre un comerciante escocés. Nacido en 1790 junto al río Coosa en Georgia, combatió con Jackson contra los Palos Rojos en la Guerra Creek de 1813-1814. Casado con una cherokee de sangre casi pura, fue uno de los arquitectos del gobierno constitucional cherokee y trató, mediante la diplomacia y las maniobras legales, de bloquear el traslado y la pérdida de sus tierras orientales. Murió en 1866 en a Washington D.C.

Sacajawea (*«pájaro mujer»,* «Janey»). Nació en la década de 1780 entre los lemhi shoshoni de Idaho y Montana. Cuando era adolescente, fue tomada prisionera por los indios hidatsas de las aldeas junto al río Missouri, donde la expedición de Lewis y Clark la encontraron en 1804. Esposa de un comerciante francés que vivía allí, guió a la expedición hasta las Montañas Rocosas, donde se reunió con su propio pueblo, encabezado por su hermano. La fecha exacta de su muerte es incierta.

Seattle. De ascendencia duwamish y suquamish, nació aproximadamente en 1788 y vio al explorador inglés George Vancouver navegar a Puget Sound en 1792. Como jefe, firmó el Tratado de Fort Elliot de 1855, bajo el cual los indios de Washington se trasladarían a las reservaciones. A pesar de las violaciones de los blancos al tratado, permaneció fiel a su acuerdo. Fue

un defensor de la paz durante la Guerra Yakima de 1855-1856. Convertido al catolicismo en la década de 1830, tomó el nombre de Noé. Murió en 1866, aunque un escrito de 1970 falsamente atribuido a él le convirtió en una figura de culto para ciertos ecofilósofos actuales.

Secoya («Gorrión» o «Pájaro principal», George Gist). Su padre era un comerciante blanco y su madre cherokee. Nació cerca de la actual Vorone, Tennessee, en 1770. Inventó a solas un silabario para escribir la lengua cherokee, un sistema que pudo ser rápidamente aprendido y fue utilizado para publicar libros y periódicos para los cherokees orientales y occidentales. Murió cerca de San Fernando, México, en 1843.

Toro Sentado *(Tatanka iyotanka).* Quizás el más famoso de todos los indios americanos, nació en 1831 cerca de la actual Bullhead, S.D. de padres hunkpapa dakota (sioux). Aunque cuando niño era considerado lento, demostró ser un efectivo cazador, guerrero y líder espiritual. Con Caballo Loco, fue el líder principal de los sioux en las batallas de la década de 1870 por las Black Hills. Acusado de provocar problemas durante la Danza de los Espectros, fue muerto por un policía indio en 1890.

William Weatherford (*Lumhe Chati,* «águila roja»). Aunque de ascendencia mezclada de blanco y creek, siguió el modo de vida indio. Nacido en el río Alabama en 1780, dirigió el ataque sobre el Fort Mims que provocó la entrada de los Estados Unidos en la Guerra Creek de 1813-1814. Se rindió a Andrew Jackson tras la derrota de Horseshoe Bend. Jackson se impresionó tanto con Weatherford que le perdonó y le permitió vivir el resto de su vida, en el sur de Alabama, hasta su muerte en 1824.

Wovoka («el cortador», Jack Wilson, *Wanekia,* «uno que hace vida»). Paiute del norte, nació en el valle de Mason, en Nevada, en 1856 y murió en 1932. De muchacho, vivió durante un tiempo con una familia cristiana blanca. En 1888-1889, durante una enfermedad que coincidió con un eclipse solar, tuvo una visión en la que fue llevado ante el Ser Supremo. Después de esto, predicó un mensaje de buenos sentimientos entre todos los indios y la renovación del mundo. Fundó la religión de la Danza de los Espectros. Murió en la reservación del río Walker, cerca de Schurz, Nevada, en 1932.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Los libros listados abajo, más las obras citadas en el texto, constituyen las fuentes básicas de este volumen. Además, en el capítulo primero se incluye una explicación general de las fuentes para el estudio de los indios de los Estados Unidos de tradición anglo.

Clifton, J. (ed.), *The Invented Indian,* Transaction Publishers, 1990.

Consiste en varios ensayos que apuntan a desmontar los mitos románticos y las suposiciones acerca de los indios norteamericanos. Algunos dan en la diana, pero otros yerran el tiro. Este provocativo libro está ya levantando controversia.

Dobyns, H. F., *Their Number Become Thinned: Native American Population Dynamics in Eastern North America,* Knoxville, Tennessee University Press, 1983.

Ya una obra controvertida, este libro proporciona un excelente resumen de la historia de las epidemias de enfermedades en la Norteamérica poscolombina. Centrándose en el Sureste y en los timucua, es una realización ingeniosa del razonamiento científico, usando el conocimiento de las fuentes de alimento aborígenes y la capacidad de acarreo de las economías de los cazadores, recolectores y pescadores, que llega a unas estimaciones de población aborigen muy por encima de las aceptadas convencionalmente.

Drucker, P., *Indians of the Northwest Coast,* Garden City, N.Y., The Natural History Press, 1955.

Es una clásica visión general semipopular de las culturas de la Costa Noroeste del presente etnográfico, sorprendentemente detallada (en textos e ilustraciones), pero a veces un poco vaga en las explicaciones de la estructura social y la cosmología.

Fagan, B. M., *Ancient North America: The Archaeology of a Continent,* Londres, Thames and Hudson Ltd., 1991.

Una impresionante nueva síntesis de la arqueología de Norteamérica sin México, desde los primeros asentamientos humanos hasta los asentamientos europeos del siglo XVIII, combinando los últimos datos con las explicaciones teóricas en curso.

Hagan, T., *American Indians,* Chicago, The University of Chicago Press, 1961.

Una concisa, breve pero muy informativa historia de los indios de los Estados Unidos muy bien escrita, desde las primeras influencias europeas, hasta los comienzos de la retirada gubernamental estadounidense de la política de terminación de los años cincuenta. A veces es más la historia de la política gubernamental que la de los indios; también en algún momento un poco demasiado fácil en su discurso.

Fixico, D. L., *Termination and Relocation: Federal Indian Policy, 1945-1960,* Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986.

Es un detallado relato y apreciación de la política india estadounidense (y más) durante los años cruciales de la Segunda Guerra Mundial hasta la terminación y la era de autodeterminación de la década de 1980. Está escrito por un estudioso que es a la vez un indio americano.

Kehoe, A. E., *North American Indians: A comprehensive Account,* Englewood Cliffs, N.Y., Prentice-Hall, 1981.

El libro se merece su título; es una auténtica presentación extensa de los pueblos y culturas indios americanos (incluyendo México), desde el Pleistoceno tardío hasta la década de 1980, usando el área cultural como acercamiento, y presentando más detalladas consideraciones sobre los pueblos y culturas seleccionados. Quizás el mejor libro general sobre los indios americanos nunca escrito. Se prevé nueva edición para 1992.

Kopper, P., *The Smithsonian Book of North American Indians Before the Coming of Europeans,* Washington, D.C., Smithsonian Books, 1986.

Aunque dirigido a una audiencia popular, este volumen ricamente ilustrado proporciona una competente visión general de las tradiciones culturales prehistóricas de Norteamérica (incluyendo a México), con sólo lapsus ocasionales que desdibujan la distinción entre la prehistoria y el presente etnográfico (particularmente en algunas de las ilustraciones).

Lowie, R. H., *Indians of the Plains,* Garden City, N.Y., The Natural History Press, 1954.

De la misma serie que el volumen de Drucker citado arriba, constituye una bien balanceada descripción de las culturas de las Llanuras y algunas de la

Pradera del presente etnográfico, con algunas consideraciones también sobre el cambio histórico. Excelentes ilustraciones.

Newcomb Jr., W. W., *North American Indians: An Anthropological Perspective,* Santa Mónica, Ca., Goodyear Publishing Company, 1974.

Aunque quizás no ha recibido la atención que merece, es una vívida y concisa visión general de las áreas culturales de Norteamérica sin incluir a México, que cubre para cada una de ellas la prehistoria, los desarrollos históricos y el presente etnográfico. Contiene algunas buenas ideas para clasificar algunas culturas difíciles de encuadrar, como las del sur de Texas. A lo largo de toda la obra se mantiene una balanceada y razonable perspectiva ecológica y de historia cultural.

Prucha, F. P., *American Indian Policy in the Formative Years: The Indian Trade and Intercourse Acts, 1790-1834,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1962.

Una exposición a veces tediosa pero informativa del desarrollo de la política india estadounidense en un periodo crítico con muchas consecuencias para la nueva soberanía tribal de finales del siglo xx. El autor muestra un nivel de sofisticación acerca de los procesos culturales y sociales que no se encuentra a menudo en las tradicionales obras históricas.

Prucha, F. P., *Atlas of American Indian Affairs,* Lincoln, University of Nebraska Press, 1990.

Una útil colección de mapas estadounidenses, que cubren temas tan variados como los lugares de batallas, las cesiones de tierra, las reservaciones, la población, los hospitales y las escuelas. En las notas finales se encuentra información adicional detallada, cronológica y numérica. Contiene unos pocos errores menores para la época moderna. Los datos de población llegan sólo hasta 1980.

Ritzenthaler, R. E., y P. Ritzenthaler, *The Woodland Indians of the Western Great Lakes,* Garden City, N.Y., The Natural History Press, 1970.

Volumen compañero de los libros de Drucker y Lowie descritos arriba, está igual de bien hecho, aunque más corto y escaso en detalles descriptivos. Trata como una discreta subárea cultural una región etnográfica importante desde el punto de vista histórico, pero a menudo desdibujada etnológicamente. Incluye alguna información sobre los kickapoos mexicanos.

Sauer, C. O., *Sixteenth Century North America: The Land and the People as Seen by the Europeans,* Berkeley, university of California Press, 1971.

Un espléndido y legible relato de un distinguido geógrafo, que integra las observaciones de los exploradores españoles, portugueses, ingleses y franceses y

los primeros colonos sobre los pueblos nativos, así como sobre la fauna y laflora, en una coherente visión general de las condiciones existentes al tiempo del primer contacto europeo (o muy próximas a éste) en ambas costas, Florida y el Suroeste de los Estados Unidos actuales.

Snipp C. M., *American Indians: The First of This Land,* Nueva York, Russell Sage Foundation, 1989.

Un útil compendio de información sobre los nativos americanos, basado en datos principalmente del censo estadounidense de 1980, pero también se cubren otras fuentes de datos, como el Servicio de Salud Indio. Este libro presenta una amplia gama de temas, desde las diferentes definiciones de los indios americanos, hasta la estructura de edad, la vivienda, el matrimonio y la familia, la educación, la migración, las ocupaciones, los ingresos y la salud, a menudo con comparaciones con otras razas. A pesar de lo reciente de su publicación, la obra será pronto eclipsada por los hallazgos que empezarán a surgir del censo de 1990.

Spencer, R. F.; J. D. Jennings *et al., The Native Americans: Ethnology and Backgrounds of the North American Indians,* 2.ª ed., Nueva York, Harper & Row, 1977.

Obra de nueve distinguidos antropólogos, este libro de texto a veces parece haber sido escrito por un comité. Une el acercamiento de área cultural con casos de estudio más detallados de tribus particulares. Cubre toda Norteamérica. El periodo moderno está extensamente confinado a los dos últimos capítulos.

Thornton, R., *American Indian Holocaust and Survival: A Population History Since 1492,* Norman, University of Oklahoma Press, 1978.

Como Dobyns, este autor revisa hacia arriba las estimaciones de la población aborigen de Norteamérica, con especial atención hacia los Estados Unidos; traza el curso y las causas de su declive poblacional; examina las respuestas a la despoblación, especialmente las Danzas de los Espectros; y analiza la recuperación poblacional de siglo xx y los problemas de las enumeraciones de los censos. Bien confeccionado, aunque desfigurado por ocasionales y notorios errores de hecho, como por ejemplo describir a los hurones como una confederación de bandas *algonquinas* (p. 72).

Viola, H. J., *After Columbus: The Smithsonian Chronicle of the North American Indians,* Washington, Smithsonian Books, 1990.

Compañero del libro de Kopper listado arriba, también está bellamente ilustrado. Escrito por un respetado historiador, el texto combina un gran barrido de acontecimientos históricos en Angloamérica con algunos sorprendente-

mente detallados ejemplos de modelos mayores. Incorpora cinco cortos ensayos de invitados, cuatro de los cuales han sido escritos por indios americanos. En algunos puntos, especialmente en los acontecimientos de las décadas recientes, el autor raya en el melodrama.

Waldman, C., *Who Was Who in Native American History: Indians and Non-Indians From Early Contacts Through 1990,* Nueva York, Facts on File, 1990.

Constituye un tesoro de información biográfica. Incluye a los individuos que murieron después de 1900. Catalogados por tribus para los indios y por ocupaciones y/o tipo de contribución para los no indios, proporciona unos buenos antecedentes del contexto histórico de cada uno de los biografiados y referencias cruzadas con las otras biografías. Se incluyen tanto los muy famosos como los menos. En ciertos casos, algunos detalles importantes pueden estar omitidos.

Washburn, W. F., *History of Indian-White Relations, Handbook of North American Indians,* vol. 4, Washington, Smithsonian Institution, 1988.

Esta obra, editada por un distinguido historiador, es un magnífico acierto. Los 57 capítulos diferentes, escritos por expertos de cada campo, cubren lo que parece cada aspecto concebible de las relaciones indios-blancos (con la notable excepción del entrecruzamiento genético), de las guerras a la religión, de la política a la educación, de los aficionados a los antropólogos y de la esclavitud a las películas. Constituye un trabajo enciclopédico de referencia de valor incalculable.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Adams, Ansel, 304.
Adair, James, 22.
Agalla, 282.
Alarcón, Hernando de, 104, 105.
Alas, Esteban de las, 96.
Arellano, 94.
Astor, John Jacob, 243, 260.
Bacon, Nathaniel, 222.
Bering, Vitus, 43, 105.
Boas, Franz, 125.
Bodmer, Karl, 264.
Bowers, Steven, 348.
Bowlegs, Billy, 257.
Braddock, Edwuard, 223.
Brando, Marlon, 321.
Brant, Joseph, 232, 237, 284, 285, 293.
Brophy, William, 317.
Brown, Dee, 329.
Bry, Theodore de, 95.
Bush, George, 347.
Caballo Loco, 282, 284.
Caboto, Juan, 80, 82.
Canasatego, 231.
Canoa arrastrada, 230, 231, 232, 236.
Carlos, 98.
Cartier, Jacques, 85, 86.
Castro, Fidel, 328.
Catlin, George, 264.
Clair, Arthur St., 237.
Cody, William F. (Búfalo Bill), 282, 290.
Coolidge, Calvin, 316.
Colón, Cristóbal, 19, 32, 39, 40, 43, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 106, 347.
Collier, John, 24, 304, 305, 307, 308, 317.
Cornstalk, 225.
Corté Real, Gaspar, 82.
Corté Real, Miguel, 82.
Cortés, Hernán, 86, 87.
Costner, Kevin, 346.
Cotterill, John, 24.
Cristo, 114.
Crook (General), 279.
Cuchillo Mate, 283, 284.
Curtis, Edward, 125.
Custer, George A., 279, 283.
Chaqueta Azul, 237.
Chivington, John, 275.
Debo, Angie, 24.
Deganawida, 148.
Deloria, Jr. Vine, 25, 328, 329.
Dermer, Tomas, 102.
Díaz, Melchor, 104, 105.
Dodge, Mabel, 304.
Donnacona, 86.
Dorris, Michael, 343.
Drake, Francis, 97, 98, 99, 105.
Driver, Harold, 24, 129.
Dunmore, 225, 230.
Eastman, Charles, 25, 295.
Echohawk, John, 327.
Eisenhower, 316, 317.
Erdrich, Louise, 343.
Escalante Fontaneda, 22, 98.
Felipe (Rey), 221, 222.
Fenimore Cooper, James, 23.
Franklin, Benjamin, 235.

Gerónimo, 346.
Gómez, Estebán, 85.
Gordillo, Francisco, 84.
Jorge III (rey), 227.
Granberry, Julián, 126, 127.
Greenberg, Josept, 128.
Gregory, Dick, 321.
Grenville, Richard, 99.
Halcón Negro, 254.
Hamar, Josiah, 237.
Hariot, Thomas, 99.
Harris, Fred, 328, 329.
Harris, LaDonna, 328.
Hawkins, Benjamin, 248.
Hawkins, John, 98.
Hayes, Ira, 308.
Henry Harrison, William, 250.
Hiawatha, 148.
Hombre-Joven-Temeroso-de-sus-Caballos, 282.
Hombre Rojo, 316.
Hunt, Thomas, 102.
Isabel I, 98.
Ishi, 180.
Jackson, Andrew, 250, 252, 254, 256.
Jefferson, Thomas, 243, 252, 347.
Jennings, 24.
Johson, Lyndon, 324.
Johnson, William, 232.
Kehoe, Alice, 24.
Kennedy, John F., 320.
Kekokuk, 254.
Kieft, Willem, 221.
Kintpuash (Capitán Jack), 284.
Lago Bonito, 246, 247, 248, 249, 293.
Lafarge, Oliver, 307.
Lane, Ralph, 99.
La Salle, 209.
Laudonnière, René de, 95.
Lawrence, D. H., 304.
Leacock, 24.
Le Moyne, Jacques, 95.
Le Page du Pratz, 22.
Lincoln, Abraham, 254, 274, 347.
Lyndon, Johson, 324.
Logan, John, 225.
Longfellow, 119, 151.
Luis, Don, 100.
Luis XIV, 209.
Luna, Tristán de, 86, 91, 94, 96.
Lurie, Nancy, 24, 29.
Mad Bear Anderson, Wallace, 328.
Magallanes, Fernando, 81, 82.
Marshall, 256.
Massasoit, 102, 221.
Maulson, Tom, 342.
Maximilian, 264.
Menawa (Gran Guerrero), 251.
Menéndez de Avilés, Pedro, 96, 97, 98, 212.
Meriam, Lewis, 305.
Metacom, 221, 222.
McFee, Malcolm, 344.
McGillivray, Alexander, 238.
McIntosh, William, 251.
McNickle, D'Arcy, 307.
Mills, Billy, 328.
Moore, James, 223.
Moscoso, Luis de, 93.
Nanabushu, 151.
Narváez, Pánfilo de, 86, 87, 88, 89.
Nash, Philleo, 306.
Newport, Cristopher, 100.
Nixon, Richard, 331.
Nube Roja, 278, 283.
Núñez Alvar, Cabeza de Vaca, 87, 88.
Occum, Samson, 217.
Opechancanough, 220.
O'Keefe, Georgia, 304.
Ortiz, Juan, 89, 93.
Oscelola, 257.
Oswalt, 24.
Ouray, 285.
Pacahonotas, 101.
Pardo, Juan, 86, 90, 91, 96, 97.
Parker, Ely, 281.
Parkman, Francis, 23.
Pequeña Tortuga, 237.
Pequeño Cuervo, 274.
Pequeño Lobo, 284.
Pie Grande, 295.
Pizarro, Francisco, 89.
Pocahontas, 219.
Ponce de León, Juan, 84, 86.
Pontiac, 225.
Pope, John, 274.
Powhatan, 100, 101, 220.
Raleigh, Walter, 98, 99.
Ranger, Lone, 329.
Ribault, Jacques, 95, 96.

Roberval (Señor de), 86.
Rodríguez Cabrillo, Juan, 105.
Rogers, Will, 316.
Roosevelt, Franklin, 305, 307.
Roosevelt, Theodore, 347.
Rolfe, James, 101.
Rolfe, John, 219.
Ross, John, 248, 271.
Sacajawea, 252.
Sainte-Marie, Buffy, 328.
Samoset, 102.
Saturiba, 95.
Secoya (George Gist), 248.
Scott Momaday, N., 25, 328.
Skolaskin, 292.
Smith, Alfred L., 341.
Smith, Jedediah, 259.
Smith, John, 101, 102.
Smohalla, 292, 293.
Sol Tax, 319.
Soto, Hernando de, 86, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 97, 107, 118, 136, 219.
Spencer, 24.
Squanto, 102.
Sutter, John, 260.
Tascaluza, 92.
Tecumseh, 249, 250.
Tenskwatawa, 249.
Tetera Negra, 275, 279.
Thorpe, Jim, 153.
Toohoolhoolzote, 285.
Toro Sentado, 282, 283, 284, 286, 290, 295.
Totabem, 220.
Trueno Retumbante, 300.
Uncas, 220.
Vázquez de Ayllón, Lucas, 84.
Vázquez Coronado, Francisco, 88, 89, 94, 104, 105, 114.
Velasco, Luis de, 97.
Verazzano, Giovanni de, 85.
Villafañe, Angel de, 94.
Vizenor, Gerarld, 343.
Waite, Stand, 271, 272.
Washington, George, 232, 237, 238.
Wayne, Anthony, 237.
Weatherford, William (Aguila Roja), 250, 272.
Welch, James, 343.
Wenibojo, 151.
White, John, 99, 103, 136.
Wilder, Thornton, 304.
Wilson, Jack, 293.
Wodziwob, 293.
Wovoka, 293.

ÍNDICE TOPONÍMICO

África, 25, 40, 42, 43, 46, 83.
Akwesasne, 323.
Alabama, 71, 90, 91, 106, 118, 120, 199, 201, 209, 210, 236, 251, 255, 256, 257, 265, 272, 286, 322, 334, 346, 348.
Alabama (río), 92.
Alaska, 13, 14, 15, 19, 29, 35, 43, 47, 48, 52, 53, 54, 55, 72, 73, 74, 79, 105, 107, 125, 126, 132, 181, 187, 189, 190, 192, 258, 259, 260, 261, 276, 291, 306, 319, 326, 327, 329, 332, 334.
Albany, 104, 209.
Alberta, 51, 133.
Aleutianas (islas), 15, 105, 259.
Alcatraz (isla), 323, 324.
Altamaha, 91.
América, 13, 28, 32, 39, 40, 42, 44, 46, 47, 50, 52, 53, 60, 65, 66, 98, 99, 106, 113, 128, 199, 201, 227, 260.
Américas (las), 42, 43, 45, 47, 49, 75, 78, 80, 81, 106, 107, 115, 205.
América Latina, 25, 107.
Amur (río), 45.
Angloamérica, 13, 199, 215, 286.
Anilco, 93.
Antillas (las), 39, 66.
Antillas (Menores), 85.
Apalaches, 66, 71, 87, 90, 92, 97, 121, 130, 197, 199, 211, 225, 253, 313.
Apalachicola, 213, 251.
Appomatox, 273.
Arizona, 13, 14, 16, 17, 35, 51, 122, 123, 174, 205, 258, 266, 269, 273, 278, 298.
Arkansas, 90, 93, 121, 134, 242, 252, 253, 254, 255, 265, 268, 271, 272, 275.
Artico, 15.
Atlántico, 18, 42, 61, 74, 78, 81, 82, 83, 85, 86, 94, 96, 98, 103, 104, 119, 133, 134, 138, 145, 147, 200, 203, 208, 210, 212, 216, 239, 253.
Atlántida, 42.
Asia, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 56, 57, 66, 73, 77, 81, 84, 85, 105.
Australia, 51.
Azerbaiján, 345.
Azores, 79, 99.
Bahamas, 84, 220.
Bahía de Hudson, 14, 48, 209, 261.
Bahía de Chesapeake, 19, 82, 84, 85, 97, 211.
Baikal (lago), 45.
Bering, 56, 128.
Beringia, 45, 47, 48, 52.
Biminis (islas), 84.
Bozeman (camino), 278, 311.
Black Hills, 210.
Boscosas (Regiones), 62, 65, 70, 86, 133, 153.
Boston, 103.
Brotherton, 216, 217, 218, 239.
Cahokia, 71.
California, 16, 18, 55, 57, 58, 61, 62, 73, 105, 108, 119, 122, 123, 124, 125,

127, 132, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 184, 187, 195, 212, 258, 259, 260, 261, 264, 267, 269, 270, 273, 275, 276, 278, 279, 284, 292, 294, 317, 334.
California (Golfo de Baja), 104, 105.
Camden, 92, 93.
Canadá, 13, 14, 15, 16, 19, 48, 52, 54, 66, 70, 83, 85, 104, 107, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 124, 125, 126, 129, 132, 133, 143, 147, 152, 155, 170, 181, 187, 189, 190, 204, 214, 216, 223, 231, 232, 235, 237, 242, 243, 245, 247, 250, 252, 261, 274, 281, 283, 285, 300.
Capachequi, 91.
Cañaveral (Cabo), 96.
Caribe, 69, 70, 74, 83, 86, 95, 96, 107, 127.
Caribe (islas), 72, 127, 128.
Carolina del Norte, 84, 90, 92, 97, 99, 100, 119, 120, 121, 136, 143, 181, 223, 224, 231, 239, 240, 256, 272.
Carolina del Sur, 86, 90, 92, 94, 95, 96, 97, 116, 118, 121, 210, 223, 238, 239, 240, 269.
Carolina, 96, 203, 229, 231.
Carolinas (las), 90, 121.
Cayos, (los), 84, 98.
Centroamérica, 13, 77, 117, 123, 130.
Cerros Negros, 283.
Cofitachequi, 91, 92.
Cod (cabo), 102.
Coosa (río), 210.
Costa noreste, 180, 191.
Costa noroeste, 130, 171, 172, 174, 175, 177, 178, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 187, 188, 189, 190, 192, 193, 258, 264, 306.
Cibola, 88.
Clovis, 49, 51.
Colombia, 98.
Colorado, 16, 59, 69, 119, 122, 270, 273, 275, 278, 279, 280, 285, 307.
Colorado (río), 58, 104, 105, 123, 174.
Columbia, 35.
Columbia (río), 19, 58, 115, 130, 169, 181, 203.
Columbia (Británica), 123, 124, 125, 132, 169, 181.
Connecticut, 103, 209, 216, 217, 220, 334.
Commonwealth, 14.
Coosa, 90, 92, 94, 97.
Cordillera, 74.
Cordillera (de la Cascada), 169.
Crow, 52.
Crosswicks, 216.
Cuba, 83, 84, 107, 213, 219.
Charleston, 210, 218, 219, 223.
Chattanooga, 272.
Chiaha, 91.
Chicago, 313, 319, 320.
China, 44, 180.
Chickamauga, 272.
Dakota, 121, 210, 264, 265, 273, 274, 278, 280, 283, 284, 295.
Dallas, 313.
Dartmouth, 217.
Daytona, 84.
Death Valley, 334.
Delaware, 104.
Denver, 275, 307, 313.
Desierto, 58, 174.
Derbert, 52.
Detroit, 215, 224, 225, 237.
Dickenson Mounds, 67.
Dinamarca, 13.
Erie (lago), 223.
Escandinavia, 15, 155, 162.
Escocia, 216.
España, 13, 17, 19, 81, 83, 84, 85, 96, 97, 98, 99, 100, 102, 197, 201, 202, 210, 219, 222, 229, 234, 237, 238, 252, 258, 345.
Española (La), 32, 83, 84.
Este, 17, 60, 61, 62, 67, 70, 72, 132, 156, 175, 200, 203, 213, 252, 255, 261, 265, 275, 276, 282, 288, 334.
Estados Unidos Angloamericanos, 18, 68, 104.
Estados Unidos de América, 13, 200, 345.
Estados Unidos de México, 16, 17, 18, 19, 51, 130.
Estados Unidos, 14, 15, 16, 18, 23, 25, 27, 31, 32, 33, 34, 36, 43, 48, 53, 61, 69, 72, 77, 79, 86, 88, 90, 94, 99, 101, 106, 107, 108, 109, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 122,

125, 128, 129, 132, 134, 135, 143, 147, 151, 153, 158, 170, 187, 194, 195, 197, 198, 201, 202, 205, 208, 209, 210, 212, 227, 229, 230, 234, 235, 236, 238, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 247, 249, 250, 251, 252, 253, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 263, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 285, 286, 288, 289, 292, 296, 297, 298, 300, 302, 303, 306, 308, 310, 311, 312, 313, 317, 319, 320, 322, 326, 327, 328, 330, 334, 335, 337, 338, 341, 342, 343, 344.
Eurasia, 44.
Europa, 40, 44, 46, 66, 79, 80, 109, 114, 201, 202, 290, 298, 312.
Exteriores (Bancos), 99.
Fallen Timbers, 237, 249.
Fear (Cabo), 84, 85.
Filadelfia, 235.
Florida, 16, 18, 19, 62, 64, 66, 67, 69, 70, 71, 74, 84, 86, 87, 89, 90, 91, 93, 95, 96, 98, 108, 117, 118, 126, 127, 134, 136, 139, 197, 201, 202, 203, 211, 212, 213, 219, 223, 242, 250, 251, 252, 256, 257, 258, 262, 265, 266, 269, 271, 286, 302, 313, 336, 346, 348.
Florida (península), 19, 61, 72, 87, 94, 212.
Florida (Golfo), 84.
Florida (española), 86, 235, 243.
Folsom, 49, 50.
Fort Berthold, 264.
Fort Detroit, 232.
Fort Gibson, 272.
Fort Klamath, 284.
Fort Lyon, 275.
Fort Marion, 286.
Fort Miami, 237.
Fort Myers. 271.
Fort Mims, 250.
Fort Orange, 208.
Fort Rice, 275.
Fort Robinson, 284.
Fort Ross, 260.
Fort Selkirk, 276.
Fort Sumter, 269.
Fort Toulouse, 209.
Francia, 19, 83, 85, 86, 95, 96, 197, 200, 201, 210, 222, 229, 234, 245, 252, 345.
Frasier (río), 130.
Ft. Snelling, 296.
Fuerte Carolina, 95, 96.
Gaspé (península), 85.
Gay Head, 334.
Georgia, 90, 91, 96, 118, 120, 127, 181, 210, 212, 213, 218, 219, 230, 234, 236, 261.
Golfo, 86, 93, 97, 108, 121, 134, 210, 237, 240, 242, 250, 251, 252, 256.
Golfo de México, 19, 61, 69, 74, 87, 93, 94, 106, 115, 203, 252, 313.
Gran Bretaña, 201, 204, 230, 234, 245, 252, 311, 345.
Gran Cuenca, 58, 59, 73, 74, 130, 132, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 173, 174, 178, 191, 261, 264, 268, 280, 285, 292, 293, 294.
Grande, Río, 15, 16, 70, 121, 205, 299.
Grandes Bancos, 83.
Grandes Lagos, 19, 32, 48, 61, 66, 71, 74, 119, 133, 143, 144, 145, 146, 147, 151, 152, 164, 189, 199, 203, 205, 206, 209, 214, 223, 225, 250, 252, 277, 291, 313.
Great Salt Lake, 58, 165.
Grenville, 100.
Green Bay, 216, 224.
Groenlandia, 15, 66, 78, 79.
Guadalupe-Hidalgo (Tratado), 17.
Guatemala, 16.
Habana (La), 84, 97, 109, 212.
Hartford, 209.
Hispanoamérica, 18.
Hochelaga, 86.
Holanda, 102.
Honduras, 123.
Horseshoe Bend, 251.
Hollywood, 290, 327.
Hudson (río), 19, 102, 103, 104, 208.
Idaho, 59, 69, 122, 124, 126, 132, 169, 273, 276, 278, 279, 280, 284, 285, 335.
Illinois, 65, 67, 119, 153, 233, 252, 254.
Indiana, 119, 153, 233, 237, 238, 249, 252, 255.

Indias, 81, 82, 98.
Indias Occidentales, 14, 203, 212, 223, 224.
Inglaterra, 19, 80, 82, 83, 95, 99, 101, 103, 198, 200, 201, 210, 219, 222.
Iowa, 119, 121, 133, 152, 153, 224, 254, 265, 269.
Irlanda, 272.
Islandia, 39, 66, 79.
Israel, 42.
Iwo Jima, 308.
James (río), 100.
Jamestown, 100, 106, 210, 219, 220, 221.
Jamestown (isla), 100.
Jamestown (fuerte), 100.
Jamestown (colonia), 101, 102, 103.
Japón, 180.
Júpiter (Bahía), 84.
Kansas, 88, 133, 152, 265, 266, 270, 271, 277, 278, 279, 280, 282.
Kentucky, 225, 236, 237.
Kodiak, 260.
Klondike, 291.
Labrador, El, 15, 83.
Lac de Flambeau, 342.
Lachine, 222.
La Coruña, 85.
L'Anse aux Meadows, 78.
Leavenworth, 266.
Lech, 296.
Lejano Oeste, 29, 48, 104, 105, 124, 201, 261, 266, 268, 269, 334.
Lena (río), 48.
Little Bighorn, 284.
Lituania, 345.
Livingston, 265.
Llano Estacado, 282.
Llanuras, 17, 29, 66, 111, 119, 133, 152, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 169, 171, 172, 174, 191, 195, 208, 252, 255, 261, 264, 266, 268, 270, 278, 279, 280, 281, 282, 288, 291, 292, 294, 299, 301, 303, 312.
Londres, 102.
Longfellow, 128.
Long Island, 119, 209, 217, 238.
Luisiana, 64, 87, 90, 93, 106, 121, 126, 134, 197, 199, 201, 209, 214, 215, 224, 235, 238, 252, 257, 258, 265, 334.
Lumber (río), 100.
Mabilia, 91, 92, 94.
Maine, 83, 85, 103, 203, 215, 238, 265.
Manhattan, 104.
Massachusetts, 51, 102, 103, 106, 197, 215, 216, 220, 229, 334.
Málaga, 102.
Manitoba, 133.
Mankato, 274.
Maryland, 120, 214.
Meadowcroft, 52.
Meseta, 132, 157, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 176, 178, 184, 185, 187, 188, 252, 258, 260, 264, 270, 279, 280, 292, 293, 294, 303.
Mesoamérica, 28, 29, 43, 67, 74, 78, 180.
Mesopotamia, 40.
Mt. Vernon Barracks, 286.
México, 14, 15, 16, 17, 19, 66, 69, 70, 71, 72, 74, 82, 86, 87, 88, 90, 93, 95, 96, 97, 105, 109, 117, 123, 136, 197, 255, 258, 266, 267, 280, 296, 299, 345.
Michigan, 32, 61, 119, 153, 233, 237, 252, 254, 255, 265, 334.
Minneápolis, 313, 323.
Minnesota, 61, 114, 119, 120, 133, 208, 233, 252, 254, 273, 274, 296, 325.
Misisipí, 19, 61, 62, 64, 65, 69, 70, 71, 74, 90, 91, 93, 104, 105, 115, 118, 152, 199, 200, 201, 209, 214, 215, 230, 233, 236, 250, 252, 253, 255, 257, 263, 264, 265, 266, 270, 272, 277, 309, 335.
Missouri, 59, 65, 66, 121, 133, 152, 210, 252, 263, 264, 265, 266, 269, 271, 274, 275.
Mobile, 209, 232.
Monterrey, 259.
Montgomery, 210.
Montana, 59, 119, 121, 124, 132, 273, 278, 280, 283, 284, 285, 335.
Montañas Rocosas, 19, 48, 51, 53, 58, 59, 66, 73, 122, 126, 132, 133, 164, 169, 170, 171, 252, 274, 278, 284.
Montreal, 85, 199, 222.
Moundville, 71.
Mu, 42.

Natchitoches, 214.
Natchez, 93.
Neah (Bahía), 56.
Nebrasca, 254.
Nogales, 296.
Nordeste, 134.
Noreste, 133, 139, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 158, 163, 169, 177, 198, 200, 206, 207, 208, 209, 210, 244, 249, 263, 280, 302.
Noroeste, 56, 188, 203, 233, 236, 237, 246, 259, 260, 266, 268.
Norte, 17, 43, 54, 128, 239, 244, 358, 261, 265, 266, 272, 273, 276, 277, 281, 283.
Norte (Lejano), 60.
Norteamérica, 15, 19, 23, 24, 31, 39, 40, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 55, 56, 58, 66, 69, 70, 72, 73, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 87, 89, 93, 95, 105, 108, 109, 111, 112, 115, 119, 122, 128, 129, 132, 164, 166, 168, 175, 179, 180, 194, 197, 200, 201, 202, 203, 205, 208, 212, 227, 252, 293.
Nebraska, 121, 133, 152, 255, 265, 266, 268, 270, 273, 274, 275, 277, 278, 281, 283, 284.
Nevada, 58, 69, 122, 132, 164, 270, 273, 276, 278, 279.
Nueva Amsterdam, 104, 106, 221.
Nueva Escocia, 52, 85.
Nueva España, 88.
Nueva Galicia, 88.
Nueva Inglaterra, 29, 62, 83, 85, 102, 103, 107, 119, 143, 144, 145, 149, 203, 206, 209, 215, 216, 217, 218, 220, 221, 222, 225, 238, 239, 313.
Nueva Orleans, 209, 215, 272.
Nueva York, 14, 61, 104, 120, 199, 209, 210, 214, 215, 216, 217, 231, 232, 255, 273, 304, 321, 323, 338, 348.
Nueva Yersey, 216, 240.
Nuevo Hampshire, 103.
Nuevo México, 14, 17, 35, 49, 51, 89, 114, 121, 122, 124, 157, 258, 266, 269, 270, 273, 278, 282, 298, 304, 312, 338.
Nuevo Mundo, 19, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 47, 48, 49, 52, 56, 60, 64, 78, 80, 81, 98, 100, 103, 107, 128, 199, 210.
Oceanía, 25.
Ocute, 91.
Oeste, 54, 162, 238, 239, 255, 256, 257, 261, 263, 265, 269, 271, 272, 273, 274, 276, 279, 283, 290, 329, 330.
Ohio, 65, 66, 119, 201, 215, 216, 223, 225, 226, 232, 233, 237, 238, 252.
Oklahoma, 35, 69, 71, 121, 133, 143, 152, 153, 224, 252, 253, 254, 255, 257, 264, 265, 271, 273, 277, 283, 286, 290, 297, 300, 301, 306, 325, 328, 334, 339, 346, 348.
Omaha, 266.
Ontario, 255.
Oregón, 57, 59, 122, 124, 125, 132, 169, 181, 252, 261, 266, 267, 268, 270, 273, 275, 276, 278, 279, 280, 284, 285, 317, 334, 341.
Oroville, 180.
Oriente, 82, 85.
Ouachita (río), 93.
Oxford, 99.
Ozete, 56.
Pacífico, 19, 42, 48, 55, 56, 57, 61, 73, 81, 105, 171, 174, 182, 252, 259.
País Indio, 236, 329.
Países Bajos, 19.
Panamá, 87, 130.
Parris (islas), 95, 96.
Paso Noroccidental, 82, 84, 85.
Paso (El), 214.
Pensacola (Bahía), 91, 94, 96, 210, 232.
Pennsylvania, 52, 120, 199, 232.
Perú, 88, 90.
Pérsico (Golfo), 342.
Pine Ridge, 295.
Pitt, 225.
Pittsburgh, 223.
Plymouth, 102, 106, 107, 210, 222.
Polinesia, 42, 175, 180.
Pontotoc, 93.
Port Royal, 95.
Portugal, 82, 83.
Poverety Point, 64.
Pradera, 133, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 163, 164,

177, 198, 200, 208, 209, 214, 234, 252, 255, 263, 264, 299, 303.
Promontory Point, 269.
Prophetstown, 249, 250.
Puerto Rico, 84, 96.
Puget Sound, 181.
Quebec, 85, 118.
Queen Charlotte, 126.
Quivira, 88.
Raleigh (colonia), 99.
Rhode Island, 103, 218, 334.
Roanoke (colonia), 98, 100, 106.
Roanocke (isla), 99.
Rock, 254.
Ross, 260.
Rusia, 14, 19, 79, 345.
Saguaney (río), 86.
Salmón (río), 130.
San Agustín, 84, 94, 95, 96, 97, 98, 106, 210, 213, 219, 223, 286.
Sand, 275.
San Diego (Bahía de), 105, 174, 259.
San Diego de Alcalá, 212.
San Francisco (Bahía), 19, 105, 174, 258, 313, 323.
San Juan (río), 95, 96.
San Luis de Talimali, 213.
San Lorenzo (río), 19, 67, 85, 209, 214.
San Lorenzo (Golfo), 85.
San Luis Reyes, 174.
San Mateo, 96.
Santa Elena, 94, 95, 96, 98.
Santa Bárbara, 57, 175.
Santa Catalina (isla), 105.
Santa María (río), 219.
Santa Fe, 267, 312, 325.
Santiago (río), 97, 101.
Santo Domingo, 84, 107.
Saskatchewan, 133.
Siberia, 15, 43, 45, 47, 48, 52, 54, 65, 80, 105, 150.
Sierra Nevada, 19, 58, 73, 132, 174.
Sitka, 160.
Snake (río), 130.
Spiro, 71.
Spokane, 342.
St. Louis, 71, 210, 261.
St. Marks, 210.
St. Regis Mohawk, 14.
Stockbridge, 216, 229.
Subártico, 126, 132, 168, 190, 191, 193, 194, 195, 207, 264.
Sudamérica, 43, 52, 53, 64, 67, 70, 77, 82, 95, 117, 127, 128, 136, 137, 203.
Suecia, 19.
Suez (Canal), 40.
Sudeste, 113.
Sur, 244, 248, 253, 256, 265, 266, 271, 276, 277, 281.
Suroeste Americano, 16, 17, 61.
Suroeste, 16, 17, 18, 20, 57, 60, 70, 93, 118, 121, 126, 129, 135, 136, 154, 174, 180, 195, 214, 238, 266, 270, 277, 278, 279, 280, 285, 286, 294, 297, 306, 307, 308, 310, 311, 313, 332, 338, 344.
Sureste, 74, 127, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 152, 153, 158, 171, 175, 177, 180, 194, 198, 200, 205, 207, 208, 210, 212, 213, 244, 255, 263, 266, 302.
Tallahassee, 87, 89, 213, 348.
Tallapoosa, 210, 251.
Tao, 304.
Tama, 254.
Tampa (Bahía), 87, 89.
Tennessee, 90, 92, 97, 120, 134, 229, 238, 250, 251.
Terranova, 39, 78, 82, 83, 85, 102, 103, 118, 201.
Territorio Indio, 255, 256, 257, 263, 265, 266, 270, 271, 272, 277, 278, 279, 280, 282, 284, 285, 294, 297, 300, 313.
Texas, 18, 69, 87, 88, 90, 93, 121, 122, 133, 134, 198, 212, 214, 215, 258, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 273, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 299, 318.
Thompson (río), 169.
Tippecanoe, 249, 250.
Tyler, 250.
Toledo, 237.
Tule Lake, 284.
Ucrania, 345.
Unión Soviética, 345.
Utah, 58, 122, 132, 164, 269, 270, 273, 276, 278.
Utiange, 93.

Vinlandia, 78, 79, 82.
Virginia, 67, 84, 97, 98, 99, 100, 101, 119, 120, 134, 136, 139, 143, 197, 200, 201, 203, 206, 211, 212, 219, 220, 222, 225, 230, 231, 239, 240.
Venezuela, 117, 127.
Vermont, 35.
Viejo Mundo, 28, 33, 40, 42, 43, 46, 47, 50, 51, 60, 67, 68, 77, 106, 108, 109.
Vietnam, 257, 324, 343.
Warm Springs, 268.
Wasbash, 249.
Washington, 35, 56, 57, 124, 126, 132, 169, 181, 261, 266, 267, 268, 270, 273, 289, 292, 316, 320, 321, 322, 330, 334, 342.
Weid, 264.
Willamette, 267.
Wilmington, 273.
Wisconsin, 61, 121, 143, 153, 216, 224, 233, 252, 254, 255, 273, 317, 342.
Wounded Knee, 295, 296, 297, 330, 346.
Wyoming, 59, 122, 278, 280, 283, 284, 285.
Yellowstone, 285.
Yukon, 54, 125.
Zacatecas, 96.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Indios de los Estados Unidos anglosajones,* de J. Anthony Paredes, forma parte de la Colección «Indios de América», dirigida por el profesor Claudio Esteva-Fabregat, Catedrático de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona.

COLECCIÓN INDIOS DE AMÉRICA

- Los indios del Perú.
- Esquimales.
- Los indios de las Antillas.
- Los indios de Argentina.
- Los indios de Colombia.
- Antropología biológica del indio americano.
- Indios de los Estados Unidos anglosajones.

En preparación:

- Los indios de México.
- Los indios de Bolivia.
- Los indios de Brasil.
- Los indios de Paraguay.
- Los indios de Canadá.
- Los indios de Centroamérica.
- Los indios de Venezuela.
- Los indios de Ecuador.
- Inmigraciones prehistóricas.
- Los indios de Chile.
- Los indios de Uruguay.
- Los indios de Guatemala.
- Los indios del Gran Suroeste de los Estados Unidos.
- Los indígenas de Filipinas.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 004499

J. Anthony Paredes

INDIOS DE LOS ESTADOS UNIDOS ANGLOSAJONES

COLECCIÓN INDIOS DE AMÉRICA